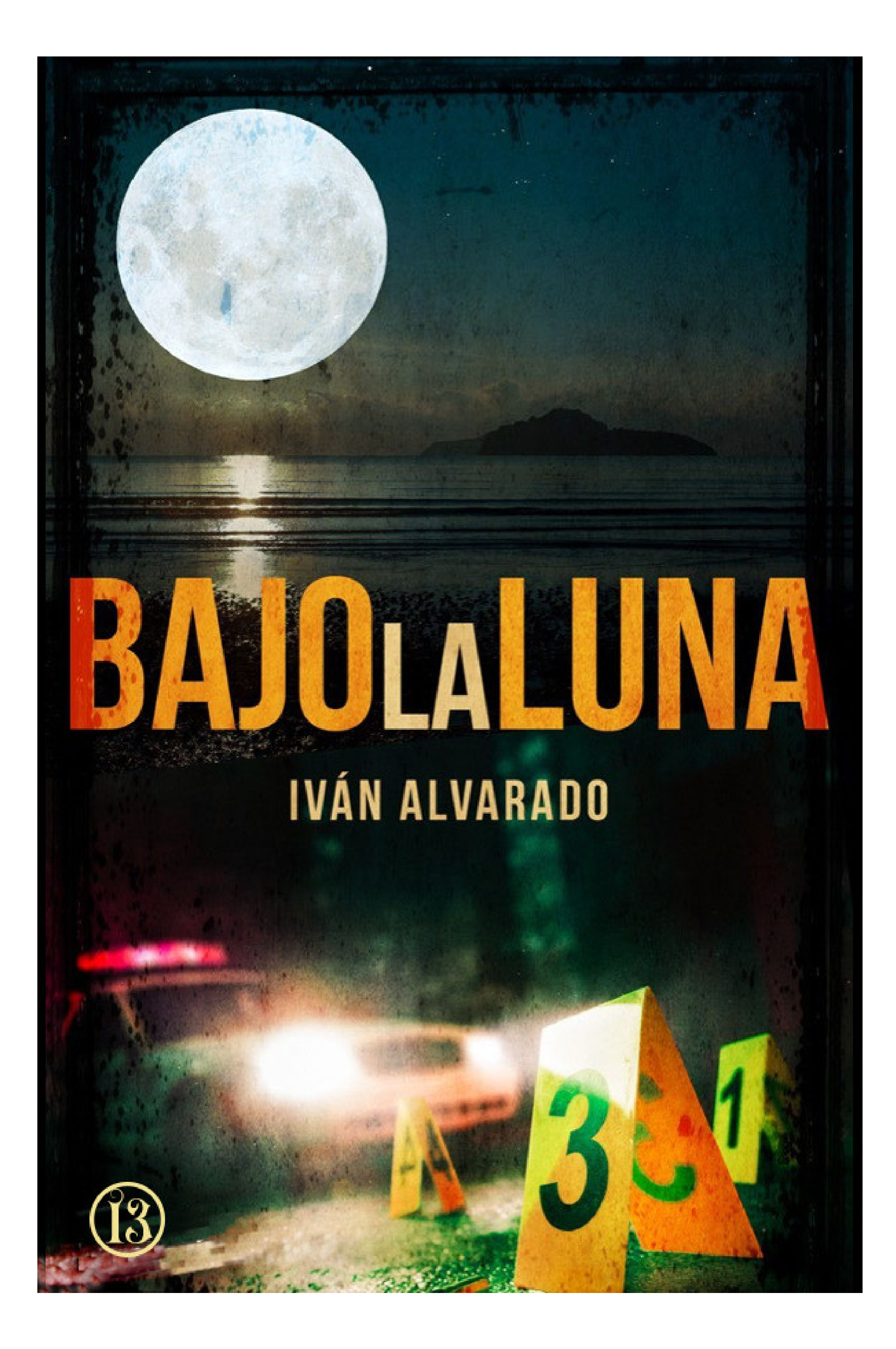

BAJO LA LUNA
IVÁN ALVARADO
13

Una ola de crímenes angustia al pequeño pueblo de Montgat, sumiendo en la alarma y el espanto a sus habitantes. Los cuerpos de cuatro jóvenes aparecen de forma sucesiva brutalmente mutilados, al parecer, siguiendo un patrón ritual: a todos ellos les falta el corazón.

El asesino tratará de comunicarse con Rafael, el policía al cargo del caso, dejando diferentes pistas en cada una de las escenas del crimen, tratando de enviar algún tipo de mensaje.

Un año después, cuando parecen tener un responsable, David, amigo de las víctimas, insiste en algo que no se han molestado en confirmar.

Lo peor de todo es que nadie da crédito a sus palabras…

Iván Alvarado

Bajo la luna



Título original: *Bajo la luna*
Iván Alvarado, 2022

-

Revisión: 1.0
)¡(10.06.2022

A las mujeres de mi familia.
A mi madre,
por abrirme las puertas de un mundo que no conocía.
A mi hermana,
por su apoyo, sus críticas y su amor por la escritura.

Prólogo

No es una noche bonita, sino todo lo contrario. Las olas golpean furiosas contra las rocas que me escudan de miradas curiosas. Noto cómo unas pequeñas gotas de agua salpican mi rostro, arrastradas por el fuerte viento.

Las fuerzas de la naturaleza actúan con ferocidad. El cielo está completamente apagado, ya que un manto de noche se extiende hasta donde alcanza mi vista. No es una noche bonita, y sin embargo no puedo evitar sonreír, extendiendo los brazos al cielo y gritando de felicidad, o algo parecido a ese sentimiento. Aquello me da vida. Doy vueltas en círculo aún con los brazos extendidos.

—¿¡Hay alguien ahí!? No sé si existes. No sé ni cómo llamarte. ¿Dios, Allah, Ganesha, Energía, Universo, Nada? Seguramente no sea más que otra alma perdida hablando sola en este mismo momento. Solo quiero decirte que gracias. Gracias por haberme dado tanto, y gracias por haberme quitado todo cuanto me ha importado. Eres único en eso.

Hacía tiempo que no notaba tal euforia en mi interior. La echaba de menos. Dejo caer mi cuerpo sobre la fina arena de la playa con una exhalación. A pesar de la cólera de la naturaleza que me envuelve, la calma que se extiende por la atmósfera es hipnótica. El ulular del viento, el vaivén de las olas y el rugido que estas producen al impactar contra las rocas…

La playa de Montgat es un pequeño paraíso donde, al estar cerca de la ciudad de Barcelona, acude un gran número de personas para poder disfrutar de sus frías aguas en verano, los chiringuitos aguardan en la cálida arena ofreciendo todo un surtido de diferentes bebidas refrescantes y manjares de lo más veraniegos. Al menos, esa es la imagen que ofrece durante esos meses.

Normalmente es muy diferente, como hoy.

El fuerte oleaje va engullendo la arena, reclamándola para él y arrastrándola hacia sus profundidades, dejándonos cada año con menos playa para disfrutar. Las algas y la suciedad se van acumulando en la orilla, y no hay rastro alguno de aquellos oasis llamados chiringuitos. El paisaje normalmente está casi desierto, a excepción de alguna solitaria figura paseando a su mascota, pero ahora es demasiado tarde para eso, por lo que no hay nadie aquí. Solo estoy yo.

No estoy en esta playa, sino en una especie de anexo. En la zona sur la playa se encuentra custodiada por una multitud de rocas que forman un pequeño espigón, y al otro lado, bajo su abrigo, hay una diminuta cala. Esta se halla desconectada por unas formaciones naturales rocosas y una pequeña montaña que la custodia. Y es aquí donde estoy. Necesitaba un lugar donde poder encontrarme a mí mismo, donde no haya nadie que me pregunte cómo me encuentro ni se preocupe de mí. Estoy harto. Ya nadie puede hacer nada.

Noto los granos de arena en mi cuerpo, sujetándolo, impidiendo que me hunda en las profundidades. Siempre han estado allí sujetándome desde que tengo memoria. Nunca me han fallado, engañado o decepcionado. Siempre me han apoyado y entendido. ¿Qué haríamos sin la tierra que nos aguanta? Miro al cielo, pero no puedo ver más que esa gran oscuridad que me rodea, es como verse a uno mismo. Nunca me había sentido tan identificado como en este momento. Quizás el cielo no es más que el espejo del alma. ¿Es realmente mi alma así?

Extiendo mis brazos a los lados y respiro lentamente llenando mis pulmones. La jeringuilla que minutos antes se encontraba en mi brazo ahora descansa junto a mí, mientras la arena la va engullendo paulatinamente, ocultando la vergüenza de mi felicidad. La goma elástica aún está en mi brazo haciendo presión atándome al mundo real donde pertenezco.

La marea va subiendo y va lamiendo mis pies descalzos. Está congelada, pero no me importa, ahora ya nada lo hace. Creía que podía cambiar, que podía llegar a ser como todas las otras personas que me rodeaban, sin embargo, he seguido estando igual de solo que siempre. Parece irónico sentirse tan solo incluso cuando en tu día a día estás rodeado de gente fascinante.

Pero por triste que sea, es cierto.

El cuerpo va cediendo, relajándose, al igual que mi rostro. Primero empiezan las extremidades, que avanzan hasta el pecho. Mi cara es lo último en ceder a la droga. Al principio se relajan los párpados, luego las mejillas, la mandíbula, la lengua… Poco a poco, con los ojos cerrados, noto que mi cuerpo se va refugiando en el lejano mundo que siempre me ha protegido, el de los sueños.

Siento que mi cuerpo se va relajando más de lo normal, parece mentira, pero eso hace que se encienda una pequeña alarma en mi cerebro, aunque soy incapaz de hacer nada. Un terrible cansancio se va apoderando de mi ser y me arrastra con fuerza hacia sus entrañas. Algo va mal. No sé por qué, pero esto no es normal. Todo es demasiado perfecto, calmado. Algo va mal. Sin embargo, es justo lo que estaba buscando. Mi vía de escape a todo este sufrimiento. Necesito terminar esta oscura y terrible historia de una vez por todas. Mi cuerpo es incapaz de aguantar tanto dolor. Yo ya me he rendido. No puedo más.

Entonces sucede, en apenas un instante todo cambia radicalmente. Una sensación desconcertante para mí.

Mi cuerpo queda completamente vacío, no es más que una cáscara inerte. Mi alma lo ha abandonado.

Me encuentro levitando por encima de la arena y la espumosa agua salada, sobre mí mismo. ¿Este soy yo? ¿Qué hago aquí arriba? No debería verme de esta manera. Esto está mal. Veo cómo la respiración de mi cuerpo va cada vez más lenta. Cada vez entra menos aire en mis pulmones, ¿siempre ha sido así? Mi rostro está relajado. Si no me conociera, incluso podría decir que es un rostro feliz, pero eso es porque tengo los párpados ocultando la verdad. En mis marrones y corrientes ojos cualquiera podría ver el tártaro que hay oculto en ellos, el dolor, el sufrimiento, la vergüenza… Unos ojos que dejaron de vivir hace ya mucho tiempo.

La respiración sigue aminorando y, antes de que pueda darme cuenta, se detiene. Mi cuerpo se queda inmóvil. Estoy muerto. O casi. Pero yo sigo aquí, mirándome a mí mismo sin poder hacer nada. ¿Esto es todo?

¿Qué va a pasar ahora?

Así voy a acabar. No diré que me sorprenda, ya que me esperaba un final mucho más horrible y solitario para dar punto final a mi

vida. Dentro de lo que cabe, podría haber sido peor. Aunque siempre había albergado la esperanza de que el futuro me sonriera con una vida colmada de felicidad.

Como suelen decir, soñar es gratis. Pero yo sé que todo tiene un precio.

Alma

Las olas se mecían suavemente en la oscura noche, como el plácido sueño que invade la mente de un soñador, sin perturbarlo, sin arrebatarle del trance en el que se encuentra preso. Las gélidas aguas golpeaban con una apacibilidad celestial las antiguas y afiladas rocas que se cruzaban en su camino, dejando en el aire centenares de gotas en suspensión.

En medio de aquel asombroso espectáculo propio de la naturaleza, se hallaba una solitaria figura recortada por la luz espectral que el universo desparramaba sobre su cuerpo. La figura de un hombre.

Pero estaba tan sumido en sus pensamientos, en su labor, que pasó de largo ante el paisaje sin regalarle apenas una mirada. Sus ojos no miraban hacia delante tratando de seguir un camino invisible. Su ruta se encontraba mucho más lejana de lo que cualquier persona podría haber llegado a intuir. Una senda estelar.

Su mirada permanecía fija en el cielo, donde su guía descansaba plácidamente, aguardando exaltado su inminente llegada.

La luna.

Rafael

15 de diciembre de 2017

Acerqué las manos al chorro caliente que brotaba del aire acondicionado del coche. Notaba los dedos agarrotados e insensibles por el clima del exterior. Hacía años que no teníamos un frío como aquel en la ciudad de Barcelona. Por suerte, aquella sensación, el entumecimiento de mis manos, desapareció a los pocos minutos.

—Joder, me cago en la puta. Tengo los huevos como dos canicas. —Alex Matías, mi compañero, se frotaba sus gruesas y peludas manos mientras sonreía ante su chiste.

La verdad es que hacía un frío de cojones, para qué engañarnos.

—No sé cómo puedes tener frío con esa barriga que tienes y con la cantidad de grasa que puedes llegar a almacenar… Incluso las focas del Polo Norte deben de estar envidiosas del famoso *mosso d'esquadra*, Alex Matías. —Una fría y cruel sonrisa cubrió mi rostro ante el comentario.

—¡Serás mamón, Rafa! Pero, por suerte, estás completamente equivocado. No estoy gordo, ¡de eso nada! —dijo golpeándose el pecho con fuerza—. La cosa es que tengo una genética única, lo que me hace ser muy ancho de huesos. Pura cepa catalana, de la que ya no queda. En cambio, tú… no te quedas corto con el físico, eh, amigo.

Por desgracia, el cabrón tenía toda la razón. Llevaba bastantes años abandonado y, como resultado, tenía aquel cuerpo de escándalo, y no en el buen sentido. Cada año que pasaba, notaba cómo mis pies desaparecían de mi vista por causa de mi barriga. Debía ponerle fin a aquello, pero no tenía prisa. Ya lo haría la

semana que viene, o quizás la otra. Tampoco iría ahora de un mes.

Matías aceleró el coche mientras apretaba el volante y lo retorcía bajo sus manos con tal de que volviera la sensibilidad a sus dedos. Fue en dirección a la Ronda Litoral, para incorporarse a la autopista, mientras esquivaba el denso tráfico de la ciudad catalana. Por suerte, los coches nos dejaban pasar con respeto ante la luz de nuestra sirena. Siempre me ha gustado mirar por la ventana con rostro serio y de cabrón la cara de los demás conductores, veo cómo se amedrentan y miran hacia otro lado. Es bastante divertido.

Saqué del bolsillo un paquete arrugado y casi vacío de Lacasitos de diferentes colores, lo terminé y lo tiré al suelo del coche. Afortunadamente, en la guantera tenía uno sin abrir, así que lo empecé, saboreando el chocolate en mi paladar. Estaban deliciosos. Podían relajarme en todas las situaciones, incluso las más insospechadas.

—Oye, ¿me das uno? —Miré unos instantes a mi compañero con cara de pocos amigos, mientras su rostro se iluminaba por las luces azuladas de la sirena de nuestro coche.

Al final, dejé unos cuantos en sus sudorosas manos. Matías tenía un problema con ello, siempre estaba sudando, incluso en días tan fríos como aquel. Ya le había dicho varias veces que debía ir a un especialista, que aquello no era normal.

—Pues estoy harto de esto. —Masticaba con la boca abierta mis Lacasitos mientras hablaba, cosa que odio y que me pone muy nervioso. Le miré y vi cómo salivaba sobre el volante, respiré profundamente, no quería liarla—. ¿Tú lo crees normal? Yo no me curré las oposiciones en su tiempo ni he luchado duro toda mi vida para pasarme toda la tarde de servicio en el zoo de Barcelona porque un leoncito se ha hecho pupa en una patita. ¿Estamos locos? ¿En qué puto momento decide alguien llamar a los Mossos para eso? ¿Hola? Es que flipo. Flipo mucho, en serio. Panda de retrasados.

—Ya sabes cómo es la gente de hoy en día. Ya no saben atarse los cordones ellos solos, por eso inventaron el velero. Todos necesitan una caricia en la mejilla y una sonrisa para sentirse realizados. —Mastiqué un Lacasito de color rojo, eran los mejores.

Más de media tarde la habíamos pasado encerrados en aquel lugar, escuchando historias de los guardas de seguridad, los

veterinarios y los encargados del zoo. Decían que aquella noche alguien se había colado en el recinto del león, dragándolo, dejando fuera de combate al rey de la selva o, mejor dicho, al rey de la cárcel. Luego parece que le cortaron una de las falanges, dedos o como coño se llamen, de su garra.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era obvio.

Nosotros teníamos nuestra propia teoría, muy diferente a la que ellos proponían. El pobre animal estaba harto de permanecer encerrado durante años en la misma jaula, viviendo en un *Gran Hermano* perpetuo, así que había tratado de escapar o había enloquecido, golpeándose y cortándose una de sus patas, para después comerse su propio dedo, por eso no encontraron ni rastro de la zarpa. Era un animal, al fin y al cabo.

Caso cerrado. No había gran misterio. No tenía sentido darle vueltas a aquello, era una pérdida de tiempo.

Por suerte, una llamada nos salvó de aquel infierno de histéricos y paranoicos. En un pequeño pueblo costero había aparecido el cuerpo de un chico. No nos querían dar detalles, pero parecía algo serio y mucho más interesante que lo que ocurría en aquel zoo. Así que volvimos corriendo al coche, escapando del frío y poniendo rumbo a aquel pueblo del Maresme.

Montgat.

David

11 de enero de 2019

Nadie me creía. Todos pensaban que se debía a una alucinación de mi subconsciente, producto de las sustancias que se encontraban en mi organismo. Pero yo sabía que no era cierto. Podía diferenciar entre lo real y lo que mi mente era capaz de crear de la nada.

Y lo que vi era real. Muy real.

Sin embargo, nadie me creía. Era normal que no lo hicieran. Si yo me encontrara en su lugar opinaría igual. Pero me indignaba igualmente.

Hacía muy buen día para ser la segunda semana de enero. Demasiado. Seguramente se debía al cambio climático. Estaba sentado en un banco de metal, de espaldas al mar, dejando que el susurro de las olas intentara calmar mi mente. Me levanté con cuidado y miré a través de los barrotes a la playa. Era hermosa.

Las olas acariciaban la arena con dulzura, besando las rocas cada vez que ascendían. Tuve envidia de ellas. Después del temporal que había asolado la costa, una rampa de hormigón que conectaba el paseo con la playa había quedado destrozada, dejando al aire unas frías barras metálicas. La arena que regalaba la playa en verano había desaparecido en su mayor parte, dejando una muy pequeña porción de ella. La naturaleza reclamaba lo que era suyo. El ciclo de la vida.

El sonido de una vibración me sacó de mis pensamientos. Un tren se acercaba. Miré hacia Masnou y, enfocando la vista, observé que el vehículo se aproximaba. Cuando ya estaba entrando en la estación de Montgat Nord pude leer hacia dónde se dirigía: L'Hospitalet de Llobregat.

Pulsé el botón de la puerta del tren una vez que se hubo detenido, esta se abrió con un quejido y subí al vagón con la cabeza agachada mientras aferraba mi mochila entre mis brazos. Por suerte no había mucha gente a bordo. Pasé por delante de un grupo de jóvenes, seguramente de mi edad, y me senté en una esquina alejado de las pocas personas que albergaba el tren.

Por supuesto, me di cuenta de las muecas que hacía aquel grupo de estudiantes al pasar por su lado. La chica de pelo oscuro y rizado se tapó la nariz con un gesto de asco estampado en el rostro. Un chico con aspecto atlético y vestido de chándal hizo un comentario y todos rieron su ocurrencia. Seguramente era sobre mí. Ya estaba acostumbrado a aquello, era lo típico.

Qué más daba. Tenían razón. Apestaba. Hacía días que no me duchaba, y mi aspecto era espantoso y descuidado. Aunque nada que ver con lo que estaba por venir.

Pero no podía preocuparme de eso en aquel momento, tenía otros pensamientos en la cabeza. Unos de verdadera importancia.

Apoyé la cabeza en el cristal, mirando cómo el sol se reflejaba sobre el plácido mar. Era hermoso. Unas solitarias nubes flotaban sobre la mansa superficie de agua, estaban abandonadas, apartadas de todo. Simplemente flotaban en el vacío, sujetas por unos hilos invisibles. Yo me sentía como ellas.

El grupo seguía riendo y miraban de reojo hacia donde me encontraba, ya se les pasaría. Cerré los ojos mientras el traqueteo del tren me entregaba a los brazos de Morfeo, el único lugar en el que podía estar tranquilo, de momento. Aunque no siempre era así. A veces ni siquiera aquel mundo onírico era capaz de salvarme de mis demonios.

Mi cuerpo se relajó y mi mente empezó a abrir aquel baúl que todos guardamos en los más profundo de nuestro ser. Un baúl de recuerdos.

Montgat. Se trata de un pequeño pueblo costero que se encuentra dentro de la provincia de Barcelona. No es un sitio que destaque mucho por sí solo, pero si uno necesita desconectar de un mundo ajetreado y repleto de rutinas, sin lugar a duda este es su lugar. Es un pueblo tranquilo que ha luchado por hacerse eco a lo

largo de los años sin mucho éxito. Hay un antiguo túnel que se encuentra cerca del mar, es lo más especial que podemos destacar, ya que se trata del primer túnel ferroviario que se construyó en España allá por el año 1848.

La educación aquí también difiere levemente de los demás lugares que más tarde conocí. Podemos encontrar diferentes escuelas a lo largo del municipio. Parxis sería el parvulario, donde se encuentra una vía peatonal llamada Rambla del Turó. Recibe este nombre debido a que se encuentra en la cima de un pequeño cerro. Seguidamente se encontrarían a poca distancia las dos escuelas consecutivas, Sant Joan y Salvador Espriu. La primera se basa en la educación infantil, mientras que la segunda se embarcaría en la educación primaria. Para educación secundaria encontraríamos la escuela Thalassa o Mireia, esta última privada, mientras que la primera era pública. Años más tarde construyeron otras escuelas alrededor de todo el municipio, pero estas eran las que se encontraban en mis años como estudiante.

Recuerdo lejanamente estar sentado en el suelo de las clases del Sant Joan mientras la profesora nos iluminaba con explicaciones de nuestro querido y cálido pueblo. Nos estaba hablando del origen del nombre.

—¿Alguien sabe por qué nuestro pueblo se llama Montgat? —La profesora, de nombre María, miró a su alrededor animando a los niños a hablar—. ¿Nadie?

—Mi papá dice que es porque hay muchos gatitos siempre, y como nos encontramos en una montaña… Pues de ahí viene el nombre. Monte de los gatos, Montgat. Mi papá es muy listo.

Anna había respondido sin levantar la mano. Era una chica rápida a la hora de contestar y siempre tenía respuestas para todo, aunque la mayoría sin demasiado fundamento. Sin embargo, aquella sí que tenía sentido, daba fe de que las calles estaban repletas de gatos, e incluso a la hora del patio, en la arena, podías encontrar a algunos de ellos deambulando. Más de una vez había acabado con la bata repleta de sus excrementos. Con el transcurso de los años la población de felinos disminuyó considerablemente, sin que nadie supiera el motivo.

—Muy bien, Anna, esa es una de las historias. Pero no es la única. Hay muchas otras. ¿Alguien más conoce alguna historia

sobre el nombre de Montgat? —Esta vez nadie dijo nada, todos creíamos que el nombre venía por los gatos, ¿había otra historia? Y si era así, ¿cuál podría ser? Todos nos quedamos observando fijamente a la profesora, ansiosos por conocer la historia—. Como sabéis, hace mucho tiempo, esto era un pueblo pescador. Quiere decir que casi todo el pueblo se dedicaba a pescar para, luego, poder comer o vender y poder tener dinero. Antes había muchos más peces que ahora, así que podías pasarte el día entero en la playa pescando. Había unos pocos que tenían mucha suerte, ya que poseían barcas. De esta manera ellos podían ir por el agua más adentro y conseguir más peces. Y entonces se dieron cuenta. Desde lejos, el pueblo que tanto querían tenía una forma curiosa justo en la montaña que hay cerca de la playa. Parecía un gato. La montaña donde se encuentra el túnel es donde estaría la cabeza. Lástima que años más tarde, en una tormenta, un trozo de la montaña se cayó, así que no se ve tan bien como antes. Pero os contaré un secreto: yo he ido en barca y se puede ver al gran gato claramente. ¿Cuál es la historia en la que creéis vosotros?

Recuerdo que aquella historia se quedó marcada en mi mente. ¿Montgat tenía forma de gato? Aquello explicaba muchas cosas. A lo largo de los años todos mis compañeros acabarían olvidándose de ella, sin embargo, yo sabía que María la había relatado. Tenía la imagen tan clara y real que no lo dudaba. Siempre que cerraba los ojos podía recrear aquel preciso instante en el que estaba sentado en el aula, junto a mis compañeros, y cómo ella nos contaba emocionada aquel relato.

Después de aquello, fuimos a hacer una pequeña siesta. Me acerqué a una colchoneta y me tumbé en ella. Me costó conciliar el sueño, no sabía por qué, pero no paraba de darle vueltas. Por suerte, gracias al silencio que se impuso en la estancia y la lenta respiración de mis amigos, el sueño fue adueñándose de mi pequeño cuerpo. En cuanto cerré los ojos me vi navegando en el océano y observando desde allí la figura de un gato a lo lejos. Me quedé dormido con una sonrisa en el rostro.

Años más tarde encontré otras teorías acerca del nombre. La primera de ellas nos dice que en la cima del monte, el mismo que

según aquella profesora tenía forma de gato, que es un acantilado que da a una pequeña cala oculta de la playa, se encontraba un templo íbero dedicado a la diosa griega Hécate, que es la diosa de la luna. Es por eso por lo que lo llamaron Mons Hecate. Otra de las teorías también proviene de la época ibérica, donde se refería al pueblo como la Montaña de Roca. También se encuentra la versión en la que el nombre proviene de un famoso político romano llamado Cató, adquiriendo así el nombre de Mont Cato. Sin embargo, la más famosa y la más querida por el pueblo era la de la forma que hacía aquel acantilado a lo lejos, asemejándose a un gato. Era, sin lugar a duda, la más pintoresca.

Creo que aquella fue la época más feliz de mi vida. Aún no era consciente de todo cuanto me rodeaba. Era un niño que se quedaba encerrado en su mundo. Tenía muchos amigos, aún jugaba y sonreía como si no hubiera un mañana. Iba siempre acompañado por juguetes, aunque estos no me hicieran falta, ya que mi imaginación me entregaba todo cuanto necesitaba. Solo con cerrar los ojos creaba ante mí un mundo repleto de fantasía y de increíbles posibilidades. Si encontraba una rama en el suelo, no dudaba en empuñarla y fingir que se trataba de una mágica espada que me había escogido por mi valentía, o una varita mágica que me permitía cambiar todo cuanto me rodeaba. En todas las historias siempre era aquel que salvaría a la humanidad.

David Martínez el Salvador.

Jordi

13 de diciembre de 2018

Mucho se ha llegado a preguntar acerca del alma. Esa entidad inmaterial que en numerosas creencias dispersas por todo el mundo se dice que poseemos todos los seres vivos. Se podría decir que es nuestra esencia, nuestro verdadero yo.

Pero ¿dónde se encuentra esta sustancia? Han hecho numerosos experimentos, e incluso han llegado a decir que el alma pesa exactamente 21 gramos. Que se localiza en el cerebro, que está en el corazón… Muchas son las teorías, pero todas ellas son erróneas.

Yo he encontrado la respuesta.

El alma se encuentra alojada en lo más profundo de nuestras vísceras. He leído artículos que dicen que el sistema digestivo es el segundo cerebro de nuestro cuerpo. Pero no se queda ahí, es mucho más complejo de lo que imaginamos. Ahí es donde reside realmente nuestra esencia. El yo.

Lo descubrí ese fatídico día. El día que todo ocurrió, cuando empezó y terminó todo. El origen y el fin de todo cuanto conocía.

Lo noté. Era casi palpable, algo físico. Abandonaba mi cuerpo, mi interior, dejándome vacío por completo. Una sensación similar a cuando uno se encuentra en la cima de una montaña rusa y baja en picado. Quizás nuestra alma se quede por unos instantes en las alturas y baje apresuradamente a refugiarse en nuestro interior de nuevo.

Me acaricié inconscientemente el abdomen mientras mis pensamientos vagaban y filosofaban, y mi mirada escudriñaba la pared que se encontraba ante mí, tratando de conseguir una respuesta. Una pista.

Cerré los ojos unos instantes y mi mente evocó el último momento en el que pintamos las paredes del comedor. Hacía años ya de eso. Nos pusimos los tres manos a la obra un sábado por la mañana para así tenerlo listo el fin de semana.

Ropas viejas y conjuntos de lo más estrambóticos, muebles cubiertos con plásticos y bolsas de basura, todos ellos separados de la pared, y, por supuesto, sonrisas estampadas en nuestros rostros.

Blanco. Un color de pureza, que nos regalaba una sensación de paz por todo el piso. Jugamos entre nosotros, acabando llenos de pintura de los pies a la cabeza. Aún podía llegar a escuchar las risas que surcaron la habitación aquellos felices días. La felicidad del momento.

Volví a abrir los ojos. Ya no quedaba nada de aquella inmaculada pared. Ahora estaba repleta de recortes de periódico, apuntes, fotografías e hilos que cruzaban de una punta a otra conectando documentos. Parecía que reinaba el caos, pero en mi mente todo tenía sentido. Todo.

Dejé el café sobre la mesa y me acerqué aún más a la pared. Posé las manos en ella, notando la rugosidad de los papeles en la yema de mis dedos.

—Por favor…, dame alguna pista. Ayúdame a seguir hacia delante —dije con voz entrecortada.

Mis manos se encontraban sobre unos documentos, una serie de recortes de un periódico local. Era de cuando todo acababa de empezar. Ahora parecía tan lejano…

Recorrí con los dedos las líneas escritas, mientras leía para mis adentros, mientras movía los labios sin emitir sonido alguno.

HALLAN EL CADÁVER DE UN JOVEN
EN LOS TÚNELES CERCANOS AL PARQUE
DE LA RIERA D'EN FONT

El pasado domingo 15 de diciembre, unos vecinos del pueblo de Montgat encontraron por casualidad el cuerpo.

Joan Borret se encontraba con sus compañeros jugando en la pista de petanca cuando su perro salió corriendo hacia los arbustos y las cañas de la riera desapareciendo de su visión. El mongatino fue en su busca y observó que su mascota se adentraba en el túnel que hay tras el parque. Fue ahí donde encontró al animal, que se hallaba

> junto a un bulto que yacía en el suelo. Un cuerpo. Aún se desconoce la identidad de la víctima.
>
> El cadáver ha sido trasladado al anatómico forense y la policía se ha hecho cargo de la investigación. Aún no hay hipótesis, aunque los vecinos no han podido evitar observar que el cuerpo tenía una abertura de gran tamaño en el pecho.

Era el primer titular, el que dejó al pueblo arrasado. ¿Un asesino allí? Todos se conocían de siempre. ¿Qué clase de persona era capaz de hacer eso? Nunca habían llegado a ver algo similar a lo ocurrido. Era terrible.

Rafael

15 de diciembre de 2017

—Esto parece la puta Feria de Abril —escupió Alex.

El parque se encontraba cerca de la playa, tras un túnel y la estación de tren como frontera. Había muchos coches de la policía local, al igual que vecinos curiosos que merodeaban por la zona intrigados. La gente siempre intenta meter las narices donde nadie la llama.

Pesados.

Alex y yo nos dirigimos al foco de aquel bullicio. Escuché cómo una pareja de policías comentaban con cara de pocos amigos nuestra llegada.

—Joder, ya era hora. Llamas a los Mossos para un asesinato y llegan para ver el entierro y traer las flores.

Aquel comentario mordaz provenía de una mujer de mediana edad, de rostro curtido, pelo rizado y tupido, y con unos grandes ojos cansados. Observé que, a pesar de estar en buena forma, el uniforme no le favorecía en absoluto. Parecía un embutido. ¿Qué le costaba llevar ropa una talla más grande?

Por otro lado, pensé que aquello era exactamente lo que me pasaba a mí. Por desgracia, mi cuerpo distaba mucho de estar en buena forma, más bien era todo lo contrario. Casualmente, me encanta criticar todo lo que veo y lo que no me gusta de esta mierda de mundo, todos esos detalles para comentar me dan vida.

Extendí mi mano con firmeza a la desagradable agente mientras me presentaba.

—Inspector Rafael Canosa.

No esperé a que me contestara. Solté su fría y robusta mano con

brusquedad y pasé por su lado, atravesando bajo la cinta de plástico que había colocado la policía para que nadie fuera de la investigación cruzara.

—Será… —oí que decía a mis espaldas.

Una sonrisa apareció en mi rostro. Cómo me gustaba poner a la gente de los nervios. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón, si en Barcelona hacía frío, allí era aún peor. Malditos pueblos costeros. Miré a mi alrededor, nadie venía donde yo estaba. Alex seguía hablando con los agentes locales, seguramente disculpándose por mi actitud. Ninguna novedad.

—¿Qué tengo que hacer para que alguien me lleve a la escena del crimen?

Un joven de unos treinta años y de mirada huidiza se ofreció a acompañarme. ¿Aquella era la policía del pueblo? Pues estaban listos.

Alex se unió a mí mientras seguíamos al joven que se retorcía las manos con nerviosismo. Y aquello me desquiciaba.

—Chico, para de hacer eso o te vas a dislocar los cinco dedos de la mano derecha. Relájate.

—Lo siento, señor. Es que he sido de los primeros en entrar en el túnel…, y es horrible. Nunca había visto nada parecido. —No quiso comentar nada más, cosa que agradecía. No quería que me dieran puntos de vista o que comentaran el escenario de un crimen, aquello contaminaba mi visión de la escena. Me gustaba llegar «virgen».

Nos llevó por un camino que en realidad era el curso por el que pasaba la riera. Unas altas cañas custodiaban el lugar mientras nos guiaba por aquella senda. La arena del suelo era fina, aunque encontré diferentes ramas traídas por la lluvia que se había producido la semana anterior. Al minuto pasamos cerca de un huerto. Curioso lugar para tener un huerto, al lado de una riera. ¿Qué le pasaba a la gente en aquel huerto? ¿No pensaban?

—Rafa, antes he estado hablando con los agentes…

—¿Haciendo nuevos amigos? ¿Tan solo estás? —le interrumpí.

—No lo sabes tú bien. —Soltó una risa por lo bajo—. Tenerte como compañero es una mierda. Cuanto más rato paso contigo, más necesidad tengo de socializar y quitarme esta fría sensación de encima que me dejas.

—*Touché*.

—Bueno, a lo que iba. Me han comentado que la científica hace media hora que ha llegado, quizás un poco más. Así que somos los últimos.

—Mejor, Alex, así no tenemos que esperar ni hacer tiempo muerto mientras esperamos a que busquen por toda la escena del crimen. Seguro que ya habrán encontrado alguna cosa interesante.

Poco después llegamos a la entrada del túnel. Había bastantes policías. Al llegar nos ofrecieron unos guantes y unos patucos para poder pasear por la escena sin contaminar, cosa que veía de poca utilidad. ¿Con todos los que había ahí creían que con eso iban a hacer algo? Igualmente asentimos agradecidos y nos los pusimos. El joven que nos había guiado hasta allí se despidió torpemente y volvió sobre sus pasos, como si quisiera huir de aquel lugar lo más rápido posible. Me hizo gracia, aquello demostraba su inexperiencia y lo mucho que le faltaba por vivir.

Alex y yo nos dirigimos a la boca del túnel. Habían traído un generador y unos focos para iluminar el interior. Por desgracia, era lo único que podían hacer, porque el hedor de ahí dentro nadie lo había arreglado.

Empecé a estirarme el lóbulo de la oreja derecha hacia abajo con la mano. Era mi ritual personalizado. Antes de poner a trabajar la mente, aquello me relajaba y me hacía concentrarme. Era una acción lenta, precisa y efectiva.

No tuvimos que avanzar mucho más para encontrarnos con la escena del crimen. En cuanto llegamos dejé de estirarme la oreja, era hora de ponerse manos a la obra.

El suelo estaba encharcado y mostraba una gran cantidad de huellas. También pude identificar algunas de perro y de algo más pequeño, seguramente ratas. Las paredes estaban llenas de grafitis, de firmas sin estilo y frases sueltas que no tenían sentido alguno. El arte callejero. Mejor que lo hicieran aquí que en las paredes del pueblo. Al menos aquí no molestarían a nadie y podían desarrollar aquello que ellos intentaban llamar «creatividad».

Puck Police, Anarquismo, Catalunya independent… Encontré todas las críticas posibles a la sociedad grabadas con espray a mi alrededor. Típico. Mucho hablar y luego poco actuar. Bienvenidos a la sociedad del siglo XXI.

Seguramente irían colgando fotografías de sus obras en las redes sociales e irían de guais.

Sin embargo, algo ahí me llamó la atención. Alex fue directo a ver el cuerpo, a mí me gustaba alargar aquel momento. Prefería ver la escena del crimen en todos sus ángulos. Así que me acerqué al fotógrafo, que iba haciendo fotos a las paredes y al suelo.

—Hemos enviado a unos agentes a investigar un poco más adentro del túnel, por si encuentran algo —oí que le comentaban a Alex.

Me coloqué al lado del fotógrafo, mirando lo mismo que él. De todas las firmas, frases, grafitis y dibujos, aquello era lo único que me llamaba la atención. Una frase:

> Las guerras seguirán mientras el color de la piel siga siendo más importante que el de los ojos.
>
> Bob Marley

—Joder, bonita frase para poner en este sitio, ¿no crees? —comenté al fotógrafo con una sonrisa.

—Cosas más raras se han visto —me comentó secamente.

Tenía el cuerpo delgado y la piel tostada por el sol. Su pelo despeinado pero pulcro me decía que iba a la nueva moda. Últimamente, parecer un vagabundo era el día a día, si daba la impresión de que tenías hambre y que no te cuidabas, eras el no va más. Hipster, lo llamaban ahora. Estúpidos modernos.

Le dejé haciendo sus fotos y me acerqué a los de la científica, que estaban concentrados en el cadáver. Todos obedecían a una mujer de unos cincuenta años. Tenía la piel blanca, como si en su vida hubiera tomado el sol, el cabello rojizo y un cuerpo ágil y esbelto. No pude evitar quedarme unos instantes observando cómo daba órdenes y trabajaba con eficacia.

—Anda, ha llegado la caballería. Mi nombre es Virginia Negro, por si quieren llamarme de alguna manera. Si están aburridos, pueden acercarse y trabajar un poco, que siempre va bien, agente —dijo con voz fuerte y decidida mientras me hacía un gesto con la mano.

¿Qué le pasaba a aquella mujer? Era la primera vez que la veíamos y actuaba como si nos conociera de toda la vida…

En el suelo estaba el cuerpo de un chico, no era más que un adolescente. Tenía el pecho destrozado y todo él estaba embadurnado de sangre. ¿Qué le había ocurrido para acabar así en un lugar como aquel?

—Se trata de un joven caucásico de unos diecisiete o dieciocho años. Aún no hemos podido identificarlo, pero no creo que tarden en hacerlo. Tiene varias heridas por el cuerpo, por lo que he podido ver aquí, que no es mucho, se debe seguramente a las ratas que hay en el túnel. Las pequeñajas se han dado un festín —dijo señalándome a diferentes heridas que había por su rostro y en las extremidades superiores del cadáver, mientras chasqueaba la lengua divertida—. Además, le han cosido la boca, juntando los labios. Aún no sabemos el motivo.

Forcé la vista y lo vi. Tenía los labios cosidos. ¿Qué estaba pasando?

—Pero, sin duda alguna, la herida que causó la muerte es la abertura del pecho. Tiene las costillas destrozadas, probablemente debido a varios impactos. Cuando haga la autopsia podré dar más información, pero en principio creo que se trata de un hacha. Ahora viene lo peor. Le han abierto el pecho y le han quitado el corazón. No hemos encontrado rastro cerca de aquí, y hemos dado la orden de que busquen por los alrededores. De momento no hay nada. Dudo que se lo hayan comido las ratas… No es su manjar favorito. —Fue la única que se rio de su broma.

¿Cómo era posible que estuviera haciendo bromas en una escena del crimen? Aquella mujer no tenía ni un ápice de respeto.

Volví a centrar mi atención en el cadáver. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Qué coño era aquello? Me puse de cuclillas junto a aquella mujer, Virginia, y observé con atención todo lo que me indicaba. ¿Qué clase de monstruo haría esto?

—Pero la cosa no se queda ahí. Ayúdeme. —Y cogiendo el cuerpo, lo pusimos de lado—. También he encontrado esto. Le han quemado la piel con un hierro candente, parece un sello, aparece una serpiente que se come la cola. Le han tratado como a una vaquita antes de ir al matadero, no me extrañaría ver el número de serie del chico marcado en su nalga derecha. Aún falta mucho por

investigar, pero necesito llevarme el cuerpo y hacer los exámenes pertinentes.

Seguía haciendo bromas. Lo de aquella mujer no era normal. ¿Eran imaginaciones mías o se lo estaba pasando demasiado bien? Preferí hacerme el loco. Mejor centrarme en la escena.

Asentí en silencio mientras volvíamos a dejar al chico tal y como estaba. No sabía qué decir. Volví a tirar de mi lóbulo derecho mientras notaba cómo mi mente trabajaba más rápido de lo habitual, tratando de digerir todo lo que estaba viendo.

—Virginia, ¿podría abrir las costuras del labio? Cuanto antes tengamos la información, antes podremos ponernos manos a la obra. Sé que este no es un buen lugar para trabajar, pero… Cuanto más tiempo pase, más difícil será atrapar al culpable de este terrible acto.

Alex me miró con cara de pocos amigos. Era algo que siempre hacía al ver que no tenía paciencia. Por suerte, la hermosa mujer asintió con una sonrisa en el rostro, como si hubiera esperado que se lo pidiera dese hacía rato. Solicitó algunos instrumentos a su equipo para abrir con delicadeza la boca del cadáver.

Levanté la vista y le guiñé un ojo a Alex. Había funcionado. Él puso los ojos en blanco, luego se llevó el índice a la sien, haciendo un gesto con él diciéndome que a aquella mujer le faltaba un tornillo…, o quizás varios. Centramos la atención en sus precisos movimientos.

Con unas finas tijeras fue cortando el hilo negro, mientras que con una pinza iba apartándolos. Fue rápida y pulcra. A los pocos segundos ya teníamos la boca abierta. Me miró fijamente, clavando los ojos en los míos. Eran de un hermoso color verde, que me recordó a unas praderas donde iba de pequeño a pasar los veranos, eran preciosos.

Apartó los ojos y volvió a centrarse en el chico. Abrió su boca y con una pequeña linterna miró en su interior.

—Hay algo dentro de la boca del lobo… —Con unas pinzas empezó a hurgar en la cavidad bucal—. ¿Qué coño es esto?

Sacó con las pinzas lo que estaba oculto en la boca del chico. Aquello me heló la sangre y, por lo que vi, a Alex también, ya que solo pudo hacer un comentario.

—Me cago en su puta madre…

—Vaya, vaya… El asesino nos ha dejado un regalito para que no nos aburramos, qué considerado… —Se estaba riendo la tía, como si aquello fuera lo más divertido que le había ocurrido durante el día.

Virginia acababa de sacar lo que, a simple vista, parecía la falange de un animal grande. Estaba oscurecido por la sangre del chico, pero no pude evitar pensar que era exactamente el trozo que le faltaba al animal del zoo.

Era de una garra de león.

David

11 de enero de 2019

No estaba en forma, aquello no era ningún misterio. En aquel momento solo acababa de demostrar ese importante dato. Al llegar a la estación de Plaza Cataluña, había intentado cruzar las máquinas detrás de una mujer muy arreglada y con prisa. Iba muy arreglada y no paraba de escuchar el repiqueteo de sus tacones sobre el duro suelo. Tac, tac, tac, tac.

La mujer iba tan despistada que no se fijó en que me puse detrás de ella para pasar por la máquina de tiques, ya que no tenía el dinero suficiente para pagar el robo que era ir en transporte público. Y lo había conseguido.

Pero, por desgracia, los guardas de la estación me vieron.

—Chaval, te hemos visto. ¿Dónde crees que vas? —No me detuve a hablar con ellos, así que empecé a correr como alma que lleva el diablo—. ¡Eh! ¡Eh!

Sin embargo, no fueron en mi búsqueda, siguieron caminando con paso lento sin preocupación alguna. Seguramente era por el físico, ya que tendrían una capacidad de resistencia parecida a la mía. Es decir, nula.

Salí por las escaleras y me encontré justo delante de la Apple Store. Estaba lleno de gente, tanto extranjeros como jóvenes con pintas de lo más peculiares y con los altavoces que estaban de moda poniendo banda sonora a las famosas calles de Barcelona.

Estaba sudando por la carrera que acababa de hacer, cada vez daba más asco y olía peor. La gente llenaba las calles del centro de Barcelona. Era horrible. Acostumbrado a la calma de Montgat, sus tranquilas calles y su ritmo de vida plácido, aquello era el infierno.

Así que, agachando la cabeza, intenté cruzar toda aquella marabunta y me interné en los callejones.

Quería perderme. Lo necesitaba.

Realmente no sé cuánto tiempo estuve dando vueltas y atravesando calles que nunca había visto en mi vida, pero cuando alcé la mirada observé que la noche se estaba instalando en el firmamento.

A pesar del buen día que hacía durante las horas de luz, ahora podía llegar a notar el gélido aire que trataba de colarse entre mis huesos y mis pulmones. Aunque durante el día el clima se podía soportar, por la noche la temperatura caía en picado.

Necesitaba un lugar donde pasar la noche y no morir de frío. Las extremidades empezaron a temblarme, siendo yo incapaz de controlarlas, y los dientes empezaron a castañetearme. Era una sensación horrible. Además, estaba el hambre, hacía horas que no había probado bocado.

Una luz me guio por las calles, una luz molesta e intensa, pero era lo único que me llamaba la atención. Me acerqué y me topé ante una oficina de La Caixa. Dentro había un hombre durmiendo sobre un sucio cartón y cubierto por lo que en un pasado era una manta. Poco quedaba de ella ahora.

Por suerte había espacio para los dos allí dentro. Necesitaba resguardarme ya. Al entrar, el hombre se dio la vuelta y me miró fijamente, sus ojos transmitían una profundidad y una tristeza que me dejaron helado. Transcurrieron unos instantes donde nuestras miradas no se separaron. Al final, el hombre asintió y volvió a acostarse, dándome la espalda.

Me puse lo más alejado a él, en una esquina, y traté de conciliar el sueño y calmar el rugido que brotaba de mi estómago. El suelo estaba duro y frío, y era muy incómodo, pero era mejor que estar a la intemperie. Poco a poco mi mente fue separándose del cuerpo y me alejó de aquella situación donde me encontraba, llevándome de nuevo a lo más profundo de mis recuerdos.

El patio del colegio de Sant Joan era increíble. Se dividía en

diferentes partes: una gran rampa en uno de los laterales, en la parte central una explanada de cemento, y a sus alrededores unos recintos cerrados de tierra. En estos últimos era donde siempre me encontraba yo, en especial en el que estaba cerca de la puerta de salida.

Por el suelo se hallaban repartidos unos neumáticos desgastados donde cada uno de nosotros se había apoderado de alguno de ellos. Me encontraba con Martí, Amanda y Ferran jugando con aquellas fascinantes ruedas. Sinceramente, no sabría decir qué clase de juego podía dar un objeto como ese, pero resultaba eficaz, por lo visto. Estaba tirado en el suelo junto a mis amigos riendo y creando un mundo perfecto para aquel juego que habíamos ideado.

Recuerdo que también había algunos neumáticos enterrados en el suelo verticalmente, dejando al descubierto la parte superior, permitiendo que jugáramos en ellos sentados. Yo me imaginaba que me encontraba a lomos de un corcel negro a punto de luchar contra un ejército de temibles y feos orcos. Pero la mayoría estaban en el suelo, por lo que podíamos levantarlos y moverlos haciéndolos rodar a nuestro antojo.

Cuando me incorporé, la risa de mis compañeros inundó el recreo. Todos me señalaban mientras tímidas risas asomaban en sus labios.

—Puaj, qué asco, David. —Amanda se llevó una mano a la nariz mientras con la otra seguía señalándome.

Incliné la cabeza y aprecié que en mi preciosa bata de cuadros azules se había quedado incrustado un excremento de alguno de los muchos gatos del pueblo. Como me había ido arrastrando, se había ido extendiendo por la ropa dejando una oscura y apestosa mancha.

—David tiene una caca, David tiene una caca —repetían sin parar entre risas. Eran niños y lo hacían sin maldad alguna, pero en aquel momento aquella situación me parecía todo un mundo. Tenía una caca.

Aquel día no pude quitarme ese olor de encima. Guardé la bata en mi mochila y fui todo el tiempo sin el uniforme oficial.

Mi abuela me esperaba a la salida del colegio. Normalmente era ella la que siempre venía a buscarme, ya que mis padres trabajaban hasta la noche, o al menos era así hasta que echaron a mi padre del trabajo, por lo que ella me llevaba a su casa todos los mediodías, y

luego, al salir a la tarde, también iba a buscarme. Eran las cinco, por lo que me llevaría al parque que se encontraba cerca de nuestra casa. Era el Parque de las Baterías. Desde el colegio eran unos veinte minutos, aunque al ritmo de mi abuela siempre se llegaba a alargar un poco más el trayecto.

Sandra Rosales González, la madre de mi padre. Sin llegar a exagerar, creo que se trata de la mujer más buena que jamás haya existido en la faz de la tierra. Desde que tengo memoria siempre ha sido una mujer anciana. Rostro curtido y cabello blanco. Vestía con blusa y oscuras faldas, nunca la vi con un pantalón, nunca.

—¿Abuela, por qué no llevas nunca pantalones? —le pregunté una vez con curiosidad.

Elia me miró atentamente y dejó que una sonrisa cruzara su bondadoso rostro, creando y exagerando las arrugas que lo surcaban.

—Porque es mucho más cómodo ir con falda que con pantalones. Si voy con pantalones no puedo correr ni saltar del todo bien, en cambio, con estas faldas puedo hacer lo que quiera. Es lo más cómodo que alguien puede encontrar.

Aquella respuesta me dejó asombrado. Se quedó en mi cabeza dándome vueltas hasta que un día decidí comprobarlo por mí mismo. Me había dejado en casa después de ir al parque, mis padres aún no habían llegado. Estaba solo y con una idea en la mente, ¿a qué esperaba para llevarla a cabo?

Fui a la habitación de mis padres. La puerta siempre estaba cerrada, así que la abrí con un respeto ceremonial y me interné en ella. La cama estaba sin hacer y había una multitud de ropa acumulada en el suelo, tanto limpia como sucia. Aquel contraste me golpeo, ya que el resto de la casa estaba impoluto, debido a que mi abuela, al ritmo de una canción que nunca había escuchado, la limpiaba a diario hasta dejarla impecable. Eso sí, mi habitación la ordenaba yo, si no, me dejaba sin chocolatinas para aquel día. Tener mi cuarto limpio era mi premio, no podía quejarme.

Me acerqué al armario de mi madre e investigué por sus ropas. Allí encontré un nuevo mundo. Había tantos conjuntos y colores diferentes que quedé abrumado. No sé cuánto tiempo estuve allí hasta que elegí una falda, pero sin duda alguna fue mucho. En mis pequeñas manos descansaba una falda de color negro. Era tejana y

en la parte delantera tenía cuatro botones oscuros para poder ajustarla mejor. Igualmente, a mí me venía grande, por lo que le puse en la parte de atrás unas pinzas de tender la ropa para que se adaptara a mi pequeño cuerpo. Caminé por el pasillo de casa con ella. Era cierto que resultaba muy cómoda, aunque me sentía muy raro con ella, como si estuviera desnudo. Siempre había estado acostumbrado a ir con pantalones, por lo que aquella sensación era muy diferente, aunque no me desagradaba. Estaba impaciente por que llegaran mis padres y así poder mostrarles mi descubrimiento, iba a ser como la abuela. Iría siempre con falda, así podría saltar mejor, correr y ganar a todos en el colegio.

Escuché la voz de mis padres en el rellano. Ya estaban allí. Fui corriendo al recibidor con los brazos extendidos para darles una sorpresa. La llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió lentamente. Allí estaban mis padres.

Tenían cara de cansados, ya que llevaban todo el día trabajando. Mi madre siempre iba acompañada de ese perfume de jazmín, mientras que mi padre quedaba impregnado a diario por un repugnante y permanente olor a sudor mezclado con uno más agrio, el que más tarde descubrí que era de la cerveza.

Sus enrojecidos ojos se abrieron aún más al verme allí esperándole con una falda de su esposa. Mi madre se tapó la boca con la mano, mirando con una expresión de terror a mi padre. Él se quedó pasmado en el umbral de la puerta, con un ligero temblor en las manos.

—Esto es por tu culpa, lo sabes, ¿no? Mira lo que le has hecho a nuestro hijo. Ya tenía suficiente con que fuera una bola de grasa, y ahora me viene vestido como una prostituta barata como su madre… —Pude ver cómo una llama de ira cubría los ojos de mi padre mientras pronunciaba aquellas palabras.

No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Era solo ropa, ¿qué tenía de malo? Y encima era muy cómoda, él también debería probarla. Sin embargo, sabía que algo iba muy mal. Mi padre a veces tenía aquellos ataques de ira, y era mejor no estar cerca cuando ocurría.

Era mucho peor si uno los creaba.

—Amor, lo siento mucho, seguro que hay una explicación. ¿Verdad, David? Cariño, ¿por qué te has puesto la falda de mamá?

Ya sabes que…

—¿¡Te quieres callar de una vez!? —escupió mi padre.

Empujó a mi madre dentro de la casa y cerró la puerta de un portazo. Un silencio se instaló en nuestra casa.

—Ve al cuarto, mujer, y no me molestes.

Mi madre no dijo ni una sola palabra. Agachó aún más la cabeza, asintiendo ante la orden, y se dirigió a la habitación con paso lento, dejándome solo con él. No era la primera vez que lo hacía, aunque por desgracia tampoco sería la última.

Me aferró del brazo y me llevó a rastras a mi habitación. Me dolía mucho, pero no me atrevía a decir nada, sería peor. Mucho peor.

Una vez que llegamos, me tiró al suelo con un simple movimiento y me quitó la falda bruscamente, rompiendo las pinzas que la sujetaban. Me quedé en calzoncillos en el suelo mientras mi padre rasgaba con sus poderosas y callosas manos aquella prenda de ropa. La dejó hecha trizas, destrozada. Me miró a los ojos unos instantes.

—Como vuelvas a hacer algo parecido, el siguiente en quedar así serás tú. Maricón.

Acto seguido cerró la puerta. Por un momento creí que la rompería de aquel golpe; por suerte, aguantó. Me quedé horas tirado en el suelo con lágrimas en los ojos y sin saber qué había hecho mal. Solo era ropa, y ¿qué significaba ser maricón?

Pero aquello había quedado en el pasado. Había aprendido a no volver a hacerlo.

Estábamos solos en el parque, mi abuela y yo. Había una pista de fútbol, donde también se encontraban unas canastas, por lo que podías escoger qué deporte practicar. Siguiendo los caminos podías ir a una pequeña explanada hacia abajo, o seguir el principal hasta arriba. Aquel era mi lugar favorito.

Las vistas que ofrecía eran espectaculares, ya que era uno de los puntos de mayor altura en todo Montgat. Desde allí se podía ver gran parte del Maresme y algunas de las más famosas construcciones de la ciudad de Barcelona. Eran unas vistas panorámicas inigualables. Aunque a aquello le di más importancia

con el paso de los años. En mi mente infantil solo había una cosa por la que estaba allí, los cañones.

Arriba, donde había una gran explanada en la que podías disfrutar de aquellas vistas, se encontraban los restos de los cañones de las antiguas baterías militares. Por lo que me explicaron, se construyeron cerca del año 1898, pero no se llegaron a estrenar hasta la Guerra Civil, ya que el pueblo necesitaba defenderse de los diferentes ataques aéreos y navales. Se construyeron cuatro cañones Krupp de 150 mm, de los cuales se conservan únicamente dos y algunos búnkeres.

Los cañones, ambos oxidados, estaban repletos de pintadas y firmas de todos aquellos jóvenes que trataban de dejar un legado grabado en el mundo y solo encontraban la solución en la pintura. Había firmas de todo tipo, creando un curioso arte urbano. Cicatrices modernas de una guerra que nadie quería recordar.

Siempre hacía la misma rutina. Bajaba a la plataforma y escalaba por la férrea escultura subiendo sobre ella. Dejaba que mis piernas colgaran, una a cada lado, mientras miraba hacia el frente, donde el mar aguardaba y me observaba impasible.

—¡Mira, abuela, mira! —Me encantaba que ella viera mis logros.

Su sonrisa siempre alegraba mis tardes. No había ni un solo día que recordara en el que no sonriera. Siempre estaba presente. Siempre. Ahora, mirando al pasado, pienso que quizás debería haber tomado más base de ella y no tanta de mis padres. Tenía una buena maestra, pero no fui un buen alumno.

Cogía los palos y corría alzándolos ante mí. Era un caballero con una armadura radiante, capaz de cualquier cosa. Lo único que desconocía es que, si uno no cuida su armadura, acaba oxidándose, quedando atrapado en aquella antigualla.

Dimos una vuelta por el parque bajo la copa de los árboles, que ocultaban el sol tras sus ramas. Estaba a punto de atardecer, así que mi abuela decidió que era hora de volver. Caminamos cogidos de la mano mientras salíamos del parque y nos adentrábamos por las calles. Se podría llegar a decir que el barrio de las Baterías no es uno de los más bonitos ni más acogedores de todo el municipio, eso ya se puede ver desde lejos.

La mayoría de las casas y edificios que aquí se podían encontrar tenían un aspecto dejado y antiguo. No se encontraban muchas

casas reformadas y con colores vistosos, sino todo lo contrario. Pintura desgastada por el clima y el tiempo, colores apagados y sin vida… Montgat es así. Tiene muchos barrios, todos ellos con sus peculiaridades y características.

Llegamos a la puerta de mi edificio, el número 23. Sacó un manojo de llaves del bolsillo de su chaqueta, buscó la llave de la puerta de entrada, que era una de las más grandes, de un color dorado deslucido. La puerta tenía una multitud de rayajos cerca del orificio de la cerradura. Abrió la pesada puerta de metal dejándome pasar.

Subimos al segundo piso y esta vez no tardó en elegir la llave. Abrió la puerta que se encontraba bajo el número 2. Mi hogar de la infancia. Hogar, dulce hogar. La casa estaba impecable, como siempre, y todo gracias a ella.

Sin embargo, aquel día no éramos los primeros en llegar. Mi padre se encontraba estirado en el sofá con la televisión encendida. Había llegado pronto de trabajar. Su inconfundible olor me llegó desde la entrada. Mi abuela le vio, intercambiaron unas pocas palabras y al poco tiempo me plantó un beso en la coronilla y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Mi padre ni siquiera me miró. Seguía enfrascado en el programa que estaban dando. Dejé la mochila en un rincón del comedor y me dirigí rápidamente a mi habitación.

—¿Qué es ese olor a mierda? ¡David! Ya puedes estar viniendo aquí. Como me hagas levantar…

Volví corriendo y me puse ante él. ¿Qué pasaba?

—Has entrado y has dejado olor a mierda por todos lados. ¿Has pisado una mierda de perro o qué? —Caí en la cuenta de que la bata estaba en la mochila, seguramente era aquello—. ¡Contéstame! ¡Soy tu padre, mírame cuando te hable!

—Yo… Yo… Hoy en el patio me he manchado con mis amigos. Ha sido sin querer. En serio. —Me dirigí a la mochila y saqué de ella una bolsa de plástico que me había dado la profesora María para guardar la bata—. La profe ha llamado a la mama y ya le ha contado todo. Tengo aquí la bata.

Se levantó con un suspiro mientras caminaba hacia mí. Cogió la bolsa y sacó la prenda de ella. Por un instante, una expresión de comprensión surcó su rostro, pero luego una mueca de asco cruzó

por su cara.

—¿Crees que limpiar esto es gratis? Sería muy bonito, ¿eh? Un hada madrina que viene por las noches y hace todas las tareas, mientras tú no haces nada. Eres un desagradecido. Tu madre se pasa el día trabajando y al llegar a casa solo se encuentra con más faena. Debería darte vergüenza, eres una deshonra como hijo.

Acto seguido, me lanzó la bata contra la cara, dejando que los excrementos se engancharan en mi mejilla. Empecé a llorar entre arcadas, el olor era nauseabundo.

—No seas una mujercita, tampoco es para tanto. Tú mismo te lo has buscado. Seguro que en un futuro tendrás más cuidado, ¿verdad?

Volvió a sentarse en el sofá con una sonrisa de satisfacción en el rostro mientras yo corría hacia el baño y me restregaba con agua y jabón la cara. Recuerdo que no conseguía quitarme aquel olor, a lo largo de los años, si cerraba los ojos, aún podía recordar aquel instante y el aroma a excremento de gato.

Más tarde llegó mi madre. No hizo falta decir nada. Saludó a mi padre con un beso en los labios, me cogió de la mano y me llevó al lavabo. Me duchó ella con mucho cariño y amor. Mientras lo hacía, recuerdo que sus ojos no miraban hacia ningún lado. Estaban inertes. ¿Por qué me había hecho aquello? ¿Por qué ella no le había dicho nada? No lo entendía.

Aquella noche no pude parar de llorar. Había cenado en silencio. Mi padre se había servido otra cerveza y no había apagado la televisión, por lo que estuvo toda la cena viéndola. Al acabar, se levantó y volvió al sofá y dejó que mi madre y yo recogiéramos los platos y los laváramos.

Fue al estirarme en mi cama y arroparme bajo las sábanas cuando las lágrimas empezaron a manar de mis ojos. Tenía miedo de hacer ruido y despertar a mis padres, así que dejé que mis sentimientos fluyeran en un silencio total. Me encontraba de lado, por lo que las lágrimas caían verticalmente por mi rostro, empapando por completo la almohada. No recuerdo cuándo caí dormido. Sería difícil, ya que muchas noches parecidas le siguieron a aquella. Era una noche más.

Ella lavó mi bata. Cuando me levanté al día siguiente con los ojos enrojecidos estaba doblada encima de mi silla y preparada para

afrontar un nuevo día.

Jordi

15 de diciembre de 2018

Cómo no, el clima era de lo más incierto. Debido al cambio climático, uno ya no sabía cómo prever la temperatura que haría a lo largo del día. Era mediados de diciembre y sin darse cuenta uno estaba en manga corta y paseando por la orilla de la playa. Sin embargo, aquel día cuadraba con la época del año en la que nos encontrábamos, era un frío capaz de atravesar las ropas, de instalarse en el cuerpo. Había tenido que buscar en el armario una chaqueta que ya había decidido guardar para el año siguiente. El tiempo estaba loco.

Tenía las ideas sumergidas en los detalles de aquellos primeros artículos de la prensa que habían salido hacía ya un año. Sabía que no encontraría nada. Le había dado muchas vueltas y no había descubierto nada nuevo. Necesitaba enfocar de manera diferente todo el caso. Tenía que volver al inicio.

Un gran eucalipto observaba atentamente mis pasos mientras bajaba las escaleras hacia la riera. Aquella especie de jardín se encontraba igual que siempre, nunca cambiaba. Si los rumores del pueblo no fallaban, una señora de los edificios cercanos lo cuidaba con esmero, y ante cualquier persona que se acercaba, amenazaba con llamar a la policía.

Inspiré con fuerza aquel aroma a eucalipto, dejando que el frío inundara por unos instantes mis pulmones.

Aquel frío casi me hizo volver a sentirme vivo. Casi. Al exhalar, el vaho escapó de mis labios como las promesas que aún cargaba sobre mis espaldas. Encogí los hombros, como si de esa manera fuese más resistente a la gélida temperatura que me rodeaba. Por

supuesto, no sirvió de mucho.

Al llegar al final de la escalera, una gran decepción me inundó. Estaban de obras.

—Mierda. Siempre están de obras en este estúpido pueblo —susurré con rabia para mí mismo.

A mi izquierda, donde normalmente estaba el parque de los niños, la canasta y la petanca, únicamente había máquinas y tierra removida. A la derecha, en la acera donde me encontraba, solo se podía observar la entrada de un restaurante. No había nada más.

Un toldo de color granate invitaba a entrar en él. Al acercarme observé que tenía estampado un sello con una C y una B. El Celler Berenguer, el restaurante que se encontraba en la Riera d'en Font.

Desde fuera no llegué a observar movimiento alguno, pero al acercarme a una de las ventanas vi el bullicio que reinaba en el restaurante. Estaba a rebosar. Incluso llegué a respirar y saborear aquel aire festivo que inundaba el Celler. La decoración navideña, las luces, el árbol de Navidad, las risas y las familias unidas… Aún faltaban unos cuantos días para las fiestas navideñas, pero es increíble cómo para estas fechas las personas se adelantan y tratan de que se alargue esa sensación festiva lo máximo posible.

Era diciembre, a la gente le gusta celebrar este mes con la familia, eran fechas claves.

Una imagen llegó a mi mente, mi familia reunida, el calor que me regalaban, la alegría… No duró mucho, ya que la imagen se congeló, como si el frío hubiera llegado a mis recuerdos.

Me aparté de la ventana y traté de centrar mis ideas en cualquier otra cosa. Hacía más de un año, en los túneles de detrás el parque, habían encontrado el cadáver de un chico: Pere Llops. Aquello no fue más que el principio de una serie de brutales asesinatos que asolaron al pequeño municipio.

Al cuerpo del chico le faltaba el corazón, el asesino lo había arrancado tras abrir la caja torácica con un hacha, mientras aún vivía. Le habían encontrado diferentes drogas en el organismo, administradas para que no sufriera tanto mientras moría. Tras la muerte, grabada con fuego, tenía en el sacro la figura de un uróboro, la serpiente que se muerde la cola.

Repasaba los datos mientras me alejaba del restaurante y me adentraba por unas cañas que se encontraban cerca de las obras. El

parque no me ofrecería gran cosa, sin embargo, los túneles me podrían ayudar.

Aquella era la riera. Cuando llovía, todo a su paso quedaba destrozado. Por suerte, hacía tiempo que no llovía. Seguí la zona de tierra hasta que, sin darme cuenta, me topé con la entrada del túnel.

Suspiré mientras sacaba del bolsillo el móvil y activaba la linterna. Era hora de adentrarse en la oscuridad.

No veía gran cosa, a excepción de lo que se hallaba a pocos palmos de mí, gracias a la capacidad del móvil.

El cuerpo lo encontraron a escasa distancia. Al menos aquello decía el informe policial.

Había obtenido un expediente cuando cerraron el caso, y había memorizado todas y cada una de las fotografías que albergaba, así que no tardé en toparme con el lugar exacto.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Aquí había muerto una persona de una forma cruel y horripilante. ¿Cuáles habrían sido los últimos pensamientos de aquel muchacho antes de morir? ¿Era consciente de lo que le estaba ocurriendo? No tenía respuestas, aunque deseaba que la de la última pregunta fuera negativa. Lo necesitaba.

Había transcurrido más o menos un año, por lo que no tenía mucha esperanza de encontrar nada.

Si no lo hubiera sabido, jamás habría pensado que, exactamente en ese lugar, la sangre salpicó las paredes y bañó el suelo.

Enfoqué con la linterna del móvil las paredes y observé que estaban llenas de grafitis. Algunos más antiguos que otros. Frases sin sentido aparente que se solapaban unas con otras. Uno me llamó la atención sobre todos los demás. Me acerqué con las manos temblorosas. Reconocía aquella caligrafía. Se trataba de unas sencillas letras acompañadas con el dibujo de un pollito amarillo.

CUCU SIEMPRE ESTARÁ CONTIGO

Acaricié con dolor aquellas letras. El dibujo no sé de quién era, ya que él no sabía dibujar nada bien.

Bernat…

Bernat había estado en aquel mismo lugar, cogiendo un espray y trazando aquellos caracteres. Incluso podía llegar a sentirlo junto a mí. Estaba justo ahí, a mi lado.

Lo notaba tan cerca y a la vez tan lejos… Acaricié la mohosa pared mientras una solitaria lágrima cargada de dolor surcaba mi rostro.

—Te juro que llegaré al fondo de todo. Encontraré al verdadero culpable de todos estos asesinatos. Solo necesito tiempo. Un poco más de tiempo. Te quiero…

Rafael

16 de diciembre de 2017

No habíamos podido dormir nada. La noche había sido muy larga y, después de que la científica se llevara el cadáver al laboratorio forense, nosotros nos quedamos para ver si podíamos encontrar algo de interés. Por desgracia no fue así, tan solo hallamos sangre del chico, mierda y orín de rata, y desechos arrastrados por la riera y esparcidos a lo largo del túnel.

Al volver a Barcelona, con la mirada cansada y con un agudo dolor de cabeza, el móvil de Matías empezó a taladrarme, incrementando en pocos segundos aquel malestar. No paraba de repetirle que cambiara el tono de llamada, pero él no me hacía caso, así que dejó que sonara la icónica canción de Rafael, *Mi gran noche*.

—Qué pa-sa-rá, qué misterio habrá. Puede ser mi gran noche —cantaba a pleno pulmón.

Juraría que vi caerse del cielo a dos pájaros fulminados por aquellas dos estrofas de la canción.

—Hazme un favor y contesta al teléfono, luego si quieres puedes apuntarte al *casting* de *Operación Triunfo*.

Descolgó el teléfono y estuvo unos segundos hablando con la persona al otro lado de la línea hasta que contestó:

—De acuerdo, ahora vamos para allá. —Me miró con cara cansada y encogió los hombros al colgar—. Es la forense, dice que nos pasemos ahora y nos comenta lo que tiene del cadáver.

—Joder, sí que ha ido rápido la cabrona… Necesitaba descansar un poco, me cago en la puta.

Afortunadamente, no había mucho tráfico a esa hora y al poco

rato llegamos al laboratorio forense.

Nos recibió la misma mujer que nos informó en el túnel, Virginia. Nos condujo por un largo pasillo hasta que se detuvo en una de las puertas. Sacó un manojo de llaves de uno de los bolsillos de su impoluta bata y la abrió.

—Adelante, agentes.

La habitación era blanca, con tres mesas de autopsias de acero inoxidable, aunque solo una de ellas estaba ocupada.

—Hemos identificado el cuerpo del chico como Pere Llops. Llevaba desaparecido desde el día 15. Ahora ya ha vuelto a aparecer —dijo mientras se sacaba una piruleta en forma de corazón, le quitó el envoltorio y se la llevó a la boca con una sonrisa—. ¿Quieren una?

Nos negamos con una mueca de desagrado ante la falta de respeto de aquella mujer, no era el lugar más idóneo para saborear dulces. Seguramente estaba un poco loca. Se lo podía ver en la mirada, ojos muy abiertos, como si en cualquier instante se fuera a abalanzar sobre nosotros. Qué miedo daba.

—El cuerpo tenía el pecho destrozado, he hecho lo que he podido, ¿queréis el informe largo y detallado, o el resumen con la información esencial?

—Llevábamos toda la noche en la escena del crimen y no hemos podido descansar nada, si nos hicieras un pequeño resumen con lo más importante, sería de agradecer, la verdad… —murmuró Alex con su mejor mirada de cachorro.

—*Mossos havíeu de ser*… En fin. Vamos allá. —Señaló al cuerpo mientras empezó a hablar.

Nuestros pasos retumbaron en aquella funesta habitación mientras nos acercábamos al cadáver del pobre chico.

—Vayamos por orden. El cuerpo estaba tirado bocabajo, como si el chico estuviera mirando hacia el suelo. Sus piernas estaban juntas y sus brazos extendidos, formando así una especie de cruz. La escena del crimen estaba muy contaminada, ya sea por los vecinos que encontraron el cadáver, por la riera en sí, y por los animales que hay. Dudo que encontremos algo aparte de excrementos de ratas.

Hizo un sonido con la piruleta, mientras la agarraba por el palo y la sacaba de la boca, haciendo un sonoro ruido. Me estaba

revolviendo el estómago. ¿De dónde coño había salido ese personaje?

—Lleva muerto entre unas doce y quince horas aproximadamente y también puedo deciros que en el túnel no lo asesinaron. No había la suficiente sangre en el suelo, y tampoco hay rastros que indiquen que se hizo allí. Averiguar dónde lo mataron es trabajo de ustedes. Hay que tener en cuenta que el chico pesa unos 85 kilos, por lo que si alguien lo movió debe de estar en forma.

La doctora iba dando vueltas alrededor de la mesa mientras nos bombardeaba con todos aquellos datos, se miró las uñas de la mano izquierda y prosiguió:

—Qué más… Sí. Tiene heridas por todo el rostro, le falta un trozo del párpado izquierdo y también del cartílago de la oreja del mismo lado, esto es a causa de nuestras queridas amigas y vecinas, las ratas. Luego tenemos la herida en el pecho, arma blanca. Tal y como les comenté en la escena del crimen, un hacha. Varios golpes, podría decir que con torpeza, y le partieron las costillas. Tras destrozarlas, le quitaron el corazón.

Gesticuló en el aire como si aferrara el arma y descargara con fuerza sobre el cadáver. Alex y yo nos quedamos helados al ver la recreación y la puesta en escena de aquella mujer. Era aterrador. Habría sido mejor dormir en el túnel y no salir de allí.

Mientras simulaba que rebuscaba y le arrebataba el corazón siguió hablando, como si ella no fuera consciente de los actos que estaba realizando.

—Luego tenemos la quemadura en la zona sacra, un uróboro, la serpiente que se come su cola, el símbolo del infinito. Puedo decirles que se lo hicieron *post mortem*, no sufrió por la quemadura. Algo es algo, ¿no? Y ya vieron lo que le sacamos de la boca, y, tal como me dijo, inspector Canosa, se trata de la falange de un león.

Se quedó en silencio unos instantes mientras pensaba sus próximas palabras y nosotros procesábamos la información, aunque la mayoría ya la sabíamos.

—Me encanta, es un puzle muy complejo. Ahora hay que ir uniendo las piezas hasta que tengamos el cuadro final. ¿No es emocionante? —La miramos asombrados y con cara de pocos amigos—. Da igual. De momento esto es todo lo que puedo darles que sea de utilidad. Aún estoy esperando los resultados de unas

cuantas pruebas, en cuanto me lleguen, les llamo para informarles. Ahora ya pueden irse a descansar, señoritos. Dulces sueños.

Nos guiñó el ojo derecho y masticó con fuerza lo poco que le quedaba de la piruleta. Luego nos dio la espalda y nos llevó de vuelta a la salida sin decir ni una sola palabra más, al igual que nosotros.

—Esa tía me da miedo. Te lo juro, Rafa, no es normal. Está muy buena, pero tiene un grave problema mental. No sé de dónde la han soltado. Vámonos antes de que se dé la vuelta y nos mate a nosotros con un hacha.

David

20 DE FEBRERO DE 2019

Nunca imaginé lo dura que era aquella situación. Vivir en la calle. Recuerdo ver a gente sin techo cada día, pasar por su lado y apenas fijarme en ellos. Ahora era yo el hombre invisible. Una molestia para la sociedad, alguien que no debería existir.

Paseaba por las calles desorientado y abrazándome con fuerza el cuerpo, intentando calmar aquel penetrante frío de febrero. Hacía días que me encontraba en esa situación, y lo peor era que yo mismo me lo había buscado. Nadie me obligaba. Era por decisión propia.

Era mi aprendizaje. Mi castigo. Mi lección.

El día transcurría con lentitud, ya que pasaba las horas sentado en el austero suelo de la calle, pidiendo limosna a todos los que pasaban cerca de mí. Mi presencia nunca había llamado la atención en mi corta y desgraciada vida, pero la situación donde me encontraba era aún peor. Si alguien reparaba en mí, lo hacía con una mezcla de lástima y desagrado. Una combinación horrible. Un gordo pasando frío y hambre, eso es lo que veían. Ese era yo.

Y sé lo que pensaban, los había oído susurrar y reírse de mí cuando creían que estaban lo bastante lejos.

—¿Has visto al gordo ese pidiendo dinero? Ese tío no pasa hambre ni loco, ¿tú le has visto? Si tanto necesita la pasta, que haga dieta. —Aquello levantaba sonoras carcajadas y miradas furtivas hacia mi dirección.

Ya había perdido la cuenta de cuántas veces escuchaba esa broma a lo largo del día. Docenas. O incluso más.

Mantenía la vista agachada, observando el suelo mientras volvía

al banco para dormir. Mis pies pisoteaban aquellas infinitas flores de cuatro pétalos que adoquinaban la calle, el famoso *panot* de Barcelona. Sin lugar a duda, uno de los iconos de la ciudad. Decían que era una obra de arte, sin embargo, la gente no era consciente de ello. Más bien lo despreciaban. Las calles estaban llenas de chicles, de mierdas y orines de perro, plásticos y papeles… Y lo más importante, de colillas.

Aquello era exactamente lo que estaba buscando, colillas. Necesitaba fumar urgentemente, y no podía gastar más de cinco euros en un paquete que me duraría poco más de medio día, se salía del escaso presupuesto que las calles me regalaban. Así que escaneaba el suelo buscando colillas que salvar. La gente desperdiciaba una cantidad de tabaco muy preciada, cosa que yo disfrutaba gustosamente.

Localicé una pisoteada en una esquina, cerca de una papelera. Suerte que la gente no era cívica y las tiraba al suelo en vez de a la basura, si no me costaría demasiado mantener mi adicción. Aferré la colilla entre mis dedos, observando que en la boquilla había quedado grabado el rojo carmín de la mujer que se lo había fumado.

Ya que estaba, también rebusqué en la basura, intentando encontrar algo de comer. ¡Bingo! Estaba de suerte, que día más bueno. Un trozo de hamburguesa, hoy tenía cena. Guardé mi botín en un bolsillo y seguí caminando.

Mi subconsciente me llevó directamente a las puertas de un supermercado que estaba abierto las veinticuatro horas al día. El chico que ahí trabajaba, de origen paquistaní, me saludó al entrar. Yo ya era un cliente habitual. Y lo sería.

Fui directo a la estantería de bebidas alcohólicas. Miré los precios y escogí la misma opción de cada noche, un vodka barato y malo, una sustancia que nadie quería beber y cuyo único consumidor era yo. Solo con eso podía dormir por las noches, si no, pasaba las horas en vela, rememorando todas las muertes de los últimos meses, todo el sufrimiento. Y no solo eso, las sombras me acechaban, me susurraban y me recordaban que todo aquello era por mí. Que yo también debería estar muerto, como mis amigos.

Me dirigí a la caja y pagué con las pocas monedas que había conseguido recolectar a lo largo del día, quedándome a cero de

nuevo. Salí del establecimiento mientras desenroscaba la botella.

—¡Eh, espera! —El chico paquistaní de la tienda vino detrás de mí gesticulando—. Ten, esto es para ti.

Me entregó unos bollos de pan envasados, con una tímida sonrisa en el rostro.

—Mañana caduca el paquete y seguramente tú lo aproveches mejor que nadie.

Me quedé mudo de la sorpresa, sin poder articular palabra. Sin embargo, mi cuerpo habló por mí, ya que empezó a temblar descontroladamente. Traté de pronunciar un simple gracias, pero no salió ningún sonido de mi boca. Aunque mi mirada transmitía una gratitud que al dependiente no le costó adivinar. Me sonrió con afecto y volvió a su establecimiento a atender a los demás clientes.

Me despedí de él inclinando la cabeza y con una sonrisa agradecida, y volví a La Caixa a dormir. Bebí durante todo el camino y empecé a notar cómo mi cuerpo se calentaba por el alcohol. Por fin, el frío de las calles desaparecía de mis doloridos huesos. Aquello era vida.

Mi compañero de «piso» no había llegado, estaría teniendo un día ajetreado. Así que me estiré en una caja de cartón que había abierto para no estar en contacto con el suelo y me arropé con una manta que me regaló la segunda noche aquel buen hombre.

Mientras bebía ávidamente, mis ojos se fueron cerrando y fui cayendo en un profundo sueño cargado de recuerdos de mi pasado.

Parecía inevitable que no parara de recordar mi vida, pero prefería recordar mi infancia a los últimos meses de mi vida.

No era capaz de volver a revivir todo aquello, me aterraba.

David

2005, catorce años antes

Si soy sincero, no tengo muchos recuerdos de toda aquella época en la escuela de Sant Joan. Todo queda muy difuminado ahora. A veces me viene a la memoria alguna escena inconexa, por supuesto.

Como cuando el verano se palpaba en el ambiente y los profesores nos llevaron a la parte trasera del edificio principal. Allí había un jardín descuidado en el que habían hinchado unas pequeñas piscinas de colores variados. En ellas flotaban pistolas de agua, cubos y otros juguetes. El agua estaba fresca, lo que nos hacía correr de un lado a otro mientras nos disparábamos con las pistolas, nos tirábamos el agua con los cubos y correteábamos de un lado al otro riendo sin parar. Era la magia del verano. Eran buenos días.

Era P-5, nuestro último año en la escuela de Sant Joan. Cuando abandonáramos sus puertas, tras el transcurso de los maravillosos meses de verano, nos encontraríamos ante un lugar completamente nuevo. Iríamos con los mayores. Seríamos como ellos. ¿Qué se sentiría al ser de la escuela de primaria? ¿Tendríamos privilegios nuevos? Todos estábamos impacientes por conocerlo, aunque no éramos conscientes realmente de lo que significaba aquel cambio. Nos podríamos quedar allí, en nuestra escuela, con nuestros profesores, por nosotros no existía problema alguno. ¿Por qué teníamos que cambiar de colegio?

Pero justo en ese momento todo cambió, en aquel jardín con piscinas. Un verano cualquiera para los demás, sin embargo, para mí fue un punto de no retorno. El momento en el que todo cambió.

Quizás es por eso que sea un recuerdo tan fuerte. Un momento de felicidad pura, pero el comienzo de una de las cosas más duras

con las que he tenido que cargar durante buena parte de mi vida.

Éramos pequeños, inocentes y decíamos todo cuanto pensábamos sin filtrarlo antes en nuestras pequeñas mentes. Es normal.

Íbamos en bañador y fue una de las veces donde nuestro cuerpo se mostraba ante los demás con poca ropa. Seguramente habían sido muchas más, pero en aquel momento nuestra consciencia lo analizó de manera diferente. Captando diferencias entre nosotros.

Yo fui el primero en darme cuenta, por supuesto. Era muy diferente a todos. Demasiado. Nadie tenía mi constitución, tampoco mi barriga prominente, ni un cuello apenas inexistente, ni unos brazos anchos y regordetes. Había cuerpos muy variados, algunos muy delgados y otros más rellenos. Pero ninguno de ellos llegaba a acercarse al mío. Ni de lejos.

Aunque no dijeron nada, aquel fue el día en el que todo cambio. Todos sabíamos la verdad, la diferencia era palpable. A partir de entonces, al comienzo de nuestra época en la escuela de primaria Salvador Espriu, me bautizaron con un nuevo y poco original nombre: David el gordo.

Jordi

15 de diciembre de 2018

Ahí estaba la luna. Otra vez ella. Venía a saludarme casi todas las noches, recordándome la promesa de un pasado demasiado reciente. Me incorporé de la cama empapado de aquel habitual sudor frío.

¿Cuándo acabaría todo? Parecía mentira que aún me preguntara aquello cuando ya conocía la respuesta de memoria. Todo se solucionaría cuando llegara al final del asunto.

Notaba mi cabeza llena. Llena de esas minúsculas patas que arañaban mis ideas. Arañas. Sucias y asquerosas arañas. Las notaba corretear por mi mente, tejiendo esas telarañas de susurros en voces dentro de mi cráneo, confundiendo sus cantos con los míos.

¿Qué podía hacer cuando ya no confiaba ni en mis propias ideas? Ni siquiera en mis propios pensamientos…

Iba a la deriva, como siempre, remando con aire sobre las olas, en una barca elaborada con finas gotas de agua, las cuales se empezaban a mezclar con el mar.

Es así como lo notaba, como iba cayendo gradualmente en las profundidades de ese doloroso abismo que era mi corazón. Quedando irremediablemente a merced de aquel océano desconocido.

Alargué el brazo para coger el móvil y miré la hora. La luz me deslumbró y tardé unos segundos en enfocar la vista y distinguir los dígitos de la pantalla.

1:25 de la madrugada. No era la primera vez que me ocurría y también sabía que no podría volver a conciliar el sueño. Me froté el rostro y empecé a vestirme. Me calcé mis viejas bambas de deporte

y un chándal de color negro.

Iba a descargar un poco aquellos sentimientos y aquella sensación de ahogo con la que me acababa de despertar.

Correr siempre me ayudaba a ordenar las ideas y desconectar del mundo en el que vivía. Siempre que tenía algún problema decidía ir al paseo de la playa y correr con el sonido del mar de fondo. Nada de música. Solo la naturaleza y yo. Era lo único que me relajaba.

Así que corrí. Corrí como si alguien me persiguiera, tratando de huir de esa sensación, de esa persistente sombra que me absorbía por completo. No logré escapar del todo de ella, pero sí en su gran mayoría. Aún notaba sus ojos desde la lejanía observándome, aguardando a que cayera para atraparme.

Tras cuarenta y siete minutos de deporte decidí volver caminando a casa para bajar las pulsaciones y darme una cálida y reparadora ducha.

Estaba recorriendo el Carrer de l'Església, una alegre calle que se encontraba a pocos metros de la playa. La mayoría de sus casas estaban pintadas de un color blanco que hacía viajar a uno a algún pueblo de la Costa Brava. Era muy acogedor, sobre todo por las fiestas de San Juan, en las que decoraban de banderines toda la calle y se veía el ambiente festivo en cada rincón. Ahora, un árbol de Navidad de plástico se encontraba cerca de unas escaleras, alumbrando la calle entera con aquellas luces multicolores que no paraban de parpadear.

Por supuesto, también estaba la iglesia de Montgat, la parroquia de San Juan. Realmente no conocía gran cosa de ella. Lo único que me venía a la mente era el bautizo de Bernat, dieciocho años atrás.

Por lo que sabía, la construcción empezó en 1816, pero se interrumpieron las obras, cosa muy normal en el pueblo, por lo que finalizó en 1857. El edificio salva el fuerte desnivel que se aprecia entre la parte frontal y la parte posterior de la iglesia. Es por eso por lo que su fachada es muy alargada. En la parte frontal, a la izquierda, se aprecia un campanario construido posteriormente, si mal no recordaba, allá por el año 1900, por lo que la estructura rompe ligeramente el estilo antiguo que el edificio desprende.

Lo curioso era que siempre que pasaba por delante estaba cerrada. Siempre. Por eso me llamó la atención ver las luces de su

interior prendidas y los portones abiertos. No pude evitarlo y me acerqué a fisgonear. La entrada brillaba por las luces del árbol que se encontraba a mi espalda. Me acerqué aún más con curiosidad.

Las puertas abiertas me invitaban a entrar, era como si alguien me llamara desde dentro de la iglesia, así que, con delicadeza, me interné en sus entrañas. En el interior del edificio, el silencio lo invadió todo. Era aplastante, pero por suerte aún lograba escuchar de fondo el sonido de las olas al romper en la arena de la playa, cosa que me tranquilizó.

—Buenos días, hijo, ¿o debería decir buenas noches? —Un hombre se encontraba postrado en uno de los primeros bancos.

Di un salto hacia atrás asustado por aquellas palabras. El corazón me iba a mil. Estaba tan quieto que no había reparado en él en una primera instancia. Se levantó con energía y se dirigió hacia mí con una cálida sonrisa.

—Siento no llevar el hábito y los ropajes habituales, pero, como comprenderás, es una hora poco común.

Iba vestido con unos tejanos oscuros y un sencillo suéter de lana. Tenía su cabello canoso revuelto, como si se acabara de despertar, cosa que era muy probable. Rondaría los sesenta años y, tras las arrugas de su rostro, pude encontrar una paz y un amor fuera de lo común en sus azules ojos. Era una persona cuya mera presencia invitaba a conversar.

Cuando ya estaba cerca de mí, extendió su brazo y me estrechó la mano con fuerza. Sus manos eran cálidas al contacto y no dio muestras de que le molestara que estuviera sudado.

—Buenos días, padre —dije con una sonrisa mientras mis pulsaciones bajaban tras aquel susto tan tonto.

—Estamos fuera del horario habitual, como puedes comprobar —dijo señalando a sus ropas—. Así que puedes llamarme Francisco. Cuéntame, hijo, ¿qué haces despierto a estas horas de la noche? Supongo que no es una rutina habitual…

Me colocó una mano en la espalda y me guio por el pasillo central. Cuando íbamos por la mitad se detuvo y me invitó a sentarme en un banco, yo en uno y él en otro de la misma fila, separados por el pasillo. El asiento dejó escapar un gruñido al notar mi peso.

—Bueno… Digamos que hace tiempo que no descanso como

debería. Últimamente no puedo dormir muy bien. Estoy de baja en el trabajo. Mi jefe es un muy buen amigo mío y no quiere que vuelva hasta que esté preparado. Pero creo que quizás me iría bien desconectar de la realidad en la que me encuentro. Todo me duele demasiado. Tantos recuerdos…

No entendía qué me estaba pasando, pero no era normal que me abriera así a alguien que no conocía. Le estaba hablando de mis sentimientos como si fuera lo más normal del mundo. Sin embargo, no podía evitarlo, aquel hombre desprendía algo que no era capaz de explicar. Me irradiaba una calma y una seguridad que hacía tiempo que no experimentaba.

—Puede que sea cierto lo que dices, pero tienes suerte de tener una amistad tan buena con tu jefe. Por lo que veo, quiere lo mejor para tu salud y, seguramente, si volvieras al trabajo no estarías concentrado al completo. Quizás necesitas ese reposo, o cerrar esos asuntos que rondan por tu mente.

—Ese es el problema, pad… Francisco.

El hombre me miró fijamente, aguardando con paciencia a que las palabras buscaran una manera de expresar las ideas de mi mente. Podía notar cómo sus azules ojos traspasaban mi piel y miraban más allá, a mi alma. Fue una sensación de lo más inusual. Jamás había notado algo así. Tragué saliva y me pasé la mano por el cabello tratando de encontrar la manera adecuada de expresarme.

—Es sobre los asesinatos. Sobre el Asesino de la Serpiente. No puedo dormir desde lo ocurrido. Me perturba todo lo que ocurrió y…, y necesito… —Las palabras no consiguieron salir.

—Fue horrible. Esos pobres chicos asesinados de esa forma… Es normal que tu día a día se altere de esa manera, pero debes pensar que todo acabó, que consiguieron coger al culpable de lo ocurrido. Aitor Romero, ese camello… Le conocía desde que era pequeño, una familia complicada, pero jamás pensé que fuera capaz de todo aquello. Y menos de suicidarse después… Fue espantoso. Pero debes pasar página, todo ha terminado. Si algo me ha enseñado la vida, es que con el tiempo todo puede sanarse.

Asentí al escuchar sus palabras. No sabía nada. Era normal.

—No… No ha pasado. Mi hijo… —Vi su mirada, vi cómo lo comprendió—. Era Bernat García, el tercero… Mi esposa y él…

—Oh… Ahora lo entiendo todo. Eres Jordi, el padre y marido que perdió a su familia. No sé cómo no te he reconocido antes. Lo siento mucho, en serio. Sé que mis palabras quizás no surten el efecto deseado, pero siempre recomiendo que hay que perdonar… Incluso a uno mismo. El único capaz de juzgar unos actos es nuestro Padre, aunque sé que los actos que hizo ese chico son terribles. Si te soy sincero, yo no creo que pudiera perdonarle. —Miré al hombre con ojos de sorpresa—. ¿Crees que por ser un siervo del señor no soy humano? Si mi familia muriera a manos de esa persona, jamás podría perdonarle lo sucedido, aunque una parte de mi ser intentaría pasar esa horrible página de la historia. No puedo darte más consejos, ya que no me he encontrado en tu situación… Lo siento mucho.

—Verás… Sé que tienes razón en todo lo que has dicho. Pero hay un problema. Dentro de mí existe una duda. Es una sensación, como un sentimiento que no puedo llegar a explicar. Una voz que me susurra, que me empuja. —Francisco se acomodó en el banco observando con atención, sus ojos brillaron o eso me pareció—. Creo que Aitor Romero no fue el culpable de esos asesinatos, creo que hay algo más que se escapa a la policía. Sé que no tengo pruebas, ni nada que me haga dudar de ello. Pero creo con todo mi corazón que algo no cuadra, no sé lo que es. Podría estar volviéndome loco. ¿Escuchar voces? Debería dejarlo estar, el caso está cerrado. Pero quizás es la voz de Dios ayudándome… Aunque no lo creo, nunca he sido una persona religiosa, no creo en nada. Y ahora no sé qué pensar, me siento perdido. Mi hijo y mi mujer merecen justicia, merecen conocer la verdad.

—No hace falta creer en Dios para que él nos cuide y nos ayude. Un padre cuida de su hijo, aunque este muchas veces no hace lo que deba… ¿No crees? Jordi, tienes que hacer caso a esa voz, a esa sensación. No dejes que nada te desvíe de su camino. Puede ser la voz de Dios, o quizás la voz de tu subconsciente, sea como sea, sigue esa sensación, escucha con atención qué quiere decirte, hazle caso.

Estaba sorprendido. Aquel hombre, aquel cura, me estaba animando a que prosiguiera con mi búsqueda de la verdad. Me creía, o al menos no me tildaba de loco. Aquello era importante, más de lo que parecía.

—Te estarás preguntando por qué te estoy animando a ello. No te conozco de nada, y si sigo las noticias debería saber que el caso está más que cerrado. ¿Quieres saber la verdad? ¿Por qué estamos aquí ahora de madrugada en una iglesia, Jordi? Solos tú y yo. Estaba en casa con mi familia cuando me ha arrancado de mi descanso un sueño. —Me quedé sorprendido mirándole ante aquellas palabras—. Sí, Jordi, tengo familia, una preciosa esposa e hijos. No es lo normal en alguien de mi oficio, pero los altos cargos a veces hacen la vista gorda si uno no hace mucho ruido y no sale en medios de comunicación ni nada, por eso mi esposa y yo decidimos venir a este pueblo. Un lugar tranquilo. No todos los curas compartimos al cien por cien todas las leyes de la Iglesia, algunos solo queremos compartir el mensaje. El amor…

Sonreí ante su explicación, aquel hombre cada vez me caía mejor. Tenía unos principios, unos ideales, pero aquello no hacía que le impidiera vivir con aquellas personas que amaba.

—Pero ese es otro tema, estábamos hablando de por qué estamos aquí. Del sueño que me ha hecho despertarme y acudir a la iglesia. Se trataba de la imagen de la luna en lo alto del firmamento. Me estaba mirando y me animaba a despertarme, a soltarme de los brazos de Morfeo. Y justo cuando he abierto los ojos he escuchado esa voz, una sensación parecida a la que me has contado antes. Tenía que venir corriendo aquí, a la parroquia de San Juan. Me he vestido con lo primero que he encontrado y he encendido unas cuantas velas esperando una señal. Estaba rezando a nuestro señor, preguntándole si quizás me había equivocado y el sueño se estaba confundiendo con mis pensamientos, y en ese preciso instante has aparecido por la puerta. Menuda coincidencia, ¿no crees?

Me quedé sin palabras. No creía en nada relacionado con la predestinación, ni las señales… Y, sin embargo, ahí estábamos, dos hombres que no se conocían de nada, de madrugada, en una iglesia…

—Jordi, antes de despertarme escuché una voz. Una voz que salía del luminoso astro. Para mí no significa nada, pero quizás para ti sí… «Encuentra el camino, encuentra el camino hacia la luna».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y un temblor se instaló en mis huesos. No podía ser. Era imposible.

Me excusé alegando que ya era muy tarde y le di las gracias de todo corazón. Al despedirme tuve la sensación de que volvería a verle, no sería la última vez que coincidiría con aquel curioso hombre de Dios.

Volví a casa corriendo mientras mi corazón lloraba y mi mente amenazaba con estallar. Nada tenía sentido, sin embargo, creía plenamente en las palabras de Francisco. Quizás era cierto y Dios tenía una especie de plan… Pero, si fuera así, ¿cuál era el motivo de hacerme sentir tanto dolor y sufrimiento? No entendía nada.

Mientras abría la puerta de mi casa y me duchaba con agua caliente, no dejé de escuchar esas palabras que se repetían una y otra vez en mi cabeza.

«Encuentra el camino hacia la luna».

Rafael

20 de diciembre de 2017

—¿A ti no te da mal rollo todo esto? —Matías gesticuló mirando a su alrededor.

Me di la vuelta y miré a Alex con una interrogación en la mirada.

—¿A qué te refieres? Ah, sí, ahora me doy cuenta. A mí también me da mal rollo estar en un cementerio mientras entierran a un chico asesinado y sin corazón y del que aún no tenemos ni una sola puta pista.

—Aparte de eso, Rafa… ¿No es un poco macabro construir un instituto justo enfrente del cementerio? Es como decirles a unos chicos repletos de esperanza e ilusión, que tienen toda la vida por delante, que no se preocupen por nada, que hagan lo que hagan, en unos años, estarán todos reunidos aquí de nuevo. Solo que esta vez muertos. Imagínate salir de un examen de mierda y luego ver cómo entierran a alguien… Más de uno se metería en la tumba para olvidarse de todos los problemas de la adolescencia. Sí, señor, ya te digo… Sí, señor…

No me digné a contestarle, pero mientras me estiraba de la oreja con aire pensativo y miraba a mi alrededor, sí que me pareció una broma de mal gusto. No sería por espacio para construir… Nunca había llegado a entender el humor que tenían en aquellos pequeños pueblos. Un enigma para la mente humana.

El polideportivo del pueblo y el instituto se encontraban subiendo por una larga rampa, dos edificios separados pero que tenían como entrada la misma puerta metálica para ambos. Enfrente, al lado de unos pequeños aparcamientos de tierra, era

donde se encontraba el famoso cementerio. Observé que era antiguo, pero que la zona de la entrada había sido reformada no hacía mucho.

Estábamos mirando desde una distancia, en el aparcamiento, mientras la gente entraba. Queríamos esperar a que estuvieran casi todos dentro, luego ya nos uniríamos a ellos.

Escuché una risa aguda cerca de donde nos encontrábamos nosotros y unos débiles susurros. Me giré y miré a mi compañero, pero él no daba muestras de escuchar a nadie. Observé a mi alrededor buscando su origen. Procedía de uno de los coches aparcados, fui con paso lento, mirando con atención hasta que encontré el motivo.

Una niña de unos cuatro años, de pelo rubio y con una larga trenza, se miraba de puntillas en el retrovisor del coche azul que estaba aparcado. Ni rastro de sus padres por ningún lado.

Soltó una risa histérica mientras se peinaba nerviosa el cabello y hablaba con su reflejo del retrovisor. Estaba inmersa en una intensa e interesante conversación.

—Yo también tuve un amigo invisible cuando era pequeño, se llamaba Ensun, un cachondo el tío, la verdad. Le echo de menos sinceramente… Qué buena persona. —Alex se encontraba detrás de mí, con una sonrisa estampada en su rechoncha cara. Me recordó al señor Potato.

—¿Solo de pequeño? Sinceramente, creo que, si alguna vez en tu vida has tenido algún amigo, es imaginario. Seguro que de adolescente te ibas de fiesta con Ensun y sus amigos a ligar. Todo un clásico.

—Serás capullo —escupió con un brillo divertido en el rostro—, te sorprenderías de mi época de desmadre, era uno de los más populares. No lo digo de broma. Qué tiempos aquellos…

Sonreí al ver cómo rememoraba. Siempre que hablaba de su vida ponía unos ojos vidriosos. Alex Matías era una persona única, de aquello no había duda alguna. Tenía suerte de tenerlo como compañero.

—Vamos a ver cómo va todo por ahí —dije señalando hacia el cementerio.

Eché una última mirada a la pequeña, que se balanceaba de un pie al otro. Siempre me asombraba la inocencia y la capacidad de

evadir la realidad que rodeaba a los niños, capaces de crear un mundo y una distracción interesante en todos los objetos que les rodeaban. Era una lástima que con el paso de los años perdiéramos aquel don y nos convirtiéramos en criaturas completamente diferentes. Ojalá pudiera ser niño de nuevo.

Mientras nos marchábamos, logré captar la última frase de la niña con otra de esas risas nerviosas.

—Muchas gracias, señor Barón…

Señor Barón, menudo nombre para un amigo invisible, aunque comparándolo con el de Ensun no sabía cuál era peor.

Nos encaminamos con paso decidido a la entrada del cementerio. A primera vista parecía que el pueblo entero había acudido al entierro, estaba a rebosar. Mucha gente, demasiada. Seguramente venían todos los vecinos para chismorrear y enterarse de detalles sobre el asesinato. Entrometidos. Gente que ni siquiera conocía al chico. Aquello me ponía enfermo. La gente a la que le gustaba el espectáculo me cabreaba y me ponía de mala leche. Más de lo normal.

Sobre todo, el grupo ese de ahí. Siete mujeres de más de ochenta años haciendo un círculo y cuchicheando. Las típicas viejas del visillo del pueblo, las que se enteraban de todo lo que sucedía, y las que después lo explicaban al viento. Al pasar junto a ellas, escupí al suelo con desagrado mientras las fulminaba con mi mirada más borde y desagradable. Seguramente me llevaría unas buenas críticas y comentarios desagradables de parte de ellas. Ya ves tú lo que me afectaba.

Inhalé aire y me preparé. Era hora de trabajar.

David

5 DE MARZO DE 2019

Movimiento. No había nada que escapara a esa acción. Plaza Cataluña estaba a rebosar de gente, pero nada ni nadie permanecía estático. De todo emanaba vida.

Los gritos, las conversaciones, los murmullos… Todo se mezclaba entre sí. Vendedores ambulantes, vagabundos, artistas callejeros cantando a pleno pulmón, el motor de los coches y las motocicletas, los turistas disfrutando de las vistas de la ciudad catalana…

Era así como surgía esta sinfonía, nacida del caos. El sol calentaba el empedrado del suelo, golpeándolo con una furia sobrecogedora. El frío, que debería hacer acto de presencia, había desaparecido.

Por esas piedras caminaban miles de personas. No solo aquel día, sino todos y cada uno de los que componían el año. Sus pasos resonaban por encima de la sinfonía, pero nadie se percataba de ello. La indiferencia ante lo mundano estaba corrompiendo sus mentes.

Nadie observaba todo cuanto les rodeaba, mantenían el rumbo fijo, sin llegar a pensar siquiera en cuál sería su verdadero destino. Esa meta que aguarda al final del camino.

¿Existe realmente el destino? ¿Es capaz el universo de enviarnos ayuda y señales que nos guíen en nuestra travesía por lo desconocido? Me temo que la respuesta la ignoraba en aquel entonces, y sabía que únicamente sería conocedor de dicha revelación en los últimos segundos de mi vida, cuando fuera capaz de echar un vistazo atrás y pudiera apreciar el extenso resumen de

mi corta y desgraciada existencia.

Estaba cansado de que la gente pasara ante mí y no me hiciera caso. Tantas personas ajenas a todo, ajenas a mi presencia.

Era el hombre invisible. Nadie me veía o, mejor dicho, nadie quería verme. La gente como yo era aquello de lo que la sociedad quiere olvidarse, un fallo en el sistema que no quiere que exista.

Pero estábamos ahí, de eso no cabía duda alguna.

David

2009, diez años antes

—¡David! ¡David! —alguien gritaba mi nombre desde la calle.

Asomé la cabeza por la ventana de mi habitación y me encontré con el rostro de un amigo de clase, Bernat.

Bernat García.

—David, unos cuantos vamos a ir al Espriu a echar un partido de fútbol. ¿Te vienes? Necesitamos a uno más para hacer un cuatro contra cuatro. Después, si nos cansamos, podemos jugar también al bote bote. ¿Te apuntas?

—Un momento. Mi madre no está en casa, voy a preguntarle a mi padre si me deja ir y te digo algo.

Bernat asintió y se apoyó en el muro del edificio dispuesto a esperar una respuesta por mi parte. El corazón se me había acelerado. Mis compañeros de clase me estaban llamando para ir a jugar. Aquello era algo nuevo. Muy nuevo.

Mi madre estaba trabajando, siempre fuera de casa haciendo turnos y más turnos, intentando llevar el máximo de dinero posible a su familia. Por lo que cada vez que la veía la encontraba más cansada.

En cambio, mi padre era todo lo contrario. Él siempre estaba en casa, haciendo poca cosa. O, mejor dicho, nada. Ya no trabajaba.

Lo encontré en su lugar habitual. Su trono. En el sofá mirando la televisión.

Un penetrante hedor inundó mis fosas nasales. Hacía días que no se duchaba. Su olor a sudor y el de sus pies se mezclaba con el de la cerveza que manaba de sus asquerosas fauces.

Tenía las piernas estiradas sobre una pequeña mesa de cristal en

la que los mediodías poníamos los platos mientras veíamos la televisión. Normalmente se trataba de unos dibujos animados que no entendía. Eran de color amarillo y mi padre siempre se reía a carcajadas de alguno de los comentarios que los muñequitos hacían. *Los Simpson*. Al principio no me gustaban, pero con el tiempo empecé a cogerles el puntillo y acabé disfrutándolos, al igual que mi padre. Lo peor de aquello era aguantar los largos anuncios que el canal, Antena 3, nos obligaba a digerir para poder seguir con la historia del capítulo en cuestión.

Observé sus calcetines agujereados, que dejaban entrever unas alargadas y amarillentas uñas. Aunque estaba acostumbrado, aquella visión me revolvió el estómago. Además, el sofá estaba repleto de bolsas de patatas fritas vacías y latas de cerveza abiertas.

Sus rojizos ojos observaban con atención el programa que veía en la televisión, a la vez que masticaba sonoramente con la boca abierta y soltaba algún que otro comentario fuera de lugar que no coincidía con lo que veía. Era algo que siempre hacía.

—¡Pero, hombre! ¿No ves que es un loco? —Una carcajada brotó de su garganta a la vez que masticaba. Se atragantó y empezó a toser ruidosamente, mientras sus ojos lagrimeaban—. Te lo estás perdiendo, David… Hoy en día la gente está fatal. El mundo cada día da señales de haberse vuelto loco.

Asentí silenciosamente dándole la razón. No quería decir nada que le molestase, ni quitarle la razón, aunque no supiera de qué hablaba. Con el tiempo había aprendido a que mi padre siempre decía lo correcto y que nunca se equivocaba. Nunca.

No podía quedarme eternamente allí quieto. Tenía dos opciones. No decir nada por temor a molestarle y quedarme toda la tarde en casa, o afrontar mis miedos e intentar convencerle para que me dejara ir a jugar al fútbol. Era ahora o nunca.

—Papa… —Me aclaré la garganta mostrando mis nervios—. Han venido unos amigos de clase. Me han llamado por la ventana y me han preguntado si puedo ir a jugar al fútbol con ellos. Les he dicho que antes tenía que preguntarte a ti.

Siguió mirando la televisión, como si no hubiera escuchado ni una palabra de lo que había dicho. Como si no existiera. Solo estaban él y el programa…, y la comida, por supuesto.

—He hecho todos los deberes de la semana. Ya no tengo nada

más que hacer.

Aquello no era del todo cierto. Realmente no había hecho nada, pero él nunca lo averiguaría. Nunca se preocupaba por si había hecho los deberes o por las notas que nos daban al terminar los trimestres. La que se preocupaba por ello era mi abuela. Siempre era ella la que me animaba a estudiar más, a hacer los deberes y a sacar buenas notas. Pero como ella ahora no estaba ahí, podía hacerlos antes de entrar en clase o en la hora de otras materias.

Pasaron unos segundos. Unos eternos segundos. Estaba de pie ante él, muy nervioso. No quería enfadarle, era lo último que quería. Quizás le había molestado por interrumpirle mientras veía la televisión. Apartó lentamente la mirada de la pantalla y clavó sus ojos en mí. Entonces lo vi. Me iba a decir que no. Lo veía en su interior. Era una llama que brillaba en sus ojos marrones, un fuego del que yo no conocía su motivo, pero que había consumido su alma a cenizas. Y al no encontrar nada que quemar en su interior, muchas veces escapaba de su cuerpo para encontrarnos a nosotros, chamuscando nuestra piel, tratando de instalarse en nuestro interior.

Veía cómo aquella fuerza se agitaba detrás de su mirada. La sentía, la reconocía. Por mucho que me doliera, una pequeña parte de aquel incendio ya se encontraba dentro de mí, pero mi manera de apagarla era muy distinta a la de mi padre.

Relucía, aquello era innegable, y me aterraba acabar siendo en un futuro como él. Quizás vio mi rostro en aquel momento, el terror que me hacía sentir al estar ante su presencia, pero, en un instante, toda aquella fuerza desapareció.

Asintió pensativo mientras meditaba una respuesta.

—Está bien. Ve con tus amigos. Y… disfruta.

No me lo creía. Lo acababa de conseguir. Fui corriendo a mi habitación y saqué la cabeza por la ventana.

—¡Bernat! Me visto y bajo en un momento. —Me contestó levantando el pulgar.

En menos de cinco minutos ya estaba preparado y dispuesto a abrir la puerta de mi casa.

—David. Un momento. Antes de irte, ven aquí. —La voz de mi padre retumbó desde el comedor—. ¿Puedes traerme una cerveza de la cocina? Se me acaba de terminar esta.

Fui a la cocina. Los platos de la comida aún estaban sin lavar, todos ellos amontonados en el fregadero, aguardando a que mi madre llegara por la noche para dejarlos impolutos de nuevo.

La nevera estaba casi vacía, a excepción de un paquete de cervezas. Cogí una, dejando las cinco restantes, y volví al comedor.

Me acerqué a él y le di la lata. Apenas se había movido desde que le había pedido salir con mis amigos. No me extrañó, era capaz de pasar horas así. Me miró de arriba abajo con una fría sonrisa en el rostro. Acto seguido, abrió la cerveza y le dio un buen trago. Volvió a sonreír, aunque era más parecido a una mueca.

—No quiero que te quedes sentado mientras tus amigos juegan. Muévete y corre. —Miró mi cuerpo de nuevo y se detuvo en mi vientre—. Lo necesitas.

Aquello fue peor que si me hubiera dicho que no fuera con mis amigos. Era algo que me decían en clase, pero no pensaba que pasara en casa. No había logrado relacionarlo. Mi padre también se fijaba en mi físico, él también veía que no era como los demás. Que estaba gordo.

Asentí y agaché la cabeza mientras daba media vuelta y salía de casa. Antes creía que sus ojos eran normales y que la llama estaba consumida. Sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras de despedida, sus ojos estaban reluciendo. Una intensidad que pocas veces había visto.

Y también era una de las veces que más daño me había causado.

Jordi

16 de diciembre de 2018

Cerré la puerta de la casa y eché la llave, asegurándome de que estaba bien cerrada. Presioné el botón del ascensor y esperé a que acudiera. Al abrir la puerta metálica, me encontré con el vecino del piso de arriba. Marc, un joven de unos treinta años, estatura media y vestido con ropa cómoda y moderna. Cabello corto y una mirada de color miel.

—Buenos días —saludó con una sincera sonrisa.

—Buenas, Marc, ¿qué tal todo? —Me fijé en que estaba acompañado por su pequeño perro, un chihuahua de ojos saltones y pelaje marrón.

—Corriendo sin parar ya de buena mañana, tengo que sacar a Lola a dar un paseo e ir luego corriendo al trabajo. Es lo que tienen los lunes… Y tú, ¿qué tal todo?

—¿Al final has conseguido entrar en ese laboratorio?

—¡Sí! —dijo con entusiasmo—. Llevo ya un par de meses ahí. La verdad es que es increíble, no he podido tener más suerte.

—Me alegro mucho, chico, te lo mereces más que nadie.

Marc llevaba tiempo tras ese puesto y me alegraba profundamente por él. Había dedicado mucho tiempo a la carrera de Química y a trabajar en un supermercado para pagarse sus estudios, con lo que tenía muy poco tiempo para sí mismo. Luego había estado trabajando de suplente en otros laboratorios, pero a los pocos meses el contrato finalizaba y volvía a quedarse en el punto de partida. Estaba siempre tan ocupado que incluso, muchas veces, Bernat le hacía el favor de sacar a pasear a Lola más de una vez cuando no podía llegar a la hora.

Bernat… Siempre mirando por los demás. El mundo era un lugar mejor con él. De eso no cabía duda.

Bernat…

Me despedí de Marc con la mirada ausente, mientras mi mente vagaba en aquellos tiempos junto a mi hijo.

Estaba haciendo aquello por él. Por él y por María. Intentaba buscar la verdad. Solucionarlo todo y llegar al fondo de aquel asunto.

Podía coger el coche para acercarme al ayuntamiento, pero me costaría aparcar bastante por aquella zona y, si encontraba algún sitio, sería de esos que solo te permitían aparcar un máximo de treinta minutos. No quería ir con prisas. Así que prefería dar una vuelta y pasear por el pueblo.

Era un día nublado, pero no hacía frío, así que con una fina chaqueta y con un andar veloz entré en calor con rapidez. A los diez minutos llegué al ayuntamiento. Enfrente se encontraba una pequeña montaña, el mirador de Montgat que estaba sobre el túnel del tren. Crucé la carretera, la Nacional II, para observar con atención.

Recordé una historia que me contó Bernat cuando iba al parvulario sobre aquel mirador. Era el que daba nombre al pueblo, ya que los pescadores, cuando iban en barca y miraban desde lejos, veían que tenía la inconfundible forma de un gato.

Un tren pasó con su traqueteo habitual. Observé cómo se adentraba en el túnel. Por curioso que pareciera, aquel túnel era el más antiguo de toda España, el primero que se construyó sobre el año 1848, para crear la vía ferroviaria entre Mataró y Barcelona.

Era increíble que las cosas más cotidianas como aquella estuvieran plagadas de historias. En cien años quizás algo que hiciéramos tendría un carácter histórico impresionante para nuestros descendientes. Esto me daba en lo que pensar…

Rodeé la montaña, alejándome del ayuntamiento, y encontré un camino que llevaba a la cima del mirador.

Mientras subía por las escaleras fui repasando mentalmente todos los datos que se encontraban en la pared de mi casa y que estaba revisando unas horas antes…

Paula Ruiz, la segunda víctima del Asesino de la Serpiente.

Su caso era un poco diferente al de Pere. A pesar de que también experimentaba la apertura en la caja torácica, su corazón ausente y el símbolo del uróboro, la diferencia más notable era que su cuerpo estaba completamente destrozado. Fracturas en las extremidades superiores y la pierna izquierda despedazada, dejando a la vista el húmero, que atravesaba su piel. También tenía una fea herida en el cráneo, causada por un fuerte impacto. Y lo más aterrador de todo, le habían quitado el ojo derecho.

El cadáver fue encontrado por un grupo de chicas que iban a hacerse fotografías a lo alto del mirador. Se toparon con el cadáver, que estaba sentado en uno de los bancos mirando hacia el mar Mediterráneo.

Intenté recordar todos los detalles previos. Fue encontrada el 20 de enero, pero desapareció dos días antes. El 18, al salir de la escuela de secundaria Thalassa. A partir de aquí todo se volvía borroso, y nos topamos única y exclusivamente con un testigo. Se trataba de un hombre que vivía en la calle, un sintecho, que creyó verla.

El hombre, Carlos Ortiga, se encontraba cerca de la estación de tren de Montgat Nord, apoyado contra una de las paredes, tratando de huir del frío de la noche. Fue entonces cuando observó que una figura corría por la carretera sin ni siquiera mirar a la hora de cruzar. Aquello provocó que un coche que pasaba en aquel momento arrollara a la persona.

El conductor, a día de hoy desconocido, se apeó del vehículo, se acercó a la persona que acababa de atropellar y acto seguido se dio a la fuga. El hombre, Carlos, alarmado ante lo sucedido, corrió hacia el lugar y se encontró con la chica, Paula. Le tomó el pulso y se asustó al observar que no tenía.

Paula Ruiz estaba muerta.

Trató de reanimarla y hacerle el boca a boca, pero nada de aquello tuvo efecto, el cuerpo de la joven seguía igual de inmóvil. No había nada que hacer.

No tenía teléfono móvil, así que corrió hacia los edificios más próximos de la zona, llamando para pedir ayuda. Una ambulancia tenía que venir enseguida.

El problema fue que, cuando volvió junto a unos pocos vecinos

alarmados, el cuerpo había desaparecido. Ni rastro de él. Sí que encontraron sangre en el asfalto, que más tarde se identificaría como la sangre de Paula, pero aparte de eso, el cuerpo parecía haberse evaporado.

Sin embargo, Carlos estaba bastante seguro de lo que había visto. Paula estaba muerta, no tenía duda alguna de aquello. La única explicación viable era que alguien la recogió de la carretera.

Pero nadie avisó, nadie apareció con su cuerpo. Simplemente había desaparecido.

Dos días después encontraron el cadáver en el mirador y las heridas que presentaba el cuerpo coincidían con la historia contada por Carlos. Era innegable que la chica había sufrido un terrible accidente.

Todo se complicó cuando hicieron la autopsia… Algo no cuadraba. Según los expertos, Paula aún estaba viva cuando le abrieron el pecho y le arrebataron el corazón, y la hora de la muerte no era de más de un día desde que la encontraron, por lo que cuando Carlos decía que la chica estaba muerta no era cierto. Seguramente, debido al momento de tensión, no pudo prestar la suficiente atención.

Sin embargo, en las posteriores entrevistas él no cambió su parecer.

—Paula Ruiz, la chica asesinada, murió por un accidente de tráfico. La atropellaron. Estaba muerta. Yo lo sé. No me equivoco. Sé lo que vi.

Llegué a la cima y miré el calmado mar que se encontraba ante mí. Era infinito. Al estar el cielo nublado, el agua adoptaba el mismo color, haciendo difícil que se pudiera observar en el horizonte dónde acababa el mar y dónde el cielo, debido a una fina niebla que se apreciaba a lo lejos. Era un fenómeno que había observado más de una vez, pero que seguía impresionándome. El poder y las imágenes de la naturaleza siempre conseguían superar a cualquier creación del ser humano, aquello era innegable.

En la cima, aparte de los bancos, también encontré una placa que rezaba:

En recordança del
centenari del Centre
Excursionista de Catalunya

El Centre Excursionista de Badalona[1]
26-11-1976

La placa estaba oxidada y llena de grafitis, era un don que tenía el pueblo de Montgat. Los más jóvenes tenían la necesidad de grabar y dejar su imprenta en el mundo en todo aquello que creían importante. Por lo que la gran mayoría del pueblo estaba repleta de esas horrendas firmas que estaban muy alejadas de lo que era en realidad el arte callejero.

Me senté en el banco donde encontraron el cuerpo.

Justo en aquel lugar hallaron el cuerpo de la pobre chica.

Cerré los ojos e inspiré con fuerza. Yo conocía muy bien a aquella jovencita que siempre estaba alegre. Venía mucho a casa desde hacía años, ya que era la novia de mi hijo Bernat.

Eran una pareja increíble, llena de vitalidad, de energía y esperanza. Cargada de planes para el futuro.

Planes que nunca llegaron a ver la luz.

La muerte de Paula fue la que más se notó en el pueblo. Quería decir que no se trataba de un caso aislado, sino que iba más allá. La policía encontró conexiones y descubrió que ambas víctimas pertenecían al mismo grupo de amigos. Sin embargo, por mucho que hicieron, no lograron detener nada…

Todas las entrevistas a mi hijo y sus amigos, todas las noticias que aparecieron en la televisión, el dolor de la muerte de un ser conocido, el temor a ser el siguiente.

Todo aquello sumió a Bernat en una espiral de oscuridad y depresión que los expertos acabaron utilizando para explicar sus actos meses después.

Sin embargo, nadie conocía a mi hijo mejor que yo. Estaba destrozado por lo ocurrido. Sus amigos estaban siendo asesinados, su novia acababa de morir de forma horrible y él no había podido hacer nada para evitarlo. Toda la luz de su juventud se estaba diluyendo, desapareciendo. Era normal que estuviera deprimido. ¿Quién no lo estaría ante una situación así?

Pero eso no le convertía en ningún asesino.

Rafael

20 de diciembre de 2017

Uno se acababa acostumbrando a llevar el uniforme siempre encima, por eso cuando uno trabajaba con la ropa de calle, de incógnito, era como sentirse desnudo. Sin embargo, era la única opción de acudir sin levantar sospechas. Nos faltaban muchos datos, demasiados, y aquel era el mejor lugar donde encontrarlos.

Seguimos caminando entre la gente que había acudido al entierro.

No fue difícil encontrar a los padres de Pere, Jaume Llops y Cristina Sáez. No hacía falta ser un gran detective para ver que estaban destrozados. Tenían el mismo aspecto que días antes. Jaume era un hombre alto y de complexión robusta, de un metro noventa, donde le sobraban unos cuantos kilos de más. Era calvo y tenía la tez bronceada, seguramente por rayos UVA, por la impresión que me daban y la marca blanca cerca de sus ojos. Pijos.

Cristina, una mujer de imponentes curvas, tenía el cabello azabache arreglado y ondulado, que relucía cuando el sol le daba fijamente. Su rostro delicado y casi perfecto delataba las inmensas horas de cuidado y dinero que había detrás, incluso el labio levantado por el ácido hialurónico revelaba aquella información. También era una mujer alta, cerca de un metro setenta. Por su color de piel también pensé que iría a sesiones de rayos UVA, como si el sol fuera de pobres. En unos pocos años el cáncer haría mella en ellos, así era la vida. Una putada detrás de otra.

A pesar de la buena presencia que tenían, ambos eran portadores de unas terribles ojeras y unas enormes bolsas bajo los ojos de apenas haber dormido. Sus ojos rojos miraban a la nada,

mientras los vecinos les daban el pésame. Hombros caídos y echados hacia delante, nariz roja y descamada. Nos encontrábamos ante dos personas derrotadas, destrozadas, hundidas.

Era normal, habían perdido a su único hijo. Al menos la mujer ya no parecía tan alterada como un par de días antes, cuando fuimos a hacerles unas preguntas sobre Pere y tratar de conocer el entorno del chico. No pude evitar rememorar aquel día.

Era de buena mañana cuando Alex y yo nos presentamos en su residencia en un barrio del pueblo que se llamaba El Pía de Montgat.

—Joder, menuda casa. No me importaría para nada vivir aquí. —Matías silbó mientras admiraba el barrio en el que nos encontrábamos—. ¿Crees que con nuestro fabuloso sueldo nos lo podríamos permitir? ¿O nos quedamos con nuestra casa debajo del puente?

El hijo, Pere Llops, era un chico de familia rica, estudiante de bachillerato, con dieciocho años recién cumplidos, toda una lástima. No tenía antecedentes de ningún tipo. Completamente limpio.

Toqué el timbre y esperamos unos segundos antes de que Jaume nos abriera la puerta. Lo primero que me llamó la atención fue aquella mirada perdida, repleta de terror, de incertidumbre.

—Me cago en Dios y en la madre que lo parió —escuchamos que gritaba una voz femenina desde el piso de arriba. Cristina.

—Cariño, tenemos visita —advirtió a su mujer, que no se dignó a contestar—. Lo siento por todo, no estamos del todo en nuestros cabales…

—No tiene nada de lo que disculparse, señor Llops. Soy el inspector Canosa y mi compañero es el inspector Matías. ¿Podemos pasar y hacerle unas preguntas?

—Llámeme Jaume, por favor. Adelante, vayamos al salón, acompáñenme.

La casa era bastante grande. De dos plantas y un jardín también dividido en dos niveles, uno para la descomunal piscina y otro que daba a la sala de estar, con una mesa exterior protegida por un toldo.

La decoración era minimalista, todo de color blanco o tonos suaves. Observé que en una de las paredes se hallaba una gran marca que trazaba una cruz, llevaría allí mucho tiempo, ya que estaba marcado por el sol. Por lo que parecía, la habían quitado hacía poco.

Nos acomodamos en un mullido sofá color beis, Jaume se sentó delante de nosotros en otro sofá exactamente igual. Solo nos separaba una pequeña mesa de cristal, que tenía un centro de mesa de flores.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó amablemente al sentarse.

Más bien se dejó caer sobre el asiento, como si fuese un saco de patatas que uno suelta al entrar por la puerta de casa. Por mucho que lo hubiera dicho, no parecía muy dispuesto a servirnos nada. Tenía el aspecto de alguien que estaba a punto de desmoronarse. Teníamos ante nosotros a un hombre destrozado.

—Pues ahora que lo dice, no me importaría tomar un…

—No, gracias, estamos bien. Tampoco estaremos mucho rato, no queremos molestar —interrumpí a Matías antes de que hablara y desvalijara la nevera de aquella pareja. Era capaz de aquello y mucho más.

Miré al jardín y observé que estaba plagado de objetos rotos, amontonados, tirados de cualquier manera. Me estiré del lóbulo de la oreja mientras analizaba los objetos y encontré unos grandes trozos de madera, que coincidían con el hueco que había en la pared del salón donde nos encontrábamos.

—Antes de nada, sentimos su pérdida. Nuestro más sincero pésame. Haremos todo lo posible por esclarecer todo este asunto. Por ello, para empezar, necesitamos hacerle unas preguntas, tanto a usted como a su esposa. Simple procedimiento policial, ya me entiende.

El señor Llops asintió pensativo, como si no me hubiera escuchado, o como si no fuera más que un rumor lejano que careciera de importancia.

—Ojalá te hundas en lo más profundo del infierno —bramó una voz con furia.

Seguido de aquello, un objeto cayó al jardín, junto a los demás, rompiéndose en miles de pequeños trozos, quedando irreconocible.

—Joder… Mi mujer… Cristina… —empezó a murmurar Jaume

mientras se aferraba a una cadena de oro que colgaba de su cuello —. Está pasando por una crisis ahora mismo. Ha perdido su fe, y todo lo que ello conlleva. Dice que, si de verdad existiera Dios, no la haría sufrir de esta manera. La pobre ha perdido el rumbo.

«O quizás lo ha encontrado», pensé para mis adentros mientras miraba de reojo a Alex. Por su expresión, estaba completamente de acuerdo con el señor Llops, él también era un hombre de fe. Seguramente se había alarmado al ver que aquella mujer estaba destrozando todas las figuras santas.

Bueno, cuando fuera a casa, que rezara cuatro avemarías y así podría dormir tranquilo. Por suerte, en la religión todo tenía una solución sencilla. Amén.

—Cristina, ¿puedes bajar un momento? —Su mujer no le contestó, pero segundos más tarde escuchamos cómo alguien bajaba la escalera.

—¿Qué quieres ahora, Jaume? —sentenció con voz rota. Al encontrarse con nosotros en el sofá se calló y trazó una falsa sonrisa en su rostro.

No quería que estuviéramos allí, pero sabía que era necesario. Se sentó junto a su marido y le agarró la mano con fuerza mientras realizábamos diferentes preguntas sobre sus vidas y sobre la de Pere.

Jaume trabajaba en una empresa, una especie de fábrica que elaboraba vidrios de alta calidad y que los distribuía por toda Europa. Su esposa, Cristina, tenía un centro de estética en el centro de Barcelona.

Pere era un chico que sacaba buenas notas, que variaban entre notables y excelentes, quería estudiar Ingeniera Alimentaria cuando acabara el bachillerato. Llegaba de sobra a la nota de corte de las universidades.

Tenía un grupo de amigos que se llevaban desde los primeros cursos de primaria y eran prácticamente inseparables. Aitor Romero, David Martínez, Paula Ruiz, Bernat García, Hungan Wilguens y José Gil.

—¿Saben si Pere tenía algún tipo de enemigo o alguien con el que no se llevara bien? —No creía que pudiera haberlo, pero era mejor quitarnos posibilidades de encima.

—Por Dios —exclamó Cristina—, por supuesto que no. Era un

chico muy sociable y cariñoso, se llevaba bien con todo el mundo… Esto es horrible.

Se levantó corriendo mientras sollozaba y se perdió por la casa. Me disculpé con la mirada.

—Lo siento mucho… ¿Y ustedes?, ¿tienen algún problema con alguien, algún malentendido o desacuerdo?

—No… Por suerte nunca hemos tenido ningún desacuerdo con nadie. Quizás alguna riña con algún vecino, o algún contrato en la empresa… Pero al final todo se soluciona pacíficamente… Si me disculpan un momento…

Se levantó y volvió al cabo de unos pocos segundos con un vaso de agua, mientras se tragaba una pastilla.

—Desde que desapareció Pere no he descansado muy bien… Tengo como lagunas algunas noches, jaquecas, y me mareo frecuentemente. El doctor me ha recetado estas pastillas…

Era normal que se sintiera así, perder a un hijo era una de las peores cosas que podía sucederle a alguien.

Tras realizarle toda la batería de preguntas nos llevó hasta la habitación de Pere, a simple vista no encontramos nada, pero sería mejor que acudiera la científica e investigara a fondo. Cogimos el portátil del chico y nos lo llevamos para que miraran si contenía alguna información relevante.

Parpadeé tratando de centrarme de nuevo. Me había distraído recordando la impresión que tuve de los padres de Pere.

Miré a mi alrededor. Me estaba agobiando de tanta gente como había acudido. Entonces los vi, un grupo de jóvenes reunidos. Supe por las fotos que eran el grupo de amigos de Pere. Tenían el rostro desfigurado y todos lloraban mientras se abrazaban. Tendría que hablar con ellos tarde o temprano. Los seis estaban muy juntos, apoyándose unos a otros.

Detrás de ellos estaban algunos de sus padres, los estudié desde donde me encontraba. Iba uno por uno, hasta que me quedé clavado en el sitio donde me encontraba.

No podía ser.

Era ella. Estaba ahí. Estaba igual que siempre, como si el tiempo apenas hubiera pasado, pero sabía que así era. Era imposible, no me

lo creía. Pero era así.

Ella estaba ahí.

David

7 de marzo de 2019

Me desperté sobresaltado, con la ropa empapada por un sudor frío que emanaba de mi cuerpo. Estaba atemorizado. Quería escapar de mí mismo, huir lo más lejos posible de aquello que era mi cuerpo. Mi alma estaba corrompida, lo sabía. Pero no conocía el procedimiento para deshacerme de ella, o para sanarla.

A mi alrededor todo estaba oscuro, pero si cerraba los ojos, la oscuridad se hacía aún más intensa, más penetrante, más aterradora. Me estaba buscando por lo que hicimos. Por llamarla, por desearla, por ser unos insensatos.

Solo quedábamos dos con vida, quizás ya solo quedaba yo. Era el último del grupo que seguía vivo y venía a cobrarse el precio de nuestros pecados, de nuestra curiosidad.

En mi mente las velas centelleaban, incluso con la ausencia de viento. Bailaban, creando nuestras sombras, ligándolas por siempre a aquel juego inmundo, a aquel ritual sacado de la mano del mismísimo demonio.

Aún podía ver el vaso de cristal deslizándose, como si estuviera escogiendo su próxima víctima, uno de nosotros.

Seguramente, solo quedaba yo, era el último del Cucu. Y venía a por mí. Lo podía oler en el aire viciado del banco, lo sentía en los huesos, e incluso en el sabor de la poca comida que conseguía llevarme a la boca.

El tiempo se estaba acabando para mí. La pregunta más importante era cuándo y dónde. ¿Cuándo la guadaña de la Señora Muerte me atravesaría el cuerpo, recogiendo mi desgraciada alma? ¿Dónde me encontraría cuando decidiera llevarme en sus brazos a

un mundo de tinieblas y sufrimiento?

Mi cuerpo temblaba descontroladamente por el pavor que me invadía, como si fueran convulsiones. Me tenía que calmar, pensar. Tenía que relajarme. Olvidarme de aquel pasado que estaba decidido a borrar.

Aunque rezaba a todas las religiones para que aquel pasado no se acordara de mí y acudiera en mi búsqueda para saldar todas sus deudas.

Cerré los ojos, tratando de escapar de aquella realidad.

David

2009, diez años antes

Se había convertido en una rutina. En una rutina muy buena. Cada sábado a las cinco de la tarde, un pequeño grupo quedábamos en el campo de fútbol del colegio, el Espriu. Siempre éramos un grupo numeroso para jugar sin problemas al fútbol, e incluso éramos tantos que teníamos que hacer tres equipos, y el que perdía se cambiaba por el que estaba descansado. Así hasta que las luces de la tarde se ocultaban y nos obligaban a volver a casa.

Lo que más me gustaba es que siempre era de los primeros en ser escogido, quizás el motivo no era muy apasionante, pero nunca me quedaba entre los últimos, cuando los equipos discutían y negociaban quién se quedaría al jugador más malo. A mí me querían en su equipo por un motivo evidente, mi peso. Nunca salía de la portería.

—Nosotros nos quedamos con David, que va a la portería y así no entra ningún balón.

Al principio, los primeros días, aquel comentario me dolió. Pero luego me di cuenta de una cosa, no era el único con algo fuera de lo común, todos tenían una razón por la que reírse. Y con aquel grupo de amigos, no era algo malo o negativo, solo era algo más. Aquello me hizo sentir cómodo, más que en casa incluso.

Sin embargo, aquel sería un día muy diferente a los demás. Eran siete jugando en aquel campo lleno de baches y de color granate. El sol del verano golpeaba con furia, haciéndoles sudar, aunque no hicieran grandes esfuerzos. En mi equipo éramos tres, estaba compuesto por José y Paula, la cual era, sin lugar a dudas, la mejor jugadora de todos nosotros. El equipo contrario, de cuatro personas,

estaba formado por Aitor, Pere, Bernat y Hungan.

Aquellas seis personas eran con las que mejor me llevaba, aunque todos éramos diferentes a nuestra manera, pero nos entendíamos. Siempre íbamos a jugar y no faltaba ninguno de nosotros, por lo que los lazos se habían ido haciendo más fuertes a lo largo de las semanas. Y lo que hizo que aumentaran aún más fue el hecho de ser compañeros de la misma clase.

Aitor y Pere eran como uña y carne, o como nos gustaba decir, culo y mierda. Eran los bromistas, siempre riéndose de todos, y aunque sabíamos que no iba a malas, a veces llegaban a cansar o incomodar, ya que se pasaban y no conocían límites. Pero uno se encariñaba de ellos. Si te los encontrabas por separado, eran las personas más cariñosas y atentas del mundo, pero juntos… podían destruir lo que se propusieran.

Hungan era la más nueva entre nosotros. Había llegado a mitad de curso desde Madrid, pero aquello no le había impedido destacar igualmente y mantener el ritmo de la clase, era muy inteligente. Mucho. Al principio lo que más nos llamó la atención fue su piel, oscura como la noche. Era la primera alumna que teníamos que no era blanca, ya que sus padres procedían de Haití. Aunque ella había nacido en Madrid, por lo que era igual de española que nosotros. Pero lo mismo que Paula, tenía a todos los chicos de la clase detrás, ya que ambas eran bastante atractivas y con un fuerte carácter.

Bernat era el más bueno de todos. Corazón grande y puro. La voz de la razón. Con una sonrisa en su rostro, a pesar de sus dientes desviados. Y unos ojos marrones que transmitían una paz y seguridad que muchas veces había envidiado.

Paula era la futbolera, la atleta y la que nos machacaba siempre. Siempre feliz y retadora. Intentaba competir con todo lo que se encontraba, incluso con las cosas que menos se esperaba uno. Nos hacía sacar la sonrisa continuamente con sus salidas.

Y por último estaba José. Aquel con el que más proximidad tenía, el que mejor me comprendía. Mi mejor amigo. Mirada seria y mente analítica. Él también tenía problemas en casa, como yo, y quizás eso era lo que tanto nos unió y forjó nuestra amistad. También era bastante impulsivo y de ideas alocadas, cosa que nos llevaría a tener grandes problemas en el futuro.

Aquel día nos consolidamos como grupo de amigos. Le pusimos

nombre. Estábamos exhaustos de jugar, pero no queríamos parar, la tarde era joven. Descansamos para ir a la fuente y refrescarnos, aunque tuvimos que esperar un rato a que el agua se enfriara, ya que el sol hacía que saliera caliente.

—¿Os apetece jugar al bote bote? —propuso José en un arrebato.

El juego era como una especie de escondite. Una persona la paraba y contaba hasta cien tocando la pelota, y cuando acababa todos nos habíamos escondido. Cada vez que encontraba a alguien tenía que volver corriendo a la pelota y gritar «bote bote» seguido del nombre de la persona que había encontrado escondida.

Pero el juego se complicaba, ya que si una de las personas escondidas salía del escondrijo sin que se diera cuenta y llegaba antes a la pelota y la chutaba, todas las personas que estaban pilladas volvían a ser libres, y el que la paraba tenía que recoger la pelota y volver a contar, empezando el juego de nuevo.

Aquel día le tocó a José encontrarnos. Era muy bueno y rápido. Estaba atento a todo el campo y el edificio de la escuela, por lo que pocos detalles se le escapaban. Nos encontró a todos con rapidez y eficacia. Pero lo que nos marcó e hizo gracia fue que cuando nos encontraba escondidos pronunciaba una palabra. Una palabra que decidimos utilizar para bautizar a nuestro curioso grupo.

—¡Cucu!

Jordi

17 de diciembre de 2018

Ella seguía ahí. Me miraba fijamente, observando mis pasos, mis acciones. La luna.

—¿¡Qué quieres de mí!? —intentaba gritar desesperado, pero de mi garganta no salía palabra alguna, ni siquiera un murmullo. Tan solo un silencio sepulcral.

No dijo nada, aunque yo sabía que quería que la siguiera, que la encontrara. Tenía que hallar el camino hacia ella. Pero aún no, era demasiado pronto. Tenía que solucionar aquello, encontrar la verdad de lo sucedido.

Les echaba tanto de menos… A Bernat y a María. Mi razón de existir, de vivir mi día a día. Sin ellos todo carecía de sentido. Todo.

Era de madrugada de nuevo. Más pronto de lo habitual. Esperaría un poco a que mi cuerpo se despertara para ir a correr. Me iría bien para aclarar mis ideas y sentimientos.

Me hice un café bien cargado y me senté enfrente del ordenador y del mural que había creado con mi investigación privada. Me perdí unos minutos en las letras, los recortes de prensa y mis notas hechas a mano. No llegué a ninguna conclusión. La pared calló, guardando sus secretos. No quería desvelarme nada. Al menos de momento.

Esperé a que el ordenador se iniciara e introduje la contraseña. BERNAT. De esa seguro que no me olvidaba nunca, ya que tenía una mente que no era del todo fiable para memorizar números o palabras. Pero mi hijo nunca se me olvidaría. Nunca.

Era un ordenador muy viejo, así que tardé bastantes minutos en poder abrir internet y poder buscar información sobre el caso. Volví

al principio, buscando detalles de cualquier noticia o sobre la serpiente que se mordía la cola. Cualquier dato, por mínimo que fuera, que me hiciera verlo todo de manera distinta.

Tecleé en el ordenador más ideas sueltas, sin crear una frase lógica, con lo que se me ocurría en la mente.

Asesinatos, cuerpo sin corazón, serpiente…

Varios resultados aparecieron, pero ninguno de ellos ofrecía mucha luz. Hice un clic a una página más antes de darme por rendido. Ahí no encontraría nada interesante, parecía ser.

El titular de la página que acababa de abrir me llamó la atención. Se remontaba diecinueve años atrás. Cuando leí el artículo al completo, un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo.

Una única palabra surgió de mis agrietados labios.

—Joder…

Rafael

20 de enero de 2018

Estaba en un callejón sin salida, y era frustrante. Encima de la mesa de mi diminuta cocina descansaban todas mis deducciones, ideas, apuntes varios, fotografías, interrogatorios… Pero no tenía nada. Las principales vías de investigación estaban completamente detenidas. No había nada de donde tirar del hilo, todo estaba muerto.

Me estiré del lóbulo de la oreja derecha mientras me comía un Lacasito. Necesitaba más azúcar y chocolate en mi cuerpo, un subidón que me diera claridad. Pero la inspiración no llegaba. Tenía algo delante, algo que no cuadraba, pero no sabía ver qué era. Estaba ciego, o, mejor dicho, alguien me había puesto una venda en mis ojos.

Llevaba un mes sin poder dejar de pensar en ella. No la había visto más que un par de veces más después del cementerio, siempre desde lejos y en grupo. Elia apenas había reparado en mí, pero no tenía dudas. Era ella.

Hacía una hora que tenía una hoja en blanco ante mí, ahora estaba llena de tachones, palabras sueltas, y una lista de las posibles vías de investigación.

- ¿Garra del zoo? ¿Qué pinta en el asesinato de un adolescente? No hay pruebas en las cámaras del zoo de Barcelona ni de los alrededores donde se vea a alguien entrando, drogando y amputando al animal. Quienquiera que lo hizo tomó precauciones para pasar inadvertido.
- Pere Llops, la víctima, visto por última vez en la discoteca

Titus Carpa, en Badalona, entre las tres y las cuatro de la madrugada. Volvió a casa caminando, ya que el autobús tardaba demasiado. No hay testigos visuales después de eso.

- Ordenador de la víctima, no hemos encontrado nada de relevancia para el caso.
- Después de registrar el cuarto de arriba abajo no encontramos nada que pueda darnos pista alguna. Sí, encontramos un porro debajo del colchón (pero creo que es algo muy típico a su edad).
- He hablado con sus amigos, tanto en grupo como por separado, no tienen nada que decir. No creo que oculten nada, pero igualmente no está de más tenerlos en el punto de mira.
- Uróboro. ¿Quién coño marcaría con eso al chico?
- Cóctel de drogas en el cuerpo. ¿Alguna que consumía él, o quizás se la administró el asesino?

Las preguntas se amontonaban en mi mente, unas encima de otras. Se confundían, se mezclaban…, y yo seguía igual de perdido que desde el principio. No sabía cuál debía ser el siguiente paso. Miré el reloj de pared, marcaba las 9:27, apuré el vaso de ron que había encima de la mesa y empecé a recoger todo colocándolo en una carpeta color marrón donde guardaba toda la información que había recopilado del caso. Era una copia del expediente, ya que prefería llevármelo a casa para poder pensar con calma y tener una mayor perspectiva.

Era muy pronto para beber, pero cuando algo me quitaba el sueño y daba vueltas en la cabeza, era lo único que conseguía calmarme. Mejor un par de dedos de ron que apagar mi cerebro con un cóctel de medicamentos que me dejarían tonto con los años. Nada de eso, Rafael Canosa tenía sus propias medicinas guardadas en el mueble bar. Todo a buen recaudo. Sí, señor.

Justo cuando una fotografía se salía de la carpeta y caía al suelo, mi móvil empezó a sonar.

—Al habla Canosa. —Me agaché para coger la imagen.

Era del grupo de amigos, la había cogido de la habitación de Pere e hice una copia para tenerla a mano, me iba bien poder ver las caras de la gente, incluso a distancia. Si no, me costaba recordarlas. No tenía una memoria muy destacable, debía tener las

cosas físicas, palpables. Verlo todo por escrito, impreso, grabado en papel.

Entonces me quedé helado al escuchar las nuevas que me llegaban por el teléfono. Aquello no podía ser. Todo estaba empeorando.

—Me cago en la puta… Joder. Vale. Sí. Dame media hora, bueno, mejor cuarenta y cinco minutos. Voy lo más rápido que pueda.

Al colgar la llamada me quedé unos instantes mirando aquel grupo de jóvenes. Todos salían sonriendo, felices. Ahora todo había cambiado por completo.

Mi punto de vista necesitaba un nuevo enfoque. Lo había estado planteado mal todo desde el principio. Me centraba mucho en la familia de Pere, problemas económicos, enemistades, etcétera. Algún tipo de venganza personificada.

Pero no era aquello. Fui corriendo a la habitación y me vestí con lo primero que encontré. El uniforme del día anterior olía un poco a sudor, pero aún podía soportar otro día de trabajo. Nadie se fijaría en ello. Me lavé los dientes y me comí un chicle de menta para eliminar o atenuar el olor a ron y salí pitando por la puerta dirección a Montgat.

Al salir de casa no pude evitar mirar la fotografía enmarcada que reposaba encima de la repisa. No había ninguna decoración más a excepción de aquello. Una antigua imagen de años atrás, donde salía cuando era adolescente junto a mi hermana pequeña, Laura. De aquello ya hacía muchos años. Meneé la cabeza tratando de alejar aquellos recuerdos, estaba siendo una época intensa.

Todo era por ella, María. Elia había abierto la caja de Pandora. Y lo peor de todo es que ni siquiera sabía que existía. Ahora los recuerdos no dejaban de irritarme.

Pero en ese momento me urgían cosas más importantes, no tenía tiempo que perder. Quería ir allí antes de que llegara mucha gente y cambiaran algo de la escena del crimen, y sobre todo antes de que llegaran los medios de comunicación y me tocaran los huevos con sus preguntas de cotillas.

A esos sí que les cosía la boca yo…

Respiré para calmarme mientras abría el coche y lo ponía en marcha. La sirena tronaba por la carretera, mientras los coches se

abrían ante mí para dejarme pasar. Aquello era como ser Dios.

El coche se me desvió un poco hacia la derecha y estuve a punto de darme con un motorista que empezó a gesticular. Necesitaba calmarme. Bajar las pulsaciones. Relajarme antes de llegar allí. Me estiré de la oreja mientras mi mente no paraba de barajar diferentes posibilidades. Ahora todo había cambiado.

Acababan de encontrar un nuevo cadáver. De una chica joven. No había sido difícil identificarlo. Llevábamos unos días con una alerta de un accidente de coche y la desaparición de la chica.

Por fin había aparecido.

Pero había dos problemas.

El primero de todos, y el más importante, es que la joven había aparecido muerta.

El segundo es que le habían abierto el pecho brutalmente y le habían cosido la boca, igual que un mes antes a su amigo.

Algo estaba sucediendo delante de mis narices y no estaba siendo capaz de verlo.

—Sé que lo tengo delante de mí… Joder. Qué puta rabia. —Apreté la mandíbula mientras daba volantazos y aceleraba por la autopista—. Seas quien seas, te voy a atrapar, maldito cabrón.

El cuerpo de la chica desaparecida era, ni más ni menos, que una amiga de Pere Llops, una integrante del grupo.

Paula Ruiz.

Ritual

El caminante prosiguió con su camino, incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que había descansado realmente.

Cuando la luna, aquella hermosa perla luminosa, se escondía dando lugar al implacable sol, un llanto emergía de lo más profundo de sus vísceras. Empezaba a dar vueltas sobre sí mismo, cayendo numerosas veces al suelo. Pero aquello no lo detenía. Se erguía con dificultad, como si sobre él se encontrara el peso del cielo, al igual que el famoso titán Atlas, condenado a sujetar sobre sus hombros el peso del azul con tal de que no acabara tocando la tierra, produciendo de esta manera el fin de todo lo conocido.

Así actuaba hasta que la noche volvía a hacer acto de presencia. Alzaba de nuevo la mirada buscando aquel conocido resplandor y proseguía su camino hacia lo desconocido. Siempre donde ella le indicaba con susurros.

El problema residía en aquellas noches en las que la luna se ocultaba de él, escondiéndose de su hambrienta y fría mirada.

Era en aquellas gélidas noches donde la luna le abandonaba por completo, cuando la realidad le golpeaba con brutalidad al individuo. Aquella fuerza invisible, aquel puñetazo surgido del universo le obligaba a inclinarse, como si tuviera que hacer una reverencia para terminar con su sufrimiento, acabando postrado en el suelo, estuviera donde estuviera. Y aquello le había acarreado más de un problema.

¿La gente no lo entendía? Tampoco era para tanto, necesitaba coger fuerzas, descansar. Solo por unas horas. Simplemente necesitaba reposar hasta la noche siguiente, esperar a su guía celestial.

Estaba más que acostumbrado a aguardar. En una antigua vida, una que a sus ojos parecía muy lejana, siempre había creído que la meditación era una estúpida moda traída de Oriente para aquellos vagos que no querían ver el verdadero mundo que les rodeaba. Una pérdida de tiempo, lo único que de verdad importaba en el mundo.

No sabía lo equivocado que estaba. Ahora era un maestro en ello. Las horas pasaban ante él en apenas un parpadeo.

Había aprendido a la fuerza, ya que, si dejaba que su mente vagara libre, todos aquellos pensamientos e ideas que guardaba en su interior surgirían a la luz. Y no estaba preparado para ello.

Nunca lo estaría.

David

9 de abril de 2019

Lo he intentado.

Lo prometo.

Pero no soy capaz.

Mi cabeza, mi mente, está incompleta. Dañada. Mis recuerdos no son como antes, son como historias que uno se cuenta a sí mismo, como si pertenecieran a otra persona. Fragmentos, imágenes. Solo unos pocos de ellos son claros, sobre todo los últimos sucesos. Pero están desconectados, sin relación alguna.

No sé qué me pasa.

Creo que estoy roto, o que mi alma lo está. Puesto que ya no tengo cuerpo. Es una carcasa vacía, carente de vida.

Quizás el alma no tiene recuerdos, por eso me cuesta retenerlos. Quizás se almacenan en la piel, en los huesos, en los músculos, en el cerebro… Y no en el alma.

Trato de aferrarme a los pocos que me quedan.

Ahora mismo es lo único que me queda.

David

2012, siete años antes

Todo pueblo tiene sus historias. Montgat no es una excepción.

Acabábamos de terminar una etapa, comenzando, de esa manera, otra. Una nueva vida para nosotros. El instituto.

Dejamos atrás la escuela primaria de Salvador Espriu para encontrarnos ante el nuevo edificio que nos acogería en nuestros próximos años académicos, el instituto Thalassa.

Era un gran edificio de cemento, carente de decoración, excepto por algunas pinturas que habían hecho algunos alumnos en la hora de plástica. Por lo demás, las paredes lucían vírgenes y tristes. Todas las ventanas estaban protegidas por rejas y por persianas metálicas. Lo que creaba ese ambiente claustrofóbico de permanecer encerrado todo el día.

Como nos gustaba repetir a los alumnos, era la etapa de la cárcel, ya que parecía exactamente lo mismo ante nuestros ojos. Sin exagerar.

Y aunque creíamos que éramos mayores, que habíamos cambiado, seguíamos siendo los de siempre. Nuestro unido y querido grupo del Cucu.

Nos encontrábamos en la Virreina, una pequeña urbanización de Montgat, a la que se podía acceder por un puente que cruzaba sobre la autopista o por arriba de la montaña que daba a otro pueblo vecino, Tiana.

Era de noche y estábamos todos juntos en un parque infantil, nuestro lugar de reunión. Siempre quedábamos ahí porque era

donde vivían José y Hungan, y porque a los demás no nos importaba movernos hasta allí.

Realmente yo era el que vivía más lejos, pero con el tiempo había descubierto un camino, un atajo, que me hacía ganar mucho tiempo. Atravesaba una especie de riera que conectaba con el parque del Tranvía, cerca de donde yo vivía, y me dejaba justo en esta urbanización. El problema era que muchas veces, sobre todo de noche, me daba miedo cruzar por él. Apenas había luz, por no decir ni una, las ramas de los árboles cubrían todo el camino, y solo escuchaba el chapoteo de mis pies en el barro junto a los sonidos de la naturaleza. Y eran muchos. Y siempre parecía que alguien me perseguía, me observaba, me vigilaba.

Así que igualmente tenía que dar un gran rodeo. Prefería caminar un poco más y estar tranquilo. No me gustaba sentir aquella claustrofóbica sensación. Me quedaba con un mal cuerpo durante un largo rato.

Pero valía la pena.

Y tanto que la valía. No cambiaría ni una de aquellas quedadas con mis amigos. Me daban vida.

—¿Queréis que os cuente una historia de miedo? Bueno, a mí al menos me lo da. —José nos miró a todos fijamente mientras se llevaba una gominola a la boca y la masticaba ruidosamente—. Me da miedo porque es real, porque ocurre en esta urbanización, la Virre. ¿Estáis seguros?

Todos asentimos concentrados ante sus palabras. Habíamos llevado bebidas y patatas fritas, junto a unas pocas gominolas que había traído Paula de su casa. Era la quedada perfecta. Incluso Hungan había bajado una *pizza* de cuatro quesos que ya nos habíamos terminado vorazmente.

—En la parte de la montaña, donde se encuentran los viñedos que se ven desde la ventana de mi casa —empezó a relatar José poniendo una voz seria y cargada de misterio—, cada noche desde que llegué con mis padres a vivir aquí hace diez años, ocurre algo misterioso. Cuando el sol empieza a desaparecer por detrás del monte y la oscuridad se hace más intensa, una pequeña luz aparece entre las viñas. La luz de un candelabro o una lámpara de aceite. ¿Verdad que sí, Hungan?

Elia asintió con seriedad mientras se dejaba arropar por un

abrazo de Bernat. Ambos habían empezado hacía poco una relación sentimental, por lo que no se separaban ni un instante, pero no nos importaba. Estábamos el grupo completo. Ante la aceptación del inicio de su historia, prosiguió.

—Investigando, he descubierto que hay una pequeña caseta de madera, y es de ahí de donde sale la luz. Pero, claro, estaba muy intrigado. ¿Quién vive hoy en día en una casucha destrozada en medio del bosque? ¡Nadie! Así que pregunté a mi vecino Enric por si sabía alguna cosa. Me contó que nadie se atrevía a ir, ya que una vez fue con su hermano a investigar y un hombre salió con una escopeta y un perro agresivo que llevaba atado con una cadena de metal. Les persiguió, pero, por suerte, pudieron darle esquinazo y volver a casa sin que les pasara nada. ¡Y no son los únicos a los que les ha ocurrido eso! También me contó el pasado de aquella caseta… ¡Y es horrible! Esas tierras pertenecen a dos hermanos. Jacinto y Pedro. Dos hombres que muy pocas veces aparecen por la urbanización, y mucho menos sociabilizan. Por lo que me contó, Jacinto es cojo por un terrible suceso que le ocurrió en el pasado. Pero esa no es la parte de terror de esta historia.

José nos miró uno a uno. Primero a mí, pasando por un Bernat de mirada asustada que aferraba con fuerza a Hungan contra sí, protegiéndose. Elia, sin embargo, tenía una mirada desafiante, animándole a proseguir la historia. Paula se encontraba entre Aitor y Pere, que tenían un aspecto incómodo y una mirada nerviosa por la historia.

—Lo que cuenta la gente del pueblo… es que ambos hermanos no se llevan bien, nada bien. Son muy agresivos, y hace muchos años asesinaron a sangre fría con un hacha a sus padres mientras descansaban en su cama. Les abrieron por completo, les cortaron en pequeños trocitos, arrancándoles cada uno de sus órganos y, por último, se comieron su corazón, que aún estaba caliente. A veces, desde mi ventana, oigo disparos por la noche o escucho la voz de los hermanos discutir con agresividad. Es como que están dando vueltas, buscando a víctimas que se hayan perdido por el bosque y que puedan cogerlas para… asesinarlas.

Un tenso silencio se instaló entre nosotros. Nadie era capaz de pronunciar siquiera una palabra.

—Por eso, cada noche, ponen el pequeño candelabro. Lo dejan

encendido para que alguien que se pierda en la noche se guíe por él. Se arrastre hacia la luz como si fuera su salvación, llevándole, seguramente, a su perdición. A su muerte. Mucha gente ha desaparecido en el bosque, pero nadie la ha encontrado jamás. Así que dejadme que os aconseje… Nunca os dejéis llevar por una luz en el bosque. Nunca. Es una trampa. Si tenéis que fiaros de algo, que sea del resplandor de la luna, solo ella os puede salvar en esta situación.

David

2012, siete años antes

Aquella historia fue el inicio de una etapa diferente para mí y para José. No tenía nada que ver con la adolescencia, era algo mucho más profundo e intenso. Al escuchar aquel relato, quedaron muchas dudas de su veracidad. Demasiadas. Así que un día él y yo nos pusimos de acuerdo y decidimos solucionarlo. Buscar la verdad.

Fue así como encontramos nuestro escondite.

Fue así como cavamos la misma tumba de José. Juntos. Enterrado bajo tierra, mientras su alma desaparecía ante mis ojos y yo era incapaz de hacer nada por salvar la vida de aquella persona a la que amaba con todo mi corazón.

Era de noche. La luna creciente iluminaba tenuemente la montaña. Estábamos ocultos en la maleza, José y yo. No había nadie más, solo nosotros.

No se escuchaba nada más aparte del sonido de los grillos e insectos de la noche y algún que otro solitario coche que cruzaba por la autopista en aquel instante. Todo lo demás era la representación de la calma.

Todo estaba oscuro. Y, por supuesto, estaba nervioso. ¿Qué hacíamos ahí? Sin duda alguna había sido idea de él, no mía. Pero no podía resistirme a sus encantos, a su sonrisa, a su manera de ser.

Así que ahí estaba. Asustado y excitado a la vez. Asustado por si salían los hermanos con la escopeta y los perros. Excitado ante la idea de una aventura. Excitado de vivirla junto a José, una historia que podíamos compartir. Juntos. Solos. Aquello era un sueño hecho

realidad.

Estábamos atentos, sin embargo, aquello no impidió que nos emocionáramos al ver cómo una pequeña y titilante luz aparecía en la espesura del bosque. Habían encendido el candelabro, aquella parte de la historia era cierta.

Los demás no habían querido venir con nosotros. Después de acabar el relato, pusieron excusas para no hacerlo, dejándonos a solas ante la exploración y la verificación de si aquello que nos había contado nuestro amigo era real o no. Tenían miedo, al igual que yo. El único que parecía inmune a aquella penetrante emoción era José.

De momento lo era. Todo lo que nos había explicado era real. Joder, qué miedo tenía en aquel momento.

José me hizo un gesto con la mano y le seguí, adentrándonos en la noche, dirigiéndonos a aquella pequeña y débil luz. Como si fuéramos polillas directas a la llama que nos consumiría por completo. Íbamos a paso lento, tratando de hacer el menor ruido posible. Para él era fácil, ya que su cuerpo delgado y atlético le ayudaba, pero mi situación era muy diferente. Mi respiración era cada vez más agitada y notaba cómo la tierra crujía con agresividad bajo mi peso, como si se quejara de mí.

Poco a poco, mientras la luz se hacía más intensa, pudimos observar más detalles de la choza de madera. Era más parecida a una caseta de herramientas que un lugar donde podía vivir una persona, más aún dos hermanos. El tejado estaba desgastado y con pequeños boquetes, al igual que las paredes de madera y la puerta, que se balanceaba por la fuerza del viento.

Estaba tan concentrado analizando los detalles que no coloqué bien el peso cuando pisé una roca que estaba suelta, por lo que perdí el equilibrio, cayendo hacia un lado y haciendo demasiado ruido. Quebré el silencio de la noche con un sonido sordo al golpear el suelo. Los grillos detuvieron su canto, al igual que todos los insectos. José me miró con los ojos muy abiertos y preocupados. Había hecho mucho ruido, demasiado. Era imposible que no nos hubiera escuchado alguien.

José me hizo un gesto de que no me moviera y se llevó el dedo índice a los labios. Debíamos estar en silencio. Aguardamos unos segundos sin movernos. Solo escuchábamos nuestra respiración y

habría jurado que podía llegar a escuchar el acelerado bombeo de mi corazón, que sonaba cada vez más y más fuerte en mi cabeza, amenazando con explotar.

No ocurrió nada. Poco a poco todo volvió a la normalidad, los grillos empezaron a entonar su canto de nuevo, al principio con timidez, para dar paso más tarde a la furiosa canción que antes habíamos escuchado.

José me tendió la mano y me ayudó a incorporarme.

—Mira que eres torpe, David —susurró con una preciosa sonrisa en el rostro.

Nos quedamos quietos observando la caseta. Escuchamos unos golpes por la parte trasera, justo en la zona de la que no teníamos visión. Caminamos un poco para poder observar y calmar de esta manera nuestra curiosidad. Rodeamos la pequeña estructura por la maleza y cuando estuvimos allí nos encontramos con la nada. No había nada.

¿Cuál era el origen del ruido, pues?

Escuchamos un tintineo a nuestras espaldas, y el sonido de la grava crujió bajo unos pesados pasos. Nos quedamos helados y paralizados. No nos habíamos dado cuenta, pero alguien estaba justo detrás de nosotros. Observándonos atentamente. Notaba su mirada clavada en la nuca, fría como una guadaña. Incluso logré escuchar su pesada respiración. Estábamos perdidos.

—Malditos mocosos, ¿qué coño creéis que hacéis aquí? ¡Os voy a coger del pescuezo y os voy a descuartizar!

Nos giramos y vimos a un hombre de cabello largo y blanco, con una notable cojera y con unos ojos que dejaban entrever su falta de cordura. Aferraba con fuerza una cadena de metal con la que llevaba amarrado a un silencioso pastor alemán que nos observaba con atención, con demasiada atención. En la otra mano llevaba una escopeta. Era la primera vez que veía una, aparte de en las películas, por supuesto. Sí que había visto pistolas de la policía de los agentes del pueblo cuando venían a darnos charlas a clase, pero aquello era muy diferente. Mucho.

No perdimos ni un segundo y empezamos a correr, escapando de su presencia, adentrándonos en el bosque, huyendo de él. El perro empezó a ladrar y el hombre a gritar. No sabíamos cuál de los hermanos era, y en aquel momento poca importancia le dimos. Solo

queríamos desaparecer de allí.

El bosque, aquella oscuridad que a veces nos hacía encogernos de terror, fue nuestro aliado en aquel momento. Nos escondió de la desquiciada mirada del hombre que vivía en la montaña, mientras avanzábamos aún más entre la maleza, sin rumbo aparente.

Nuestros ojos se fueron acostumbrando, a la vez que bajábamos el ritmo de la carrera, seguros de que habíamos despistado al hombre y a su mascota. Miramos a nuestro alrededor, tratando de ubicarnos para poder volver a casa, dando por terminada aquella aventura nuestra. Una especie de estructura se encontraba justo delante de nosotros. Al verla, a José se le iluminaron los ojos un instante.

—¡Ya sé dónde estamos! ¡Son las tres torres!

¿Las tres torres? Al fijarme me di cuenta de que se trataba de unas pequeñas torres, pero eran cuatro. Estaban marcando una especie de embalse de agua, pero era algo raro que estuviera allí, en medio. No me dio tiempo a responderle, ya que mientras observaba la estructura volvimos a escuchar muy cerca de nosotros al hermano que nos perseguía.

—Sé que estáis ahí, chavales. Os vamos a encontrar y a dar una lección. Podéis esconderos todo lo que queráis, pero no podréis huir. Malditos niñatos… Os voy a coger y voy a arrancar vuestro corazón mientras aún estáis vivos. Corred, corred, que no tenéis a dónde huir.

José me agarró con fuerza y me arrastró a una especie de zanja cubierta por una maleza muy reseca. Crujía ante todos los movimientos que hacíamos, ahí seguro que nos encontraría. Incluso el respirar hacía un sonido insoportable. Estábamos perdidos, en pocos minutos daría con nosotros.

Estaba tan concentrado por lo que ocurría que no me percaté de que la presencia de José desaparecía de mi lado, dejándome completamente a solas ante aquel hombre. Estaba demasiado aterrado para poder pensar siquiera. Me había metido en un lío, era un inconsciente. Debería estar en casa, durmiendo tranquilamente, y no allí en el bosque, perseguido por un hombre agresivo y su perro.

Una mano me tocó el hombro. Solté un quejido y me aparté con rapidez, sin darme cuenta de que era José. Ahora sí que estábamos

perdidos, acababa de hacer demasiado ruido. Era un estúpido.

—Ven, rápido. He encontrado algo, David. Ven.

Me cogió de mi mano sudorosa y me guio por la zanja, atravesando la maleza y haciendo aún más ruido. Nos iba a encontrar.

Entonces la oscuridad se hizo aún más profunda. Mi visión se oscureció de golpe y el silencio se hizo muy intenso. ¿Qué acababa de pasar?

—David —susurró a mi oído—. Acabamos de encontrar una cueva. No hagas ruido. Esperaremos a que se vaya.

El tiempo transcurrió lento y al cabo de una hora salimos del escondite, volviendo a nuestros hogares. Había sido una noche intensa, con una historia trepidante que contaríamos a nuestros amigos. Toda excepto un detalle. Nuestro pequeño secreto. Nuestra cueva.

Aquella sería nuestra guarida, nuestro lugar de reunión, nuestro salvoconducto de la realidad y donde podríamos ser nosotros mismos.

Era nuestra salvación de un mundo que se nos echaba encima, asfixiándonos.

También sería nuestra perdición.

Laura

1984, TREINTA Y CINCO AÑOS ANTES

Oscuridad.

Solo hay oscuridad.

Sonrío al encontrarme en mi escondite. Huele un poco mal, pero no me importa. Lo importante es estar escondido. Que no me encuentre.

Una risa empieza a salir de mi boca. Pero una sonrisa silenciosa. Nadie la puede escuchar. Porque estoy escondida. Muy bien escondida.

Nadie me puede encontrar.

Noto que algo se mueve entre mis pies. Una serpiente. Pero no me asusto, soy valiente. Además, creo que es mi amigo. El señor Serpiente. A veces aparece cuando estoy sola y juega conmigo.

Miro a mis pies descalzos y, a excepción de una chaqueta arrugada, no veo nada, me he confundido. Muevo mis dedos y me quedo fascinada del color rojo de las uñas, mi hermano grande me las ha pintado. Se le da muy bien. Como todo.

Sigo mirando por el suelo por si veo a ese animal alargado, pero no hay nada. Jopetas. Me habría gustado ver a mi amigo. A veces me pasa esto, que veo cosas donde no las hay. O quizás veo cosas que nadie más ve. Seguro que es eso. A veces no prestan atención los demás. Son muy tontos.

Yo sí me fijo. Soy lista. Y además también guapa, todo el mundo me lo dice. Me da vergüenza cuando lo dicen y me pongo roja. Roja como un tomate, y bajo la mirada. Pero me gusta que me lo recuerden.

Escucho pasos en la habitación. Quizás la serpiente ha hecho un

ruido muy fuerte y nos ha oído. Tengo que enseñarle modales.

Escucho su respiración. Me va a encontrar. Mi hermano es muy listo y también se fija en los detalles. Yo siempre le he dicho que de grande tendría que ser policía, para poder coger a los malos y encerrarlos. Hay muchos malos sueltos y eso está mal. Él solo se ríe y dice que no va con él, que prefiere ser muchas cosas antes que eso.

Pero yo veo los detalles y cosas que él no. Y sí, él será policía. Es lo que será.

La puerta del armario se abre de golpe mientras él deja escapar un sonoro:

—¡Bu! ¡Te he encontrado! —Sonríe y me saca de dentro del armario como si no pesara nada, pero en realidad sí peso, soy muy grande y alta para mi edad. Pero mi hermano es muy fuerte. Es el mejor.

—Eso no vale… No ha sido culpa mía, sino de la serpiente que vive en el armario de los papas… Va, otra vez, que ya verás como no me encuentras. Una vez más, porfi, Rafa, hazlo por mí.

David

12 de mayo de 2017

—¡David! ¡Ven aquí con todos! —Encontré a José a pocos metros de distancia.

Se notaba que le costaba vocalizar a causa de todo lo que había bebido, pero aquello no le impedía seguir haciéndolo. Parecía una esponja, ya que era el que más bebía del grupo y el que mejor se controlaba. Mientras observaba cómo me acercaba a él se llevó el cigarro a los labios e inhaló con intensidad.

Cuando ya me encontraba a su lado, me agarró con fuerza y me acercó aún más a él, abrazándome y cogiéndome por la cabeza. Acercó su boca a mi oído.

—Tío. Gracias por ser mi amigo. Eres increíble. No sé lo que haría sin ti.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, me atravesó con fuerza, con brutalidad. Me fijé en su rostro con atención. Su piel tenía un tono aceituna que todos envidiábamos, sus ojos contenían una variedad de colores, aunque el que más predominaba era el de la miel. Y a pesar de la triste barba que tenía, que le salía a trompicones, le daba un toque de madurez extra. Y su sonrisa… Qué guapo era.

—Venga, vamos con los demás y nos hacemos una foto. —Su voz arrastrada me sacó de mis pensamientos y con una sonrisa le seguí por la discoteca.

Le dio otra calada al cigarro y me lo pasó.

—Ten, acábatelo.

Me lo llevé a los labios. Apenas noté el sabor del tabaco, solo podía degustar el gusto dulzón de su saliva. Era lo más cercano que había estado de besar sus labios, era mi premio. Dejé que el humo

saliera de mis pulmones, junto a todos mis sueños y deseos.

Había empezado a fumar hacía dos años. Al principio era más como un juego. Un reto, quebrar una norma y las recomendaciones de los adultos. Yo siempre me había negado, sabía que no era bueno. Pero cuando José me dio a probar uno, el primero de muchos, y después de fumarlo él, no pude resistirme. Noté cómo mi cuerpo trataba de expulsar aquella sustancia nociva de mí, obligándome a toser y a tener arcadas. Estaba asqueroso, lo peor que había probado en mi vida, y, sin embargo, lo más exquisito. Así que le di otra calada, y otra.

Fue, sin duda alguna, mi primera adicción por José. Y, por desgracia, no fue la última.

Puse mi mano en su espalda y me llevó por la discoteca, buscando a los demás. Noté cómo sus músculos se tensaban, cómo la ropa se enganchaba a su cuerpo, su sudor. Notaba cómo el alcohol hacía que mis deseos se volvieran más intensos y oscuros. Se podía decir que yo también había bebido más de lo que debía.

Pero, igualmente, la sensación de mi interior era increíble. Me sentía el rey del mundo y creía que todo lo que me imaginaba en mi mente podía llegar a ser real. Todo. Todo cuanto nos rodeaba nos pertenecía, todo.

A los pocos minutos de deambular encontramos a los demás. Se abalanzaron sobre nosotros, abrazándonos y riéndose de manera excesiva.

Estábamos ahí para celebrar. Celebrábamos nuestra inminente entrada en época de exámenes. Estábamos en bachillerato y, aunque parecía mentira, todos habíamos conseguido sortear las dificultades de primero de bachillerato social. Sin embargo, ahí nos encontrábamos, ante las puertas de la recta final. Eso sí, luego nos faltaba la prueba más difícil de todas. Segundo de bachillerato y la famosa selectividad. Los profesores no paraban de repetirnos aquellas palabras. Era un no parar.

Hoy habíamos inaugurado un juego. Pere había apuntado en una libreta durante toda la semana la cantidad de veces que los profesores pronunciaban aquella terrible y tan desgastada palabra, selectividad. La idea era que, por cada vez que la dijeran, deberíamos beber un chupito en su honor. Nos habíamos tomado diecisiete chupitos cada uno, y estábamos algo perjudicados…

Alguien chocó conmigo, empujándonos a todos.

—Puto gordo, mira todo lo que ocupas —dijo una voz ronca detrás de mí.

El alcohol no simplemente amplificaba mis sentimientos más buenos, sino todos los que tenía. También los negativos. Aquel comentario solo hizo que la puñalada la sintiera más profunda de lo que en realidad era. Agaché la mirada, clavando la vista al suelo. Estaba repleto de esquirlas de cristal por toda la cantidad de vasos rotos, y pringoso por el alcohol.

Quería desaparecer, que en un parpadeo todo se hiciera oscuro y apareciera en mi cama, arropado por una manta, protegido de todo cuanto me rodeaba. No quería estar ahí. Odiaba estar ahí.

Cerré los ojos mientras notaba cómo se llenaban de lágrimas. Nunca podría cambiar aquello. Era un gordo, el gordo.

—Aitor, ¿qué ha dicho el bizco? ¿Nos lo dice a nosotros o se lo está diciendo a alguien que está en la otra punta de la discoteca?

—Pues no sabría decirte, Pere. No sé si nos está mirando a nosotros o no. ¡Tú, bizco! ¡Ven aquí!

¿Qué estaban haciendo? Aitor y Pere nunca se resistían a una buena bronca, nunca. Y más si se habían metido con alguien del grupo. Ellos podían meterse con nosotros, pero era un derecho que se habían ganado, nadie más podía.

El chico se giró. Tendría nuestra edad, pelo corto y de cuerpo ancho y musculoso. Pero ellos llevaban razón. Tenía una mirada demasiado poco atractiva, ya que cada ojo miraba hacia un lado diferente.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó en tono amenazador.

—Madre mía, tío. ¿Es que aparte de tener problemas de vista te cuesta hablar y comprender? No sabemos si te referías a nosotros o no. ¿Nos contestas? Y cuando lo hagas míranos fijamente, que mirar a otro lado cuando hablas es de mala educación —Aitor lo soltó con aquel tono irritante del que era experto.

—A vosotros no, al gordo sí. Estaba en mi camino. Que adelgace un poco, no es normal que esté así. Se morirá de colesterol o de un infarto en un año. —Una cruel risa brotó de sus labios.

José se había acercado al tío por un lado sin que se diera cuenta. Cuando ya estaba muy cerca de él le dio unos golpes en el hombro derecho captando su atención.

—Oye, *crack*, cuidado, que estás en medio de su camino —dijo señalando hacia la izquierda.

El chico, por un impulso, giró la cabeza mirando hacia donde José le señalaba. No lo vio venir. Paula se había acercado con sigilo, al igual que José, colocándose a su izquierda. Y en cuanto el chico miró en su dirección, soltó un gancho sobre su rostro.

—Me cago en la puta —exclamó mientras se aferraba la cara y la sangre corría por sus dedos—. ¡Me has reventado la nariz, cabrona!

—Pues te jodes, otro día aprendes a no ser un capullo integral. Te irá mejor en la vida. —Escupió con desprecio mientras agitaba la mano con la que le había golpeado.

—¡Corred! —dijo José a la vez que le asestaba una patada en la entrepierna mientras el chico se levantaba con ojos furiosos y dispuesto a vengarse.

Hungan me agarró del brazo y me arrastró con los demás, perdiéndonos en la discoteca, escapando de la visión de aquel chico al que no veríamos nunca más en la vida. No podíamos parar de reír, era contagioso. Cuando uno paraba, otro empezaba, contagiándonoslo de nuevo.

Aquella tristeza que había experimentado instantes antes había desaparecido por completo. Era la magia que obraban sobre mí. Por eso eran mis amigos, el tesoro más preciado que poseía.

Mientras corríamos por la discoteca con la música de fondo y las luces de diferentes colores, el tiempo pareció ralentizarse.

Todo iba a cámara lenta a mi alrededor. La gente bailando y bebiendo. Podía ver su felicidad, su tristeza. Cómo el alcohol les obligaba a sacar su yo más oscuro, sus sentimientos más arraigados a su alma. Sus penas, sus temores, sus deseos más profundos. Ahí dentro, en la discoteca, todo estaba permitido. Las consecuencias ya llegarían al día siguiente.

Porque siempre llegan. Todo acto, toda acción, tiene su reacción en el mundo. Y todo vuelve.

Una vez escuché una frase muy famosa: «El batir de las alas de una mariposa puede provocar un huracán en la otra punta del mundo».

Lo que no sabía es que, tarde o temprano, aquel huracán acabaría por acudir a la mariposa, engulléndola en sus fauces y acabando con su minúscula existencia. Todo tiene una

consecuencia, y nosotros aún no lo sabíamos. Si no, habríamos cambiado muchas cosas, demasiadas.

Allí, en la discoteca, no me di cuenta. Pero estaba rodeado de mi familia. Aquella que yo había escogido, aquella que me quería. Todos éramos felices, un grupo atado por fuertes lazos de amistad y amor. No era un amor de relación, era un amor mucho más profundo, mucho más intenso y sincero.

Por desgracia, no supe apreciarlo. No sabía que a partir de aquel momento todo lo que conocía y quería se acabaría destruyendo. Que mis amigos serían asesinados de la manera más cruel posible, ni que acabaría pidiendo limosna por las calles de Barcelona.

Y, mucho menos, que acabaría muriendo de sobredosis en la arena de la playa de Montgat, bajo la atenta mirada de las estrellas.

David

13 de mayo de 2017

Todo dentro de mi cabeza daba vueltas. Era una sensación familiar y odiosa, pero no conseguía deshacerme de ella, producto de todos los cubatas y chupitos de la noche anterior. Siempre me ocurría igual, pero era incapaz de negarme. Me sentía vivo, libre, siendo yo mismo.

¿Cuántas veces me había levantado con aquella sensación? Demasiadas para contarlas. Pero valía la pena pagar el precio por las sensaciones nocturnas que me transmitían. Y tanto que sí, aunque muchas de aquellas noches fuera incapaz de recordar poca cosa más que escenas puntuales y carentes de sentido.

Me pasé una mano por el rostro sonriendo al recordar cómo le habían dado la lección a aquel chico en la discoteca. Se lo tenía merecido.

Mi vuelta a casa desde la discoteca Titus Carpa era difusa, no era capaz de recordarla con claridad. Aquel lugar de fiesta era nuestro plan de cada fin de semana. Lo teníamos cerca y para emborracharnos y disfrutar no podíamos pedir más. La mayoría de gente quería ir a Barcelona, a todas las discotecas que estaban repletas de guiris. Nosotros fuimos una vez, pero el ambiente no era el mismo. En Titus estábamos en casa.

Siempre que se acercaba el viernes nos podían ver publicar en las redes sociales la noche que se avecinaba, o incluso hacíamos una cuenta atrás de los días que faltaban para que fuera viernes.

—Es viernes y el cuerpo lo sabe —gritábamos como lema.

Me levanté perezosamente de la cama mientras los muelles de esta se quejaban bajo mi peso. Me quedé en esa postura unos

minutos, intentando que mi cuerpo volviera a encontrarse consigo mismo. Notaba los párpados pesados y la lengua seca y pastosa. Me froté los ojos mientras aguzaba el oído escuchando la conversación que tenían mis padres en el comedor.

—¿No lo viste cómo llegó ayer? —Aquella era la inconfundible voz de mi padre—. Estaba borracho, hemos tenido y malcriado a un niñato que solo come y bebe hasta saciarse, y eso es decir mucho. ¡Es un borracho!

—Cariño, salió con los amigos para desconectar de los estudios, ya sabes que el bachillerato no es fácil, y lo está aprobando todo… —Mi madre siempre intentando apoyarme con aquella dulzura única.

—¡Me la sudan sus estudios! ¿De qué le van a servir? ¡De nada! Va a ser un don nadie, lo es ahora y lo será siempre. ¿Tú le has visto? ¿Tú le has visto bien? Solo con verle me da lástima. ¡Y encima un borracho!

«Un borracho como mi padre», pensé amargamente. Sin embargo, no fueron sus palabras las que me dolieron, sino la ausencia de argumentos de mi madre para defenderme. Se quedó en silencio, sin decir nada. Ni siquiera una palabra. Dando, de esa manera, la razón a los asquerosos argumentos de mi padre.

A los pocos segundos escuché la puerta de la calle cerrarse de un portazo. Mi padre acababa de marcharse, seguramente al bar del barrio, como siempre hacía.

Odiaba estar en aquella casa. Quería escapar ya de ahí, aunque aún no tenía los recursos necesarios.

Me incorporé y abrí la persiana, se resistió al principio mientras tiraba de la desgastada correa, que a los pocos segundos cedió ante mi insistencia. La luz entró en mi habitación, iluminando todo el desorden que ahí habitaba. Era caótico, lo admitía, pero estaba a gusto así. Dentro de aquel caos podía apreciar cierto orden. Un orden del que solo yo era consciente. Era mi santuario.

No era una habitación grande, más bien todo lo contrario, y con lo imprescindible. Una cama con colchas desgastadas, un escritorio con unos pocos cajones y un armario que ocupaba más de la mitad de la estancia. Aquello era todo. Tenía ropa en un rincón del suelo, y también amontonada en la silla que se encontraba frente al escritorio. Cogí la de la silla y la puse en la cama mientras me

sentaba en ella y miraba por la ventana.

Antes de salir de la habitación, abrí uno de los cajones. Estaba lleno de apuntes de clase, bolígrafos y lápices. Pero no buscaba nada de eso. Solo quería relajarme un poco antes de salir y de encontrarme con el mundo real.

Una bolsita transparente. Dentro había un regalo de Aitor. Tres porros. Me había dado seis, pero se agotaban con relativa facilidad. Era una lástima.

Tenía muy poco dinero y no podía permitirme comprar demasiado, pero Aitor siempre compartía con nosotros. Se podía llegar a decir que era el camello del pueblo, y de vez en cuando nos hacía algún regalo extra. Pero normalmente le comprábamos, no queríamos arruinar y hundir su negocio.

Saqué uno que ya estaba empezado y lo encendí con un mechero Bic de color lila. Me lo había encontrado de fiesta y me lo había apropiado, me era bastante útil.

La primera calada me llevó directo a la gloria, noté cómo el humo se expandía por mis pulmones y se trasladaba a cada uno de mis músculos. Y con cada calada que daba, esa sensación se fue extendiendo a mi cerebro, a mi mente.

Sin duda alguna, aquello era vida. Le di un par de caladas más y me acerqué a la ventana, que había abierto instantes antes para que el humo no se quedara en la habitación. Aplasté el porro en la cornisa de la ventana, apagándolo. Aún me podría servir para unas cuantas caladas más.

Volví a guardarlo de nuevo en el cajón, oculto de miradas indiscretas. No por mi madre o mi padre, sino por mi abuela. Sabía que fumaba y cada vez que venía a casa observaba con atención todos los detalles, dispuesta a echarme la bronca. Por suerte, de momento no tenía pruebas. Pero era lista. Demasiado.

Abrí la puerta y me dirigí al lavabo sin detenerme. Mi madre hablaba de fondo al oír que había abierto la puerta, pero decidí no escucharla, no quería.

Aún notaba la pesadez del alcohol de aquella noche, por lo que no tenía apenas apetito. Solo quería sentir el agua sobre mi cuerpo. Siempre que volvía de fiesta me notaba sucio. El pelo encrespado y con olor a humo, al igual que mi piel. Pero aparte de eso era como algo más. Algo que no podía explicar, pero que el agua era capaz de

sanar. Era mi bálsamo.

Me acerqué a la bañera y puse el desgastado tapón negro en el agujero del desagüe, abriendo el grifo y dejando que el agua caliente fuera llenando la bañera. No era muy grande, pero, por suerte, cabía justo en ella.

Mientras el vaho ascendía, me fui quitando la ropa, dejándola a un lado. Una vez desnudo observé mi reflejo en el espejo atentamente. Me asustó ver que aquella persona me sonreía de verdad, una sonrisa de las que la gente esbozaba en la calle, de las que llegaba a envidiar. ¿Cómo era posible que aquel reflejo mío la tuviera? Yo no me sentía así. No estaba sonriendo. Por dentro era un espejo hecho trizas, pisoteado. Me acerqué más, analizando todas las curvas de mi cuerpo, las estrías de mis piernas y mis brazos y la prominente barriga. Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza aquella sonrisa que aún permanecía estampada en mi reflejo.

Acaricié en el espejo con dedos temblorosos aquel rostro que me era desconocido. Quizás era mi yo de verdad, mi verdadera esencia, atrapado en lo más profundo de mi ser, esperando salir.

—¿Quién eres? —logré pronunciar no sin dificultad.

Sin embargo, solo obtuve lágrimas como respuesta. Mi rostro quedó lleno de ellas, asfixiándome de un dolor que no me era desconocido. Pero *él* seguía sonriendo, incluso en su mirada detecté cierta comprensión.

Y antes de que me diera cuenta, sus rasgos desaparecieron bajo el vaho que inundaba la habitación.

Me aparté con el cuerpo tembloroso y detuve el agua. Y mientras caían las últimas gotas en la bañera fui introduciendo los pies. Estaba caliente, bastante más de lo que esperaba, pero aquel mordisco en mis extremidades inferiores me hizo sentir vivo. Me regaló una calidez de la que yo carecía por completo.

Mi cuerpo quedó cubierto, y el nivel del agua subió considerablemente. Noté sus caricias y cómo limpiaba las impurezas de mi piel, borrando todas las marcas de la anterior noche de fiesta.

No me había dado cuenta, pero mi cuerpo estaba en una permanente tensión. Ahora notaba cómo los nudos de mi cuello, de mis brazos, mi abdomen y mis piernas se iban deshaciendo con el calor. Permitiéndome respirar con mayor facilidad.

Las lágrimas, sin embargo, no menguaban. Seguían brotando de mis ojos, tratando de explicarme sus sentimientos, sus más profundas pesadillas. Fui dejando que mi cabeza se sumergiera lentamente. Primero la boca, luego la nariz y por último los ojos y los oídos.

Mis lágrimas se mezclaron con el agua y, por un instante, dejaron de salir. El mundo a mi alrededor se acababa de detener, no existía nada más que él y yo.

El silencio era penetrante y quedaba interrumpido por algún ligero movimiento mío bajo el agua o por el inconfundible sonido de mi corazón.

Y, por un momento, me sentí libre de verdad, podía acariciar aquella sensación. Era real. Aquí sí que noté cómo una curva surcaba mi rostro. La curva de mis labios esbozando una tímida sonrisa, como la del espejo. Una sonrisa de verdad.

Estaba dentro de mí. Existía. No me faltaba nada, no estaba incompleto, únicamente estaba roto, pero todo estaba ahí. Dentro de mí, latente.

El oxígeno se acabó en mis pulmones, por lo que me vi obligado a volver a sacar el rostro del agua, dejando únicamente mi boca sumergida. La realidad volvió a hacer mella en mí, recordándome que aquella sonrisa aún no me pertenecía, que no era mía. De momento era un sueño, un deseo lejano. Un espejismo de otro yo.

Pero sabía que estaba ahí dentro. En algún lugar. Lo había sentido.

Era real.

David

18 de mayo de 2017

Había quedado. Cuanto menos estuviera en casa, mejor. No aguantaba quedarme encerrado ahí, al menos cuando estaba mi padre. Mi madre ya se había marchado corriendo de vuelta al trabajo. Solo tenía una escasa hora libre al mediodía. Instantes más tarde, mi padre volvía del bar, por el olor que emanaba.

Al salir de aquella reconfortante y reparadora ducha, me vestí con un chándal que me venía un par de tallas grande, de manera que no marcaba mi cuerpo, revelando su forma y sus curvas. Me sentía muy cómodo con aquel estilo de ropa. Era como una armadura, conseguía que no me sintiera desnudo. Podía ser un poco más yo.

Pasé delante de mi padre, que se encontraba delante del televisor. Ni siquiera me miró, tan solo soltó un bufido cuando le tapé la visión del programa. Me puse tenso, esperando algún comentario sobre mi peso. Por suerte, no hizo ninguno. Eso quería decir que tenía un buen día.

Fui a abrir la puerta de casa cuando mi estómago rugió. No había comido y, realmente, no tenía hambre. Solo quería picar algo. Volví tras mis pasos a la cocina y abrí la nevera. Estaba casi vacía, y lo que encontré no me convenció. La cerré con un suspiro y busqué por los armarios. Bingo. Ahí estaba, una bolsa de patatas fritas sin abrir.

Me la llevaría conmigo. Saqué el móvil del bolsillo y miré la hora. 15.45. Iba bien de tiempo. Habíamos quedado a las cuatro en el parque del Turonet o, como nosotros lo llamábamos, el *busquet*.

Me llevaría la bolsa de patatas conmigo. La aferré y me dispuse

a salir de la cocina. Cuando me encontraba bajo el marco de la puerta, me detuve. Miré a mi padre en el sofá, riendo a carcajadas mientras bebía otra cerveza. Me di la vuelta y observé la cocina.

Se veía desastrosa. Aún estaban los platos de la comida del día anterior, los de la cena, los del almuerzo y la comida de ese mismo día. Todo acumulado, los mármoles sucios, la basura rebosaba de latas de cerveza vacías. Era un desastre.

Y, por supuesto, mi padre no iba a mover un dedo para ayudar. Cuando mi madre llegara a las diez de la noche, con el cuerpo exhausto y cara cansada, la recogería con mi ayuda. Por suerte, muchas veces no tenía que hacerlo. Era una carga que no tenía que llevar sola. Era nuestra casa, nuestra comida, nuestra responsabilidad.

Volví a mirar la hora y mandé un mensaje al grupo:

```
Chicos, llegaré un poco más tarde.
Ya sabéis.
Cosas de casa.
```

Recogí toda la basura del mármol, fregué y sequé los platos del fregadero y saqué bolsas de basura para poder tirarla bien y repartirla. Al terminar, observé mi trabajo triunfalmente. Aquello era mucho mejor. Así mi madre podría descansar cuando llegara y tener un poco de tiempo para ella misma.

Cogí un par de bolsas de basura para bajarlas a la calle, me puse bajo el sobaco las patatas fritas y traté de irme.

—David. —La voz ronca de mi padre me detuvo al cruzar el umbral de la puerta—. ¿Puedes venir un momento aquí, por favor?

Dejé las bolsas en el rellano y me adentré de nuevo en la casa. ¿Qué quería decirme ahora? Volví al comedor, a su santuario de poder. Había aflojado un poco el sonido de la televisión. Me observó el rostro con atención. ¿Qué pasaba?

—¿Has estado limpiando la cocina otra vez, hijo? —Aquella cínica sonrisa apareció en su rostro.

Asentí lentamente, preparándome para lo que venía. Apretó la lata de cerveza que tenía en su mano, derramando su contenido por el sofá.

—¿¡Qué coño crees que haces!? ¿Acaso eres una mujercita que tienes que limpiar la cocina y hacer las tareas de casa? —Empezó a

reírse con una mueca burlona—. ¡Para algo está tu madre!

Me lanzó la lata, que me salpicó, manchando la ropa que llevaba puesta y el suelo, ya que estaba medio llena.

—Oh, vaya… Perdóname, hijita mía… Se me ha caído. ¿Puedes limpiarlo, bonita? Me harías un enorme favor. —Siguió riéndose cruelmente de mí.

Podría haberle dicho muchas cosas, muchas respuestas inteligentes. Pero en aquel momento fui incapaz. Su presencia, sus comentarios, su humor me absorbía por completo, me anulaba como persona.

Así que lo único que pude hacer fue recoger la cerveza derramada en el suelo y marchar con la cabeza gacha. La puse en una de las bolsas de basura y cerré la puerta mientras sus terribles mofas se clavaban en mi espalda como afilados cuchillos.

Llegué treinta minutos tarde. Ellos ya me estaban esperando en uno de los miradores que había en el parque, al que se accedía subiendo una rampa que empezaba en la entrada principal. Era el mirador más bajo y al que iba más gente, luego estaba el de arriba, que ofrecía unas vistas aún más espectaculares.

El *busquet* se encontraba ubicado en uno de los barrios más concurridos del pueblo, el Turó del Mar. Custodiado por unos edificios de lo más variados, negros y altos, pequeños y de color rojizo, se encontraba apartado este parque, el cual antiguamente formaba parte de una antigua y enorme finca. Por lo que recordaba, siempre había estado ahí, aunque lo habían remodelado cuando era pequeño, arreglando su aspecto y los diferentes puntos de acceso.

Al llegar me encontré con todo el grupo, a excepción de Paula y Bernat.

—Los tortolitos seguramente estén durmiendo en casa de Bernat, otra vez —me respondieron cuando les pregunté dónde se encontraban.

Bernat había estado con Hungan hacía unos cuantos años, pero la relación no fue a buen puerto, por lo que las parejas dentro del grupo se habían terminado. Pocos meses atrás, en una de nuestras típicas salidas nocturnas, Paula y Bernat dieron rienda suelta a sus sentimientos, empezando una nueva relación.

Me sentía feliz por ellos, aunque era cierto lo que decían los demás, ya que desde entonces no aparecían ni quedaban tanto con nosotros, iban más a su bola. Es lo que tenía estar saliendo con alguien.

Me senté en uno de los bancos de cemento mientras que Aitor me pasaba su cigarro para que le diera una calada. Hablamos de la noche anterior y del inminente futuro que se avecinaba para nosotros. Me hicieron desconectar de la situación de casa y, por lo que vi, a José también. Trataba de taparse con el cuello de manga larga, pero yo ya sabía lo que aquello significaba. Las famosas palizas de su padre.

Hungan sacó su paquete de cigarros. Teníamos un trato, en cada quedada, uno de nosotros ponía el paquete, así nos turnábamos. Aquel día acabamos con el suyo. Las horas transcurrían y nosotros no nos dábamos cuenta. Tampoco notamos el cansancio de haber salido la noche anterior. Era la magia de estar reunidos.

El sol desaparecía a nuestra espalda, ocultándose gracias a los edificios, y fuimos notando cómo la temperatura descendía. Desde donde estábamos podíamos ver toda la playa de Montgat y cómo el mar se extendía hasta el infinito. En el horizonte, la oscuridad empezaba a nacer, mezclándose con el agua y extendiéndose como una plaga. En poco rato sería ya de noche. Habíamos pasado la tarde allí, como si el tiempo no fuera más que una ilusión.

Inspiré profundamente mirando al cielo, mis pulmones se llenaron de aire con un leve aroma a eucalipto, ya que nos encontrábamos bajo un árbol gigantesco del que no paraban de caer pequeñas y aromáticas hojas. Me agaché y cogí una de ellas, llevándomela a la nariz y aspirando con fuerza su olor. Era puro.

El olor de la naturaleza.

El olor de la vida.

Hubo un movimiento en las altas copas. Al fijar la vista vi que se trataba de un oscuro pájaro de plumaje negro. Era muy grande, más de lo que estábamos acostumbrados con las palomas del barrio.

El ave se posó en una barandilla cerca de nosotros. Sin duda alguna, era enorme. Sus plumas negras como la noche estilizaban su figura, al igual que aquel retorcido pico en forma de gancho. Me quedé clavado mirando a aquel animal, embrujado por aquel único ojo que se mantenía fijo en mí. Era del color del carbón, muy

intenso. Por unos instantes noté como si todo a mi alrededor desapareciera y cayera en aquel oscuro abismo. Me sentía levitar en el espacio. En un universo carente de estrellas.

Pere me sacó del embrujo al espantar al pájaro, que alzó su vuelo majestuosamente mientras graznaba. Me quedé unos segundos observando cómo aquel animal huía de nuestra presencia, sin poder quitarme aquella extraña sensación de mi mente, aquellos ojos que miraban atentamente y la curiosa marca blanca en forma de V que llevaba estampada en la parte superior de su cabeza.

Tenía la sensación de que no se había marchado, que seguía ahí. Conmigo. Vigilándome.

Inconscientemente, mi mente no pudo evitar rememorar la última estrofa de un poema de un famoso escritor que le encantaba a Bernat. Era tan pesado que resultaba innegable que no me acordara de aquello.

Se trataba del poema de *El Cuervo*, de Edgar Allan Poe.

Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.
Aún sigue posado, aún sigue posado
en el pálido busto de Palas.
En el dintel de la puerta de mi cuarto.
Y sus ojos tienen la apariencia
de los de un demonio que está soñando.
Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama
tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
no podrá liberarse. ¡Nunca más!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Seguramente necesitaba descansar un poco. Saqué el móvil para ver la hora que era. Al hacerlo me quedé de piedra, y un sudor frío empezó a cubrir mi cuerpo. Tenía veintisiete llamadas perdidas de mi madre, y tres de mi padre.

Aquello no era normal. Nada normal. Algo había ocurrido. Desbloqueé el teléfono y fui directo a los mensajes de voz antes de llamar a mi madre.

—David, por Dios, contesta al teléfono. Es importante. —Se hizo un silencio incómodo al otro lado de la línea—. Es la abuela.

Rafa

1984, TREINTA Y CINCO AÑOS ANTES

Laura estaba muy feliz de venir conmigo, yo no tanto. Sabía que no era culpa suya, ella era muy inocente y la persona más feliz que nunca he conocido. Todo era por mis padres.

Hacía ya un par de semanas que María me había propuesto el plan. Sus padres se marchaban a una obra de teatro y tendría la casa para ella sola, era una oportunidad que no podía desperdiciar. Un plan perfecto. Pero en el último momento mis padres me cogieron y me dijeron que se tenían que marchar y que no podían dejar sola en casa a Laura, que me la podía llevar con mis amigos y así pasar la tarde juntos.

Los muy listos lo dijeron delante de ella, por lo que no pude negarme. Por suerte, al llamarla, María no puso ningún impedimento en que me la llevara conmigo. Así que íbamos los dos caminando de la mano hacia su casa.

Estoy harto de que la gente me pregunte, de que me señalen con el dedo mientras murmuran y susurran, hablando de mi vida y de la de Laura. Mi hermana no tiene una enfermedad. Simplemente tiene síndrome de Down, que es una alteración genética. Al nacer, mis padres me dijeron que Laura era especial, ya que tenía tres cromosomas en una parte de su ADN, en vez de dos. La trisomía del 21.

Y sí, podía parecer que en muchos aspectos no tenía la capacidad de los demás niños de su edad, pero todo era mentira. Laura era increíble y tenía un mundo en su interior que muy pocas personas se dignaron a conocer. Además, siempre estaba atenta a los detalles y a todo lo que la rodeaba, se quedaba con todo en su

cabeza.

Pero lo mejor era su sonrisa, constantemente la tenía estampada en su rostro, mostrando esos pequeños e imperfectos dientes. Cuando pienso en la felicidad, viene a mi mente su pequeño rostro y el sonido de su risa. Era un ángel.

En diez escasos minutos llegamos al piso de María. Estaba bastante nervioso. ¿Estaría enfadada de verdad por haber estropeado el plan y había disimulado por teléfono? Llamé al timbre y esperé hasta que desde el otro lado del interfono me abrió. Ni siquiera se dignó a preguntar quién era.

Estaría enfadada conmigo.

Laura estaba muy emocionada, no paraba de mirar a su alrededor con curiosidad, analizando cada detalle. Una vez en el ascensor, vi que me miraba por el reflejo del espejo sonriendo y que saludaba a través de él, yo la saludé también, obteniendo una sonora carcajada de su parte.

Habíamos llegado. Esperamos en el rellano de la puerta hasta que abrió. Me quedé sin aliento. Estaba espectacular.

Su cabello oscuro descansaba recogido en una larga coleta que le caía por la espalda, se había maquillado y la raya de los ojos le hacía resaltar aún más aquella penetrante mirada. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Se había puesto un fino vestido de flores que le resaltaba sus curvas.

Al verme me guiñó un ojo y acto seguido centró toda su atención en mi hermana.

—¡Anda! Pero mira a quién tenemos aquí, ¡la guerrera Laura! ¿Cómo estás, guapísima? —dijo emocionada mientras alzaba su mano para que Laura le chocara los cinco con fuerza.

—¡Maríaaa! No sabía que venía a verte. ¡Qué ilusión! Estás muy guapa, ¿lo sabes? Por eso mi hermano se ha quedado así de parado. Creo que le gustas un poquito.

María me miró con picardía y ambos nos reímos ante sus comentarios, acto seguido nos dejó pasar. Parecía que no le había importado que fuera con Laura…

Fuimos al salón y tras hablar un rato con mi hermana, que en aquel momento era el centro de atención, puso la televisión y se quedó completamente absorbida por ella.

María me hizo un gesto para que nos levantáramos y la siguiera.

Una vez lejos de Laura, donde no podía oírnos ni vernos, se acercó a mí y me dio un apasionado beso en la boca.

—Oye, lo siento mucho…

—Shhh. —Me calló ella con otro beso, al separarse me miró a los ojos con dulzura—. Me encanta verte con tu hermana, te hace muy *sexy*… Y eso me pone mucho. Además, ella está ahora entretenida con la televisión, no pasará nada si nos vamos un rato a mi habitación… ¿No crees?

Me asomé y vi que, en efecto, Laura no se había dado cuenta de que nos habíamos marchado, su mirada estaba atenta a la pantalla del televisor.

Con una sonrisa respondí a María mientras íbamos directos a su habitación cogidos de la mano.

Laura

1984, treinta y cinco años antes

Ya llevo un buen rato mirando la tele. Y la verdad es que me estoy aburriendo un poco. Miro al sofá y me doy cuenta de que mi hermano y María se han ido. ¿Dónde están? Bueno, seguro que se han ido a jugar o a hablar.

Un momento. Quizás se han escondido. Esperando que los encuentre. ¡Están jugando al escondite!

—Allá voy… —me digo a mí misma, nadie se me resiste a este juego.

Justo cuando voy a salir del salón, noto algo entre mis pies y un siseo. Ahí está, mi amigo, el señor Serpiente.

—Hola de nuevo, señor Serpiente, ¿qué haces en casa de María? —Pero no me quiere contestar y se va por el pasillo, invitándome a seguirle.

Voy tras él con curiosidad, pasando de largo unas pocas habitaciones. Aparecemos en el recibidor, justo en la puerta para salir de casa, se detiene en un mueble y empieza a trepar por él con elegancia. Veo el trazado de su camino y de cómo llega hasta su destino, un manojo de llaves que reposan en un cuenco de cristal. Para junto a este y me mira con esos ojos amarillos. Me saca la lengua. Yo también le saco la lengua.

Me pongo de puntillas y, por suerte, consigo llegar a las llaves. Hay muchas. Seguro que alguna esconde algún tesoro. Pero no hay ningún mapa que me pueda guiar. Aunque no creo que lo necesite, mi amigo me guía siempre. Quizás él sí ha visto un mapa y sabe dónde guiarme.

—Te dejo llevarme, pero que sea rápido, que Rafa y María están

esperando a que los encuentre.

Se desliza por el mueble de nuevo y se dirige a la puerta, deteniéndose en ella. No tiene brazos para abrirla, pobre. Tiene que ser horrible no tener manos para poder abrir las cosas. Pero yo soy su amiga y le puedo ayudar. Para eso están los amigos.

Tiro del pomo, pero la puerta está cerrada. Mecachis.

—¿Y ahora qué hacemos? —Me vuelve a sacar la lengua y señala mi mano.

Las llaves. Pues claro. Qué tonta. Pero hay muchas llaves. Voy a tardar un montón. Voy probando de una en una, hasta que a la sexta consigo que encaje.

—¡La he encontrado, señor Serpiente! —Me responde con un silbido. Está contento.

Ahora la puerta sí se abre. Cruzo el umbral y salgo al rellano. Mi amigo empieza a bajar por las escaleras, esperando a que le siga.

Rafa siempre me dice que no vaya sola a la calle, que tengo que ir acompañada con alguien. No creo que se enfade… Además, no estoy sola, mi amigo está bajando conmigo. Y seguro que es un momento.

Rafa no se va a dar cuenta de que me he ido. Que se quede escondido un poco más, que en cuanto encuentre el tesoro volveré, y se pondrá muy contento. ¡Ya lo creo! Podrá comprarse todo lo que quiera y podremos tener una casa supergrande y superchula. ¡Con piscina! Y con muchas más habitaciones para jugar al escondite, así nadie me va a encontrar.

Asiento convencida y cierro la puerta. Intento que sea suave, pero se forma una corriente de aire y da un portazo. Me quedo unos segundos mirando a mi alrededor, parece que nadie se ha dado cuenta.

Perfecto.

Mi amigo ha seguido bajando por las escaleras. Le cuesta también un poco bajar. Qué rollo no tener piernas. Es una suerte que yo sí las tenga, debo dar las gracias cada día por tener manos para abrir las puertas y piernas para bajar las escaleras. ¡Tiene que ser horrible ser una serpiente!

Bajo los escalones detrás del señor Serpiente.

¡A la búsqueda del tesoro!

David

21 de mayo de 2017

Caminaba sin prestar atención al entorno que me envolvía. No estaba para aquello.

Lo único que me ataba a la realidad eran aquellas frías gotas que se clavaban en mi piel como si se tratara de unos afilados alfileres. Golpeaban constantemente mi piel, tratando de atravesarla, de moldearla, erosionarla.

Mis zapatos estaban encharcados y mi ropa completamente empapada. Pesaba más de lo normal, obligándome a resollar ante cada paso que daba. Pero no podía quedarme estático, era incapaz. Si lo hacía, todos los recuerdos acudían a mi mente, todos aquellos momentos a su lado.

No exageraré al pensar que mi abuela ha sido mi verdadera familia. Aquella que me ha apoyado, que me ha animado a seguir hacia delante, a luchar por todo lo que quería. A aceptarme tal y como soy. Elia me daba fuerzas.

Y, sin embargo, ya no estaba conmigo. Había desaparecido sin previo aviso, de la noche a la mañana, como si no hubiera existido nunca. Solo quedaban sus objetos, su casa… Pero todo estaba vacío, carente de vida.

Muerto.

Seguí caminando sin rumbo fijo. Un pie detrás de otro. Hacia delante. Sin detenerme.

Un ataque al corazón. Su función era sencilla, bombear la sangre a todos los rincones de su organismo, de su cuerpo. Sangre repleta de oxígeno, impulsada con fuerza, dotándola de vida, de energía… Y después de 85 años había decidido detenerse por completo, sin

dar aviso alguno. Simplemente, se apagó, obligando a que su cuerpo se sumiera en la oscuridad.

La realidad volvió a golpearme con brutalidad, ella ya no estaba. Estaba muerta. No la volvería a ver nunca más. No la oiría reír, quejarse, reñirme por fumar, contarme sus historias de cuando era joven… Todos los líos donde se metía, sus romances, sus amistades, sus dificultades en el camino y cómo las sorteó.

Todo aquello ya no existía. Lo único que quedaba era mi imagen de ella. Ahora solo mis recuerdos la mantenían con vida. Solo permanecía viva en mi cabeza, y en ella no podía abrazarla ni besarla. Y aquello me mataba. Ni siquiera me había podido despedir como debía.

Empecé a apretar el paso. Tratando de huir de mis pensamientos.

Los escuchaba. Detrás de mí, a mi lado, encima. Eran susurros. Al principio aguzaba el oído para entender qué decían, pero era incomprensible. Al principio eran tenues, ni tan siquiera un zumbido. Pero, con los días, aumentaba de volumen más y más, inundando mi cabeza, impidiéndome pensar.

No los entendía, no eran un idioma. Simplemente eran eso, susurros.

—¡Dejadme en paz! ¡Marchaos! —grité al cielo.

Las nubes no se dignaron a contestarme, prosiguieron impasibles sobre mí, mientras descargaban su lluvia con furia.

Me llevé las manos a los oídos, tratando de atenuar aquellas voces.

No callaban.

Me seguían, estaban cerca, muy cerca. Noté algo en mi espalda, me di la vuelta y no vi nada. Proseguí caminando, tratando de aclarar mi mente, de concentrarme.

Algo se aferró a mi hombro, una mano fuerte y tensa, haciéndome daño.

—David…

Ya no se trataba de un susurro. Era una voz. Una voz horrible, espantosa, tenebrosa y carente de vida. No podía saber si se trataba de hombre o de mujer, simplemente que estaba cargada de dolor y sufrimiento.

Me di la vuelta agitando mis brazos, tratando de ahuyentar a la

persona. Pero no había nadie. Estaba solo. Completamente solo.

Estaba perdiendo la cabeza, enloqueciendo.

Me volví a girar, resbalando y cayendo al suelo torpemente de boca. Noté el sabor de la sangre y un intenso dolor me recorrió la mandíbula. Me di la vuelta, aún estirado en el suelo, incapaz de incorporarme. Simplemente me mantuve allí tirado, en el cemento de la calle, mientras dejaba que aquellos fríos puñales atravesaran mi cuerpo, que cortaran mi sufrimiento con sus afiladas hojas, que me hicieran poder vivir de nuevo. No quería sentir aquel dolor. Era demasiado intenso.

Si vivir significaba aquello, ya no merecía la pena. Solo quería dejar de sentir.

Y mientras me encontraba allí tirado, mi mundo acabó por derrumbarse por completo. Fue el hecho de escuchar aquellas voces riéndose de mí, burlándose de mi situación.

Estaba roto por dentro, mi alma era un conjunto de piezas de un rompecabezas. Un puzle del que faltaban demasiadas piezas, las había ido perdiendo a lo largo de mi vida.

Ya no tenía solución posible.

David

4 de junio de 2017

Hacía días que no salía de casa. Me levantaba con la sensación de que alguien me observaba atentamente, y me llevaba un buen rato darme cuenta de que en realidad estaba solo en mi cuarto. En aquel momento estaba realmente solo, sin nadie a quien le importara.

No me apetecía ir a clase, ni tampoco contestar los mensajes que me enviaban al móvil. Lo único que quería era desaparecer bajo los edredones, ocultarme del mundo hasta que todo aquello pasara.

Pero la realidad no era así, y me obligaba a enfrentarme a lo sucedido. Mi manera de hacerlo era aquella. Permanecer apartado, esperando que mi cuerpo se curara solo. Algo que sabía que no ocurriría.

Seguramente era ya por la tarde cuando mi madre llamó a la puerta de mi habitación con timidez.

—David, ha venido un amigo tuyo a verte. Abro la puerta, ¿vale?

Antes de que pudiera contestar, la abrió, dejando pasar un delicioso aroma a comida. No había comido nada, por lo que mi estómago rugió como protesta. Al lado de mi madre se encontraba Bernat con una cálida sonrisa.

Ahí estaban aquellos fascinantes ojos marrones, desprendían una paz y una seguridad que rápidamente traspasaron mi cuerpo. ¿Dónde había estado todo aquel tiempo?

Sonrió a mi madre y entró en mi cuarto observando todo con atención.

—Hola, David, ¿cómo estás? —Antes de que pudiera responder siguió hablando—. Te he llamado hace un rato para avisarte de que

venía, pero como no contestabas he decidido pasarme por aquí igualmente…

Asentí silenciosamente. No tenía ganas de hablar. En cuanto mi madre cerró la puerta, Bernat se sentó en la cama junto a mí.

—David, nos tienes a todos muy preocupados. —Me miró fijamente—. Sé que no estás pasando un buen momento, que lo estás pasando mal. No sé qué hacer para estar contigo, para. No quiero decir *ayudarte*, porque eso significaría que soy superior a ti, pero sí *apoyarte*. Quiero estar ahí en cualquier momento que necesites, como todos los demás. Nos tienes muy preocupados. Te queremos mucho, y no queremos verte así. Nos rompe el corazón.

Quizás era exactamente aquello lo que necesitaba. Una muestra de amor, de afecto. Desde la muerte de mi abuela, creía que ya no habría nadie a quien le importara de verdad. Pero estaba muy equivocado. Ellos estaban ahí, y siempre lo habían estado.

Eran la familia que yo había escogido.

Mi familia.

No fui capaz de contestar a lo que me dijo. Simplemente me acerqué a él y lo abracé con fuerza. Él no se lo esperaba, yo tampoco. Sin embargo, era algo que necesitaba. Respondió a mi abrazo y empecé a llorar, dejando fluir todos aquellos sentimientos fuera de mí, compartiéndolos con él.

Intentaba explicarle todos mis pensamientos entre hipidos, mientras él permanecía en silencio, prestando atención atentamente. Cuando transcurrió más de una hora, Bernat me conocía mejor que nadie. Al venir a mi casa, había abierto una caja, mi caja de Pandora, dejando que todos mis temores y miedos recorrieran el mundo liberados.

Pero él no había huido al escucharme. Los aceptaba, los abrazaba, los entendía. Ni siquiera con José había podido abrirme tanto. Bernat tenía esa aura que transmitía confianza y seguridad.

Hablé de mis inseguridades, de mis miedos… Y fue la primera persona a la que le comenté acerca de mis inclinaciones sexuales, lo que sentía por José. En muy poco tiempo me acabó conociendo como realmente era, y no como yo me había querido mostrar al mundo.

Aquello fue liberador, noté cómo un gran peso desaparecía de mis hombros. No era consciente de ello, pero me sentí mucho

mejor. Él me entendía. Me apoyaba.

Luego hablamos de recuerdos que compartimos. De la primera vez que vino a buscarme para ir a jugar al fútbol al Espriu, de las bromas que hacíamos en clase, o de los innumerables veranos en la calle con nuestro grupo, el Cucu. Me hizo sonreír más de una vez. Me hacía sentir vivo, realmente vivo.

Ya entrada la noche, Bernat se excusó, había quedado con Paula para cenar. Elia tenía un partido de fútbol por la tarde y por eso no había podido venir con él a visitarme.

—Aunque creo que ha sido mejor así, ¿no te parece? —dijo guiñándome un ojo cómplice.

Antes de que se marchara le di un abrazo.

—Gracias por venir. Gracias por escucharme. Ha sido más importante de lo que crees. Significa mucho para mí, en serio.

Sonrió sin decir nada más y se marchó. No tenía nada más que decir, había cumplido con su propósito.

Aquella noche pude dormir sin tener pesadillas. Era la primera vez desde hacía días. Pude descansar realmente, tanto en cuerpo como en mente.

No estaba bien de repente, no habían desaparecido mi tristeza y mis penas. Seguían ahí, en cada pensamiento, en cada movimiento. Pero me encontraba mucho mejor, más de lo que jamás habría pensado. Ahora sabía que con el tiempo y con mis amigos podía sanar las heridas de mi mente y de mi corazón.

Y aunque Bernat fue el primero en querer ayudarme, no fue el único. Ojalá lo hubiera sido, porque así todo habría acontecido de forma muy diferente. Si nadie más me hubiera ayudado, nada de todo lo que estaba por venir habría ocurrido.

Quizás, si no hubiera sucedido, ahora ellos estarían vivos.

Por desgracia, no fue así.

David

7 de junio de 2017

El camino que llevaba a nuestra querida guarida se había ido complicando con el transcurso de los años. Al principio descubrimos que detrás del campo de tierra que se encontraba en la urbanización de la Virreina existía un camino que se adentraba en la montaña. Era por ahí por donde se llegaba directamente a nuestro escondite. El problema residía en que en los últimos años empezaron a vallar todo lo que lo rodeaba, ya no se veían tan claramente las cuatro torres, ya que habían construido una caseta hecha con tablas metálicas envejecidas y oxidadas por el clima. Pero seguían ahí, lo sabíamos.

Para llegar, todo era más complicado.

Mucho más abajo, oculto por la vegetación y por unos densos árboles, hicimos un agujero en la valla por el cual podíamos atravesarla e ir directos a la cueva.

Sin embargo, teníamos que hacerlo con mucho cuidado, no podían vernos, ya que era propiedad privada. No queríamos que nos arrebataran nuestro más preciado secreto, nuestra vía de escape del mundo.

La habíamos decorado a lo largo de nuestras numerosas visitas: cojines, mantas, sillas plegables, incluso algún mueble muy pequeño que habíamos encontrado en la basura con cajones para guardar nuestras cosas. Era un gozo, y era el único lugar donde nos podíamos sentir realmente como en un hogar.

Estábamos tumbados mirando a la pared de tierra, sin apenas hablar. Simplemente permanecíamos en silencio. Era más que suficiente. Entonces José lo rompió.

—David, sé que, aunque lo intentes disimular, no estás bien. Llevas unas semanas que ya no eres el de siempre, y lo entiendo. Pero me da rabia. Rabia el no poder ayudarte, poder quitarte esa carga, esa pena de tu interior…

Me miró fijamente al ver que no respondía, pero vio la afirmación en mis ojos. Estaba ahí la respuesta. Asintió para sus adentros mientras pensaba. Entonces sacó una bolsa de plástico del bolsillo, muy pequeña. Más tarde me comentó que aquello era muy caro para su presupuesto y que se lo había cogido a Aitor sin que él se diera cuenta. Tenía muchas y no echaría en falta un par de pequeñas bolsas. El cajón de su escritorio estaba lleno de bolsas parecidas, ya fuera de pastillas, cocaína o marihuana, no se daría cuenta, de aquello José estaba seguro.

—Esto es todo lo que puedo hacer… Cuando estoy atrapado dentro de esas rachas en mi familia… Cuando creo que no voy a levantar cabeza… Esto es lo único que consigue mantenerme con vida en este mundo. Es curioso que aquello que hace que escape de la realidad sea lo que me hace vivirla aún.

Abrió la bolsita y sacó dos pequeñas pastillas de color blanco. Sin pensárselo se metió una en la boca y me ofreció la otra.

—Créeme, verás el mundo completamente diferente. Confía en mí.

Y sin dudarlo seguí sus pasos.

Y, en efecto, el mundo cambió a partir de aquel mismo instante. Mi cabeza estalló, y el placer recorrió todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Mi mente iba tan rápido que apenas era consciente de todo lo que llegaba a pensar.

Me sentía vivo, desde hacía mucho tiempo no me había sentido tan pleno. Era como un niño jugando en el parque con mis amigos. O como cuando los Reyes Magos traen los regalos durante la noche y uno se impacienta por ver lo que son.

Una sonrisa afloró en mi rostro. Me dolían los músculos de permanecer tanto rato sonriendo. Estaba como flotando, ya no me encontraba en aquella cueva, sino en medio del universo, rodeado de luz y oscuridad, surcando la nada. Era libre de ir y hacer todo cuanto quisiera. El mundo acaba de cambiar sus normas, ahora todo lo controlaba yo. ¡Era el rey del mundo! Y en todo momento aquella sonrisa no desapareció de mi rostro, siempre estaba presente.

Y no voy a mentir, me encantaba aquella sensación.

Rafa

1984, treinta y cinco años antes

Estábamos tumbados en su cama. Ninguno dijo nada, no hacía falta. Las palabras sobraban. Solo con el toque de nuestra piel era más que suficiente. Mi brazo pasaba por debajo de su cuerpo, atrayéndola hacia mí en un fuerte abrazo. No podía pedir nada más, era un momento perfecto.

Le di un beso en la coronilla, aspirando el característico olor a su champú de fresas. Pasé los dedos de mi mano por su piel sudada, recorriendo su cuerpo con dulzura. Elia tenía los ojos cerrados, pero sonrió. Aquella hermosa sonrisa conseguía desarmarme por completo. Era única.

Me moví intentando incorporarme para darle un beso en sus rosados labios. Justo cuando estaban a punto de rozarse, un estruendo nos sorprendió.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que era la puerta de la calle, Rafa, pero la he cerrado con llave antes…

No hizo falta decir nada más.

Laura.

Nos incorporamos de golpe, vistiéndonos a toda prisa. Salí de la habitación de María mientras aún me ponía la camisa, con los cordones y el cinturón del pantalón desabrochados.

—¿¡Laura!? —Nadie me respondió.

Fui corriendo a la puerta de entrada, María ya estaba detrás de mí. Y comprobamos que las llaves no estaban y que la puerta estaba abierta, Laura se acababa de marchar. Salí corriendo y bajé las escaleras, no podía esperar al ascensor en aquel momento. Ni rastro

de ella.

¿Dónde se había metido?

—¿¡Laura!?

Solo obtuve el eco del edificio como respuesta, nadie me contestó. Notaba la respiración agitada de María a mis espaldas. Aquello no podía estar pasando. Se suponía que tenía que estar cuidando de Laura. Y ahora no sabía dónde estaba.

Seguí bajando las escaleras cuando escuché un ruido en el exterior. Gritos ahogados, gente gritando. Algo estaba pasando.

Salí corriendo, empujando a la gente que se arremolinaba allí. Pude ver un coche detenido en medio de la carretera. El conductor estaba alterado, con una mirada desquiciada. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces la vi.

Laura estaba ahí.

Tirada en el suelo.

Al lado del coche.

Sin apenas moverse.

Me acerqué con paso tembloroso a ella, haciendo caso omiso a la gente que me hablaba. María seguía detrás de mí. Conteniendo el aliento al verlo. Un llanto se le escapó de su boca. Era Laura, no había duda alguna.

—Chico, este no es un buen sitio para estar, apártate. —Un hombre intentó alejarme de allí.

—No lo entiende. Elia es…, es…, es mi hermana. —Ante aquello el hombre se apartó con una mueca de lástima en el rostro.

Me arrodillé en el suelo y cogí el pequeño cuerpo de mi hermana entre mis brazos. Estaba caliente. Estaba viva, aquello era seguro. Estaba caliente. Solo estaba durmiendo, estaría cansada. Incluso asustada. La abracé contra mi pecho, esperando que despertara.

—Ya estoy aquí, todo está bien. Pequeña guerrera, el tete ha llegado. Ya puedes despertar. Hazlo por mí. —Pero ella no respondía—. Por favor…

No respondió a mis súplicas. No me escuchaba. Puse mi mano en su pecho y me quedé helado, no notaba su corazón. Quizás era yo, que estaba nervioso y no sabía detectarlo bien. Estaba dormida. Seguro. Tenía que estarlo.

—Venga, cariño, despierta. Es hora de ir a casa.

Noté algo caliente y viscoso en mis manos, y al mirarlas vi que estaban teñidas de un color rojizo. Era sangre. La sangre de Laura. La sangre de mi hermana.

—¡Que alguien me ayude, por Dios! ¡Necesito una ambulancia!

Seguí hablando con ella, intentando despertarla. La acunaba con fuerza entre mis brazos con miedo a que se cayera. Era incapaz de hacer otra cosa. Y mientras esperaba a que acudiera la ambulancia, en mi interior yo ya sabía la funesta noticia.

Mi hermana pequeña se había ido. Había muerto por mi culpa, por no cuidarla como debía. Murió sola, sin nadie a su lado, porque yo prefería estar disfrutando. Todo era por mi culpa.

Y mientras lloraba de rabia e impotencia, no pude evitar fijarme en el hilo de sangre que se alejaba de ella, serpenteando por el asfalto.

David

14 de agosto de 2017

Ocurrió el día 14 de agosto. Mejor dicho, ocurrió la noche del 14 de agosto. Aunque quizás fue el 15. Sinceramente, toda mi vida he tenido problemas para diferenciar en mi mente el transcurso de los días cuando no duermo. Siempre, cuando salgo de fiesta, hasta que no me duermo, el día no ha acabado. Lo que marca que pase de uno a otro es el despertarme.

Así que para mí sucedió el 14 por la noche, aunque hablando estrictamente sucedió la madrugada del 15.

No recuerdo de quién fue la macabra idea. Quizás de Aitor, o puede que de José, o tal vez de Hungan. Incluso puede que la hubiera propuesto yo en alguno de aquellos lapsus mentales que tenía después de consumir. La cosa es que ocurrió. Todos teníamos curiosidad, todos queríamos probarlo.

Y al final lo hicimos.

Hungan tenía la casa libre, así que aquella noche fuimos en dirección a la Virreina, cenaríamos en su casa y luego lo organizaríamos todo para empezar. Preparamos unas *pizzas* de cuatro quesos, patatas para picar y, ya cenando, empezamos a beber cervezas con alguna que otra copa de ron.

No me engañaré. La envidia me corroía al ver su casa. Era gigantesca, repleta de lujos y… perfecta. Pero lo que más me molestaba eran aquellos marcos dorados repletos de fotografías donde salía ella con sus padres, los tres sonrientes, felices. La familia perfecta. Era todo lo que yo anhelaba. Todo lo que pedía a diario.

Todo lo que no tenía.

Antes de preparar la cena, nos hizo una visita guiada por su casa. Curiosamente, nunca habíamos estado en ella. Normalmente quedábamos en la de Paula o en la de Bernat, ya que sus padres trabajaban mucho y casi siempre estaban fuera.

Era espectacular, pero lo que más nos gustó fue la sala de música.

—¿Qué es esto? —preguntó Pere al ver una extraña puerta en la planta baja.

—Es la sala de música de mis padres, venid.

Hungan abrió la pesada puerta, de un color blanco apagado y con un mango alargado que rompía con toda la estética de la casa. Dentro encontramos todo tipo de instrumentos. Tambores, saxofones, un pequeño piano de cola, guitarras…

—Guau —exclamó Bernat al entrar en la habitación—. Esto es increíble, ¿cómo es que nunca nos has hablado de que tus padres son unos expertos en la música?

—¡Qué va! No son unos expertos, simplemente que… son muy frikis —dijo sonriendo tímidamente.

—¿Por qué las paredes son tan raras, Hun? —José se encontraba junto a Aitor acariciando las paredes, que tenían forma rugosa y piramidal. Toda la sala estaba forrada de aquella estructura.

—Es para insonorizar la sala y así no molestar a los vecinos cuando tocan. Cuando nos mudamos aquí ya les avisaron alguna vez, incluso vino un día la policía. Los vecinos no aguantan nada, así que decidieron insonorizarla por completo. ¡Lo bueno es que ahora pueden tocar a cualquier hora del día y no molestan a nadie!

Hicimos una prueba, nos quedamos unos pocos dentro y los demás fuera. Gritamos, tocamos algún instrumento terriblemente, y luego nos cambiamos. En efecto, desde fuera no se oía nada o casi nada. Era increíble.

Por supuesto, después de cenar, hicimos el famoso copeo. Tampoco bebimos mucho, simplemente hicimos algún que otro juego, mientras el ambiente se caldeaba. Entre copa y copa, también Aitor nos trajo un poco de la hierba.

—Cortesía de la casa, chicos —dijo aullando entre risas.

Los únicos que no la probaron fueron la parejita del grupo, Bernat y Paula, los sanotes. Paula porque era deportista y quería cuidarse, y Bernat porque detestaba la idea de drogarse. Solo bebían

de vez en cuando alguna copa. Nada que ver a nuestro lado. En comparación, éramos los demonios y ellos los ángeles.

Mientras jugábamos, José se acercó a mí y me dio una pastilla, también las repartió entre los demás a la vez que le guiñaba un ojo cómplice a Aitor y él respondía con una carcajada. Con un sorbo del cubata nos las tomamos mientras que Paula y Bernat negaban con la cabeza.

Ellos seguían jugando cuando me excusé para ir al baño.

—Voy a mear, ahora vengo. Y si queréis, cuando venga empezamos a prepararlo todo.

Al salir del lavabo, observé la tonta sonrisa que me devolvía mi imagen en el espejo. Estaba muy feliz.

Recorrí el pasillo de vuelta al comedor donde estaban todos. Me detuve un instante, observando con atención una fotografía donde salía Hungan junto a sus padres.

Eran perfectos. Su padre, un hombre atractivo y musculoso de tez oscura, cuerpo fornido y con una sonrisa y unos ojos amistosos, miraba a la cámara fijamente con intensidad, como si me estuviera mirando fijamente a mí. Como si me estuviera viendo en aquel preciso instante.

Su madre era un poco más baja que él, pero igualmente era alta. Tenía el color de la piel un poco más claro, unos ojos grandes y hermosos que encajaban a la perfección con las formas angulosas de su rostro. También se podían entrever su figura esbelta y sus curvas.

Hun había obtenido lo mejor de ambos, aunque la fotografía era de hacía años, ya se veía que sería toda una belleza. Yo lo podía constatar en aquel momento. Tenía el rostro muy parecido al de su madre, sus mismos rasgos, pero la intensidad de sus ojos era de su padre. El cuerpo también lo había heredado de ella, aunque algo más tonificado y fortalecido. Los tres tenían el mismo cabello rizado y oscuro. Y aunque Hungan se lo planchara o se lo peinara, hiciera lo que hiciera, siempre estaba despampanante. Si me gustaran las chicas, habría estado coladísimo por ella. Era perfecta. Aún no entendía cómo Bernat había cortado con ella. No es que Paula fuera fea, todo lo contrario…

Pero no entendía cómo dejaba perder una oportunidad así.

Volví con los demás y vi que ya estaban dispuestos a seguir con el plan propuesto. Estaba impaciente, excitado. Lo íbamos a hacer.

Hoy era el día.

Nunca había creído en el espiritismo, no me fiaba de ello. A veces pensaba que era un simple cuento chino. Sin embargo, una parte de mi interior lo temía. Le aterraba pensar que de verdad existiera algo así, que existieran los espíritus, los fantasmas, los demonios.

Y también pensaba otras cosas. Cosas mucho más importantes, y el motivo por el que tenía tantas ganas de hacerlo.

¿Podría volver a hablar con mi abuela?

David

14 de agosto de 2017

Fuimos al sótano de la casa, que era el mejor lugar para llevar a cabo nuestro ritual de la *ouija*. Por suerte, Hungan ya había preparado varias cosas para que no nos demoráramos más.

La estancia estaba repleta de velas, todas ellas repartidas haciendo varios círculos y dejando un espacio en el centro, que fue donde pusimos la tabla y donde nos sentamos nosotros.

Con el mechero fuimos encendiendo las velas y los diferentes tipos de incienso, además de unos palos de madera a la que Hungan llamó Palo Santo y que olía muy bien. A los pocos minutos y con la luz apagada, la estancia ya tenía el ambiente deseado. Las velas, junto con el humo, creaban un aura mística y de misterio ideal para nuestro propósito.

Aitor era el que había conseguido la *ouija*. No sabíamos de dónde la había sacado, ni por qué la tenía. Pero nos dijo que no nos preocupáramos, que él se encargaba.

A la luz de las velas sacó de la mochila una gran caja de cartón. Al acercarnos vimos que se trataba de la funda del juego de mesa del Monopoly.

—Aitor, ¿pero qué coño…? —empezó a decir Paula.

—No os preocupéis, lo he puesto aquí para no levantar sospechas. —Se rio de nosotros mientras sacaba el tablero de madera y nos observaba a todos con mirada traviesa.

Era tal y como me imaginaba. Un tablón de madera común, con el abecedario estampado en él con letras negras, normales, y también, debajo, tenía diferentes números grabados del 1 al 9, seguido del o. A su alrededor tenía diferentes dibujos que creaban

un marco de filigranas e ilustraciones.
En la parte superior izquierda un

YES

estaba encuadrado, y en la parte derecha, un

NO

Abajo del todo, las palabras

GOOD BYE

El puntero me recordaba a las púas que utilizan los guitarristas, pero más grande y robusto. Era sencilla, no tenía nada de decoración.

Lo colocamos todo en el suelo y nos sentamos a su alrededor. Estaba impaciente. Dejamos los móviles en silencio y los colocamos en un rincón de la sala para que no nos molestaran durante la sesión, no queríamos distracciones.

—Muy bien —empezó Hungan. Elia era la que nos explicaría las reglas que debíamos llevar a cabo, era la experta en espiritismo—. Antes de nada, debemos cogernos de las manos y cerrar los ojos, respirando tres veces de forma profunda. Después yo pediré permiso para que hagamos la sesión, conectando los dos mundos, el terrenal y el espiritual. Luego ya podemos preguntar lo que queramos, poniendo todos los dedos índices en el puntero y dejándonos llevar. Podemos preguntar lo que queramos y a quien queramos. Y, por supuesto, nada de bromas. Eso va por vosotros dos, Aitor y Pere.

Me miró fijamente. Sabía qué preguntaría y a quién. Era lista. Asentí con la mirada agradecido.

En sentido de las agujas del reloj, estábamos sentados: Hungan a las doce, Bernat a la una, Paula a las tres, yo a las cinco, José a las siete, Pere a las nueve y Aitor a las once.

Estábamos preparados para empezar.

—Podéis coger la mano de vuestros compañeros, haciendo un círculo. Que nadie la deje ir. Nadie —dijo Hungan con seriedad.

Me sudaban mucho las manos, pero ni Paula ni José comentaron nada al respecto ni parecieron percatarse. Ellos estaban igual de nerviosos que yo. Antes de cerrar los ojos dejé que vagaran por la sala y por las formas que trazaban los hilos de humo, que jugaban con la oscuridad y la luz de las velas. Era un espectáculo majestuoso, místico, ancestral. Formaban letras, danzas, dibujos, figuras de personas. Un apretón de Paula en la mano me hizo volver a la realidad.

Cerramos los ojos y todo se volvió oscuro. Solo notaba sus manos y sus lentas respiraciones. Tenía que hacer tres lentas respiraciones. Con cada una de ellas podía llegar a sentir el bombeo de mi corazón, cada vez sonaba más alto. Quizás podría volver a hablar con mi abuela. Quizás estaba ahí, a mi lado, esperando.

Abrimos los ojos, mirando a nuestro alrededor. Todo seguía como antes. Entonces Hungan, con los ojos mirando hacia el techo, empezó a recitar unos extraños versos:

Oh, buen Legba, escúchame: ábreme la barrera.
Papá Legba, ábreme la barrera.
Ábreme la barrera para que pueda entrar.
Vudú Legba, ábreme la barrera.
Daré gracias a los loas cuando vuelva,
Ababó.

El aire se volvió mucho más frío. Se notó demasiado rápido, aquello no era normal. No era un frío característico de agosto, para nada del mundo. El miedo empezó a aflorar, al igual que mis nervios. Aferré con más fuerza las manos de José y Paula, y ellos me devolvieron el apretón. Miré a mis amigos y todos tenían la misma expresión que debería tener yo.

—Oh, gran Kafú —prosiguió Hungan—, que controlas los cruces entre nuestro mundo terrenal y el mundo incorpóreo del más allá, nosotros te pedimos permiso para poder contactar con él. Toma como ofrenda el calor de las llamas de nuestras velas y la bebida, el ron, que hemos colocado en vasos para poder calentar a los espíritus.

La religión de Hungan y su familia era una amalgama de otras. Por lo que nos había comentado, su origen estaba en las religiones de África, pero la migración hacia América provocada por la

esclavitud hizo que se mezclara con la cristiana.

Les obligaban a rezar ante la Virgen, pero mientras ellos observaban aquella figura que no significaba nada, sus rezos iban dirigidos a los espíritus de la naturaleza, sus deidades. Con el transcurso de los años, las religiones se fueron mezclando, creando así aquella variante. Tampoco queríamos preguntarle demasiado, ya que nunca estaba cómoda con el tema, por lo que lo interpretamos como una rama del cristianismo.

Terminó de hablar y nos quedamos en silencio. Tras unos eternos segundos, Hungan se zafó de las manos de Bernat y Aitor y colocó el dedo índice de su mano derecha sobre el puntero de madera. Todos seguimos su ejemplo.

—¿Hay alguien ahí? —dijo Pere sobreactuando y con una sonrisa bobalicona en el rostro.

Con una mirada de Hungan, el chico se calló y se quedó mirando fijamente el puntero. No sucedió nada.

Hun levantó la mirada, mirándome fijamente, y asintió. Era mi turno.

—¿Hay alguien ahí? —repetí la pregunta que acababa de formular Pere. Mi voz temblaba por los nervios y por el miedo.

Sin previo aviso, el puntero empezó a deslizarse por el tablero. Nos miramos entre nosotros extrañados, alarmados. Seguro que alguien lo estaba empujando, era la única solución posible. La punta de madera se volvió a detener, apuntando a una pequeña palabra.

YES

—¿Pero qué coño…? —Se veía que José estaba nervioso—. Tiene que ser una puta broma, macho.

—Silencio, José, no podemos interrumpir esto. Sigamos. —Bernat, con pocas palabras, impuso lo que muchos estábamos pensando.

—¿Quién eres? —preguntó Paula.

—Abuela…, ¿eres tú? —No podía esperar, necesitaba saber si era ella, si había venido a verme, a hablar conmigo. Necesitaba hablar con ella. Decirle todo lo que la quería, todo lo que significaba para mí, todo lo que había hecho por mí.

Con rapidez se desplazó hacia el otro lado del tablero.

NO

Toda la excitación que había llevado hasta ese momento se esfumó por arte de magia. No era ella, no podía hablar con ella.

El puntero no se detuvo ahí, nos fue guiando por el tablero, moviéndose de una letra a otra, mientras todos pronunciamos en voz alta cada una.

C… A… R… L… O… S…

—Carlos —susurramos. ¿Quién era Carlos?

No entendíamos nada. Conocíamos a algún Carlos, pero ninguno que estuviera muerto. Ninguno que quisiera comunicarse con nosotros. ¿Qué estaba pasando?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Hungan tratando de avanzar en la conversación.

25

Era más grande que nosotros. Aun así, era muy joven para estar muerto y hablar con nosotros. Aunque quizás no estaba muerto. No lo sabíamos, no sabíamos nada.

—¿Estás muerto, Carlos? —preguntó Aitor.

Era la pregunta que todos estábamos pensando, pero que nadie se había atrevido a decir. Nos miramos entre nosotros mientras que nuestros dedos seguían deslizándose como si una fuerza sobrenatural nos guiara, y es que realmente se trataba de aquello.

YES

—¿Qué es lo que te pasó? —Bernat se inclinó hacia delante al formular la pregunta.

ASESINATO

ROBAR

CORAZÓN

—¿Le asesinaron? Esto no me gusta nada. En serio, chicos, no me gusta nada. —José estaba nervioso. Miraba a su alrededor como si viera cosas que los demás no podíamos, seguramente efecto de las pastillas.

—¿Quién te lo hizo? —Pere siguió preguntando, sin hacer caso a José.

El puntero empezó a temblar, agitándose de un lado a otro con mucha rapidez, pero sin detenerse en un punto como para poder interpretarlo. Carlos, el espíritu o lo que fuera, se había puesto nervioso ante aquella pregunta. No sabíamos qué hacer, no sabíamos cómo detener aquello.

Pero no hizo falta, el movimiento empezó a menguar y pudimos observar cómo volvía a marcar algunas letras.

E… L… C… U… L… T… O… D… E… L… B…

Cuando se detuvo tardamos unos instantes en recopilar y formar la frase que nos acababa de deletrear Carlos. Pero el resultado era correcto, aunque no teníamos ni idea de qué significaba. Solo sabíamos que era el motivo de su muerte, de su asesinato, tal y como nos acababa de marcar.

EL CULTO DEL BARON

Justo después de que lo lográramos interpretar, el puntero siguió deslizándose. Nadie había formulado ninguna pregunta, así que no nos lo esperábamos en absoluto. Quería decirnos algo más.

CUIDADO

—Esto es increíble, no me creo nada. Alguien se está quedando con nosotros. Yo me voy. Cuidado, dice. Vaya mierda de fantasma, mejor que se vaya otra vez al cielo, no te jode. —José se incorporó mientras se quejaba.

Intentamos detenerlo, incluso suplicando que volviera, pero hizo oídos sordos. No habíamos cerrado la sesión, y según Hungan podían pasar cosas peligrosas.

Pero no pudimos detenerle.

Unos sonidos nos alertaron cuando José solo llevaba tres pasos. En un rincón del garaje, nuestros teléfonos móviles se estaban

volviendo locos. Sin saber cómo, todos volvían a tener el volumen y sonaban estridentes.

—¿Qué está pasando? —Estaba aterrado y miraba a Hungan esperando que nos calmara, pero su mirada destilaba el mismo terror que la nuestra.

Las llamas de las velas aumentaron, se alargaron en dirección al techo, iluminando con más intensidad toda la sala. Y lo vi. Vi cómo el humo formaba una serpiente gigantesca que nos envolvía, nos impedía salir del centro. Daba vueltas sobre sí misma, como si se comiera la cola.

Y en una esquina, algo se movió. Todos los vimos. Era una sombra. No una sombra como cuando el sol te da y se forma en el suelo. Era más oscura que la misma noche, su color era tan intenso que destacaba en la oscuridad. Aquello no era normal. No pertenecía a aquel mundo. Paula gritó al ver cómo la figura flotaba hacia nosotros. Creo que yo también grité, no estaba seguro, solo sé que me abracé a ella, ya que era a quien tenía más cerca, mientras Bernat se ponía delante de nosotros para protegernos.

La sombra confeccionada de jirones de noches se abalanzó sobre nosotros con brutalidad.

Un viento frío salió del tablero, procedía de él, lo sabía. Y el fuego de las velas se extinguió de golpe.

Todo estaba oscuro, no se oía nada. Solo mi respiración y la de Paula, ya que aún estábamos fuertemente abrazados, incapaces de movernos.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Hungan preocupada.

Uno a uno todos fuimos respondiendo afirmativamente. Yo fui el último, y cuando las palabras brotaron de mi garganta la noté reseca, incluso me dolía.

A los pocos segundos las luces se encendieron. Todos dejamos escapar una exclamación. Miramos a nuestro alrededor asustados, pero no había rastro alguno de la sombra. Estábamos solos. Hungan se había levantado y accionado el interruptor para encender las luces.

—¿Tú eres subnormal? —Nunca había visto a Hungan así. Dio tres grandes pasos en dirección a José y le abofeteó con fuerza en el rostro—. ¿Te das cuenta de que todo esto es por tu culpa? ¡Podría haber ido mucho peor, nos podría haber sucedido algo! ¿Lo

entiendes?

—Yo… Lo siento. No sabía que iba a suceder esto. Creía que era todo mentira, que os estabais quedando conmigo. Pero eso de ahí… —Las palabras no consiguieron salir, su mandíbula empezó a temblar.

Nadie dijo nada. Era normal que no creyera lo que estaba sucediendo. Todos teníamos nuestras dudas, aquello era demasiado extraño.

—Bueno, por suerte no ha pasado nada grave. Estamos todos bien, que es lo importante. Un error lo tiene cualquiera. ¿No es cierto? —Ahí volvía a estar Bernat, tratando de solucionar todos los problemas del mundo, el pacifista, el salvador.

Todos asentimos y, tras echar un último vistazo al garaje, volvimos arriba. Ayudamos a Hungan a recoger, ya no teníamos tantas ganas de fiesta, solo queríamos volver a casa y que aquel día acabara. Que quedara como una simple anécdota.

No podía quitarme de la cabeza todo lo sucedido. Así que, de madrugada, mientras volvía a casa con tranquilidad, no dudé en liarme un porro. Era lo único que podía calmarme. Había sido una noche de emociones fuertes, y también de desilusiones. Tenía la esperanza de haber podido contactar con ella, pero por desgracia todo había sido muy diferente. Demasiado.

Así que la noche me abrazó mientras el humo brotaba de mis pulmones, y con él, mis pensamientos se fueron diluyendo poco a poco. Tomé la ruta larga, no era capaz de atajar por aquel camino de noche. Tenía demasiado miedo como para hacerlo.

Tardé poco más de treinta minutos en llegar a mi barrio. Estaba fumando con mucha calma, saboreando cada calada. Así que, cuando llegué, tiré lo que quedaba al suelo y lo pisé para apagarlo.

Miré al cielo, respirando aquel aire de verano, denso y húmedo, pero que a la vez daba frescor. Era una sensación que me costaba explicar. Me encantaba el verano.

Al alzar la vista, algo captó mi atención en mi edificio. Un movimiento. Todos mis sentidos se pusieron alerta. El movimiento venía de la ventana de mi habitación. Di un paso hacia delante, aguzando la vista.

Eran dos figuras. Dos personas. Me estaban mirando directamente desde mi habitación, asomándose por la ventana.

Llevaban dos sacos, o unas bolsas de tela, cubriéndose los rostros. Estaban pintados y observé aquellos dos enormes ojos negros, inexpresivos; y un color rojo chillón que formaba aquella siniestra sonrisa.

Pasaron unos segundos sin que ninguno de los tres nos moviéramos. Estaba aterrado. No sabía qué hacer. Alguien había entrado en mi casa, y mis padres estaban en ella. Quizás les habrían hecho algo. Tenía que hacer algo, pero no podía pensar con claridad.

Me faltaba el aliento.

Coordinadas, las dos figuras alzaron su brazo izquierdo y me saludaron.

No lo dudé. Salí corriendo hacia el portal y, con las manos temblando, abrí la puerta y me dirigí a mi casa. Entré corriendo, directo a mi habitación, esperando encontrarme a aquellas figuras allí.

No encontré a nadie.

Miré debajo de la cama, en los armarios, y recorrí todas las habitaciones. El comedor, la cocina, el balcón. Nada.

Mis padres estaban en la cama, me asomé por la puerta y los vi durmiendo plácidamente. Incluso mi padre roncaba.

¿Qué me estaba pasando? Me estaba volviendo loco, perdiendo la cabeza. Demasiadas emociones para una noche.

Regresé a mi cuarto, aún con el miedo a flor de piel. Volví a mirarlo todo, pero seguía como siempre. Miré por la ventana y la solitaria calle me devolvió el saludo.

Era mi imaginación. Sería eso.

Sin embargo, no podía relajarme, estaba demasiado tenso. Demasiado alterado.

Abrí el cajón y me tomé un par de pastillas que José me había conseguido. Gracias a ello no tarde en sumirme en un rápido sopor carente de sueños. Aquello era exactamente lo que necesitaba.

David

15-19 de agosto de 2017

Los días siguientes no fueron mejor para ninguno de nosotros. Yo no dudé en comentarles lo que vi en mi cuarto, aquellas dos figuras con un saco cubriendo su rostro. Solo me creyó Hungan, que incluso se ofreció a dejarme unos amuletos para protegerme.

Pero con el transcurso de los días, cada uno de ellos los vieron. Se aparecían en los lugares menos pensados. Cuando nadie se lo esperaba. Los vimos todos. Y, por supuesto, estábamos aterrados.

Por suerte, después de aquello todo se calmó. No volvieron a suceder cosas paranormales. No vimos sombras, ni encapuchados. Nada.

Sucedieron otras cosas, pero nada relacionado con espectros, espíritus o apariciones.

Pero cuatro meses después de lo ocurrido, todo cambio.

Cuatro meses después de aquella noche, Pere apareció muerto. Lo habían asesinado y le habían quitado el corazón.

Era horrible, pero nosotros sabíamos lo que significaba.

ASESINATO

ROBAR

CORAZÓN

EL CULTO DEL BARON

CUIDADO

No entendíamos cómo, pero aquel espíritu, Carlos, nos había advertido, tratando de ayudarnos, sin embargo, nosotros no le hicimos caso. Todo era demasiado confuso y nada de aquello tenía sentido. O quizás era el mismo espíritu, Carlos, el que nos daba caza.

Fueron nuestros actos los que desencadenaron toda aquella ola de muertes, una reacción en cadena en la cual nosotros estábamos en medio.

Empezó con el ritual en el garaje de Hungan, y en los cuatro meses siguientes, nosotros nos encargamos de que todo fuera a peor. Nuestras terribles decisiones llevaron a la muerte a muchas personas.

La obsesión que teníamos José y yo, nuestra adicción por desconectar del mundo y huir de él, acabaron matando a nuestros amigos.

Y tan solo necesitamos cuatro escasos meses para poder hacerlo. Cuatro meses donde todo lo que conocíamos cambió por completo.

Todo por nuestra culpa.

Luna

En aquel momento, el tiempo era indiferente. El objetivo al final del trayecto era lo importante. Lo único que de verdad importaba.

¿Qué más daba el recorrido, el viaje, el camino? Siempre decían que lo bonito estaba allí.

Era todo mentira. Sin duda alguna, una mentira creada para acallar a las masas. Lo único que le mantenía con vida era su meta. Si no la tuviera, la muerte lo habría encontrado hacía ya mucho tiempo, por mucho camino que hubiera recorrido. El mundo estaba gobernado por engaños. Por intereses.

¿Cuánto tiempo llevaba en aquella misión? En la Misión.

Los días y, sobre todo, las noches se confundían en su memoria. Solo era capaz de recordar las lunas que había observado. Sus formas que le saludaban de manera cíclica, sus colores claros que enrojecían de vez en cuando.

¿Días, meses, o tal vez años? No tenía manera alguna de saberlo. Era una incógnita para él, aunque tampoco es que le importara. Muy pocas cosas tenían la importancia necesaria en aquel momento. Realmente solo existía una.

Aquel era el objetivo de la Misión, su meta. Se le ofrecía una nueva vida, una nueva oportunidad para poder vivir en paz, libre de aquel dolor que gobernaba su corazón y su mente, libre de todos sus pecados.

Una oportunidad para volver a encontrarla.

El caminante detuvo su lento andar. Ya no se encontraba en una playa. ¿Ya había transcurrido un día? A veces era incapaz de recordar todo lo que acontecía a la luz del sol. No sabía qué le ocurría ni por qué. Simplemente se daba cuenta porque el paisaje cambiaba, o llevaba ropa diferente, o su barba había desaparecido.

Le aterraba no conocer realmente lo que hacía durante las horas de sol. ¿Qué clase de hombre era cuando su mente consciente le abandonaba?

¿Qué era capaz de hacer?

X

11 de marzo de 2017

—Ya tiene la edad para hacer la ceremonia.

—¿Estás seguro? ¿No querrías esperar un poco más, darle un poco más de tiempo?

Las dos figuras hablaban en susurros, tratando de encontrar una solución. Llevaban mucho tiempo esperando aquel momento y no querían estropearlo por las prisas. Debían organizarlo y prepararlo todo a la perfección, con tal de que no saliera mal nada de todo aquello.

—El Culto ya ha hablado. Es el momento. Tiene la edad para hacer la ceremonia y pertenecer a nuestra organización. No creo que debamos esperar más. Hay que hacer los preparativos. Si esperamos más nos arriesgamos a que todo salga mal.

La otra persona asintió mientras barajaba las posibilidades. Sabía que estaba en lo cierto, aunque ella habría esperado un poco más, pero si se lo decía era por algo. Ahora ambos debían ser precavidos y actuar impolutamente. Tal y como les habían enseñado.

—De acuerdo.

La figura que tenía ganas de empezar con el ritual sacó una gran mochila de gimnasio y, al abrirla, dejó al descubierto dos máscaras hechas a partir de un saco, las dos estaban pintadas.

—Empecemos, pues.

Primera entrada del blog

No estamos solos. De eso no hay duda alguna. Al principio no sabía qué significaba aquello, creía que todo era producto de mi mente. Que veía cosas donde no las había, sombras, conspiraciones, secretos, muertes…

He dudado de mí todos y cada uno de mis días.

Pero ya no lo hago.

Sé que tengo razón.

Sé que ellos me están buscando. Los he escuchado. Los he oído. Susurros en las tinieblas, palabras creadas de bruma espesa y tóxica.

Son buenos, muy buenos. Más de lo que podría haber llegado a pensar en un primer instante. Se ocultan en las sombras, como si fueran parte de ella. Sus dedos son espirales de humo que desaparecen en la noche. Sus brillantes ojos, dos pequeñas estrellas que observan con atención desde lo alto del firmamento.

Pero no pueden engañarme.

No pueden.

No pueden.

No pueden.

O quizás sí…

No, seguro que no pueden. Debo ser más inteligente que ellos, aunque no tenga sus recursos. Pero debo hacer algo. No puedo quedarme de brazos cruzados.

Me han amenazado. Quieren que deje de investigar, que destruya todo lo que he descubierto. Pero no podrán conseguirlo. Está oculto. En un lugar en el que nunca llegarán a pensar.

Nunca lo encontrarán.

Seguro que no.

A no ser…

Todos están muertos. El caso está cerrado. Y aunque solo han pasado unas pocas semanas, la gente ya se ha olvidado. Nadie recuerda lo sucedido, las incongruencias. Todos menos yo.

Y aquellos que dudaban en un principio están muertos o desaparecidos. O se han rendido asustados, aterrados, amenazados por las sombras.

He buscado.

Sí, he buscado mucho. Por muchos lados.

He viajado. He viajado por todos los lugares que he podido. Y, por supuesto, he encontrado respuestas. No las suficientes como para entender realmente lo que está sucediendo. Pero sí para ir creando un pequeño mapa mental de qué es lo que está sucediendo.

No, aún me falta encontrar las piezas claves para que todo cuadre.

Pero sí sé ahora que nos han engañado. Y lo siguen haciendo. En nuestro día a día.

Corazones desaparecidos. Robados.

Serpientes comiéndose su propio cuerpo, alimentándose de su oscuridad, devorando todo ápice de esperanza y libertad.

Y como te marca la portadora del demonio, su fiel aliada, todo es un ciclo. Ocurre más de lo que pensamos, pero oculto ante los ojos de los simples mortales.

Abrid los ojos para ver.

Ellos están aquí.

Solo hay que mirar con atención.

Ahora más que nunca debemos estar unidos, alerta.

No podemos fiarnos ni de lo que nuestros ojos ven, son ilusionistas. Querrán engañarnos, hacernos creer en cosas que no existen.

Pero no podemos caer en esa telaraña que han tejido a lo largo de los años.

No podemos tener miedo, debemos estar unidos.

Pero… estoy solo, y es imposible no temerlos. Necesito ayuda.

No puedo seguir haciendo esto solo.

Tan solo juntos podremos encontrar la solución.

Segunda entrada del blog

Tengo miedo. Más miedo del que jamás he experimentado en mis propias carnes. Un miedo carente de sentido físico. Un temor que nace de las maquinaciones de la mente, de sus temores.

Las amenazas son difusas, pero están ahí. Siempre están ahí. Cada vez son más frecuentes. Las encuentro donde menos me lo espero, aguardan a mi presencia. Y siempre tratan de sorprenderme. Siempre.

Y, sin duda alguna, lo consiguen.

Quizás, solo quizás, debería haber dejado todo este asunto. Olvidarme de él, dejarlo correr como hicieron todos mis vecinos, mis amigos. Mirar hacia otro lado cuando las cosas empezaron a no encajar, cuando mis temores infundados se volvieron contra mí, dándome la razón.

Pero mi peculiar moralidad me lo impide. No puedo dejarlo correr. Si todo el mundo hiciera exactamente lo mismo, ¿en qué clase de sociedad viviríamos? Todo sería más corrupto de lo que nos encontramos a diario. Seríamos más esclavos aún de aquellos que yacen en las sombras.

No puedo dejar que eso sea así. No puedo.

Tabaco y ron. Lo huelo desde aquí. Ese penetrante e inconfundible olor. Su olor. El olor de las sombras.

Todo esto es por ellos, por los que ya no están.

Es por mí.

Por la verdad.

Por la justicia.

Por venganza.

Incluso es por ti, querido lector.

Frederic Rushman.

George Freeman.
Elisabeth Dager.
Flour Barroud.
Agathe Briand.
Pierre Lombard.
Carlos López.
María Trigos.
Bianca Rossi.
Irene Poquio.
Valentino Messina.
Alejandro Rosales.
María Eugenia Rodríguez.
…

Este es un pequeño ejemplo, muy pequeño, de lo que he encontrado. Y me temo que lo que tengo en mis archivos no es más que la punta del iceberg. Hay mucho más, y no soy capaz de verlo.

Hay muchos más nombres. Demasiados.

Esto es una locura, ni yo puedo entenderlo.

Y por eso tengo miedo.

Un miedo atroz.

Nace en mis huesos, y se extiende como un cáncer por mis venas, por mis músculos, por mis órganos. Lo infecta todo. Me infecta a mí.

Luego me arrebata la mente. Mi mente. Aquello que era lo último que me quedaba. Lo único en lo que uno puede confiar.

Ahora ya ni eso.

Estoy atrapado en esta pesadilla, y la única manera de salvarme es encontrar la verdad. Hacerla pública. Compartirla. Solo así podré dejar caer la tremenda carga que pesa sobre mis hombros.

Los asesinatos que he encontrado se extienden más allá de la razón. Están por toda España. Sutiles diferencias entre ellos, asesinatos, desapariciones, secuestros, casos cerrados sin sentido alguno…

Nos están engañando.

Siempre lo han hecho.

Y seguirán haciéndolo.

Aquí pasa algo más de lo que nos imaginamos, desaparece mucha más gente de lo que pensamos, y no sabemos nada de ella

jamás. Yo ahora sí. Tengo muchas respuestas. Demasiadas.

Y por eso tengo miedo.

Si me llegara a pasar algo, toda la información que tengo podría perderse. Podría quedar oculta para siempre hasta que alguien vuelva a investigar, siga mis pasos…

Aunque quizás para entonces ya sea demasiado tarde.

Tercera entrada del blog

Las pesadillas son frecuentes. Ya no me son extrañas y ajenas, sino bienvenidas, reconocidas. Como una amistad a la que no veías desde hacía años y a la que te aferras con fuerza ante su llegada.

Y así lo hago yo. Sencillamente porque ya no sé qué sería mi vida sin ellas. Estaría vacía, carente de sentido. Ellas me animan a proseguir con esta cruzada que sé que está predestinada al fracaso. Pero igualmente soy incapaz de detenerme. No puedo, soy incapaz.

Tampoco tiene mucha lógica. Lo sé.

Hace mucho que dudo sobre mi cordura. Quizás todo lo que sé es un producto de mi mente, o quizás no. Puede que todo me lo haya inventado yo, y que toda esta conspiración solo exista en mi cabeza, en mis delirios.

No.

Es verdad.

Todo es verdad.

Lo sé.

Tengo que saberlo.

Las pesadillas tratan de hacerme perder la cabeza, no lo conseguirán. Perseguido, torturado, asesinado… Múltiples escenarios, todos ellos diferentes siempre. Todos igual de fatídicos.

Todo sigue un patrón. Unas normas. Está oculto, y es difícil de ver. Pero está ahí. Simplemente hay que abrir los ojos para ver. La serpiente marca el camino, el uróboro. Es un mapa, una indicación. Si existe, si la serpiente hace acto de presencia, son ellos. Es su firma.

Son ellos.

Tabaco y ron.

Hay tanto que explicar que ni siquiera sé por dónde empezar.

Pero el tiempo me tiene encadenado y va en mi contra. Me arrebata los días como si fuesen segundos.

Alguien le ha dado la vuelta al reloj de arena, y los últimos y brillantes granos se están deslizando por su cristalina superficie. Unos granos escarlata, creados a partir de toda la sangre que se ha derramado a lo largo de los años.

Un recordatorio de mi inminente futuro.

Tienen poder. Un poder inigualable, lo mismo que su influencia. Lo controlan todo. Nadie está a salvo, ni siquiera tú. Estés donde estés leyendo esto, debes tener cuidado y estar alerta.

No están solos.

Todos los casos están cerrados. Archivados. Escondidos. Quemados. Destruidos. En internet, en las redes, en la nube, todo desaparece. Todos los documentos relacionados acaban desapareciendo.

Solo el papel físico escrito permanece. A no ser que lo encuentren y lo destruyan, lo hagan cenizas. Pero ahora mismo lo escrito es lo más importante que tengo. Solo ello nos da esa fiabilidad de la existencia.

Al igual que mi mente… Aunque ya no es lo que era. Donde antes eran aguas cristalinas y plácidas, ahora no hay más que un furioso torrente de aguas embravecidas y repletas de meandros.

Pero es lo único que me queda.

Todos los asesinatos son iguales. Demasiada coincidencia que a lo largo y ancho de España se den las mismas situaciones, idénticas. Corazones robados, uróboros grabados a fuego, muertes extrañas, apariciones… Muchas de las víctimas no son más que extranjeros de viaje, descubriendo mundo, gente que no pertenecía aquí, cuya desaparición no levantaría sospechas al principio, y cuando se pusieran a buscar las pruebas y las pistas habrían sido barridas por el viento.

Y todos los casos cerrados por diferentes motivos, todos muy diferentes entre ellos. Sospechoso. Muy sospechoso.

Demasiado.

Riñas entre bandas, maltratos, infidelidades, venganza, celos, psicosis, enfermedades mentales, desapariciones nunca resueltas…

Hay muchas, muy diferentes. Solo hay una cosa en común entre ellas.

Que todas son mentiras.
Bulos.
Falacias.
Lo sé.
Yo lo sé.
Pero nadie me quiere escuchar. Nadie me hace caso.
Pero lo sé.
Yo lo sé.
El tiempo se me acaba. Ya me falta poco. Muy poco.
Temo que ellos encuentren este secreto, mi diario. Sé que es arriesgado llevarlo encima, pero es la única manera que tengo de gritar al mundo lo que sé. Antes de que me pase algo.
He intentado protegerlo con todos los medios que he encontrado al alcance de mi mano. Confío en mis defensas.
Tengo plena fe en ello.
Debe aguantar.
No sé si funcionará, ni tampoco si me dará tiempo de poder explicar todo lo que tengo. No lo sé.
Las sombras se alargan, la luz se atenúa cada vez más.
Mi tiempo se acaba.
Lo sé.
Y no sé qué puedo hacer para extenderlo, para conseguir, aunque sea, unos pocos minutos más.
Todo llega.
Y mi momento está a punto de llegar.
Y me aterra ser conocedor de eso.
No quiero morir.
Yo solo quiero vivir.

Cuarta entrada del blog

Empecé a escribir aquí para compartir mis descubrimientos. Todos mis hallazgos.

Ahora me doy cuenta de mi error. Nunca podría compartir todo lo que he recopilado. Es demasiado y mi tiempo es limitado.

Intuyo que esta será mi última entrada. No puedo escribir mucho más.

Ellos ya están aquí. Las sombras son de un color oscuro, más penetrante que la mismísima noche. Y sigue ese olor. Tabaco y ron. Siempre huelen a eso.

Tabaco y ron.

Es su firma.

Ya están sobre mí. Estas son mis últimas líneas.

Me queda poco.

Muy poco.

Es como que todo lo que he dedicado a este asunto no sea suficiente, noto cómo se esfuma en apenas unos segundos. Que desaparece lentamente ante mis ojos.

Me aterra pensar que toda mi investigación sea efímera y que nunca vea la luz.

Ten cuidado. Mucho cuidado. Yo no lo he tenido. Y es por eso por lo que ahora me encuentro en esta situación.

Entre las sombras y la pared. Atrapado, incapaz de escapar de esas pesadillas que han salido de mi mente para cazarme. Soy como un conejo que intenta volver a su madriguera, pero que sabe que no será lo suficientemente rápido para llegar a su guarida. El zorro está justo detrás de mí.

Temo volverme un muerto como los demás, caminar una vez que mi alma ha abandonado mi cuerpo.

Tengo miedo.
Más del que habría pensado que pudiera tener.
Ten cuidado.
Ellos ya están aquí.
El Culto.
El Culto del Barón.
Me han encontrado. Y ya no hay vuelta atrás. Ya he abandonado toda esperanza. Mi tiempo está llegando a su fin.
El último y rojizo grano de arena del reloj ha caído, reuniéndose con los demás. Yo ahora también me reuniré con ellos, con todos los demás.
Mi tiempo se ha acabado.
Suerte, querido lector. Todos mis deseos van dirigidos a ti. Si no consigo solucionar todo lo que ha pasado aquí, espero que tú puedas finalizar este cometido. Confío en ti.
Seas quien seas.

Rafael

20 de enero de 2018

A pesar de que era enero, yo estaba sudando. Paula Ruiz se encontraba justo delante de mí. Pero no era la chica joven que yo había visto en el cementerio y con la que había hablado para saber más de Pere. Era una persona completamente diferente. Su cuerpo estaba destrozado.

Habíamos tenido a la policía local buscando a la chica por un accidente de tráfico, pero no habían conseguido encontrar nada. Hasta aquel preciso instante.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No me gustaban las víctimas de los accidentes de coche, no me traían buenos recuerdos. Sin embargo, aquello no era un simple accidente. Paula presentaba las mismas heridas que Pere. Alguien la había cogido después de tener aquel accidente.

—Inspector, ya pensaba yo que no iba a venir hoy. —Virginia sonrió al verme en la escena—. Hay cosas muy interesantes, acérquese.

¿Cómo era posible que estuviera tan feliz en una escena tan aterradora como la que presenciábamos? Aquella mujer tenía serios problemas.

—Por dónde empiezo… —Se giró para mirarme y observó con una sonrisa cómo me estiraba del lóbulo de la oreja mientras la miraba con atención—. El cuerpo estaba en la misma posición que Pere, formando una cruz. Como ya sabrán, la mayoría de las heridas que presenta no son producto del asesino, sino, seguramente, por el accidente de tráfico que me han comentado. Tiene diferentes roturas en las extremidades, incluso aquí puede observar cómo el

fémur sale de la pierna, completamente astillado. Pero vayamos a la importante. Herida en la caja torácica muy similar a la del chico y, por lo que veo, también le falta el corazón. El sacro se encuentra marcado igualmente por la serpiente, el uróboro. Y sus labios estaban cosidos… Solo que esta vez he encontrado algo muy diferente.

Hizo un gesto a una chica joven de su equipo y esta le acercó una bolsa de plástico. Virginia la levantó y me mostró lo que custodiaba.

—¿Qué es eso?

—Aún no puedo asegurarlo con un porcentaje del cien por cien, pero creo que se trata del rabo de un toro. Primero nos dejan un león y ahora un toro. Animales fuertes, de espíritu salvaje. Es interesante. Aunque aún no sé lo que significa. Ahora viene otra característica, algo que me ha sorprendido y fascinado. No me lo esperaba para nada.

Se acercó más a la chica con paso decidido. Se inclinó sobre ella y le levantó el párpado del ojo derecho. La cuenca estaba vacía.

—Le han quitado el ojo además del corazón. Esto es nuevo. Ahora podemos decir que estamos ante un curioso asesino en serie, inspector Canosa, ¿o puedo llamarle Rafa? Su mundo se acaba de complicar un poquito. —Empezó a reírse con suavidad.

Esta tía está loca. Al final será esta la asesina. Puta zumbada.

La dejé con su equipo mientras paseaba por la escena del crimen. Era un mirador realmente bonito. Y antes de ver aquello habría pensado que era un buen lugar para morir. Ahora ya no.

Por las vistas, al menos valía la pena, por lo demás no. Se notaba que estaba bastante dejado y lleno de porquería. Había una especie de monumento con una placa en él. Me acerqué a leerla.

> En recordança del
> centenari del Centre
> Excursionista de Catalunya
>
> El Centre Excursionista de Badalona
> 26-11-1976

Pues vale. Ya ves tú lo que me importaba. Di una vuelta y miré

la cantidad de grafitis que había. Eran muy pesados con las firmitas. ¿No se daban cuenta de que resultaban horribles?

Era una manera de ensuciar aquel espacio, al menos visualmente. Quedaba francamente feo. Seguro que ellos eran igual de feos y querían representarse allí. Pesados.

Uno de ellos me llamó la atención. Aquellas letras me sonaban de algo.

Un chico de la científica pasó por mi lado sin mirarme, solo estaba atento a Virginia, que le llamaba.

—Tú, chico, espera. ¿Puedes darme un guante, por favor?

Se detuvo un momento mirándome, como si hubiera aparecido de golpe allí. ¿Qué les pasaba a los de la científica? Antes no eran así. Por suerte salió del trance y me dio un guante.

Al colocármelo me acerqué y pasé el dedo por aquellas letras. Estaban casi secas, pero pude notar algo de humedad. Tenían algo. Llamé a los de la científica y les comenté que debían tomar muestras de allí. Seguramente lo había escrito el mismo asesino. Ya tenía una frase, que encontré en el túnel. Ahora aquella.

> El pueblo pasa hambre porque sus superiores consumen en exceso sobre lo que recaudan.
>
> Lao Tse

¿Qué coño significaba?

Jordi

17 de diciembre de 2018

Se trataba de un blog. En él solo encontré cuatro escasas entradas. Cuatro escalofriantes entradas. Se remontaban veintinueve años atrás y todas ellas estaban firmadas por la misma persona, un tal Federico Sisa. Lo que no tenía sentido era que a pesar de estar fechadas hacía tantos años, habían sido colgadas hacía apenas diez… Eran como una especie de transcripción de un diario escrito a mano, no sabía si se trataba de la misma persona o era otra diferente que lo había encontrado y pasado a aquel blog en internet.

A simple vista parecía que estaba expresando sus delirios y sus temores, alguien que necesitaba ayuda urgente. Quizás estaba loco de verdad.

Sin embargo, había algo escalofriante en sus palabras, en sus deducciones, cosas que me eran conocidas. ¿Y si todo lo que explicaba, aunque fuera escaso, fuera cierto? ¿Y si realmente existían más casos, y ese tal Culto trataba de ocultarlo todo?

Solo tenía más preguntas, más incluso que antes, pero era una explicación a muchas de mis dudas. Las dudas respecto a que el caso estuviera cerrado.

Aunque quizás estaba equivocado, o quizás yo también me estaba volviendo completamente loco. Ya no sabía qué creer.

¿Por qué el grupo de amigos de mi hijo fue asesinado? ¿Por qué esos crímenes se remontaban casi treinta años en el tiempo? Era muy difícil que una misma persona pudiera hacer todo aquello. ¿Qué era el Culto del Barón? ¿Qué querían? ¿Cómo podía dar con ellos si de verdad existían? Y la más importante de todas, ¿cómo podía demostrar que todo aquello era verdad y no una fantasía

conspiranoica de mi mente?

La cabeza empezaba a dolerme demasiado, la estaba haciendo pensar de madrugada. Podía intentar tomarme un café y seguir con la búsqueda, pero me desvelaría por completo, y seguramente no conseguiría nada. Solo perdería horas de descanso y aumentaría horas de estrés.

Ya tenía suficiente con dormir mal, si no dormía se me acumularían las horas y al final acabaría por explotar.

Había encontrado un nuevo hilo del que tirar, un nuevo frente se abría ante mis ojos. Antes de irme a dormir, o de intentarlo, imprimí las cuatro entradas escritas por aquel Federico Sisa y las enganché en la pared, junto a toda mi otra investigación. Luego conecté mi USB y lo guardé todo en una nueva carpeta con el nombre del autor.

Me lo había regalado María. Un regalo que utilizaba bastante a menudo. Se trataba de una pulsera de lazo trenzado, en cuyo encaje ocultaba un pequeño USB con la capacidad de 16 GB, nada mal.

A pesar de utilizarlo mucho en el trabajo, decidí borrar todos los documentos que allí tenía y empecé a guardar todo lo relacionado con aquel desquiciante caso. Siempre lo llevaba conmigo, nunca se sabía qué les podía ocurrir al ordenador o a los papeles colgados en el comedor. Mejor ser precavido.

Al acabar volví a dirigirme a la habitación y me tomé un par de comprimidos de melatonina, cualquier ayuda para dormir sería bienvenida. Aun así, tardé bastante en conseguir quedarme dormido. Pero, al final, mi cuerpo consiguió relajarse.

Mi mente no.

Como siempre, la luna me observaba atentamente desde lo alto de su cúpula celeste. La reina plateada estudiaba todos y cada uno de mis pasos. Estaba corriendo, algo me estaba persiguiendo. No sabía lo que era, aunque tampoco me importaba. Sabía que si me atrapaba sería mi final. Escuchaba su susurro, notaba sus garras acariciando mi espalda.

Jadeaba por el esfuerzo. Era un bosque denso, que ocultaba su luz en diferentes tramos. Tras el que me pareció el más largo, corriendo sin rumbo a oscuras, logré traspasar una barrera de

vegetación, notando cómo las zarzas besaban mi piel, abriendo surcos en ella, escribiendo sus historias con mi sangre.

Notaba cómo caía el cálido fluido por mis brazos, pero no me importaba.

Acababa de aparecer en una playa. Las olas golpeaban con fuerza al romper en la orilla. Aunque yo no tenía la atención en ella, en aquel momento no parecía importante, solo era un escenario como muchos otros. Algo había en la arena. Un cuerpo.

Me acerqué a él mientras de mis dedos caían gotas de sangre, tiñendo el suelo en un charco brillante y oscuro. Con cada paso que daba, la luna también se teñía de aquel color escarlata, el color que invadía mi interior y me daba vida.

Todo era de un rojo intenso, demasiado. Era irreal, incluso doloroso al mirar. Pero también aterraba, encogía mi corazón. No sabía por qué, pero todo aquello me asustaba. Me dolía en lo más profundo de mi pecho, sin llegar a conocer el motivo.

Sin embargo, todo me era familiar, aunque no podía recordarlo bien. Es el poder de los sueños. Te hacen creer que conoces todo en ellos, que son tu realidad, y que todo fuera de ellos es el verdadero sueño.

Me faltaban pocos pasos para llegar al cuerpo cuando lo reconocí.

—No… —O al menos es lo que traté de decir, las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta, y solo conseguí dejar escapar una especie de lamento.

Era Bernat.

Corrí hacia él, arrodillándome y tomándolo entre mis brazos. Me estaba mirando fijamente. Todo estaba empapado con mi sangre, o eso creía. Pero mucha también era suya. Padre e hijo, la misma sangre mezclada en la arena de aquella solitaria playa. Su pecho estaba abierto, le habían abierto y destrozado las costillas, astilladas, y de ahí no paraba de salir un torrente de sangre.

Un sollozo salió de mi alma. No sabía qué hacer. No podía ayudarlo, no podía salvarlo. Sabía que hiciera lo que hiciera estaba condenado.

—Todo saldrá bien, hijo, estoy aquí. Estoy aquí contigo. Papá está aquí —fueron las únicas palabras que pude pronunciar mientras acariciaba el cabello de Bernat y veía cómo su vida

desaparecía ante mis ojos.

Podía escuchar el latido de su corazón, que veía a través de su cuerpo, y que latía ante la mirada de aquella rojiza luna.

En un último momento, Bernat clavó su mirada en mí, sus ojos me atravesaron, cargados de terror. Me destrozaba verlo así, sufriendo. No podía hacer nada para ayudarlo. Se estaba muriendo. Agonizando.

—Pa… Papá… Te quiero… —consiguió pronunciar con voz entrecortada, mientras unos hilos de sangre manaban de la comisura de sus labios. Sonrió entendiendo la situación, asintiendo, dándome permiso—. Encuentra el camino hacia la luna.

Introduje la mano izquierda en el pecho de mi hijo, aferrando su corazón y sus últimos momentos de vida, y, con el rostro bañado en lágrimas, le arranqué el corazón de un solo movimiento, acabando con su sufrimiento.

David

15 de abril de 2019

Aunque podía parecer que los días eran eternos, me equivocaba. Eran más cortos de lo que pensaba. Siempre me guiaba por la misma rutina, pedir dinero en los mismos sitios, buscar comida en los mismos rincones y comprar el alcohol en la misma tienda. Una rutina sin escapatoria.

Mi vida.

Cada noche volvía a mi nuevo hogar, sobre un cartón desgastado que me separaba del frío suelo del banco. Aunque para cuando llegaba allí, poca cosa llegaba a sentir. Mi cuerpo ya estaba adormecido por el alcohol. Y antes de cerrar los ojos y volver a abandonar mi desgraciada existencia, aferraba mi mochila que contenía aquella preciada carga que tanto mal nos había regalado.

Luego, entre lágrimas y lamentos, mi consciencia desaparecía.

Aquella era mi nueva rutina. El castigo que me merecía.

David

20 de agosto de 2017

Todo fue una espiral, un agujero negro que nos aferró y nos engulló por completo. Tras el fallido ritual que realizamos, fuimos sucumbiendo lentamente, pero sin pausa, en un lugar que nos alejaba de la realidad.

José al principio me regalaba pastillas, luego el efecto fue menguando, y empezamos a probar cosas diferentes. Necesitábamos sentir esas sensaciones, volver a sentirnos vivos. Cuando ya consumíamos a diario, empezamos a comprar nosotros mismos a Aitor. No podíamos vivir sin ellas. Muchas veces él nos advertía. Debíamos tener cuidado, aquel ritmo que llevábamos no era bueno. Aunque casi todos consumieran algo, el paso que llevábamos José y yo no era normal. Y también lo empezamos a notar en nuestra cartera. Nos estábamos arruinando. Yo le cogía dinero a mi madre sin que se diera cuenta, pero al final lo sabría… Solo era cuestión de tiempo.

Era nuestra vía de escape ante cualquier problema, estrés, miedo… Teníamos una solución inmediata. Nos refugiábamos en nuestro escondite, y las horas transcurrían ante nuestros ojos con un mero parpadeo. No éramos bienvenidos en casa, pero allí sí.

Enterrados, bajo tierra, nadie nos juzgaba ni criticaba, podíamos ser nosotros mismos. Y yo podía compartir más tiempo al lado de José, y eso me daba vida.

Cada día me notaba más ligado a él y me costaba pensar en una existencia sin él. Lo era casi todo para mí.

Y por eso el corazón me dolía más, ya que conocía la respuesta a mis deseos. Él nunca estaría conmigo. No sentía lo mismo que yo. Y

me mataba. Pero al menos, gracias a aquella droga, conseguía apaciguar todos esos sentimientos.

Sin embargo, la espiral seguía engulléndonos, y no nos dábamos cuenta de lo que ocurría. Actuamos inconscientemente, sin prever las consecuencias que aquello tendría. La necesidad de tener más no nos hizo valorar los problemas que podría conllevar. Nos creíamos los reyes del mundo.

Éramos los reyes del mundo.

Estábamos tan atrapados en el mundo ficticio que habíamos creado que el real se abalanzó sobre nosotros, acabando con toda la tranquilidad que conocíamos.

Incluso acabando con nuestras vidas.

Rafael

23 de enero de 2018

—Pues no sé tú, pero es como si no hubiéramos avanzado nada. Menuda puta mierda. Los padres están hechos polvo, como es normal… Pero nosotros no tenemos ni una pista para seguir adelante. Al menos de ellos. Creo que esto es algún rollo raro del grupo de amigos. Pero a saber…

Iba caminando en silencio de vuelta al coche. Matías estaba en lo cierto, no habíamos conseguido nada con los padres de Paula, Xavier Ruiz y Sara Grau. La casa estaba descuidada, con todo por medio. Ambos permanecían en el sofá y se abrazaban con fuerza, como si el mundo se estuviera derrumbando a su alrededor. Que posiblemente era así. Pobres…

Además, el padre decía que aquel día había empezado a medicarse porque no podía dormir, cada vez que cerraba los ojos no paraba de tener imágenes de su hija desangrándose ante él. Aquello le estaba destrozando.

Pero nosotros no teníamos nada nuevo. Aún faltaba que nos dijeran si había algo en la habitación o en el ordenador, aunque tenía grandes esperanzas en ello.

Ahora quería ir a ver a otra familia. La familia del novio, Bernat García. Alex no tenía ni idea, pero yo sabía lo que eso significaría. Hablar con sus padres. Y estaba nervioso. No estaba preparado para aquello. Iba a volver a tener a María enfrente. ¿Se acordaría de mí o, mejor dicho, me reconocería? Estaba muy cambiado.

Mientras llegábamos al edificio donde vivían, Virginia, de la científica, nos llamó. Alex puso el manos libres.

—¡Buenos días, señores policías! ¿Cómo va todo? —Siempre

tenía aquel toque humorístico y fúnebre unido. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero me daba miedo—. Ya me han llegado los análisis de la chica. Y hemos encontrado el mismo cóctel que en el cadáver del otro chico. Hemos hallado morfina en altas cantidades, marihuana y, la más interesante de todas y la que más me ha costado identificar, tetrodotoxina. Sigo sin saber muy bien para qué la utiliza el asesino o la asesina, pero aquí vuelve a aparecer. Me tiene muy intrigada, apenas me deja dormir…

—Es esa que sale del pez globo, ¿verdad? —la interrumpió Matías.

—Exacto, se trata de una de las toxinas más potentes del mundo. Como ya os comenté, produce una parálisis motora, bradicardias, bajada de presión sanguínea, pulso cardiaco débil, entre otros. Es decir, que te mata muy rápido. Y la cosa es que es muy difícil de conseguir. No es algo que se venda así porque sí. A no ser… que sea una nueva droga rara que ha salido al mercado, en eso ya no estoy tan puesta como me gustaría. Pero puede ser algún tipo de escopolamina, o como se conoce en las calles, burundanga.

—Bueno, eso es un hilo del que tirar, pero ya con el chico nos encontramos en un callejón sin salida. Nadie vende esa mierda, Virginia, al menos aquí —dije mientras ponía el intermitente.

—Pues debería hacer mejor su trabajo, caballero, ya que parece ser que alguien sí lo está haciendo… ¡Les dejo trabajar, que seguro que están muuuy ocupados! Un beso a los dos y ya nos iremos viendo en el siguiente cadáver.

No nos dio tiempo a contestar, ya había colgado.

—Joder, la tía. Parece que le guste incluso. Siguiente cadáver… Espero que no sea así, me está desquiciando, Rafa… ¿Has leído los periódicos? Todo el mundo habla de esto. Mire donde mire se habla del Asesino de la Serpiente, el Asesino de los Corazones, o como coño quieran llamarle los medios de comunicación.

—Ya sabes cómo son los periodistas, si encuentran una noticia la exprimen hasta dejarla sin suco. Tenemos que encontrar al asesino antes de que esto vaya a peor. No quiero más cadáveres. Tenemos que hacer algo.

No tuvimos que esperar mucho para que nos abriera la puerta.

Nos recibió un hombre de unos cincuenta años. Era un hombre arreglado y elegante, estaba en forma e incluso yo tuve que admitir que era bastante guapo, su nombre era Jordi. Además, pude ver que detrás de sus ojos había una buena persona. Es un sexto sentido que un buen policía acaba desarrollando, uno acaba sabiendo muchas veces con qué clase de gente se encuentra.

Nos estrechó la mano con fuerza al presentarnos y nos condujo hacia la sala de estar. Era una casa pequeña, pero muy bien decorada. Sin lugar a dudas, aquello era obra de María.

—Si quieren, pueden sentarse aquí, agentes —nos dijo el padre de Bernat—. Ahora, en un momento, vienen mi hijo y mi mujer. ¿Quieren tomar algo?

Declinamos la oferta amablemente. Estábamos esperando cuando escuchamos un ruido que venía del pasillo.

—No puede ser. ¿Rafa? Madre mía. ¿Eres tú? —Reconocí aquella voz. Cómo podía olvidarla—. Me pareció reconocerte como el agente que investigaba, pero no estaba segura… Pero al escuchar la voz y al oler este perfume tuyo que siempre te ponías no he tenido dudas.

Me di la vuelta y allí la vi. No había cambiado apenas. Tenía una sonrisa en el rostro que la iluminaba por completo. Era preciosa.

Junto a ella estaba su hijo. Tenía su mismo aire inocente y una luz que no sabía identificar. La verdad es que formaban una familia perfecta. Por un momento sentí envidia. Quizás si hubiera actuado de forma diferente, si Laura estuviera aún viva, o si no hubiera alejado a María de mí, aquella sería ahora mi vida. Todo podría haber sido muy diferente.

No me dio tiempo a pensar mucho más, María avanzó hacia mí y me abrazó con fuerza. Una multitud de recuerdos afloraron a mi mente al notar mi cuerpo contra el suyo, al inspirar aquel olor dulzón de su cabello, al escuchar su voz…

—Hacía mucho que no sabía nada de ti, Rafa. ¿Qué es de tu vida? Te veo bien —mintió descaradamente.

Ante aquello, Alex empezó a toser, tratando de acallar una carcajada. El muy capullo. Cuando saliéramos de la casa ya vería quién mandaba. Era un cabrón. Siempre dejándome en ridículo.

—No digas tonterías, por Dios. Los años no me han sentado muy

bien, tampoco el estrés de ser policía. Aunque te parezca mentira, mi compañero tiene diecinueve años y por culpa del trabajo aparenta unos cuarenta y tres… —Aquí fue Bernat, el hijo de María, el que empezó a reírse por la broma. Me caía bien el chico.

—Jordi, él es Rafa, te he hablado mucho de él, ya lo sabes. Bueno…, pues ya le pones cara, el famoso Rafael Canosa.

Me pareció que iba a ser una de las visitas más interesantes que había tenido desde hacía años.

No solo hablamos de los asesinatos y del pueblo, sino que nos pusimos al día. Fue parecido a una reunión de viejos amigos. Al cabo de una hora despedí a Matías para que se fuera a tomar un café en algún bar. Los demás seguimos.

María le había contado nuestro pasado a su marido y me sorprendió que no estuviera para nada molesto al ver que su esposa se encontraba con un exnovio. Todo lo contrario, se mostró abierto y amable, participando en la conversación.

Veía las miradas que se echaban entre ellos, todas cargadas de amor y de comprensión. Era precioso. Y, sin lugar a dudas, María se merecía aquello y mucho más. Era la mujer más buena que había conocido. Si alguien merecía aquella vida, era ella.

La verdad es que no obtuve muchos más datos acerca del Asesino de la Serpiente, todo lo que me comentaron ya lo sabía o no me era de utilidad. Aquello no sirvió para atrapar al asesino, sin embargo, sí tuvo otro propósito. Estaba notando cómo una herida que habitaba en mi corazón, un abismo que creía curado y que había olvidado por completo, se empezaba a sanar y a cerrar.

Después de más de treinta años, notaba a mi corazón latir con fuerza de nuevo.

Jordi

18 de diciembre de 2018

No quería llegar a ese momento. Tras los dos primeros asesinatos, llegaban el tercero y el cuarto. Los más importantes, los que no me abandonaban. Los que me mantenían despierto y atento.

Los que me hacían proseguir con aquella caza de brujas.

Fue en mi propia casa, entre esas cuatro paredes, donde la encontré, donde mi mundo se derrumbó. Era de noche cuando llegué a casa después de una larga jornada en la oficina. Estaba agotado y tenía ganas de poder descansar. De poder quitarme la corbata y el traje, de poder descalzarme y deshacerme de aquellos relucientes e incómodos zapatos.

Cenaría con mi esposa y mi hijo, y luego podríamos ver alguna película en el sofá hasta la hora de dormir. Era un plan perfecto. Lo necesitaba.

Antes había pasado por un supermercado y había comprado una bolsa de patatas fritas, era todo perfecto.

Pero cuando estaba en la puerta todo cambió en un segundo.

La puerta no estaba cerrada, sino entornada, aquello fue lo primero que me desconcertó y me puso alerta.

—¿Hola? Ya estoy en casa. Os habéis dejado la puerta abierta. —No recibí respuesta alguna aparte de un golpe sordo y un extraño sonido.

Algo estaba pasando, o algo había pasado. Mis músculos se tensaron involuntariamente. Crucé el umbral mientras miraba a mi alrededor atento a cualquier movimiento. Todo parecía tranquilo. Reinaba una calma sobrenatural, artificial. Mientras me adentraba en mi hogar empecé a escuchar una especie de sonido. ¿Qué era

aquello?

Toda la casa estaba a oscuras, y la única luz que tenía provenía del exterior, de las luces del rellano, que recortaba mi sombra y la proyectaba ante mis ojos.

Mi visión no se acostumbraba a la carencia de luz, así que, al entrar al comedor, alargué la mano y encendí el interruptor de la luz.

La visión de lo que me aguardaba allí me aterró y se grabó en lo más profundo de mi cabeza.

Era ella, María. Estaba en el suelo rodeada de un charco de sangre. Me abalancé sobre ella.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? María, por favor…, estoy aquí…

Aún estaba viva. El sonido que escuchaba era el de su respiración entrecortada y el de sus uñas rascando el parqué. Su mirada denotaba miedo. Estaba aterrada. Su vida se escapaba a raudales y no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Dónde está Bernat? —No podía pensar con claridad, todo a mi alrededor daba vueltas—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡Necesito ayuda! Dios mío…, ayúdame… Si de verdad existes, si de verdad eres real. Ayúdame.

Los vecinos me habían oído, abrieron las puertas alarmados por mis alaridos. Los escuchaba detrás de mí.

—Jordi, ¿qué ha pasado? —Enmudecieron al ver el panorama y llamaron al 112 con rapidez.

Escuchaba sus voces hablando detrás de mí, pero no era consciente de lo que decían. Solo podía verla a ella. A mi amada. Al amor de mi vida. A mi todo.

María…

Le acaricié el rostro, manchándola con su sangre. Aquello era horrible. No podía estar pasando. No podía ser. Aquello no podía estar sucediendo.

—Todo va a salir bien, amor, te lo prometo. Todo va a salir bien.

Creo que esas palabras la tranquilizaron. Su respiración se calmó un poco. Vi que un cuchillo de cocina estaba bajo la mesa, lleno de sangre. María tenía el cuerpo lleno de puñaladas. Y su vida se filtraba por esas heridas, huyendo de aquel cuerpo herido.

Sus ojos me miraban desorbitados, el dolor que tenía que sentir

en aquel momento debía de ser horrible, y yo no sabía qué hacer. No sabía qué hacer para que el dolor desapareciera. No sabía qué hacer para ayudarla. Para salvarla.

Fue ahí donde descubrí el origen del alma. Donde se alojaba, donde vivía. En lo más profundo de nuestras vísceras, es ahí donde vive.

Lo noté. Era casi palpable, algo físico. Abandonaba mi cuerpo, mi interior, dejándome vacío por completo. Una sensación similar a cuando uno se encuentra en la cima de una montaña rusa y baja en picado. Quizás nuestra alma se quede por unos instantes en las alturas y baje apresuradamente a refugiarse en nuestro interior de nuevo.

A mí me abandonó en aquel instante, se quedó en esas alturas, observándome, y cuando se disponía a bajar, me encontré con la muerte de mi hijo, con lo que me despedí finalmente de ella. Mi alma no volvió a mí.

Era un cuerpo vacío, carente de espíritu.

Mi mujer se estaba muriendo ante mis ojos, se estaba consumiendo. Había intentado taponar las heridas con mis manos con tal de detener la sangre, pero era imposible, había demasiadas.

—Por favor, Dios… —Nunca he creído en la religión, pero en aquel momento era lo único en lo que podía pensar. Necesitaba que alguien acudiera a mi llamada, que algo fuera de lo común me ayudara a salvar a María, porque sabía que yo solo no podría—. Ayúdame.

No pude evitar que las lágrimas surcaran mi rostro aterrado. La estaba perdiendo. El olor a metal inundaba mis fosas nasales y la tibia sangre estaba empapando toda mi ropa.

—Jordi… —intentó decir con voz débil María, traté de callarla, que reservara energías, pero era muy cabezona, tenía que hablar—. Bernat… Nuestro hijo. Sálvalo… No sé qué le ha pasado. Estaba… Estaba muerto. No respiraba. No estaba vivo. Nuestro hijo estaba muerto, Jordi.

Bernat… Bernat estaba muerto, ¿dónde estaba su cuerpo? Aquello me destrozó aún más. Estaba perdiendo las dos cosas más importantes de mi vida, todo en unos pocos minutos. No podía estar sucediendo de verdad.

—Estaba muerto… —prosiguió ella—. Y luego ya no lo estaba,

Jordi. Bernat estaba muerto. Estaba muerto y luego ya no lo estaba.

—¿Qu… Qué? No te entiendo, María. ¿Dónde está Bernat? —No comprendía lo que me decía.

Su mirada vidriosa se quedó fija mirando al techo, como si allí hubiera algo que los demás desconocíamos. Miré con ella, pero no pude apreciar nada. No había nada allí. Sin embargo, ella no apartaba su vista de aquel trozo de la casa. Estaba atenta, como si estuviera escuchando algo, como si algo le estuviera hablando.

—¿Lo oyes, cariño? La ambulancia ya ha llegado. Te vas a poner bien. Ya lo verás.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, me miró intensamente como si ella supiera algo que yo no. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, sin embargo, yo no era capaz de aceptarlo. No quería perderla. Lo era todo para mí. Era mi vida.

Esbozó una tímida sonrisa de comprensión.

—No… No te preocupes por mí —dijo con esfuerzo y con la respiración entrecortada—. La luna. Encuentra el camino hacia la luna, Jordi. Encuentra el camino hacia la luna. Allí nos veremos. La luna… Te quiero.

No me dio tiempo a contestar, exhaló todo el aire que le quedaba en el cuerpo mientras aferraba con fuerza mi mano y yo le acariciaba el rostro con la otra. Su cuerpo se convulsionó un instante y se quedó quieto.

—No, no, no, no, no… ¡Nooo! —La aferré con fuerza, la zarandeé, no podía marcharse así.

Nada de aquello sirvió. Besé su rostro, lloré por ella como nunca había llorado, pero nada ocurrió. Cuando los servicios de emergencia llegaron ya era demasiado tarde. Elia ya se había marchado. No había nada que hacer.

Bernat no estaba en la casa, había desaparecido.

Encontraron huellas dactilares en el cuchillo y en el cuerpo de María, incluso en los rastros de sangre. Piel del culpable debajo de sus uñas. El asesino que la había atacado había dejado toda la casa llena de pistas. Huellas manchadas de sangre por los marcos de la puerta, en los pomos…

Encontraron drogas en la habitación de Bernat y, según los agentes, no había duda de lo sucedido. Según las pruebas y las investigaciones, era clara la situación. También había testigos

oculares de cómo el asesino se había marchado de la escena lleno de sangre con una sonrisa en el rostro.

Todos decían que mi hijo, que Bernat había asesinado a María. Que había asesinado a su madre tras una discusión por las drogas y en un arrebato de rabia la había acuchillado y huido de la casa. Le habían visto por la calle huyendo con aquella sonrisa en el rostro, desapareciendo en la noche.

Por eso la policía había acudido tan rápido a la llamada, mucha gente lo había visto por la calle corriendo desorientado. Todos decían que seguramente estaba drogado, colocado.

Todo el mundo lo decía a mis espaldas. Bernat era un drogadicto, como el grupo de amigos con el que se juntaba.

Bernat era un drogadicto.

Bernat era un drogadicto.

Bernat era un asesino.

Pero yo sabía que no era así. Bernat no era como decían. Yo conocía a mi hijo. Lo conocía mejor que nadie.

Y aquello no podía acabar así. Tenía que intentar desvelar lo ocurrido, descubrir la verdad. Así todo el mundo me entendería.

Encontraría a mi hijo y todo lo sucedido se aclararía, no había otra forma de hacerlo y estaba dispuesto a llegar a la verdad. Era lo único que podía hacer. Había perdido a mi mujer, no iba a permitir que me arrebataran a mi hijo y tampoco que le culparan de algo que no había hecho.

Pero dos días después encontraron su cuerpo. Le habían asesinado.

Le habían quitado el corazón y marcado con fuego una serpiente que se comía su propia cola.

David

16 de abril de 2019

Mi cuerpo no quería responder. Estaba demasiado cansado, exhausto. Mis brazos y mis piernas se negaban a moverse por voluntad propia, simplemente me regalaban algún que otro temblor. Mi respiración era agitada, al igual que el movimiento de mis ojos, que era lo único que podía controlar.

Aún era de noche, miré por el cristal del banco y solo pude ver la tenue iluminación de la calle. No había movimiento fuera, la ciudad de Barcelona dormía plácidamente. Todos sus habitantes yacían acostados, ausentes del mundo que les rodeaba.

Notaba un sudor frío cubriendo todo mi cuerpo, pero aún era incapaz de moverlo. Estaba paralizado. Inmóvil.

Seguí moviendo los ojos, mirando a mi alrededor. Notaba la respiración de mi compañero, de mi vecino. Aparte de aquello, todo lo demás estaba sumido en una plácida calma.

Quería levantarme, necesitaba hacerlo. Pero algo me lo impedía. Traté de hablar, pero mis cuerdas vocales apenas elaboraron ni un solo sonido. Estaba atrapado en aquel horrible y contaminado cuerpo, la peor cárcel que podía existir.

Traté de gritar, de liberarme, pero fue en vano. Era una pesadilla.

Algo se agitó en la calle. Alguien estaba ahí fuera. Moví mis ojos hacia ese lado…

Si no hubiera estado paralizado, lo habría hecho, habría corrido como alma que lleva el diablo.

Solo pude quedarme ahí, mirando con atención. Aterrado.

Venían a buscarme. Me habían encontrado. Una farola

iluminaba sus figuras. Dos altas figuras, estilizadas, que desprendían seguridad y fuerza. Y también algo más, una sensación de terror. De muerte.

Incluso desde allí dentro me llegó aquel aroma a tabaco y ron, el mismo que inhalé en el garaje de Hun. Yo era el siguiente. Aquello no había terminado, y yo lo sabía.

No quería morir así. No podía acabar así. Aunque…

Quizás era la mejor opción, acabar de una vez por todas con aquel sufrimiento, con aquel sinvivir que gobernaba mi día a día.

Vestían como campesinos, con grandes petos oscuros y viejos, prendas de ropa desgastadas por su uso. Sus cabezas estaban escondidas bajo aquellas bolsas de tela. Ahora estaban más cerca de mí que aquella vez en mi casa. Sus ojos oscuros se asemejaban a los de un mapache, y aquella fría sonrisa era característica de la de un payaso, de esos que intentan hacer reír a los niños, pero solo consiguen que lloren.

La figura más alta se llevó un cigarro a los labios de tela, pude ver que tenía un pequeño orificio. Al inhalar, su rostro de tela se iluminó.

Era aterrador.

Se acercaron aún más, posando sus manos en los cristales, mientras me miraban fijamente. Me saludaban, me hacían señas. Venían a por mí. Querían arrastrarme con ellos. Matarme. Sabía que era así. No tenía dudas. Era lo mejor.

La otra figura, la que no fumaba, se acercó a la puerta, abriéndola muy despacio, como si pudiera romperla.

Cerré los ojos, esperando mi final. Así acabaría. Paralizado, sudado, sin bañarme, borracho, junto a una persona que no conocía, sin nadie a quien le importara, sin un hogar, sin amigos. Sin nada.

Pasaron los segundos, luego los minutos. Pero nada ocurría. Al abrir los ojos me llevé una sorpresa. No estaban. Habían desaparecido.

Ni rastro de ellos.

Eran todo imaginaciones mías. El caso había acabado, estaba cerrado. Todo era culpa mía y de José. Era nuestro plan, nuestra obsesión, nuestra adicción. Nuestra perdición.

Era la culpa lo que me perseguía, el pensar que había algo más. Aún seguía creyendo en aquello, lo que nadie podía explicar. Que

existía algo que no encajaba.

Yo lo había visto, aunque nadie me creía…

Pero ¿y si de verdad estaba loco? Quizás todo era producto de mi imaginación.

No entendía nada.

Seguía sin poder mover el cuerpo, no me respondía. Pero al desaparecer aquellas alucinaciones, mi cuerpo se relajó mientras mi mente escapaba de aquella cárcel, aquella prisión de huesos y carne.

Mi mente huyó en una bruma de denso humo y aroma de ron.

David

5 de octubre de 2017

Estábamos más enganchados que nunca. No podíamos vivir sin ella. Nuestra guarida se acabó convirtiendo en nuestro retiro para colocarnos. Aunque realmente íbamos casi todo el día puestos hasta las cejas.

Aitor se enteró de eso. Él vendía esa mierda, y a veces la consumía, pero no a diario. Al ver el rumbo que estábamos tomando, nos dijo que se acababa, que no iba a vendernos ni regalarnos más. Nos estábamos destruyendo y, como amigo que era, no quería ser el culpable, quería lo mejor para nosotros.

Por supuesto, nosotros nos indignamos. ¿Quién se creía que era? Y además, por nuestra culpa, ya no vendería ni daría nada a ninguno del Cucu. El muy cabrón… Así que un día, acabando nuestro último alijo, José tuvo una idea. Una idea horrible. Sin embargo, no dudamos en ponerla en práctica.

Habíamos ido todos a casa de Aitor. Tenía una casa muy grande pero muy dejada, sobre todo el terreno. Estábamos haciendo una barbacoa, en breve empezaríamos los exámenes y no tendríamos tanto tiempo libre. No había drogas, aparte del tabaco y el alcohol que llevamos cada uno, Aitor se mantenía fiel a su palabra.

El día estaba nublado, pero no hacía frío para estar a mediados de octubre, con una chaqueta fina, uno ya tenía más que suficiente. Incluso el que estaba cerca del fuego tenía que quitársela.

Nos lo pasamos bien. Fue un gran día. Todos estábamos felices, haciendo bromas, riendo, comiendo y bebiendo. Hasta que José me miró fijamente, era el momento. Era hora de poner en marcha nuestro plan.

—Buah, me estoy cagando. Voy a plantar un pino, Aitor —dijo José entre risas mientras se tiraba un sonoro pedo.

Todos pusimos una mueca de asco y nos reímos mientras se adentraba en la casa. No tardó más de diez minutos, cuando salió todo seguía como antes. Nadie se había dado cuenta. José me hizo un gesto con la mano, el plan había salido bien.

Acabábamos de robar mucha droga a nuestro amigo.

Días más tarde se dio cuenta. No sabía quién de nosotros lo había hecho. Todos habíamos estado en la casa, y todos tuvimos alguna oportunidad de pasar por su habitación. Le faltaban quinientos euros en droga, o incluso más. Uno de nosotros se la había quitado.

Como nadie dijo nada, el grupo empezó a disolverse. Todos nos observábamos con mirada sospechosa. Alguien era un ladrón. José y yo tampoco dijimos nada. No nos atrevíamos. Pero eso no nos impidió consumirla. Teníamos mucha, Aitor se había equivocado, allí había más de quinientos euros.

Sin embargo, lo dejamos casi de golpe. Dos meses después ocurrió el asesinato. La muerte de Pere nos afectó mucho. A pesar de que nos veíamos en clase, la relación que teníamos todos no era la misma. Estábamos destrozados y, aunque lo más lógico era meternos más para no pasar por aquello, decidimos que era lo mínimo que se merecía Pere. Necesitábamos sentir ese dolor, ese sufrimiento, despedirnos de él. Habría sido una falta de respeto.

Su muerte volvió a unir al grupo de nuevo.

Al menos hasta que empezaron a morir el resto de nuestros amigos.

Rafael

5 de mayo de 2018

Fue Jordi el que me llamó. Necesitaba mi ayuda, había sucedido algo grave. Bernat había atacado a su madre y había huido de su casa. Muchas teorías empezaron a aflorar en mi mente, ¿era Bernat el asesino de sus amigos? Si era capaz de hacer aquello a su propia madre, a María, ¿qué no haría a sus mejores amigos?

Llegué antes que la científica, solo estaban la policía local y los vecinos. Ya me conocían. Jordi me esperaba con la mandíbula desencajada y con una mueca de dolor en el rostro. No dijo nada.

No sé si fui corriendo, pero me encontré ante ella en apenas unos segundos. El suelo estaba encharcado de su sangre, había huellas por todo el salón. Era horrible. Observé que tenía varias heridas por todo el cuerpo, y un cuchillo descansaba en el suelo a un metro de ella.

María… Mi María… Después de treinta y cinco años sin saber de ella, cuando volvía a encontrarla, cuando todo volvía a la normalidad, cuando volvía a sentirme vivo… He visto muchas escenas de crímenes a lo largo de mi carrera, y siempre he logrado crear esa barrera entre lo profesional y lo personal. Es fundamental, si uno no logra crearla, su fuerza, su personalidad, empiezan a resquebrajarse…

El problema es que nunca me había topado con una persona a la que conocía, y mucho menos que fuera tan importante para mí como María…

Me faltaba el aire, la habitación no paraba de moverse. Intenté alzar la mano para estirarme de la oreja, aquello me relajaría. Pero tenía las extremidades torpes, no logré aferraría. ¿Qué me estaba

pasando?

A pesar de las heridas, parecía que ella estuviera descansando, como si estuviera durmiendo plácidamente. Nada más lejos de la realidad. Elia ya no estaba, nos había abandonado. Volvía a desaparecer de mi vida, y esta vez para siempre.

Me tambaleé, caminando por el piso, en dirección al lavabo. Cerré la puerta tras de mí y abrí el grifo. Me mojé la cara, tratando de refrescarme, de aclarar mis ideas. Lo había visto mil veces en las películas. Pero no surtió efecto, la fría agua simplemente me recordó el cuerpo de aquella hermosa mujer que ahora estaba tendida a pocos metros de mí.

Acababa de perder a María. ¿Cómo era posible que sintiera ese dolor en el pecho después de tanto tiempo? No era normal. No lo entendía. ¿Por qué me dolía tanto? Hacía años que no sabía de ella, tendría que haber pasado página… Pero parecía ser que, muy tonto de mí, no lo había conseguido.

Me miré en el espejo y el reflejo me lo devolvió un hombre derrotado. Aquel ya no era yo, o quizás siempre lo había sido, pero lo mantenía oculto a lo largo de mi día a día. Ahora, sin embargo, su muerte acababa de abrir una herida que aún no había cicatrizado, notaba cómo el dolor emanaba de la herida, desfigurando mi rostro.

Cerré el grifo y me senté en el suelo, no aguantaba de pie. El mundo seguía girando a mi alrededor. Todo se estaba descontrolando. Aquel puto caso iba de mal a peor. No sabía si el asesinato de María tenía algo que ver, pero aquello lo complicaría todo aún más.

Un fúnebre lamento surgió de lo más profundo de mis entrañas. No solo lloraba por María, también por Laura, por todas las vidas que había perdido a lo largo de mi vida, por todos los años de soledad y de sufrimiento que me autoinfligía.

Todo seguía siendo culpa mía. Si fuera mejor policía ya habría resuelto el caso, salvando más vidas. María ahora estaría viva y su hijo no estaría desaparecido y en busca y captura como sospechoso del asesinato de su madre.

Lloré. Lloré mucho, como si hiciera años que no lloraba, las lágrimas caían sin control por mi rostro, nada podía detenerlas.

Lloré como un niño entre los brazos de su madre, que lo acuna

consolándole, alejándole de la realidad y de la crueldad del mundo en el que vive.

No sé a ciencia cierta cuánto rato estuve allí metido. Tampoco me importaba mucho.

La puerta se abrió y apareció Jordi. No tenía mejor pinta que yo, todo lo contrario, estaba aún peor. Cerró la puerta tras de sí, quedando los dos encerrados en el lavabo. No dijimos nada, simplemente seguimos llorando en silencio. Tras unos intensos segundos, Jordi se sentó a mi lado. Nos miramos y, sin previo aviso, nos abrazamos. Lloramos los dos en el hombro del otro. Éramos dos hombres rotos por aquella muerte. No sentimos vergüenza de ningún tipo, tampoco incomodidad, era exactamente como tenía que ser. Ambos sentíamos dolor, ambos necesitábamos ayuda, y aquello nos reconfortaba.

—Bernat no ha sido… Bernat no ha podido hacer esto. Créeme, Rafa, no tiene sentido… Tenemos que encontrar al cabrón que ha hecho todo esto. Tenemos que hacerle pagar por todas las vidas que nos ha arrebatado. —Su voz estaba rota.

—Llegaremos al final de todo esto, te lo juro. Vamos a encontrar al culpable.

Jordi

18 de diciembre de 2018

No recuerdo mucho más de aquellos dos días. Me los pasé buscando a Bernat por todo el pueblo, apenas fui a mi casa. Las horas se mezclaban en mi mente, y no era consciente ni de dónde me encontraba. Daba vueltas y vueltas sin encontrar nada relevante. ¿Dónde estaba mi hijo? Simplemente se había esfumado, había desaparecido. Tenía que encontrarle.

No sirvió de nada todo aquello. Bernat apareció muerto en el Parque de las Baterías. Alguien le había asesinado igual que a los otros dos jóvenes. Y yo no pude evitarlo, hice todo lo que estuvo en mis manos…

Sin embargo, los informes de la policía decían que él había asesinado a María, las pruebas eran innegables… Nada de aquello tenía sentido. Nada. Era mi hijo, le conocía mejor que nadie, y él no era ningún asesino.

Solo Rafa parecía que me entendía en algún momento, pero tampoco las tenía todas conmigo. El Asesino de la Serpiente no había matado a mi mujer, pero sí a mi pequeño. A mi hijo.

No sé qué me pasó, seguramente por el trauma de ver cómo mi mujer moría entre mis brazos, de no encontrar a mi hijo, de no descansar ni un instante, ni de tampoco probar bocado en aquellos dos días de búsqueda… La cuestión es que aquellos dos días quedaron muy borrosos en mi mente, apenas era capaz de recordar nada de aquella infructuosa búsqueda.

Luego apareció el cuerpo. No me dejaron verlo en la escena del crimen, Canosa me dijo que sería peor, que lo tenía que entender. No era el momento…

Desde entonces no paraba de tener esas pesadillas. La luna observándome, guiándome por la noche, mi hijo muriendo ante mis ojos, siempre en lugares diferentes de Montgat, pero de la misma cruel manera. Algunas veces yo era un mero espectador, otras era la misma persona que acababa con su sufrimiento. La cuestión es que siempre terminaba cubierto de sangre.

Era como si casi cada vez que cerraba los ojos, mi hijo sufriera y muriera ante mí. Era un bucle, mi día de la marmota personalizado. No sabía qué había hecho para merecer aquel infierno diario…

Solo quería que todo se detuviera. Llegar al origen de todo aquello. Encontrar al culpable… Quería dejar de soñar, que mi mente se quedara en blanco y no fuera capaz de ver nada.

Necesitaba aquello, tan solo aquello… Si seguía aquel ritmo, mi cuerpo y mi mente no lo iban a poder soportar.

Todo lo bueno que tenía en la vida era mi familia, y ahora no me quedaba nada de eso, solo recuerdos.

Tan solo recuerdos…

David

8 de abril de 2019

Tenía miedo. Notaba que alguien me estaba observando. Que me seguían. Aquello era horrible.

Yo seguía con mi rutina, eso no cambiaba, al menos me hacía mantener la cabeza ocupada. No quería pensar en ello más de lo necesario.

Caminaba por las calles sin separarme de la mochila, la mochila que tanto mal había causado. En ella aún guardaba mucha de la droga que José y yo habíamos robado. La administraba a diario, trataba de no gastarla de golpe, de disfrutarla. Era lo único que me quedaba de José.

Volví a La Caixa, aquel día estaba más cansado de lo normal. Notaba cómo mis fuerzas iban menguando, y que la vitalidad iba abandonando mi cuerpo. Mi fiel compañero aún no había llegado, tenía un rato para mí solo. Siempre iba bien un poco de silencio y soledad.

Me senté en mi rincón, sobre mi cartón, y me quedé mirando fijamente el suelo sin pensar en nada. Luego reparé en una hoja de periódico que descansaba entre las mantas de mi vecino. Algo en ella me llamó la atención. Me levanté y me acerqué a ella, la aferré entre mis manos y vi que se remontaba tres meses atrás, justo cuando había decidido huir de mi vida habitual para vivir en la calle. Era el titular lo que me había llamado la atención.

NUEVOS DATOS ACERCA DEL
ASESINO DE LA SERPIENTE,
TODO ERA UN ENGAÑO

¿Qué significaba aquello? Empecé a leer el artículo. Lo que allí estaba escrito no tenía sentido, aquello no podía ser cierto. Tuve que leerlo varias veces para entender realmente lo que allí decía.

No entendía nada. Todo era diferente. Había estado tanto tiempo desaparecido que no me enteré de aquello. Necesitaba más información. Necesitaba saber realmente todo lo ocurrido.

Ahora todo era diferente. Lo que había visto tenía una lógica. Pero era demasiado cruel para ser cierto… No entendía nada.

Todo había cambiado.

Todo.

David

29 de diciembre de 2017

Estábamos destrozados. Pere había sido asesinado. Estábamos juntos de nuevo, apoyándonos los unos a los otros, pero nos sentíamos incompletos. Pere ya nunca estaría con nosotros.

Necesitábamos despedirnos de él y no sabíamos cómo. Hungan tuvo la idea. Aquel mismo día fuimos todos juntos al túnel donde encontraron el cadáver. Ya no quedaba nada de él allí. Nada.

Nos acercamos a una de las paredes, Hungan sacó el bote de espray y se lo dio a Bernat. Nos miramos todos y asentimos. Era el momento.

Bernat empezó a trazar los caracteres, lo hizo lentamente, dedicando mucho rato a cada una de las letras. No quería que quedaran mal. Aquello era algo muy importante, demasiado importante.

A los pocos minutos ya lo teníamos. Una sencilla frase, pero que para nosotros significaba mucho.

CUCU SIEMPRE ESTARÁ CONTIGO

Rafael

7 de mayo de 2018

El cuerpo de Bernat había aparecido. Estaban preparando la apertura de una especie de bar de copas llamado Panoramic, cuando por la mañana encontraron el cadáver. Estaba tirado en el suelo, formando otra cruz. Ya teníamos tres.

Por mucho que hubiera intentado pensar en otra cosa, me imaginaba que aquello acabaría así. Era una sensación que tenía desde lo de María. La había vuelto a fallar, no había podido salvar a su hijo.

El chico tenía la ropa llena de sangre, los análisis más tarde confirmarían que era tanto suya como de su madre. Tenía la marca del arañazo que le había hecho su madre en uno de los brazos.

Todo lo demás era obra del asesino.

Al llegar, ya habían acordonado la escena del crimen y Virginia nos estaba esperando. Yo llevaba días sin poder descansar, el golpe de la muerte de María me había afectado más de lo que hubiera llegado a imaginar. Sin embargo, no quería que aquello se notara, quería ser profesional.

—¡Dejadme pasar! ¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo! —escuché que alguien gritaba. Dos policías estaban aguantando a Jordi para que no cruzara la cinta policial.

Fui corriendo hacia él, no podía ver aquello. Le destrozaría. Le acabaría matando. Hice un gesto a los dos policías y yo me encargué de él. Trató de empujarme y pasar por encima de mí, pero lo abracé y lo aferré allí. No podía moverse. Intentó zafarse, pero fue en vano, lo tenía bien agarrado.

—Jordi, tienes que confiar en mí. Ahora mismo no puedes verle.

No debes verle. Confía en mí. —Notaba húmedo mi hombro de sus lágrimas—. Por favor, si entras ahora mismo y le ves no lo superarás…

—Pero… es… es… Es mi hijo… Mi pobre niño… ¿Quién le ha hecho esto? Por Dios… ¿Por qué está sucediendo todo esto? Necesito verle, despedirme de él. Por favor…

—Y lo harás, créeme, lo harás. Pero no aquí. No ahora. No es el lugar ni el momento indicado. Pero te juro que te podrás despedir. Te juro que voy a pillar al asesino. Te juro que llegaré al fondo de este asunto. Te lo prometo.

Después de calmarlo y de que dos agentes se lo llevaran y le dieran una taza de chocolate caliente para que se relajara, volví junto a Virginia. Necesitaba saber todos los detalles, hasta el más pequeño. Aquello se estaba alargando demasiado. Cada día que pasaba recibía más presión desde arriba. El caso no avanzaba, los medios de comunicación no paraban de quejarse de la mala actuación policial y de recordar que un asesino andaba suelto.

Aquello tenía que acabar.

—Queridos agentes, hoy todo tiene un tinte más macabro… Y también más romántico. —Matías y yo nos miramos asustados, ¿por dónde saldría aquella vez la loca?—. Tenía la boca cosida y, al abrirla, no me he encontrado nada de ningún animal salvaje. Había algo mucho más espectacular y emocionante. Dentro de su boca tenía un ojo humano, que apuesto a que es el de la chica que encontramos en enero, su novia. ¿No es romántico? Seguramente lo han conservado en formol o algo así, lo hemos enviado ya al laboratorio.

Romántico… Puta loca de mierda. Estaba disfrutando con aquello. La mujer necesitaba atención médica urgente. No era nada normal aquella actitud. Era la manera de ser de una persona desquiciada, de una psicópata.

Todo lo demás en la escena era igual que en los anteriores crímenes. El sacro marcado por el uróboro, costillas destrozadas por un arma blanca de considerable tamaño, y le faltaba el corazón.

Lo único que cambiaba era el ojo, que más tarde Virginia nos confirmaría que, en efecto, era de la misma Paula. La cola de toro y la zarpa del león nos habían llevado a un callejón sin salida… No tenía sentido. Nada de aquello lo tenía. No veía un patrón que

uniera aquellas piezas. El asesino trataba de decirnos algo y estaba demasiado ciego para entenderlo.

Luego estaba la posición en la que encontrábamos los cuerpos. Una cruz.

Podía significar muchas cosas, por la que más me decantaba era la de algún motivo religioso. La cuestión era que muchas culturas y religiones lo tenían como emblema; igualmente, desde la Antigüedad, había representado los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales…

También era un símbolo que trataba de representar la unión entre lo divino y lo terrenal. Pero por mucho que le diera vueltas, no tenía una solución aparente. Podían ser demasiadas cosas.

También encontré una frase escrita. El asesino seguía comunicándose con nosotros. Nos estaba dejando migas de pan por el camino. El problema era que yo no quería ir por aquel camino, sino campo a través. Quería adelantarme a él y hacerle pagar por todo lo que estaba haciendo.

> Aquel que desea pero no obra engendra la peste.
>
> William Blake

Jordi

19 de diciembre de 2019

Lo había intentado. Pero no podía. Era demasiado para mí. El dolor que sentía en el pecho era insufrible. Tan solo con las fotos y los datos del informe se me revolvía el estómago. Pero al pisar la arena y vislumbrar el lugar donde mi hijo fue encontrado era otro nivel.

Tanto dolor… No sabía cómo deshacerme de aquello. Estaba solo.

Me marché corriendo de aquel lugar. No pude estar allí mucho tiempo, me consumía las entrañas. No podía afrontar aquello.

Había ido al atardecer, justo cuando el sol se ocultaba por las montañas. Sin embargo, no aguanté ni cinco minutos. Volví a casa, encerrándome y revisando todo lo que tenía. Seguía bloqueado, no tenía nada.

Aquel informe me ofreció una perspectiva nueva del caso, había muchos detalles que no salieron a la luz en su momento, como las pintadas o los labios cosidos de los chicos… Allí tenía que haber algo. Era algo peor aún, no sabía lo que significaba. Tenía que seguir pensando, sabía que podía conseguirlo.

Miré el reloj. Marcaba las 2:45 de la madrugada. Era muy tarde, pero no tenía sueño. Mi mente se negaba a descansar. Así que me puse la ropa de deporte y bajé hacia la playa a un ritmo suave para calentar el cuerpo. Quizás un poco de ejercicio me ayudaría a relajar las ideas.

Allá, en lo alto, descansaba la luna, que me miraba fijamente.

Sigue el camino hacia la luna.

Una luz me hizo salir de mis pensamientos. La iglesia. Volvía a estar abierta. Me detuve y me acerqué de nuevo a la entrada y, en

efecto, allí estaba Francisco, en la primera fila, rezando concentrado. Llamé con los nudillos a la puerta de madera. Se giró con lentitud con una sonrisa en el rostro.

—Buenas, Jordi, tenía la sensación de que vendrías hoy. Volvemos a encontrarnos en una situación similar. ¿Cómo va todo? ¿Algún avance en la investigación? ¿Has logrado encontrar esa verdad que tratas de encontrar con tanto ahínco?

Me acerqué a donde se hallaba y me senté exactamente en el mismo lugar que la anterior noche en la que nos encontramos.

—Buenas noches, Francisco. Sigo sin tener nada… Me siento atrapado en un callejón sin salida, estoy perdiendo la fe en todo. Quizás estoy equivocado. Sí que desde que se cerró el caso he encontrado nueva información que no salió en los periódicos ni en la televisión, pero aun así…

—A veces tenemos tanta información en nuestra mente que nos cuesta aclararnos. —Me observó con aquellos penetrantes ojos—. Solo con dejar ir nuestras ideas, hablar en voz alta, esos conceptos que no tenían lógica se acaban ordenando. ¿Quieres probar?

No perdía nada por intentarlo. Aunque dudaba que funcionara en algo. Me sabía mal por él, el pobre hombre no tendría que estar aguantando mis penas y, sin embargo, estaba tan cómodo ante su presencia que no me negaba a nada. Quería compartir con él todo lo que sabía, dejar que me ayudara.

—Aparte de lo que todos sabemos, encontraron diferentes frases escritas y además cosieron la boca de los chicos ocultando partes de animales. —Tomé aire unos instantes y proseguí—. En el asesinato de Pere la frase hablaba acerca de la guerra, y encontraron la falange de un león. En el de Paula la frase se refería al hambre y en su boca había un rabo de toro. En el de Bernat… hallaron el ojo de su novia en su boca, el de Paula, y una frase acerca de la peste. Por último, en el de José, la frase hablaba sobre la muerte, o quizás sobra la inmortalidad, no lo sé al cien por cien, y en su boca encontraron la cabeza de una pequeña águila. Estos son los únicos datos que tengo… Pero no me sirven de mucho, sigo bloqueado.

La expresión de Francisco se alteró al escuchar aquellas escenas. Le estaba afectando, y mucho. Realmente era terrible. Tras unos instantes en los que recobró su postura, habló con voz temblorosa. Era cierto que las escenas del crimen eran capaces de alterar a

cualquiera, pero vi en su mirada que había algo más. Un terror que nacía en lo más profundo de su alma.

—¿Sabes si se menciona algo relacionado con el cristianismo?

—Al principio sí, sobre todo por el hecho de cómo hallaron a los cuatro, todos ellos extendidos en el suelo formando una cruz. Pero cuando al final se encontraron con Aitor y descubrieron que era el culpable, dijeron que simplemente lo había hecho para desorientar a la policía. La cosa es que… son demasiados detalles, demasiada simbología, como para querer despistar únicamente. No me cuadra. Hay demasiados detalles que no entiendo del caso.

Francisco se levantó y paseó por el pasillo central unos instantes, rumiando y murmurando para sí mismo. Acto seguido, con una voz fuerte y decidida, empezó a entonar unos versos que me recorrieron el cuerpo entero.

—Cuatro Seres Vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás, ocupan el espacio entre el trono y lo que hay a su alrededor. El primer Ser Viviente se parece a un león, el segundo a un toro, el tercero tiene un rostro como de hombre y el cuarto es como un águila en vuelo. Cada uno de los cuatro Seres Vivientes tienen seis alas llenas de ojos alrededor y por dentro, y no cesan de repetir día y noche: santo, santo, santo es el Señor Dios, y Todopoderoso, Aquel que era, que es y que viene. —Volvió a agachar la cabeza tras acabar de pronunciarlos—. Se trata del tetramorfo, Jordi… Estos versículos que acabo de recitar de memoria son de san Juan, son sus descripciones en el libro del Apocalipsis. Y curiosamente siguen el mismo orden que los asesinatos. León, toro, humano y águila. Pero las coincidencias no se detienen aquí, Jordi. Las frases que me has comentado, los temas, también son una descripción del apocalipsis. Guerra, hambre, peste y muerte. Estas palabras hacen referencia a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Parece ser que estos asesinatos tienen una simbología cristiana que va más allá de lo que parece en un primer aspecto. Es como una especie de rito, como si alguien estuviera llamando a los Jinetes del Apocalipsis.

Aquello me dejó helado. Lo había tenido enfrente de mí todo aquel tiempo, las pistas eran claras, pero nunca había unido los animales como un solo mensaje, o las frases como otro. Pensaba que se trataba de mensajes diferentes y, por lo visto, Rafa también. Habíamos cometido un grave error.

—Dios mío… Esto es terrible, no entiendo nada. Si hay un motivo religioso, no tiene lógica que fuera Aitor. Según las pruebas, todo fue una venganza porque le robaron un alijo de drogas… Pero esto va mucho más allá.

—Puede ser, a no ser que dedicara muchos esfuerzos en hacer creer que se trataba de un motivo religioso para confundir a la policía, cosa que dudo mucho conociendo al chico.

—No sé qué puedo hacer ahora mismo… Estoy perdido. Aunque cuente esto a la policía, el caso seguirá cerrado, no tengo ni una sola prueba contundente que pueda servir para abrirlo.

—Entonces debes seguir buscando. —Francisco se volvió a sentar en el banco de madera mientras clavaba la vista en el Cristo que colgaba de la pared.

—Nunca he sido creyente, y lo he intentado a lo largo de mi vida, más de una vez. Te lo prometo. Creía que podía hacerlo, no es algo tan difícil, ¿no? Pero… Cada vez me cuesta más creer en Dios… Lo he vuelto a intentar estos días, pero cada día que pasa lo veo más negro. ¿Si de verdad existe, cómo es posible que no haga nada? Tantas injusticias en el mundo, ¿y él se queda ahí sentado mirando? ¿Como si fuera una telenovela?

—Cuando crucificaron a Jesús, como recordarás, no estaba solo. Junto a él, también crucificaron a dos hombres, dos ladrones. Uno a su derecha y otro a su izquierda. ¡Ellos estaban asombrados al encontrarse ante aquella situación! Él era un hombre bondadoso, no había hecho nada malo y, sin embargo, se hallaba en sus mismas circunstancias. Uno de ellos le dijo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros». Era como una manera de gritar al pobre Jesús que demostrara realmente que era el hijo de Dios. ¡Tenía que demostrarlo como fuera! Nosotros a veces actuamos como ese ladrón… —Detuvo la narración para observarme fijamente, como acusándome de algo que no entendía—. ¿Cuántas veces le has dicho a Dios que al ser tal debe de hacer esto o lo otro? ¿O no le hemos retado al decirle que, como es el Todopoderoso, debe demostrarnos que es capaz de hacer aquello que nosotros pensamos que debe realizar? Jordi, esto es error nuestro. Un fallo humano…

Un silencio se instaló por toda la iglesia, apenas podía escuchar el murmullo de las olas esta vez. Estaba tan atento a su explicación que no existía otra cosa que las palabras de aquel bondadoso cura.

—Dios no tiene por qué demostrar nada a nadie. No necesita recorrer el mundo entero haciendo lo que cada uno de sus hijos le dicen a cada segundo para hacerles creer en él. Es una especie de chantaje emocional espiritual. Si no haces esto, no voy a creer que puedes o que existes, así que, como no lo haces, yo tengo razón. —A esta última frase puso un tono infantil. Como si estuviera imitando la rabieta de un niño pequeño. Consiguió sacarme una sonrisa—. Debemos tener la idea en mente de que Dios tiene su forma de obrar, un plan maestro que ni tú, ni yo, ni nadie conoce. A veces nos deja entrever pequeñas imágenes, hilos de los que tirar para poder guiarnos por el camino adecuado. Él no tiene por qué demostrarnos lo que es. ¿O tú desperdiciarías todos los días de tu vida recordando a todo lo que te rodea, ya sean personas o animales, que eres humano? Ponte en situación: imagina que viene un hombre y te dice que si no construyes un edificio tú solo, no eres una persona, o que si no le haces la compra tampoco lo eres, o si no saltas a la pata coja mientras te pones bizco… Por situaciones, hay millones. No sé si me he llegado a explicar del todo bien.

Estuve unos instantes meditando aquel aprendizaje. La verdad es que entendía su forma de pensar, pero igualmente me costaba aceptarlo. Eran muy diferentes sus ejemplos. Si alguien me pidiera ayuda porque de verdad la necesitaba, yo no dudaría en prestar mis servicios. No sabía qué decir. Francisco me regaló más tiempo para que procesara todas sus palabras.

—Te has explicado muy bien, la verdad. Me has hecho pensar bastante, y no es muy bueno a estas horas de la madrugada. Pero agradezco estas palabras, estas conversaciones.

No me respondió esta vez. Simplemente me sonrió con afecto. Se levantó con un gruñido y se acercó a mí. Esta vez se sentó en el mismo banco que yo, que gimió ante el peso de los dos. Dejé caer mi cabeza, abriendo mis sentimientos a él, aquellas charlas espirituales conseguían sacar las emociones que tenía más interiorizadas, aquellas de las que me costaba hablar con cualquier persona.

—Padre, tengo un problema muy grande. Tengo el corazón roto, hecho trizas. Es como si lo tuviera dividido y destrozado en mil pedazos, y no sé qué hacer para solucionarlo.

—Jordi, es muy sencillo. Aprovecha que ya lo tienes partido y

repártelo entre mil personas que lo necesiten. Así de fácil. Si puedes ayudar a alguien que de verdad lo necesita, no dudes en hacerlo. Todo tiene un motivo, una razón de ser. Y tú tienes un plan mucho más grande de lo que crees, Jordi García, solo tienes que descubrir cuál es. Créeme, tu destino está escrito en las estrellas, allá en lo alto del firmamento, junto a la luna. —Me puso una mano en el hombro mientras esbozaba una cálida sonrisa.

David

9 DE ABRIL DE 2019

Estaba en casa de nuevo. Pensé que, si tenía que acabar de alguna manera, debía ser allí. En el lugar que me había visto nacer y crecer. Era el mismo sitio que me tenía que ver morir, era una manera de cerrar el ciclo de la vida. Era lo correcto.

Tan solo habían transcurrido tres meses desde que estuve allí por última vez, pero parecían años. Sin embargo, todo seguía igual, nada había cambiado. La playa seguía como siempre, calmada y cautivadora.

Montgat tenía una magia que nadie sabía explicar. Te ataba a ella, te hechizaba el alma, la enamoraba. Era un lugar único.

Caminé por la arena mientras el sol luchaba contra las sombras, la noche empezó a ganar terreno, y con ella un fuerte viento despertó. La fuerza de la naturaleza me demostraba hasta dónde podía llegar. Disfruté de esos momentos a solas. Mojé mis pies en la orilla, mientras notaba cómo el frío penetraba en mis huesos desde mis extremidades inferiores. Tampoco me quejé, tenía el cuerpo más muerto que vivo.

Seguí caminando, tratando de saborear cada instante. La oscuridad me envolvía por completo. Me dirigí a una cala apartada de todo. Necesitaba estar solo. Era lo mejor.

Seguramente, aquellos serían mis últimos instantes con vida.

Había llegado el momento de despedirme.

David

23 de agosto de 2018

—Vas a flipar, David. —José estaba exaltado—. Acabo de quedar con Hungan. Lleva un tiempo bastante mal, con dolores de cabeza, mareos, estaba chafada… Tiene hora para una analítica en un par de meses… Así va sanidad, cabrones… Seguro que todo es por el estrés acumulado por todo lo que está pasando, es normal que se encuentre así… Yo hay días que también pienso que no puedo con mi vida.

Todos nos sentíamos así. Tres de nuestros mejores amigos estaban muertos. Además, uno de ellos, Bernat, estaba acusado del asesinato de su madre. ¡Aquello era una locura! Como si no conocieran a Bernat… Era la persona más buena del mundo.

—Así que hoy he quedado con ella, quería ayudarla —prosiguió José explicando—. Y bueno… Entre una cosa y otra, pues al final lo hemos hecho, David. Ha sido brutal, madre mía, con Hun… Me ha dejado sin palabras, te lo juro.

Noté cómo mi pecho se desgarraba. Hun y José… Sabía que yo no tenía ninguna oportunidad con él, pero no podía evitar sentir celos cuando él me explicaba alguna de sus historias, sus amores. Nunca podría conseguirlo, y aquello me mataba.

—Joder, tío —fue lo único que logré decir. No quería sonar borde.

Estábamos en la cueva, tirados en el suelo, sobre un par de gruesas mantas. Habíamos decidido utilizar un poco más la droga que le quitamos a Aitor, nos la merecíamos. No estaba siendo un año fácil, necesitábamos desconectar. Solo un poco.

Fue casi instantáneo, el subidón y la alegría inundaron nuestros

cuerpos. Con el tiempo, cada vez habíamos ido probando cosas diferentes, como nos acostumbrábamos, íbamos subiendo la dosis poco a poco. Ahora estábamos en una fase en la que antes jamás me habría imaginado. Nos estábamos pinchando. Y aunque al principio daba un poco de reparo, el efecto valía la pena. Era increíble.

Nunca me había sentido igual. Cerré los ojos y sonreí. José empezó a reírse, no sabía por qué, pero me contagié de aquel dulce sonido. No podíamos parar de reír, me dolía la barriga y la cara. Cuando se reía José estaba mucho más guapo aún.

Y entonces ocurrió. Esperar no me lo esperaba, y por muchas ilusiones que me hubiese creado, jamás pensé que fuera a ser posible, aquello no podía estar sucediendo.

José dejó de reírse. Y me miró fijamente, me penetró con su mirada, mirando exactamente en mi alma. Me vio realmente tal y como era, sin mentiras, sin máscaras. Se inclinó hacia mí despacio, como si tuviera miedo, y dejó que sus labios rozaran los míos. Fue tan solo un instante, un beso fugaz, delicado, pero a la vez intenso. El vello de mi cuerpo se electrizó al instante, echaba chispas. Era José. José me había besado.

—Vaya, no ha estado mal. —Empezó a reírse de su comentario más fuerte que antes—. Quizás deberíamos ir probando, ¿no crees?

No me hizo falta contestar, ya que creo que vio mi sonrisa bobalicona. Aquello era increíble, no me lo creía. ¿Cómo era posible que alguien como él se fijara en alguien como yo? Éramos completamente opuestos. Y jamás hubiera pensado que le pudiera atraer ni lo más mínimo. Quizás era cosa del efecto de las drogas… Debía de ser eso. Seguro. Pero igualmente no pude evitar emocionarme, era increíble.

No era imposible. Por mínima que fuera, había una posibilidad.

Había besado a José.

Seguimos tumbados. Cada vez notaba más el peso de lo que nos acabábamos de meter, notaba mi cuerpo cada vez más pesado y cómo mi mente se iba adormeciendo. Estaba cansado. Seguramente me quedaría dormido en unos pocos minutos, muchas veces nos pasaba.

Escuché un ruido que hacía José, como si se estuviera atragantando. Me di la vuelta sobre mí mismo para observarle. José estaba tosiendo, y veía cómo su cuerpo convulsionaba. Empezó a

vomitar y, al estar tumbado, se estaba ahogando con su propio vómito. Se asfixiaba. Me acerqué a él, intentando ponerle de lado. Pero mi cuerpo no me respondía. Traté de gritar, pero no pude tampoco. José… José se estaba muriendo ante mis propios ojos y yo no podía hacer nada.

Luché contra mi cuerpo. Tenía que llegar a él, tenía que conseguirlo. Los quejidos dejaron de sonar. José estaba inmóvil. Por fin estaba a su lado, y lo puse de costado. El líquido amarillento cayó por el suelo de la cueva, había mucho. Por un momento pensé que José respiraba, que estaba vivo. Puse mi mano en su corazón, no escuché nada. No respiraba.

Le hice el boca a boca. El regusto a vómito inundó mi paladar.

Me estaba mareando. No sabía si lo estaba haciendo bien, pero no podía quedarme de brazos cruzados, tenía que hacer algo.

Empecé a llorar. Todo daba vueltas a mi alrededor, y me estaba costando respirar. Me faltaba aire. Él seguía sin moverse, estaba rígido.

Lo sabía. Estaba muerto. José acababa de morir. Delante de mí, y yo no había podido hacer nada por solucionarlo. Tendría que haber hecho algo por él.

Mi cuerpo no aguantó mucho más. Mi visión se fue oscureciendo y, antes de que me diera cuenta, perdí la consciencia, golpeándome con el suelo de la cueva.

Fui abriendo los ojos, pero esos recuerdos están borrosos. La mayoría son de José, que se encontraba a mi lado y no se movía. Estaba muerto. Pero luego tuve otros. Mi cuerpo no se podía mover, pero mis ojos sí. Y lo vi todo. Sé que no son efectos de la droga, sé lo que vi.

José se levantó del suelo sin quejarse. Tampoco miró a su alrededor. Tenía la mirada perdida, como si no supiera dónde se encontraba. Y allí en la cueva los vi. Aquellas dos figuras encapuchadas. ¿Qué hacían allí? Era nuestro santuario, no eran bienvenidos.

Traté de gritar, de luchar contra ellos, pero no podía moverme. Estaba paralizado en el suelo, mientras mis fosas nasales quedaban inundadas por aquel olor a tabaco y ron.

Se pusieron a ambos lados de José y le guiaron para salir de la cueva. Él apenas se dio la vuelta para despedirse, no me vio. Era

como si nada existiera.

Volví a caer en lo más profundo de mi mente. No entendía nada. Al despertar, José no estaba, no había sido un sueño. Aquellos dos seres encapuchados, aquello que sacamos del ritual, habían venido a por José. Todo era culpa mía, si no fuera por lo de mi abuela, seguramente nada de aquello habría sucedido. No habríamos abierto aquella puerta a la oscuridad, ni despertado a aquellos demonios que iban tras nuestras almas. Alimentándose de nuestros corazones…

Tenía que encontrar a José. Llamé a la policía en cuanto salí del escondite. Llamé a todo el mundo que pude. Necesitaba ayuda, debíamos encontrarle antes de que le pasara algo. Era José. No podía perderle a él también.

Un par de horas más tarde le conté lo que había visto a aquel inspector de mirada cansada, un tal Rafael Canosa. Asintió ante mi declaración, pero no creo que hiciera mucho caso.

Lo vi en sus ojos, pensaba que estaba alucinando. Que las drogas me habían hecho ver cosas que no existían. Pero yo sabía la verdad y no podía parar de repetírselo.

—José estaba muerto… Y luego ya no lo estaba. Era como un zombi.

Rafael

22 de mayo de 2018

—Este caso me está tocando mucho los huevos, Rafa, es como ir dando palos de ciego. No tenemos nada. —Matías escupió al suelo.

—Yo también lo pienso. Es una puta mierda, pero no hay de dónde tirar. Por eso quiero volver a hablar con esos chicos, quiero ver si pueden ofrecernos algo. Alguien está matando a este grupo de amigos, y tiene que haber alguna razón. Tenemos que descubrirla.

A los pocos minutos llegaron los cuatro chicos. Habíamos quedado en un parque para que no se sintieran intimidados, queríamos que cooperaran, que pensaran en alguna cosa en la que no hubieran caído antes y que pudiera ayudarnos a seguir con la investigación.

El chico gordo era David Martínez, cuando le observaba fijamente no paraba de rehuir mi mirada, como si tuviera miedo a que le hiciera algo; Hungan era la chica, muy guapa y de mirada inteligente, aunque se veía desde lejos que estaba decaída y cansada, seguramente por todo lo que estaba sucediendo; luego teníamos a José, que era el que lucía una complexión más atlética y el que más hablaba, nos desafiaba también con la mirada, pero era el que más datos nos daba. Quería ayudar.

Por último, estaba Aitor, un quinqui. No tenía cara de mal chico, pero su aspecto no me gustaba nada. Llevaba unos pantalones caídos y unas bambas sin cordones, además, una camiseta cuatro tallas más grande que él, y que incluso me vendría grande a mí, que le llegaba casi hasta las rodillas, no hacía más que ridiculizar su aspecto. Tenía cadenas de oro que le colgaban del cuello y muchos anillos plateados y de calaveras en todos los dedos, no había ni uno

de ellos que estuviera libre.

—Vaya pintas me lleva siempre el yonqui este —me susurró Alex al oído disimulando.

Por su aspecto, no nos fue difícil descubrir que era uno de los camellos del pueblo.

Por desgracia, después de estar un buen rato con ellos, no conseguimos nada nuevo. Seguíamos igual que siempre. A oscuras.

Nos despedimos y volvimos tras nuestros pasos.

—Me cago en todo, Matías, no entiendo nada. No tenemos una puta mierda. Ni huellas en la escena del crimen, ni un móvil para los asesinatos, ni tampoco testigos que vieran nada. Vamos a ciegas. ¿Cómo es posible esto? No tiene puto sentido.

Jordi

20 de diciembre de 2018

Estaba alterado. Lo había leído antes en los documentos de mi casa y en el expediente, pero de refilón, sin prestarle atención. Sin embargo, al oírlo de su propia boca, todo tenía un cariz diferente.

Estaba paseando de nuevo cerca de donde encontraron el cadáver de Bernat, no entré en el parque, pero me quedé por las baterías.

Fue ahí donde me encontré a David, uno de los amigos de mi hijo. Nos saludamos con un afectuoso abrazo y hablamos de nuestra vida. Le pregunté por su futuro, por los estudios, por cómo se encontraba.

No tenía nada claro, aquel curso escolar había sido un desastre, apenas había podido estudiar. Y era normal con todo lo sucedido. Pobre chico…

Y sin saber cómo, acabamos por hablar de todas las personas que habíamos perdido. Estábamos en un parque sentados mientras los niños jugaban entre risas, ajenos al mundo que les rodeaba, qué envidia.

Entonces me contó la muerte de José, al menos la muerte desde su punto de vista, antes de aparecer sin el corazón. Y fueron sus palabras las que me impactaron, las que llegaron a lo más profundo de mi mente, porque aquellas palabras ya las había escuchado antes. Mi mujer las pronunció mientras moría. Y eran exactamente iguales.

—Estaba muerto y luego ya no lo estaba.

Después de aquel encuentro, a las pocas semanas, David se marchó, me dijeron que estaba harto de que nadie lo creyera, que él

estaba seguro de lo que vio. José estaba muerto, lo juraba. No me dio tiempo a decirle que yo también le creía, que estaba con él, que algo no cuadraba… Pero fue demasiado tarde. David ya se había marchado y nadie sabía dónde. Simplemente desapareció.

Estaba volviendo a casa, cuando en la portería me encontré con Marc, el vecino. Estaba leyendo un libro con mucha atención mientras esperaba el ascensor, casi ni se enteró de que me puse a su lado.

—Parece que el libro es interesante si te ha enganchado de esa forma, amigo —dije con una sonrisa en el rostro.

Marc alzó la mirada y al verme sonrió y cerró el libro.

—Ah, Jordi, pues sí, la verdad. Es muy interesante. Es un libro acerca del polvo zombi, me tiene fascinado como científico, si te soy sincero.

—Vaya, no sabía que te gustaba la ciencia ficción y las historias apocalípticas de pandemias y zombis.

Marc empezó a reírse, parecía ser, de mí. ¿Qué había dicho?

—Y no me gusta, lo detesto, la verdad. El polvo zombi es algo real, ¿no sabes lo que es? —Al negar con la cabeza frunciendo el ceño, se le iluminaron sus ojos, iba a descargar toda la información sobre mí, no era la primera vez que me ametrallaba con información sobre algo que le apasionaba—. Siempre se ha creído que los zombis vienen de la mitología, de las películas de serie B o las series, pero hay países en los que es algo completamente cierto. En Haití, la mayoría de la población tiene pavor a que la conviertan en zombi, es un miedo muy real. El polvo zombi es lo que los convierte como tal, el brujo, o *bokor*, elige a una víctima, y cuando menos se lo espera esparce el polvo en ella. El polvo lo que hace es provocar un estado aparente de muerte, y las constantes vitales se reducen al mínimo, por eso muchas veces entierran a la gente, pero sigue viva. Es entonces cuando el *bokor* desentierra a la víctima, a la que le devolverá a la vida mediante un ritual, pero será incapaz de pensar por sí sola. Será como una especie de máquina que cumple órdenes, ¿sabes? Y la composición de la droga es muy interesante, la verdad, un investigador logró infiltrarse en muchas sectas y se hizo con un poco de ese polvo, tuvo un par bien puesto. Wade Davis. La cosa es que, al analizarla, descubrió que había semillas, plantas, secreciones animales y humanas, y luego se topó con el

ingrediente principal. La tetrodotoxina, un veneno que viene del hígado o la piel del pez globo. ¡Es sesenta mil veces más potente que la cocaína y quinientas más que el cianuro! Es una pasada, la verdad… Me tiene superenganchado este tema…

Me quedé de piedra. Me despedí con pocas palabras de mi vecino y entré en casa. ¿Podía ser cierto? Corrí a mirar los informes toxicológicos de las víctimas y allí lo encontré: tetrodotoxina.

Y entonces todo cuadró. Aquellos detalles que estaban sueltos. El accidente de coche de Paula, cuando el mendigo dijo que estaba muerta. Mi mujer al decir lo mismo de Bernat, o incluso la historia de David con José.

—Estaban muertos y luego ya no lo estaban… —susurré con voz entrecortada.

Por fin tenía algo en lo que basarme. Entré en internet y busqué toda la información que pude acerca de aquel polvo zombi.

Lo sabía, era aquello. No tenía dudas. Imprimí los documentos, organicé la pared que tenía y lo guardé todo en el *pen drive* con mis nuevas conclusiones.

Me estaba haciendo un café mientras mi mente iba a toda máquina procesando el descubrimiento. Dejé la taza encima de unos papeles y organicé aún mejor la pared. Por un lado, tenía todo lo relacionado con el Apocalipsis, los animales, los Cuatro Jinetes, la cruz en la que se encontraban los cuerpos. Aquello tenía un componente religioso dentro del *modus operandi* del asesino. Y luego estaban todas las declaraciones que decían que las víctimas habían muerto antes junto a los informes toxicológicos y la información del polvo.

Levanté la taza y bebí un sorbo, y de pronto vi la marca húmeda que había dejado en los papeles.

—Mierda. —Empecé a apartarlos y secarlos cuando me fijé en un detalle.

La taza había estado sobre un mapa del pueblo, en el que se hallaban marcadas las diferentes localizaciones donde se habían encontrado los cuerpos de los chicos. La riera, el mirador, el Parque de las Baterías y la piscina de la urbanización de la Virreina. La marca de café marcaba un círculo, conectando los cuatro puntos.

Era un círculo perfecto.

Y no pude evitar pensar en el uróboro, la serpiente que se come

la cola, el símbolo de lo infinito.

Todos los asesinatos habían estado ya pensados desde el principio, aquello lo demostraba, no eran casuales ni espontáneos. Aquello requería una planificación. Aitor no había sido. Era imposible.

La serpiente que se comía la cola era la marca del asesino.

No tuve que pensarlo mucho, tenía que actuar deprisa. Cogí el móvil y llamé a Rafa, tenía que contestarme. Era importante.

El asesino aún seguía suelto.

Muerte

Aquel sonido de nuevo. La naturaleza actuando de nuevo.

El mar.

Aunque esta vez era muy diferente a la última que su mente lograba recordar. Las olas estaban furiosas, enfadadas con el mundo que las rodeaba. ¿Qué les ocurría? Algo estaba pasando.

Miró hacia arriba, tratando de encontrar a su amada perla que permanecería inmóvil ante la infinita oscuridad que la envolvía. Pero no encontró nada. Solo frío y la sensación de que la noche deseaba devorar su alma, aunque él era ya consciente de que su cuerpo no albergaba alma desde hacía ya tiempo.

Un calambre recorrió todo su cuerpo y cayó sobre la arena de la playa. Notaba la arena que se enganchaba en su rostro. Notaba cómo la oscuridad lamía su piel como si un fuego se estuviera extendiendo sobre él. Buscaba algo, algo que no quería entregarle. Quería entrar en su baúl. Un lugar oculto en lo más profundo de su mente, protegido.

Estaba débil, y supo que no lo lograría. Había luchado muchas veces contra aquella oscuridad, sin embargo, ya no podía. Había perdido.

Volvió a recordar aquella escena de nuevo. El momento. El momento que había destrozado su vida.

Las lágrimas brotaron de sus rojizos ojos, mezclándose con la arena enganchada en su rostro. Sollozó. Al principio débilmente, como vergonzoso, pero con cada imagen que aparecía el lamento iba en aumento, hasta convertirse en un aterrador aullido que rasgaba la oscuridad de la noche. Fue tal el dolor que desprendía que incluso el oleaje se detuvo apenas unos segundos, un instante casi imperceptible. Casi.

Su vida era perfecta. Tenía todo lo que quería, todo lo que se proponía. Una gran casa, un buen trabajo, un buen coche, una hermosa mujer… Todo lo que había deseado y muchas más cosas que nunca había pensado que obtendría. Tenía una vida envidiable.

Pero si algo aprendió aquella noche es que la felicidad no era para siempre, sino todo lo contrario. La felicidad era efímera, no como el dolor, que era, sin lugar a dudas, un sentimiento que residiría para siempre arraigado en lo más profundo de su corazón.

Cerró los ojos exhaustos y dejó que aquel terrible recuerdo inundara su mente. Ya no podía cargar más con él, necesitaba sacarlo de su interior, de sus entrañas, si seguía allí dentro, acabaría por desgarrarle desde el interior o devorarle.

Necesitaba terminar con aquella pesadilla.

Era el momento.

Rafael

25 de agosto de 2018

Otro más a la lista. Un nuevo cuerpo de otro joven. Por mucho que nos esforzamos tras la declaración del chico gordo, no pudimos hacer nada. No había ni rastro de José Gil, simplemente se había evaporado de la faz de la tierra… Al menos hasta aquel momento.

En la urbanización de la Virreina tenían una piscina comunitaria. Aquella mañana, la encargada, una chica joven que tenía un trabajo de verano como socorrista de la comunidad, se topó con el cuerpo.

El grito se oyó por toda la urbanización.

Esta vez, lo primero que se veía, aparte del cuerpo, era la frase que habían pintado de un color rojo, con la sangre del chico, en el suelo, cerca del borde de la piscina.

> La muerte es el comienzo de la inmortalidad.
>
> Maximilian Robespierre

El cadáver estaba flotando en el agua, toda la piscina estaba teñida levemente por aquel tono rojizo de su sangre. Nos costó una barbaridad sacarlo de allí.

—Mira, de un día para el otro, se ha cambiado el meado de los niños por sangre calentita… —soltó Matías.

—¿Pero qué coño dices, tío? Con ese comentario te pareces a la doctora Miedo. —Señalé a la mujer de cabellos pelirrojos que se

encontraba en aquel momento junto al cadáver.

Nos acercamos con desgana. Cuando nos encontrábamos a pocos pasos de ella, vimos cómo le daba una colleja a uno de sus ayudantes.

—¿Tú eres tonto? Tienes que prestar atención a todos los detalles. ¡A todos!

El chico agachó la cabeza y se marchó de las proximidades del cuerpo.

—Vaya, ya tenemos aquí a los señores uniformados. ¡Pasen y vean, pasen y vean, el espectáculo no ha hecho más que empezar! —El simple hecho de escuchar la voz de aquella mujer me hacía estar incómodo y, por lo que veía, Alex tampoco estaba a gusto.

—Siento informarles, caballeros, de que no tenemos mucho más que en los otros casos. El *modus operandi* es idéntico a los demás, nuestro asesino favorito no para de trabajar… Presenta el mismo tipo de herida en la caja torácica, y el grabado en la parte baja de la espalda, en el sacro, con el mismo símbolo, la serpiente que se muerde la cola. Lo único nuevo es el regalito que tiene el chico en la boca. Acabo de cortar el hilo, es del mismo estilo que los anteriores, por lo que dudo que encontremos alguna pista de su procedencia… Dentro de la boca esta vez no hay ningún ojo, hemos encontrado la cabeza de una pequeña ave, un águila. ¡Mirad qué mona!

Alzó una bolsa, en la cual estaba el pobre animal decapitado. La loca empezó a reírse y balancear la cabeza ante nosotros. No aguanté mucho más y me aparté con brusquedad. No podía aguantar aquella conducta, no era el respeto que se merecían los muertos. Me puse al borde de la piscina y tomé aire, tratando de ralentizar las pulsaciones que se me habían disparado al aguantar a Virginia.

Volví a estirarme del lóbulo de la oreja, últimamente lo hacía más que de costumbre, al final me la iba a arrancar de cuajo. Aquel caso me estaba desquiciando.

Algo atrapó mi mirada. Un objeto brillaba en el fondo de la piscina. ¿Qué era?

—¡Que alguien me ayude! Aquí hay algo.

Sacaron el objeto y me lo pusieron en las manos, en las que ya me había colocado unos guantes para no contaminar la posible

pista. Todo a mi alrededor se detuvo. Posiblemente se trataba de la primera prueba que tenía sobre el asesino. Estábamos más cerca de atraparlo que nunca.

Matías se me acercó en aquel preciso instante, en su rostro se veía que algo le preocupaba.

—¿Qué ocurre, Matías?

—Los padres de una de las chicas del grupo, Hungan Wilguens, la joven negra, han llamado hace media hora a la policía local. Su hija lleva desaparecida desde ayer. No saben dónde está y tampoco contesta a las llamadas. Están muy alterados e histéricos. Creen que puede ser la siguiente víctima del Asesino de la Serpiente, Rafa.

—No dejaremos que eso ocurra. Tenemos una buena pista, compañero. —Alcé el objeto y se lo enseñé. Vi en su mirada que lo reconoció al instante—. Estaba en el fondo de la piscina. No creo que sea una coincidencia. Vamos a hacer una visita al camello del pueblo.

Una chica de cabello rubio y recogido en un ordenado moño pasó por mi lado y le entregué el objeto, que guardó en una bolsa de pruebas. Por fin teníamos una pista, el asesino se había descuidado.

Cuando salimos del recinto no pude evitar evocar el momento en el que había visto antes aquel objeto, un anillo plateado con una calavera. Era uno de los anillos que Aitor, amigo de las víctimas, llevaba. Estaba seguro de que era suyo.

Y ahora, íbamos a por él.

Jordi

20 de diciembre de 2018

La luna se encontraba en lo alto del firmamento. Ya no se limitaba a susurrar. Gritaba. Quería que fuera tras ella, que la alcanzara. Pero no sabía cómo hacerlo. Corrí hacia ella, pero cada vez se alejaba más.

No podía darme por vencido. Apreté el paso, tratando de sorprenderla y llegar antes de que se alejara de mí.

El suelo desapareció bajo mis pies, me precipité sin poder aferrarme a nada más que al aire. No paraba de caer en aquel interminable pozo, daba la sensación de que eran años. Años perdidos de mi vida en la más completa noche, suspendido en el vacío…

Por suerte, al final todo vuelve a la normalidad. Aunque voy disfrazado, como si fuera un extranjero descubriendo un nuevo lugar. Llevo un sombrero para el sol, una camisa de flores, un bañador color rojo y unas chanclas. Y de complemento, una cámara de vídeo en la mano.

Estoy encerrado en una habitación, pero eso no me impide grabar el lugar. Quería captar todos y cada uno de los detalles, aunque no hubiera nada relevante en aquel sitio.

Un momento. Allí vi algo. Una forma en el suelo. Enfoqué la cámara en su dirección y me aproximé esperanzado.

Quería grabarlo todo.

Era el cuerpo de un chico. Era mi hijo, Bernat. Le saludé mientras seguía grabando, estaba eufórico.

Él se retorcía en el suelo mientras yo no me perdía ni un solo detalle. De la herida de su pecho no paraba de manar sangre, que

encharcaba el suelo y cubría mis pies descalzos, estaba caliente.

Mi hijo me miraba suplicante, pero yo no podía hacer otra cosa que grabar.

Era lo que tenía que hacer.

Desperté. Me faltaba el aire. Notaba una presión en el pecho, algo que me aplastaba. No podía respirar. Traté de inhalar, de relajarme. Era muy difícil. Intenté respirar lentamente, inhalaciones largas y pausadas. Con eso, poco a poco, la presión que sentía fue menguando.

¿A qué venían aquellas terribles pesadillas? ¿No tenía ya suficiente? No podía más con aquello.

Estaba harto.

Nadie en su sano juicio podía aguantar aquel ritmo… Necesitaba terminar ya con todo.

Tenía que solucionarlo, si no, mi cuerpo cedería y no podría vengar la muerte de mi familia. Tenía que luchar por la justicia. El culpable, fuera quien fuera, necesitaba su merecido.

No pude dormir más, fui al salón y seguí estudiando todas mis notas, tratando de organizar mi siguiente paso.

Había sido un día largo, y también extraño. Me estaba acercando a la verdad del asunto, pero no era el único que lo sabía.

Aquella mañana decidí coger el coche para ir a la Virreina, quería ver si podía examinar las inmediaciones de la piscina para tener otra perspectiva. Al llegar al coche, vi que alguien había destrozado el limpiaparabrisas con una roca.

En el asiento del conductor descansaba una culebra muerta. Parte de la cola la tenía introducida en la boca, como si se la estuviera comiendo. Bajo ella había una nota escrita con unas finas y rojizas palabras:

Deja en paz al pasado.

Rafael

25 de agosto de 2018

Todas las unidades de las que disponíamos en aquel momento nos dirigimos a la residencia de Aitor Romero, nuestro principal sospechoso.

Desde el exterior, la casa parecía bastante dejada. La pintura estaba desconchada y presentaba humedades por diferentes zonas; la vegetación no estaba cuidada, parecía una selva de malas hierbas que trataban de engullir la estructura de la casa.

Llamamos a la puerta, pero nadie contestó. No teníamos una orden para irrumpir en la casa, y tampoco sabíamos si el chico estaría allí. Fue el grito el que nos azuzó para entrar.

Era un grito repleto de horror, pánico.

Así que tiramos la puerta abajo. Matías y yo encabezábamos la operación, detrás de nosotros teníamos a los demás efectivos.

—¡Policía!

No encontramos nada. Fuimos recorriendo las habitaciones, de una en una, comprobándolas. No encontrábamos nada. Nos topamos con una puerta cerrada con llave, de una patada la echamos abajo y entramos apuntando con nuestras armas.

—¡Manos arriba!

Dentro de ella encontramos a un hombre y una mujer de mediana edad. Estaban amordazados y atados a unas sillas, con cinta aislante en la boca. Eran los padres de Aitor. Más tarde nos explicarían cómo su hijo los había drogado y maniatado allí.

En las dos plantas que tenía la casa no encontramos nada, solo faltaba el sótano. Allí debía de estar él.

Entramos y lo que nos encontramos nos dejó helados.

Un envejecido somier se hallaba en medio de la estancia, en él estaba la chica, Hungan, atada a cada uno de los extremos de la estructura. Trataba de zafarse, pero era en vano. Tenía un mugriento trapo en la boca, seguramente por haber gritado instantes antes alertándonos.

Aitor se encontraba de pie delante de ella. Sus ojos estaban enrojecidos y su rostro era un conjunto de expresiones que no logré interpretar. En sus manos tenía un hacha de gran tamaño.

—¡Suelta el arma ya! —Lo hizo al instante—. ¡Las manos donde pueda verlas! Como hagas un gesto raro te presentaré a una de mis amigas que se llama bala, ni se te ocurra moverte, cabrón.

Tenía la mirada perdida, como si no estuviera allí. Pero obedeció las órdenes. Parecía un autómata.

No le dije nada, pero se dio la vuelta, dándonos la espalda y mirando fijamente a una mesa que antes estaba detrás de él.

Todo ocurrió demasiado deprisa.

Agarró un destornillador y se acuchilló la tráquea rápidamente, dejándola clavada en su cuello, mientras caía al suelo y de su cuerpo brotaba un torrente de sangre.

—¡Me cago en la puta! Llamad a una ambulancia, ¡ya! Matías, tú desata a la chica, llévatela de aquí ahora.

Me arrodillé ante el chico. Aún respiraba. Traté de taponar la herida con unas sábanas que había tiradas en el suelo, pero en pocos segundos acabaron tiñéndose de su sangre, no tenía nada que hacer.

—¿Por qué has hecho todo esto?

Esta vez sus ojos me miraron de una forma diferente, como si hubiera despertado. Estaba aterrorizado, sabía que se estaba muriendo. Agarré su mano con fuerza mientras notaba que su vida iba menguando cada vez más rápido.

Él negó con la cabeza, estaba tratando de decirme algo. Abrió la boca y la sangre me salpicó en la cara. El chico estaba jodido.

Las lágrimas surcaron su rostro, no sabía si de miedo a la muerte o de impotencia por no poder hablar, quizás ambas cosas. Después de asesinar a tanta gente, no tenía sentido acabar su vida de aquella manera, podría haber explicado sus motivos. ¿A qué venía tanto dolor y sufrimiento?

Más tarde, aquel día, David Martínez, el chico gordo, nos contó

el motivo. No creía que fuera a influir, pero, meses atrás, él y José habían robado una buena cantidad de droga de Aitor, y él empezó a desconfiar de todo el grupo.

Seguramente, si hubieran hablado antes con nosotros, si nos hubieran contado todo lo que hicieron, se habrían salvado muchas vidas… Todo había sido una venganza, un ajuste de cuentas de un amigo cercano.

El problema es que mientras estaba en aquel sótano, en sus ojos no vi la mirada de un asesino. Había visto muchas veces lo que hacía matar a una persona, los ojos de una persona cambiaban. Y allí no lo vi. Solo vi la mirada de un chico asustado. Un chico que observaba a la muerte de frente y sabía que le iba a llevar con ella.

A los pocos segundos, Aitor Romero, el Asesino de la Serpiente, había muerto.

Jordi

20 de diciembre de 2018

Así que, aunque le hubiera llamado para darle todas las nuevas, no dudé en enviarle todo por mensaje al móvil. Fotos de mi investigación, de la culebra muerta y la nota que habían dejado en mi coche.

Me contestó más rápido de lo que podía imaginar. Dijo que intentara no tocar nada más de lo que ya había hecho. Que ahora venía de Barcelona al pueblo para quedar conmigo y guardar todo aquello en una bolsa de pruebas.

Así que estaba esperándole en el salón de casa, en menos de una hora habíamos quedado en el aparcamiento donde tenía el coche aparcado para ponernos al día.

Aquello empezaba a coger velocidad, iba a ir bien. Íbamos a encontrar al verdadero culpable de todo aquello. Después de tantos meses al fin iba a cumplir mi cometido.

Se lo debía a mi esposa y a mi hijo.

Rafael

25 de agosto de 2018

Había sido un día intenso, pero muy productivo. Al fin le habíamos cogido. Toda aquella pesadilla había terminado. Aún no me lo creía. Estaba en mi cocina, celebrándolo con una bolsa de Lacasitos y un vaso de *whisky* bien cargado.

—Brindo por mí —dije alzando la copa.

En la mesa de trabajo de donde Aitor cogió el destornillador con el que se suicidó encontramos una nota. La letra coincidía con la suya. Se trataba de un escrito donde confesaba los crímenes.

> Son todos unos cabrones. Me los voy a llevar a todos por delante. Yo confiaba en ellos, más que nada en el mundo. Y los muy hijos de puta me roban, en mi propia casa. No saben el dinero que tenía invertido, ni lo que tengo que pagar a mis proveedores. Por su culpa ahora me están amenazando. Debo mucho dinero.
> Pero ninguno de ellos me dice quién ha sido. Se lo tienen callado. Son unos cobardes. Pero yo se lo voy a hacer pagar. Y tanto que lo haré.
> He sido yo. Yo los he matado a todos. Aunque aún me falte matar a dos de ellos, sé que lo haré. Es cuestión de tiempo.
> La policía es una incompetente, no encuentra nada. Le dejo pistas falsas para que vaya por otros caminos, parece ser que soy más inteligente que ella. Panda de mamones.
> No me arrepiento de nada. He hecho lo que debía.
> Y lo volvería a hacer.
> Esos cabrones tienen su merecido.

No escribió nada más. Aquello era todo. Y aunque hubiéramos

encontrado muchas pruebas y una confesión escrita… Algo no me cuadraba.

Teníamos el arma de los crímenes, un hacha que encajaba con la descripción que nos había hecho Virginia desde el primer asesinato.

Pero, aun así, todo era demasiado retorcido. ¿Cuál era el propósito de recrear todos aquellos rituales? ¿A qué venía colocar los cuerpos en cruz, coserles la boca y dejar una falange de un león, un rabo de toro, quitarle un ojo a una amiga suya para ponérselo a su novio en la boca, y una cabeza de águila? Tampoco encontramos rastro alguno del hierro con el que se hizo la marca de la serpiente que se come su cola, el uróboro, a todos los cadáveres.

¿Y cómo era posible que solo una persona pudiera organizar todo aquello? Además, ¿por qué tanto esfuerzo para entrar en un zoo y mutilar a un animal, que era uno de los más peligrosos? ¿Y cómo coño hizo para no quedar registrado en las cámaras de seguridad y pasar desapercibido? ¿Y los asesinatos? ¿Los asesinó a todos en su casa y los trasladó por todo el pueblo sin que nadie lo viera? El chico no tenía coche ni ningún medio para desplazarse. ¿Y era posible que los matara a todos en el sótano y sus padres o los vecinos no se dieran cuenta? La nota tampoco tenía mucho sentido. Demasiadas cosas no cuadraban. Era muy extraño…

Vacié la copa de un trago. Tenía que relajarme. El caso estaba cerrado, se había resuelto todo. No tenía que darle más vueltas.

Me estaba volviendo paranoico, tanto tiempo enfrascado en aquellos asesinatos me había vuelto loco. Todo se había aclarado. Teníamos al asesino, habíamos salvado a la chica antes de que la asesinara.

Pero mucha gente ya no estaba… María, aquella mujer que tanto significaba en mi vida, que marcaba recuerdos tanto buenos como malos en mi historia, ya no estaba. Muerta… Como su hijo, como sus amigos. Ya nunca más disfrutarían de la vida, ya no estaban allí.

Traté de alejar aquellos pensamientos de mi mente. No quería torturarme más. Habíamos hecho un buen trabajo.

Jordi

20 de diciembre de 2018

Tenía ante mí todo lo relacionado con el asesinato de mi hijo y de mi mujer. Todos los interrogatorios, todas las pruebas, todas las fotografías que hicieron.

Aún recuerdo cómo conseguí todo aquello.

Tras cerrar el caso, Rafa me llamó para hablar. Quería contarme exactamente todo lo que había sucedido. Cómo le habían atrapado, y el motivo. Drogas. Mi hijo no era de esos, él nunca lo haría. Era un chico sano que valoraba su vida por encima de cualquier cosa. No era de los que se drogaban, me negaba a aceptar aquello. Era imposible, lo tenía claro.

Él se encogió de hombros, simplemente me comentaba lo que ponía en la nota de Aitor. Aunque no lo confesó, sabía que él tampoco estaba convencido del todo, algo le preocupaba. Pero no me lo dijo, supongo que quería que cerrara el tema, que no me obsesionara con ello.

Pero yo no podía. Tenía que encontrar la verdad.

Alguien le llamó al teléfono mientras estaba conmigo y se excusó unos minutos. Dejó el grueso expediente del caso delante de mí, supongo que lo iba a llevar a comisaría o lo tiraría, lo que fuera. La cuestión es que ahí estaba. Era mi oportunidad.

Así que no lo dudé. Saqué el móvil y empecé a hacer fotografías a todo. No se me escapó nada. Más tarde las pasaría al ordenador, las imprimiría y las organizaría a mi parecer.

Cuando Rafa volvió pocos minutos después no se percató de nada. Seguimos hablando y nos despedimos.

Yo ya tenía todo lo que necesitaba.

Leí las declaraciones de sus amigos. Todos tenían coartada, incluso Aitor. Él había estado con unos amigos toda la noche de fiesta, José con sus padres en casa, y Hungan también había estado en casa con sus padres, argumentaron que tenían examen y tenían que estudiar.

Dejé los papeles a un lado y miré el reloj. Se acercaba la hora en la que había quedado. Me desperecé y me preparé. Decidí ir antes, por si ya estaba allí. Bajé las escaleras con prisa, así estiraba un poco las piernas, ya que las notaba agarrotadas después de estar tanto rato sentado.

En el tercero me topé con una mujer anciana. La señora Pilar. Hacía mucho que no la veía. Llevaba una bombona de oxígeno con ella y la mascarilla bien agarrada en el rostro. Tenía ojeras y su cuerpo había envejecido mucho más.

—Buenos días, señora Pilar, ¿cómo se encuentra? —le pregunté amablemente. Aquella mujer era la cotilla del edificio, se enteraba de todo, al igual que criticaba a todos. No quería ser el foco de sus historias por no preguntar cómo se encontraba, no me venía de un par de minutos.

—Ay, joven… Pues aquí estamos. Cada día peor… Pero hacemos lo que se puede. Por cierto… No nos hemos visto, y te quería decir que lo siento mucho por lo de tu mujer y lo de tu hijo… Es una pena.

Claro, al día siguiente de lo sucedido, una ambulancia se la llevó al hospital, hacía poco que había vuelto a su casa. Supongo que estaría enfadada por no haber estado aquellas semanas por la escalera para cotillear y elaborar noticias sobre mis desgracias.

—Muchas gracias… La verdad es que están siendo unos meses muy duros… Todo lo que sucedió nos ha pillado de golpe a todos…

—Pues sí, tiene que ser muy duro. Es horrible el mundo en el que vivimos. Parece una película de la tele. Y no sé cómo te tienes que sentir, un padre que pierde a su mujer asesinada por su hijo, y luego su hijo asesinado por un asesino en serie… —Traté de corregirla enfadado, mi hijo no era ningún asesino, por aquello no iba a pasar, pero ella siguió hablando sin querer escucharme—. Seguramente estaba enfadado, una riña que tienen los jóvenes hoy en día, y los amores, ya sabes. Porque la chica negra que se fue aquel día tampoco tenía cara de estar muy bien, estaba como

ausente. Madre mía…

—Un momento. —¿Qué acababa de decir?—. ¿Qué ha dicho? ¿Una chica negra? ¿Está segura de lo que dice?

—Claro, hijo, tengo mal los pulmones, pero la cabeza y los ojos no. Aquella tarde, unas horas antes de que viniera la policía y fuera todo un caos, vi cómo la chica esa jovencita, que siempre iba con tu hijo y aquel grupito de amigos, salía de la portería. Tenía la cara muy rara, no sabría explicarlo. Como si fuera un zombi.

No esperé a que hablara mucho más. Bajé corriendo por las escaleras mientras sacaba el móvil para llamar a Rafa. No me lo cogió. Le envié una nota de audio.

Hungan. Según el expediente de Rafa, Hungan había estado toda la tarde y la noche en casa con sus padres, ellos lo habían confirmado. No salió, estuvo toda la tarde estudiando en el comedor y por la noche vieron una película juntos.

Pero no era verdad. La señora Pilar la había visto. Ella no sabía que aquel detalle era importante, el asesino ya estaba entre rejas, para ella no era importante. Pero para mí todo cambiaba. Hungan había mentido en su declaración, y sus padres también.

Ella era la última persona que había visto a mi hijo y a mi mujer antes de que murieran.

Rafael

20 de diciembre de 2018

—Me cago en todo, cada día estoy más viejo.

Me había dejado el móvil en casa, y cuando ya estaba con el coche en marcha, me di cuenta de que no lo tenía conmigo. Estaba en la repisa de la cocina. Con los años mi memoria fallaba cada vez más, no era el que solía ser. Y no tenía ni sesenta años… Estaba jodido.

Lo cogí y volví al coche, no quería llegar tarde a la cita con Jordi. Estaba descubriendo cosas importantes, no tenía dudas. Había encontrado las incongruencias y las pistas que yo, meses atrás, no logré. Menudo policía más incompetente estaba hecho. Me daba vergüenza de mí mismo. Pero ahora tenía la oportunidad de solucionarlo.

Si estaba en lo cierto, el asesino estaba suelto, como si nada hubiera ocurrido. Aquello no podía permitirlo.

Miré la hora en el teléfono, iba a llegar muy justo. Vi que tenía una llamada perdida. Jordi. También un mensaje de voz. Lo escuché mientras el coche atravesaba las atestadas calles de Barcelona. Aquel día no paraba de tragarme todos los putos semáforos en rojo. A ese ritmo no llegaría nunca.

Sin embargo, al escuchar aquel audio, no dudé en sacar la sirena y acelerar. No tenía tiempo que perder.

Jordi no podía ir solo a buscar respuestas, y mucho menos a colarse en una casa. Realmente yo tampoco, el caso estaba cerrado, no tenía una orden de registro, pero sabía que no podía perder tiempo.

Si él estaba en lo cierto, aquello era importante. No sabía qué

podía encontrarse en aquella casa.

Por supuesto que tenía miedo de las consecuencias que podía acarrear aquello en mi expediente policial, pero se lo debía. Le debía a María arriesgarme. Estábamos a punto de saber la verdad de todo aquello. Ella merecía justicia.

Así que no estaba para perder el tiempo.

Jordi

20 de diciembre de 2018

Las persianas estaban echadas, parecía que no había nadie en casa. Aparqué a un par de manzanas y llegué a la puerta mirando a mi alrededor. Por allí no podría entrar, pero no era la primera vez que estaba en casa de los padres de Hungan, había ido a buscar a Bernat a aquella casa. Y sabía que el muro que daba al jardín era bajo. Si podía colarme, sería por allí.

Rodeé la vivienda y me encaramé al muro. Me raspé las rodillas al subirme, pero traté de no prestarle atención. Tenía que estar atento. El jardín parecía muy cuidado. El césped estaba recién cortado, todo quedaba embriagado por aquel inconfundible olor. Un camino de losas llevaba directamente a la casa y otro hacia la piscina climatizada.

Al acercarme a la vidriera probé a deslizar una de las puertas. No me lo creía, se las habían dejado abiertas. Aquello sí que era un golpe de suerte. En caso de haber estado cerradas, habría tenido que romper el cristal. Ahora debía ir rápido, no podía perder el tiempo. Seguramente contarían con un sistema de alarma, disponía de pocos minutos antes de que tuviera que marcharme.

No sabía qué buscar. Pruebas. Pero ¿qué pruebas? Era aquello lo que necesitaba. Recorrí la primera planta. Una casa normal, arreglada y con una decoración que destacaba por su alto coste. Tenían dinero. Mucho dinero.

Seguí buscando, allí no había nada.

Luego bajé al sótano, pero no había nada fuera de lo común. Algunas cajas con trastos, una tabla de planchar, lavadora, secadora, una mesa con herramientas perfectamente ordenadas…

Allí tampoco había pruebas de ningún tipo.

¿Dónde podía ocultar Hungan las cosas? Elia era la primera sospechosa que tenía, aunque dudaba que pudiera matar a sus amigos. ¿Entonces qué hacía en mi casa aquel día? ¿Por qué no dijo la verdad?

¿Por qué mintió a la policía?

En la segunda planta era donde estaban las habitaciones. Nada. Visualmente no había nada que me hiciera sospechar. Ahora solo me faltaba mirar en la guardilla. Seguramente ya me había excedido del tiempo, pero no podía irme. Necesitaba comprobar la última planta. Si no encontraba nada hablaría con Hungan y sus padres, aunque quizás debería haber empezado por ahí.

No podía lamentarme. Ya estaba en la casa, no había vuelta atrás.

Subí las escaleras de dos en dos y me topé con una puerta cerrada con candado. Aquello ya no era tan normal. Traté de abrirla, pero era robusta. Miré a mi alrededor, buscando algún objeto con el que poder romper el candado.

Volví a bajar por las escaleras al sótano y me agencié un martillo. Con aquello podría abrir la puerta.

Estuve más tiempo del que esperaba golpeando el metal con todas mis fuerzas y desesperación; por suerte, al final cedió.

Entré en la habitación, que estaba completamente a oscuras. Habían tapiado las ventanas y no podía ver nada. Esperé a que mis ojos se acostumbraran mientras tanteaba la pared cerca de la puerta, al final di con el interruptor.

No supe cómo reaccionar. Supongo que no me lo esperaba. Era una estancia muy grande. Había una cama en un rincón, y al otro había un potente ordenador, su torre centelleaba, por lo que estaba encendido. Aquello era lo único normal.

Toda la habitación estaba repleta de dibujos de serpientes. Se enroscaban sobre sí mismas, se alargaban, se comían entre ellas o su propio cuerpo… En medio de la estancia, sobre una especie de pedestal que habían erigido, se encontraba un alargado hierro. En el extremo tenía el inconfundible sello con el que habían marcado a mi hijo. El uróboro. Un soplete estaba cerca, seguramente para calentar aquel diabólico instrumento.

En las estanterías había figuritas oscuras de extrañas formas, y

todas ellas miraban a una dirección, hacia la pared del fondo, donde se encontraba una gigantesca cruz de madera. Bajo ella había un espejo de cuerpo entero que me devolvía mi imagen, un escalofrío me recorrió el cuerpo al verme reflejado allí.

Luego, mi atención se dirigió a un trípode que descansaba cerca de la cama. Tenía fijada a él una cámara de vídeo que me resultó conocida, pero no sabía de qué. En la cama también había unas esposas en los extremos.

Todo. Todo lo que buscábamos estaba allí. Las respuestas. No sabía qué tenía que ver Aitor en todo aquello, pero no cuadraba. Allí estaban las pruebas. Él no había sido el asesino, o, mejor dicho, no lo hizo solo.

Me acerqué al ordenador y moví el ratón. A los pocos segundos se iluminó el monitor mostrando aquel símbolo de la serpiente. Me pedía una contraseña.

Estaba perdido. Pero tenía que intentarlo. Escribí lo primero que me vino a la cabeza.

```
Ouroboros
Contraseña incorrecta

Uróboros
Contraseña incorrecta

Zombi
Contraseña incorrecta

Polvo Zombi
Contraseña incorrecta

Serpiente
Contraseña incorrecta
```

Me estaba quedando sin ideas, ya había excedido el tiempo. Me pillarían allí. Aunque si venía la policía, mejor. Así encontrarían lo mismo que yo. Al final la alarma de la casa tendría un buen uso.

Entonces caí. En mi mente apareció aquel blog que había encontrado por internet. Hablaba de un culto que realizaba asesinatos… El culto del…

—Barón. —Escribí mientras lo pronunciaba, una corriente ascendió por mi columna al pronunciarlo.

La imagen se oscureció unos instantes mientras se cargaba y aparecía la pantalla de inicio. Estaba llena de carpetas:

MONTCAT,
LOCALIZACIONES,
PERE,
PAULA,
BERNAT,
JOSÉ,
DAVID,
VÍDEOS,
IMÁGENES
…

¿Qué era todo aquello? Una pantalla de internet se abrió sola. El ordenador ya estaba configurado para ello. Se abrió una ventana de un chat a la derecha, mientras que se cargaban una multitud de vídeos en aquella pestaña.

Las imágenes en miniatura apenas podía verlas con claridad y, sin saber el motivo, me dio miedo pinchar en ellas para conocerlas. Era una voz en mi cabeza que me gritaba frenéticamente que me alejara de aquel lugar, que tratara de olvidarlo, que aquello no me hacía ningún bien.

Minimicé la pestaña y volví a las carpetas. Abrí la de Bernat. Eran fotos suyas. Alguien le había fotografiado mientras iba al colegio, cuando quedaba con Paula o con su grupo de amigos, cuando estaba conmigo… Era como si le hubieran investigado, perseguido, recopilando datos.

Aquello era demencial. También encontré documentos que hablaban sobre sus aficiones, gustos, familia, estudios…

—¿Qué coño es esto? —Aquello no me cuadraba.

Cerré aquella carpeta y, sin pensarlo siquiera, abrí otra llamada

VIDEOS.

Había tan solo cuatro vídeos, todos ellos con nombres diferentes, como los cuatro jóvenes asesinados:

PERE,
PAULA,
BERNAT,
JOSÉ

Inspiré profundamente. Necesitaba fuerzas para afrontar lo que iba a encontrar, fuera lo que fuera. Cuando exhalé me indiné para clicar encima. Ya no había vuelta atrás.

—Vaya, vaya, parece ser que tenemos visita. Cariño, trae unas palomitas, que vamos a ver una película —dijo una voz a mis espaldas.

Rafael

20 de diciembre de 2018

La calle era estrecha y de una sola dirección. Pasé frente al hogar de la familia de Hungan y seguí avanzando como si no hubiera ido allí por ella. Detuve el coche en una esquina y observé. Ni rastro de Jordi.

Las persianas permanecían echadas, parecía ser que la casa estaba vacía. Quizás Jordi venía de camino y podía detenerle antes de que hiciera cualquier estupidez.

La verja de la entrada cobró vida de golpe y observé que un coche se acercaba y entraba por ella. Un hombre y una mujer de tez oscura salieron del coche con aparente prisa. Iban vestidos muy elegantes, y todos sus movimientos tenían una gracia inaudita. Los padres de Hungan, Jean-Pierre y Emile.

Se quedaron unos instantes en la puerta y el hombre le hizo unos gestos a Emile para que fuera por la entrada trasera. Él sacó las llaves y las introdujo con cuidado de no hacer ruido. Justo antes de que se cerrara de nuevo la verja, vi que se llevaba unos dedos a los labios, pidiendo silencio a su mujer para cuando entrara por la otra puerta, mientras sacaba una navaja del bolsillo.

Sabían que había alguien dentro.

Jordi

20 de diciembre de 2018

—¿Qué coño es todo esto, Jean-Pierre? ¿Por qué?

El padre de Hungan me miraba con una sonrisa en el rostro desde el umbral de la puerta. Hacía años que lo conocía, un hombre elegante, simpático, decidido y confiado. Llevaba una sonrisa sincera en su rostro siempre que habíamos coincidido y, sin embargo, la que ahora tenía en su rostro era fría y aséptica. Carente de emoción alguna.

—Jordi, Jordi… Si te lo explicara ahora todo, no creo que entendieras gran cosa. Es demasiado complejo. Pero quizás, si ves el vídeo de tu hijo, el que estabas a punto de reproducir, todo cambia. Puede ser que tu mente se ilumine de un fogonazo. Dale al *play*, adelante.

No quería perderle de vista, ni darle la espalda, pero el monitor del ordenador tiraba de mí con demasiada fuerza, necesitaba encontrar respuestas, y allí estaban todas. Le di al *play*.

La grabación empezaba a oscuras mientras la lente enfocaba y se acostumbraba a la oscuridad. Era una estancia mediana, sus paredes resultaban muy curiosas, con formas extrañas, como las que tienen los estudios insonorizados de música. Era la habitación que tenían en aquella misma casa repleta de instrumentos musicales.

La cámara enfocó a una figura, Hungan, iba con un vestido blanco y largo que le llegaba hasta los tobillos. Tenía un collar con una cruz y una pulsera de plata que se le enroscaba por el antebrazo, una serpiente.

Luego la imagen se movía por la estancia grabando diferentes objetos. Unos tambores de piel que parecían bastante antiguos,

tabaco y puros, un cuenco con unos polvos y muchas botellas de ron.

Al lado de todo aquello, en una de las paredes, descansaban un hacha de gran tamaño y el hierro con el que habían grabado el símbolo en el sacro de los chicos.

Aparecieron dos figuras en la imagen, llevaban también ropa blanca, pero su rostro estaba oculto por unas bolsas de tela que estaban pintadas. Se acercaron a los tambores y empezaron a tocar una canción mientras Hungan danzaba al ritmo de la música. No era un baile bonito, todo lo contrario. Su cuerpo se contorsionaba y se retorcía, como si aquellas notas musicales se clavaran en su piel, obligándola a moverse.

Luego las dos personas, que, sin duda alguna, eran Jean-Pierre y Emile, caminaron al fondo de la estancia. En el suelo había algo. Un chico. Bernat.

Mi hijo.

Estaba inmóvil. Tenía los ojos abiertos. Pero su cuerpo no le respondía, estaba asustado, no cabía duda de aquello.

Mientras observaba el vídeo empezaron a brotarme lágrimas de dolor y sufrimiento. Estaba viendo a mi hijo en sus últimos momentos y no podía hacer nada por él. Ya estaba muerto.

Jean-Pierre cogió el cuenco con los polvos y sopló en el rostro de mi hijo mientras cantaba en un idioma del que nada comprendía. Emile acompañaba a su hija hasta el hacha, que asió con fuerza, y se dirigió de nuevo a Bernat.

Apenas se lo pensó. Dejó caer el arma repetidamente sobre el cuerpo de mi hijo, mientras la cámara no paraba de grabar todo lo que sucedía, su rostro de dolor, de pánico, y con la certeza de que iba a morir, de que nadie podía ayudarle. Sus ojos trataban de decir algo, de pedir ayuda, pero su cuerpo no le respondía.

No pude ver mucho más del vídeo. La cámara grabó unos instantes más por la estancia, deteniéndose en un espejo de cuerpo entero, el mismo de la habitación en la que me encontraba.

En él aparecía el cuerpo de un hombre que sujetaba una cámara. No entendía nada, aquello era imposible. La cuarta persona que había en la habitación grabando todo aquel ritual era una persona que conocía muy bien.

Era yo.

Rafael

20 de diciembre de 2018

Escuché un gritó que procedía de arriba. Era un sonido desgarrador.

Había dado una vuelta por la casa y, al ver que el muro de la parte del jardín no era muy alto, me encaramé a él. Me costó más de lo que me gustaría admitir. No estaba en la mejor forma, y tampoco era una de las actividades cotidianas de mi agenda.

Pero una vez dentro, miré a mi alrededor asegurándome de que no me vieran. Al entrar en la casa, no vi a nadie, pero al escuchar aquel lastimoso lamento no dudé en sacar mi arma reglamentaria.

Escuchaba sonidos arriba, así que subí silenciosamente las escaleras. En la segunda planta tampoco encontré nada, pero las escaleras seguían aún más arriba. El arma temblaba ligeramente en mis manos, no estaba acostumbrado a tanta tensión. Quería estirarme del lóbulo de la oreja para relajarme, pero no era el momento idóneo para aquello, así que traté de acallar aquella voz que me distraía.

Lo que encontré me dejó helado. Fue todo muy rápido, pero en aquella habitación había miles de pruebas sobre los asesinatos, estaba todo lo que no entendíamos y habíamos buscado con ahínco. Jordi estaba en el suelo, de rodillas, mientras tenía sus ojos fijos en la pantalla de un ordenador. Jean-Pierre y Emile se encontraban detrás de él. Elia le había pasado un cordón por el cuello y apretaba con fuerza mientras Jordi seguía con la mirada fija, perdida, dispuesto a morir. ¿Por qué no se defendía?

—¡Manos arriba! —Los dos se giraron sorprendidos—. ¿Es que estáis sordos? ¡Las putas manos en la cabeza, hijos de puta!

No tardaron mucho en obedecerme.

—¿Qué coño es esto? ¿Por qué…? —empecé a preguntar mientras me quedaba unos instantes mirando la pantalla del ordenador.

En ella salía Hungan con un corazón entre sus manos, devorándolo vorazmente, mientras la sangre caía por sus mejillas, empapándolo todo.

—Dios mío… Esto es una locura.

Sin dejar de apuntar con una mano, saqué el móvil y pedí refuerzos.

—Ahora sí que os tenemos, estáis bien jodidos. Ahora quiero que os apartéis de Jordi, que os coloquéis en el centro de la habitación y os pongáis de rodillas, con las manos en la cabeza. Movimientos lentos, como vea algo raro os meto una bala en la cabeza, y no es un farol. Creedme.

Obedecieron. Pero algo me estaba mosqueando. No parecían asustados, todo lo contrario. Ambos tenían una sonrisa en el rostro de lo más inquietante.

—Cariño, ¿sabes que te quiero mucho? Siempre estaremos juntos —dijo Emile a su marido.

Fue cuando lo vi. Allá donde les había mandado, fuera de mi vista, había un cuchillo que no vi hasta que Emile lo empuñó con decisión.

No tuve tiempo para detenerla. Se lo clavó repetidamente en el pecho a su marido, mientras él seguía con aquella sonrisa en el rostro. Su esposa quedó embadurnada de sangre, de arriba abajo. Volvió a alzar el cuchillo, pero esta vez no iba dirigido a su marido, sino a ella misma.

Disparé a su pierna, dándole en la rodilla.

Vi cómo su sonrisa desaparecía del rostro al ver que la había detenido. El arma que segundos antes empuñaba ahora se encontraba en el suelo. Corrí hacia ella y chuté el cuchillo, alejándolo. La puse de espaldas mientras le colocaba las esposas en las muñecas. La tenía.

Empezó a gritar de rabia y dolor al ver que no podía abandonar y huir de los castigos que iba a recibir. La muerte era una vía rápida, no le iba a dejar que la disfrutara tan fácilmente. Elia nos daría todas las respuestas que necesitábamos. El mundo entero conocería a Emile Brazobán, una de las Asesinas de la Serpiente.

Jordi

20 de diciembre de 2018

Todo ocurrió demasiado rápido. El vídeo acabó por romper lo que quedaba en mi interior. No entendía nada. ¿Qué hacía allí? Estuve en la muerte de mi hijo, yo mismo lo filmé. Aquello no tenía sentido.

Estaba en un estado de *shock*, por lo que apenas me di cuenta de cómo Emile y Jean-Pierre se acercaban a mí, ni tampoco cómo trataban de matarme. Era lo mejor, necesitaba acabar con el sufrimiento. Aquel dolor lacerante que corroía mi corazón, devorándolo.

Tampoco me di cuenta de la llegada de Rafa, ni, más tarde, de los refuerzos de la policía. No podía escapar de las imágenes que se habían quedado grabadas en mi mente, se repetían en bucle, una vez, y otra, y otra…

No entendía nada. Nada.

Más tarde, Rafa me lo explicaría todo, después de interrogar a Emile, después de que ella confesara los crímenes y de cómo lo hicieron.

Después de aquello, simplemente desaparecí.

Rafael

21 de diciembre de 2018

Entré en la sala de interrogatorios. Emile me fulminó con la mirada. Estaba esposada a la mesa, aunque tampoco habría podido ir muy lejos. Gracias a mi disparo, su rodilla estaba destrozada, por lo que nunca podría volver a caminar con normalidad, y mucho menos correr y huir. Se recuperaría, pero no volvería a ser la de antes.

Apenas la forcé a hablar. Quería confesar, compartir sus métodos. Estaba orgullosa de los asesinatos, de todo cuanto hicieron.

—Fue muy fácil. Los chicos nos conocían desde pequeños, por lo que tenían confianza ciega en nosotros. Así fue como pudimos secuestrarles a todos. Primero les administrábamos nuestra famosa receta, ¿te suena el famoso polvo zombi? Sí, lo veo en tu mirada. Pues la toxina los dejaba casi muertos, cualquier persona que se los encontrara pensaría eso. Lo interesante de ello es que al despertar pueden cumplir todas tus órdenes hasta que le das el antídoto… Por suerte, a Pere nadie le vio. Salió perfecto. Los problemas vinieron con los otros. —Me miró con ojos divertidos—. Paula se zafó de nosotros justo después de dárselos, pero la atropellamos. Sin embargo, había un hombre allí, así que nos marchamos hasta que decidió ir a pedir ayuda. Tuvimos suerte de que era un indigente y no tenía teléfono móvil, si no lo habríamos tenido que matar, ensuciarnos las manos con un alma anciana. No podríamos haber hecho un ritual en condiciones con él.

Cogió el vaso de cartón que tenía a su lado y bebió haciendo unos irritantes sonidos hasta vaciar el agua que contenía.

—Tanto hablar me seca la garganta, inspector. —Me sonrió con

picardía—. Bernat aún se complicó más. Enviamos a Hungan para que le soplara los polvos en su rostro, pero su madre estaba en casa. No debería haber estado. Así que Hungan le dijo que se tenía que zafar de ella, costara lo que costara. Así que sí, señor agente, Bernat mató a su madre, aunque él no quería. Seguramente ni se diera cuenta de lo que hacía, su mente estaba en blanco cuando lo hizo, solo tenía órdenes. Con José también tuvimos que improvisar, ya que después de que quedara con Hungan quedó con David. Pero todo salió bien.

»Mi pobre Hungan tampoco veía nada de lo que ocurría. Justo antes de cada ritual, o cuando tenía que buscar a alguno de sus amigos, le dábamos uno de nuestros brebajes, nada que ver con el que tomaban los chicos, para que así obedeciera a todo cuanto le pedíamos. Si no, no habría hecho caso. A todos nos ha pasado. Nuestra iniciación es difícil. Por eso están los vídeos, para recordarnos lo que hicimos, y para qué. Mi niña lo hizo muy bien, estoy muy orgullosa de ella. Espero que le enseñen los vídeos de lo que hizo y le recuerden el porqué de todo. Luego, para que nadie dudara de ella, la atamos y la dejamos en casa de aquel pobre drogadicto que tenía como amigo, Aitor. Tiramos su anillo a la piscina, por lo que no tardasteis mucho en encontrarle. Así que le dimos unas sencillas órdenes, tras escribir con su puño y letra lo que le dictamos, solo tenía que suicidarse al ver aparecer a la policía.

—Estáis locos. ¿Me estás diciendo que drogasteis a vuestra hija para que drogara a sus amigos para que después los asesinara y se comiera su corazón? ¿Qué clase de padres sois? Le hicisteis pasar por un secuestro y que viera cómo un amigo suyo se quitaba la vida delante de sus ojos. ¡Sois unos monstruos!

—No juzgues sin saber, hombre. —Escupió al suelo con flema al escuchar mis palabras—. Esto es algo que va más allá de lo que tú crees. El Apocalipsis debe ser vencido, y solo los elegidos pueden hacer frente a él. Simplemente abrimos una puerta para poder luchar contra el mal y deshacernos de todo él. Necesitábamos corazones jóvenes, que aún tuvieran bondad en su cuerpo, y que vieran el mundo aún hermoso, tal y como es. Para nosotros el mundo ya no es así, es un lugar de sufrimiento y caos.

—¡El mundo es un lugar así por culpa de personas como

vosotros! Hemos visto todo lo que tenéis en vuestro ordenador. En él no solo están los vídeos de los crímenes de Montgat, hay una página de internet, en la Darknet, donde hay miles de vídeos. Por toda España. Todos asesinados de manera similar. ¿Qué clase de organización sois? Una puta secta de enfermos…

—El Culto del Barón no es una secta. —Se rio como si acabara de contar un chiste—. Es un mandamiento, un estilo de vida. Solo pertenecemos aquellos que hemos sido iluminados. Existimos desde hace más tiempo del que crees. Estamos en las sombras, más cerca de lo que crees, y aun así, todavía no sabes nada de nosotros.

—Lo que te digo yo, puta loca, una secta. Unos enfermos que creen que van a salvar al mundo, pero lo único que hacen es corromperlo y enfermarlo más. Sois el virus de esta sociedad. No tenéis nada de salvadores, sois los malos, ¿lo entiendes? Y luego está todo lo que hicisteis con los padres…

Una carcajada brotó de su garganta. Se me erizó la piel al escucharla.

—La parte de los padres es la mejor. Tiene incluso un toque poético, no sé. Ellos ven cómo sus hijos vienen a la vida, con una cámara de vídeo en el parto; ellos ven cómo desaparecen mientras también lo filman. Antes al ritual solo se quedaban como espectadores, la cámara se quedaba en un trípode… Pero creí que así sería más interactivo todo, fue idea mía. Me hacía gracia que luego, cuando quedábamos todos los padres juntos, contaran las pesadillas que tenían entre ellos. Que sus hijos morían delante de ellos… Brutal. Simplemente brutal. Es una obra de arte.

No aguanté más. Me daba asco aquella mujer. Era una puta psicópata, una persona de la peor calaña que pudiera existir en el mundo. Ahora ya no podría hacer más daño, pasaría el resto de sus días entre rejas.

Cerré la puerta de un portazo, tenía las manos sudadas y frías. Estiré el lóbulo de mi oreja, tratando de calmarme. Aquellos cuatro asesinatos iban mucho más allá. También abarcaban los asesinatos de María y de Aitor, y el sufrimiento y el trauma psicológico que tendrían los padres de por vida, sin contar el de Hungan, de quien dudaba que se recuperara de aquello, aunque fuera a los mejores expertos en el campo de la psicología.

Matías apareció por la puerta que estaba delante de mí, la que

daba a una sala de vigilancia para ver todo lo que sucedía en el interrogatorio.

Tenía la mirada cansada, ojos enrojecidos y unas bolsas que parecía que crecían con cada segundo que transcurría. Él, al igual que todos los que habíamos trabajado en aquel caso, estaba roto.

—Joder, Rafa… Creo que no voy a dormir durante días. Esta tía es peor que Virginia, la forense. ¿Cómo es posible que exista esta clase de gente?

—No lo sé… Pero esto aún no ha acabado, tenemos que seguir investigando, Matías. Hemos encontrado tan solo la punta del iceberg, el Culto del Barón sigue ahí fuera, y no sabemos cuánta gente pertenece a él. Tenemos que desmantelarlo, quemarlo todo. Hasta que solo queden cenizas. Allí fuera hay gente que necesita nuestra ayuda.

Jordi

28 de diciembre de 2018

Estaba perdido, destrozado. Y realmente no sabía qué hacer. Las noticias no cesaban de sacar imágenes, información actualizada… La gente del pueblo no paraba de mirarme, de cotillear, de murmurar, los periodistas aparecían por mi casa con preguntas incómodas que solo me hacían rememorar todo lo ocurrido… No podía más con todo aquello. Necesitaba escapar.

Eran las fiestas navideñas, y el primer año que las pasaba solo. Cenas, comidas familiares que ahora no tenía sentido celebrar. Estaba solo, y realmente necesitaba estar solo. Las únicas personas que me habían llegado a importar en mi vida eran María y Bernat. Solo ellos.

Ahora ya no estaban. Y los vecinos del pueblo no hacían más que recordármelo a diario. Cada día, como si no fuera capaz de entender lo que había sucedido.

Decidí volver a la iglesia de Montgat. Era el único sitio donde creía que lograría estar a gusto. No porque hubiera encontrado cobijo en la fe, sino por la compañía y la ayuda que el cura me ofrecía. Allí me sentía en paz conmigo mismo, necesitaba hablar con Francisco, sus palabras, sus consejos…

La puerta estaba abierta. Era la primera vez que iba por la tarde, y estaba abierta. No me lo esperaba. Entré mirando a mi alrededor, buscando la figura de Francisco, pero no la encontré. Allí me esperaba otro hombre. Era unos diez años mayor que yo, con escaso pelo y unos ojos marrones.

—Buenas tardes, hijo, adelante, pasa. Estás en tu casa —me dijo

con una suave voz.

—Buenas tardes… Verá, estoy buscando a una persona. Al padre Francisco, a veces quedo con él aquí para hablar…

—Oh… Vaya. Lo siento mucho, lamento comunicarte que el padre Francisco ya no se encuentra entre nosotros, murió hace un par de años. Ahora está en los brazos de nuestro señor.

—Eh… Creo que no hablamos de la misma persona, hace pocos días que he estado con él, aquí sentado. Nos veíamos por la noche, por la madrugada, y estaba vivo. Bastante vivo. Se lo puedo asegurar.

—Disculpa… Pero solo tenemos una copia de las llaves de la iglesia, antes las tenía el padre Francisco, pero ahora son mías, y lamento informarte de que no se abre por las noches, permanece cerrada, solo abrimos en los horarios que tenemos en el cartel de fuera, te lo puedo asegurar. —La voz del hombre se endureció, seguramente se pensaba que me estaba quedando con él.

—Se lo prometo, era él.

—Mira, acompáñame —dijo bruscamente mientras me llevaba a una de las paredes de la iglesia y señalaba con el dedo índice—. Aquí tenemos una foto del padre Francisco, de cuando murió, era muy querido en el pueblo, mucho…

En efecto, allí estaba su foto. Era él. Debajo ponía su fecha de nacimiento y el año en el que había muerto. Pero aquello no era posible, yo hablaba con él. Estaba seguro de aquello. ¿Me estaba volviendo loco acaso?

Francisco estaba muerto.

Me alejé de la iglesia sin despedirme del cura. Corrí hacia la playa notando una presión en el pecho. Me estaba ahogando. Necesitaba aire, no podía vivir así. En cuanto mis pies pisaron la arena, me arrodillé.

Era ya de noche, el cielo se había oscurecido muy rápido, en pocos minutos el sol desaparecía, huyendo de la oscuridad.

En el horizonte, sobre el mar, una gigantesca luna llena me miraba atentamente.

—Encuentra el camino hacia la luna. —Me pareció escuchar en mi mente. No sabía si aquellas palabras las pronunciaba María o Francisco. Quizás ambos… ¿O era mi propia voz la que me hablaba?

Quizás era la voz de Dios.

Me levanté sin apartar la vista de aquella esfera luminosa. Estaba decidido. Iba a hacer caso a mi esposa. Había encontrado al culpable de la muerte de mi familia, mi propósito estaba cumplido. Ya no tenía nada que me ligara a aquel lugar, a aquella vida. Ahora solo me faltaba terminar con todo aquello. Necesitaba encontrar un camino hacia la luna. Caminaría bajo ella hasta que lo encontrara.

Todos mis demás pensamientos desaparecieron, solo tenía un propósito.

Inspiré de nuevo y al espirar inicié mi camino. Mis pies se hundían en la arena a cada paso que daba. Pero no me importaba. Estaba hechizado.

Seguí andando, siguiendo aquel camino invisible. Y siempre igual. Bajo la luna.

David

9 de abril de 2019, presente

No es una noche bonita, sino todo lo contrario. Las olas golpean furiosas contra las rocas que me escudan de miradas curiosas. Noto cómo unas pequeñas gotas de agua salpican mi rostro, arrastradas por el fuerte viento.

Las fuerzas de la naturaleza actúan con ferocidad. El cielo está completamente apagado, ya que un manto de noche se extiende hasta donde alcanza mi vista. No es una noche bonita, y sin embargo no puedo evitar sonreír, extendiendo los brazos al cielo y gritando de felicidad, o algo parecido a ese sentimiento. Aquello me da vida. Doy vueltas en círculo aún con los brazos extendidos.

—¿¡Hay alguien ahí!? No sé si existes. No sé ni cómo llamarte. ¿Dios, Allah, Ganesha, Energía, Universo, Nada? Seguramente no sea más que otra alma perdida hablando sola en este mismo momento. Solo quiero decirte que gracias. Gracias por haberme dado tanto, y gracias por haberme quitado todo cuanto me ha importado. Eres único en eso.

Hacía tiempo que no notaba tal euforia en mi interior. La echaba de menos. Dejo caer mi cuerpo sobre la fina arena de la playa con una exhalación. A pesar de la cólera de la naturaleza que me envuelve, la calma que se extiende por la atmósfera es hipnótica. El ulular del viento, el vaivén de las olas y el rugido que estas producen al impactar contra las rocas…

La playa de Montgat es un pequeño paraíso donde, al estar cerca de la ciudad de Barcelona, acude un gran número de personas para poder disfrutar de sus frías aguas en verano, los chiringuitos aguardan en la cálida arena ofreciendo todo un surtido de

diferentes bebidas refrescantes y manjares de lo más veraniegos. Al menos esa es la imagen que ofrece durante esos meses. Normalmente es muy diferente, como hoy.

El fuerte oleaje va engullendo la arena, reclamándola para él y arrastrándola hacia sus profundidades, dejándonos cada año con menos playa para disfrutar. Las algas y la suciedad se van acumulando en la orilla, y no hay rastro alguno de aquellos oasis llamados chiringuitos. El paisaje normalmente está casi desierto, a excepción de alguna solitaria figura paseando a su mascota, pero ahora es demasiado tarde para eso, por lo que no hay nadie aquí. Solo estoy yo.

No estoy en esta playa, sino en una especie de anexo a esta. En la zona sur la playa se encuentra custodiada por una multitud de rocas que forman un pequeño espigón, y al otro lado, bajo su abrigo, hay una diminuta cala. Esta se halla desconectada por unas formaciones naturales rocosas y una pequeña montaña que la custodia. Y es aquí donde estoy. Necesitaba un lugar donde poder encontrarme a mí mismo, donde no haya nadie que me pregunte cómo me encuentro ni se preocupe por mí. Estoy harto. Ya nadie puede hacer nada.

Noto los granos de arena en mi cuerpo, sujetándolo, impidiendo que me hunda en las profundidades. Siempre han estado allí sujetándome desde que tengo memoria. Nunca me han fallado, engañado o decepcionado. Siempre me han apoyado y entendido. ¿Qué haríamos sin la tierra que nos aguanta? Miro al cielo, pero no puedo ver más que esa gran oscuridad que me rodea, es como verse a uno mismo. Nunca me había sentido tan identificado como en este momento. Quizás el cielo no es más que el espejo del alma. ¿Es realmente mi alma así?

Extiendo mis brazos a los lados y respiro lentamente llenando mis pulmones. La jeringuilla que minutos antes se encontraba en mi brazo ahora descansa junto a mí, mientras la arena la va engullendo paulatinamente, ocultando la vergüenza de mi felicidad. La goma elástica aún está en mi brazo haciendo presión atándome al mundo real donde pertenezco.

La marea va subiendo y va lamiendo mis pies descalzos. Está congelada, pero no me importa, ahora ya nada lo hace. Creía que podía cambiar, que podía llegar a ser como todas las otras personas

que me rodeaban, sin embargo, he seguido estando igual de solo que siempre. Parece ironía sentirse tan solo incluso cuando en tu día a día estás rodeado de gente fascinante.

Pero, por triste que sea, es cierto.

El cuerpo va cediendo, relajándose, al igual que mi rostro. Primero empiezan las extremidades, que avanzan hasta el pecho. Mi cara es lo último en ceder a la droga. Al principio se relajan los párpados, luego las mejillas, la mandíbula, la lengua… Poco a poco, con los ojos cerrados, noto que mi cuerpo se va refugiando en el lejano mundo que siempre me ha protegido, el de los sueños.

Siento que mi cuerpo se va relajando más de lo normal, parece mentira, pero eso hace que se encienda una pequeña alarma en mi cerebro, aunque soy incapaz de hacer nada. Un terrible cansancio se va apoderando de mi ser, y me arrastra con fuerza hacia sus entrañas. Algo va mal. No sé por qué, pero esto no es normal. Todo es demasiado perfecto, calmado. Algo va mal. Sin embargo, es justo lo que estaba buscando. Mi vía de escape a todo este sufrimiento. Necesito terminar esta oscura y terrible historia de una vez por todas. Mi cuerpo es incapaz de aguantar tanto dolor. Yo ya me he rendido. No puedo más.

Entonces sucede, en apenas un instante todo cambia radicalmente. Una sensación desconcertante para mí.

Mi cuerpo queda completamente vacío, no es más que una cáscara inerte. Mi alma lo ha abandonado.

Me encuentro levitando por encima de la arena y la espumosa agua salada, sobre mí mismo. ¿Este soy yo? ¿Qué hago aquí arriba? No debería verme de esta manera. Esto está mal. Veo cómo la respiración de mi cuerpo va cada vez más lenta. Cada vez entra menos aire en mis pulmones, ¿siempre ha sido así? Mi rostro está relajado. Si no me conociera, incluso podría decir que es un rostro feliz, pero eso es porque tengo los párpados ocultando la verdad. En mis marrones y corrientes ojos cualquiera podría ver el tártaro que hay oculto en ellos, el dolor, el sufrimiento, la vergüenza… Unos ojos que dejaron de vivir hace ya mucho tiempo.

La respiración sigue aminorando y, antes de que pueda darme cuenta, se detiene. Mi cuerpo se queda inmóvil. Estoy muerto. O casi. Pero yo sigo aquí, mirándome a mí mismo sin poder hacer nada. ¿Esto es todo?

¿Qué va a pasar ahora?

Así voy a acabar. No diré que me sorprenda, ya que me esperaba un final mucho más horrible y solitario para dar punto final a mi vida. Dentro de lo que cabe, podría haber sido peor. Aunque siempre había albergado la esperanza de que el futuro me sonriera con una vida colmada de felicidad.

Como suelen decir, soñar es gratis. Pero yo sé que todo tiene un precio.

Jordi

9 DE ABRIL DE 2019, PRESENTE

Estoy cansado. Mi cuerpo ya no puede más. Otra noche de oscuridad, sin una pizca de luz. ¿Dónde está la luna? Necesito verla.

No sé cuánto tiempo llevo caminando, siguiéndola. Tratando de encontrar ese camino. Pero sigue invisible ante mis ojos. Oculto en las sombras.

Lo juré. Hice una promesa a mi esposa de que encontraría aquel camino hacia la luna, pero aquí sigo, igual de perdido que al principio.

¿En qué creo exactamente? ¿Cuáles son los valores que realmente guían mis pasos y mis acciones?

Creo en mis palabras, mis promesas, mis juramentos. Creo en lo que digo en un tiempo presente. Eso quiere decir que, quizás, mis juramentos son efímeros, cambiantes, pueden llegar a caducar, como mi ser.

Pero eso no quiere decir que los rompa, eso jamás. Significa que ya no soy la misma persona que los formuló, soy alguien completamente distinto, como mis ideales.

Lo he intentado. Lo juro por mi vida. Pero no he podido lograrlo. He dado todo lo que tengo, lo que soy, por conseguirlo. Pero sigo estancado en el mismo lugar. Y ya no soy la misma persona que entonces.

No tengo espíritu, tampoco corazón. Antes era un padre, un marido. Ahora ya no me queda nada de eso. Estoy vacío por dentro, no me queda nada.

Jordi no es más que el recuerdo de la persona que una vez fui.

Yo ya no tengo nombre, no soy nadie.

Sigo caminando en la oscuridad. Sin rumbo alguno, sin ver apenas nada. Esta noche no quiero quedarme sentado lamentando que la luna se ha ocultado de mí. Noto una sensación en mi pecho que me impide quedarme quieto.

Este lugar me suena de algo. Lo conozco.

Montgat. He vuelto. Mis pasos me han traído de nuevo aquí. A casa.

Antes tenía aquí mi casa, mi familia, mi hogar. ¿Qué hace que una casa sea un hogar? Sin duda alguna, la gente que vive en él, la familia. Por eso yo ya no tengo ningún lugar al que llamar así. No tengo un hogar al que acudir.

El mar está enfurecido. ¿Qué es lo que le pasa? Algo vibra en mi bolsillo. Es un teléfono. Tan solo es un mensaje de que me queda poca batería. ¿Aún tengo móvil? Apenas recuerdo mi vida durante el día, solo tengo recuerdos para la noche. Estoy perdiendo la razón. Estoy roto, y no hay nada ni nadie que pueda arreglarme. Noto cómo mi mente está fracturada en miles de fragmentos, perdiéndose por todo mi cuerpo.

Vuelvo a guardar ese móvil que nunca he visto, o eso creo, y sigo caminando por la arena. Está fría.

Me he atado los cordones entre ellos, colgándome los zapatos del cuello, así tengo las manos libres y puedo sentir el frío beso del mar en mi piel.

Aunque estoy solo, me noto expuesto. Como si me estuvieran viendo, estudiando. Estoy incómodo aquí. Necesito estar abrigado, sin que nadie pueda observarme. Sigo caminando hacia la cala de la playa, allí hay una pequeña a la que nadie va, y mucho menos de noche. Estaré solo, alejado de miradas indiscretas y de observadores. Seguro que estoy solo, pero mi mente no deja de jugarme malas pasadas.

Ya no soy el que era. No puedo hacer tampoco gran cosa para cambiarlo.

Al entrar en la pequeña playa me detengo. Hay alguien. Está tirado en el suelo, inmóvil.

¿Quién es? ¿Existe de verdad o es una alucinación más de las mías? Una de muchas.

Me acerco temeroso y cuando estoy a pocos pasos me detengo.

No puede ser. Reconozco a esta persona. Está cambiada, ropa vieja y rota, incluso apesta; el pelo largo le cubre casi toda la cara, y una fea barba salpica a trozos su joven rostro, pero sé quién es.

David, el amigo de mi hijo.

—David, ¿qué haces aquí? No sabíamos nada de ti. ¿Estás bien?

Me arrodillo a su lado y veo que tiene una goma en su brazo y una jeringuilla descansa en el suelo. Está drogado.

Apenas respira. Su cuerpo empieza a convulsionarse. No sé qué hacer.

Lo primero que hago es sacar el móvil, llamar al 112. Me responden al segundo tono.

La ambulancia irá lo más rápido que pueda, están de camino. Ahora solo tengo que esperar. Le quito la goma del brazo, trato de envolverlo con mi ropa, aunque tampoco tengo mucha, pero él está helado. Le hablo, le consuelo. Ahora, sin mi abrigo, noto cómo el frío se filtra por mi fino jersey y se cuela entre mis huesos.

—No puedes morir, no puedes. Estoy aquí a tu lado. Hazlo por mí. No puedes morir ahora, no me hagas esto, David. Has tenido suerte, has sobrevivido a todo lo que ha pasado, no derroches el regalo de la vida así… Por favor… Hazlo por Bernat, por Pere, por Paula, por José… Por todos los que ya no están.

Su pulso es muy débil, al igual que su respiración. Pero sigue vivo. De momento eso es lo importante. No puedo perder a nadie más entre mis brazos.

Cuando escucho la ambulancia y las voces de fondo, una voz estalla en mi cabeza. No puedo quedarme allí. No sé qué me pasa, pero ese no es lugar para mí. Dejo el móvil al lado de David, junto a mi ropa. Me he desnudado casi al completo, quedándome únicamente con la ropa interior.

Miro al mar cuando una luz me ciega. ¿Qué es eso de ahí? Es una noche sin luna, sin luz. Una noche fea, de las que no me gustan, de las que me vuelven loco. Pero no es así.

Allí esta ella. No sé de dónde ha salido, pero es ella. No tengo dudas. Brilla con mucha fuerza, más intensa que cualquier noche en la que he estado. Me obliga a entornar los ojos por un instante.

Se encuentra encima del mar y su luz se refleja en el agua, alargándose hasta mí, creando una línea, un camino hacia ella. Las olas siguen igual de furiosas, tratan de impedirme que logre llegar a

ella.

—Encuentra el camino hacia la luna… —susurro.

Miro un momento atrás, al cuerpo de David. Sé que va a vivir. Es una sensación difícil de explicar, pero sé que saldrá de esta. Tiene toda una vida por delante. Al menos, he podido salvar una vida de todo esto. Un alma más que se habría perdido en todo este agujero negro de muerte.

Miro de nuevo al mar y me encamino hacia él, dejando que mi cuerpo se vaya sumergiendo en las frías aguas. Noto las caricias de la luna en mi rostro, en mi cuerpo. Elia está aquí conmigo.

Empiezo a nadar con brío por aquel camino plateado. No puedo detenerme, un impulso ha inundado mi cuerpo. Una energía que brota de lo más profundo de mi ser, azuzándome para seguir hacia delante. Lucho contra las fuerzas de la naturaleza, el oleaje. Intenta devolverme a la orilla, que abandone mi cometido. Pero no estoy dispuesto a dar mi brazo a torcer.

Este es el momento que he estado esperando desde hace tiempo. Sé lo que me voy a encontrar al final del camino, la respuesta es obvia. Mi mujer y mi hijo están ahí, esperándome con los brazos abiertos.

Sigo nadando con una sonrisa en el rostro. No noto el frío en las extremidades, no noto nada aparte de esa felicidad que llena mi pecho. Estoy tan cerca de ellos que noto su presencia, oigo sus voces.

Son ellos…

Después de tanto tiempo están aquí conmigo.

Sigo nadando hasta que mi cuerpo se hunde en las aguas, bajo esta penetrante e intensa luz blanquecina como la leche. Me he vuelto muy pesado, como si los abrazos de mis seres queridos me arrastraran para estar con ellos. Noto el calor que emana de sus cuerpos, y me dejo llevar. Dejo de mover mis extremidades, permito que ellos me guíen, que me lleven.

Confío plenamente en ellos, son las personas más importantes de mi vida, son mi mundo. Es así y siempre lo ha sido.

Así que dejo que las últimas burbujas abandonen mi cuerpo, mientras que finalmente logro aquello que tanto he anhelado, encontrarme con ellos de nuevo.

Allí, bajo la luna.

Agradecimientos

Este libro fue escrito en el año 2020, durante el confinamiento producido por la pandemia mundial del Covid-19. El hecho de estar encerrado y con mucho tiempo libre me permitió poder desarrollar la historia recogida en estas páginas. Aun así, nada de esto habría sido posible sin la ayuda de muchas personas, aunque seguro que se me escapa alguna…

A mis padres, que me han apoyado desde siempre y me han animado a no dejar de soñar y escribir.

A mi hermana, por sus consejos y por poder compartir tantos mundos ficticios juntos.

A Irene, por estar siempre ahí, ser una de las primeras en leer la historia y, sobre todo, confiar en mí plenamente.

A Nela, mi perrita, por aguantarme todas esas noches en vela, y por estar a mi lado en todo el proceso creativo. Sin ella y los innumerables achuchones que le iba dando, esta historia no habría pasado de la primera página.

A Ferran Melero e Iván Sancho, esos amigos de los que cualquiera tendría envidia, por confiar en los inicios de mi escritura y por regalarme momentos únicos.

A Carla Benjumea, por todas esas palabras que me regalabas en clase para inspirar mi mente y hacerme desconectar de la aburrida rutina.

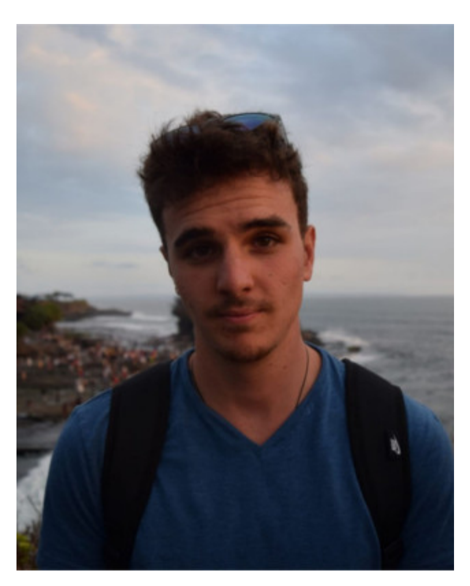
A Layla Zaoui y Berta Majó, por las innumerables horas de charla, salseos y cotilleos, y por vuestro apoyo.

A Paula Ponce, por ayudarme en ciertas partes fundamentales de la trama, con sus miedos.

A Iker Gómez, Axel Marco, Javier García, Juanjo Ruano, Bernat Garriga, Martha Montoya, Sara Sabariego…, y muchos más de los

que seguro me olvido, esos osteópatas que han compartido conmigo tan buenos momentos y me han dado esa felicidad y esa luz para seguir escribiendo, y crujiendo.

Y, sobre todo, me gustaría recordar en este último punto a mi abuela. La mujer que lo ha dado todo por sus hijos y sus nietos. Por todos esos preciosos recuerdos que guardo de mi infancia junto a ella.



IVÁN ALVARADO (Barcelona, 1997) se graduó en Audiología Protésica en la escuela Jesuïtes El Clot y en Osteopatía Estructural en la escuela ISMET (2021). Actualmente está cursando los estudios de Osteopatía Craneal y Visceral.

A los ocho años de edad descubrió el mundo de la lectura y, con ella, el arte de la escritura, donde quedó irremediablemente atrapado dentro de sus historias.

Es autor del libro *El ladrón de recuerdos*, publicado en la editorial Adarve (2020).

Notas

[1] Original en catalán: «En recuerdo del centenario del Centro Excursionista de Cataluña. El Centro Excursionista de Badalona». < <